



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

SECRETARÍA DE POSGRADO

**Los efectos del estructuralismo en la crítica literaria española
y argentina:**

Aproximación teórica a un estudio comparativo

Vicente Tuset Mayoral

Tesis para optar por el grado de Doctor en Letras

Directora: Dra. Judith Podlubne

Codirector: Dr. Fabio Espósito

La Plata, 15 de febrero de 2016

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
1. El estructuralismo como quiebre epistemológico: Sentido en que se usará el término en esta investigación	5
<i>1.1 Generalización del término: Primeros pasos más allá de la lingüística</i>	5
<i>1.2 El estructuralismo, la ciencia y las humanidades</i>	11
<i>1.3 Estructuralismo y Literatura</i>	24
2. Plan de investigación	34
3. Hacia un estado de la cuestión	37
CAPÍTULO I	
LA PRIMERA RECEPCIÓN DE SAUSSURE A LA ARGENTINA: NEUTRALIZACIÓN DEL ESTRUCTURALISMO EN EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA	52
1. Situación del debate sobre la lengua en la Argentina antes de la recepción de Saussure	53
2. El papel clave de España: Relaciones académicas y comerciales hispano-argentinas y su impacto en la fundación del Instituto de Filología	57
3. Manuel de Montolíu: Saussure a la sombra del idealismo	65
4. Amado Alonso: El Saussure positivista y la empresa aristocrática del lenguaje	74
<i>4.1 Posición de Alonso en el escenario polémico argentino.</i>	74

4.2 <i>La filología alonsina (1). Estudios sincrónicos: el diminutivo</i>	82
4.3 <i>La filología alonsina (2). Estudios diacrónicos: De la pronunciación medieval a la moderna</i>	85
4.4 <i>El Saussure de Amado Alonso</i>	93

CAPÍTULO II

NEUTRALIZACIÓN DE SAUSSURE EN EL DISCURSO

DE LA ESTILÍSTICA ESPAÑOLA: EL CASO DE DÁMASO ALONSO **100**

1. «Continuidades» y «anticipaciones» de la crítica literaria española frente al estructuralismo: revisión de un sentido común	103
2. Dámaso Alonso: génesis y mutación de un discurso crítico	112
2.1 <i>El Saussure de Dámaso antes de la Guerra Civil (1927-1935)</i>	114
2.2 <i>Saussure y la estilística: Posiciones de Dámaso Alonso tras la Guerra Civil</i>	130

CAPÍTULO III

ARGENTINA 1946-1980:

DEL ECLIPSE DEL LENGUAJE AL DE LAS ESTRUCTURAS **150**

1. Más allá de la circunstancia política: Razones críticas para el declive del Instituto de Filología de Buenos Aires	151
2. <i>Sur, Contorno</i> y la Izquierda Nacional: El eclipse del lenguaje como problema	158
3. La recepción del estructuralismo francés y la «problemática» de la crítica literaria argentina.	170
4. Oscar Masotta: estructura o literatura	181
5. Nicolás Rosa: deseo de literatura y ficción crítica	193

CAPÍTULO IV

ESPAÑA 1951-1978: EL PESO DE LA HERENCIA ESTILÍSTICA	208
1. La labor de «obtención» editorial de Dámaso Alonso en la Biblioteca Románica Hispánica	208
2. Ensayos de actualización (1): el continuismo de María del Carmen Bobes Naves en <i>La semiótica como teoría lingüística</i> (1973)	219
3. Ensayos de actualización (2): ruptura y compromiso en <i>Significado actual del formalismo ruso</i> (1973) de Antonio García Berrio	224
4. Ensayos de actualización (3): los límites del reformismo en <i>Estilística, poética y semiótica literaria</i> (1974) de Alicia Yllera	235
Agradecimientos	250
Bibliografía	251

INTRODUCCIÓN

La presente tesis se propone estudiar comparadamente distintos episodios de la crítica literaria argentina y española durante el siglo XX. Tales episodios tendrán como denominador común la presencia del estructuralismo y sus diferentes afectaciones a los estudios literarios. Enseguida estableceremos una definición precisa para ese término, «estructuralismo», que en nuestra investigación tendrá un sentido cronológicamente más amplio y epistemológicamente más restringido del que se le suele atribuir cuando se lo considera desde una perspectiva histórica, como fenómeno cultural de la posguerra francesa. Empezaremos, sin embargo, por aclarar las tres hipótesis de partida que gobernarán el conjunto de nuestro trabajo:

1. Que los desarrollos de la lingüística propiciados por los trabajos pioneros de Ferdinand de Saussure y sus continuadores tuvieron una serie de efectos epistemológicos de carácter general dentro del campo de las humanidades.
2. Que esos efectos repercutieron también en los estudios literarios tal y como se practicaban en los dos escenarios propuestos, sometidos a momentos de tensión intra- e interdisciplinarias y a procesos de redefinición de sus objetos y métodos.
3. Que el análisis de dichas tensiones y redefiniciones, y su estudio comparado en los dos escenarios propuestos permiten esbozar un itinerario particular dentro de la historia de la crítica literaria del ámbito hispanoamericano, iluminando trayectorias personales, así como también avatares institucionales y políticas

discursivas y culturales desde ángulos no siempre atendidos por la historiografía de la materia.

La sola enumeración de estas hipótesis plantea ya una serie de interrogantes que reclama atención. En primer lugar parece necesario concretar a qué “desarrollos de la lingüística” nos estamos refiriendo exactamente, y también qué “efectos epistemológicos” específicos suponemos que se les puede atribuir. Dicho de otro modo, más explícito, urge establecer una definición de estructuralismo que satisfaga los presupuestos de nuestras hipótesis. A esta tarea dedicaremos las páginas que siguen.

1. El estructuralismo como quiebre epistemológico: Sentido en que se usará el término en esta investigación

1.1 Generalización del término: primeros pasos más allá de la lingüística.

En 1921, Antoine Meillet aprovechó la introducción de su volumen recopilatorio *Linguistique Historique et Lingüistique générale* para ponderar el trabajo de su maestro Saussure y, en cierta medida, para ubicarse a sí mismo en la estela del *Cours*:

Cada siglo posee la gramática de su filosofía. La Edad Media trató de fundar una gramática sobre la lógica y, hasta el siglo XVIII, la gramática general no ha sido sino una prolongación de la lógica. El siglo XIX, al extender a los hechos psíquicos y sociales el método de observación de los hechos que se usa en las ciencias físicas y naturales desde el Renacimiento, ha llevado a presentar la gramática de cada lengua como un conjunto de hechos. Pero hasta el momento tales hechos no han sido demasiado coordinados. Las notas de los cursos de F. de Saussure, editadas bajo el título de *Cours de linguistique générale*, han

indicado como se podría empezar a introducir un cierto orden (Meillet 1982 : VIII)¹.

Según vemos, en la concepción de la historia de la “grammaire” que nos transmite Meillet –y aquí “grammaire” es tanto el estudio del funcionamiento de una lengua como el de las implicaciones que dicho estudio pueda tener en la concepción general del lenguaje– se distinguen dos grandes etapas: Una inicial vinculada a la lógica y que se remonta hasta la Edad Media; y otra posterior relacionada con el desarrollo del método científico positivo, o “méthode d’observation des faits”, y que durante el siglo XIX se extendería a los hechos psíquicos y sociales, entre ellos, el lenguaje. En ese cuadro, Saussure encaja aún sin estridencias y ocupa el papel del genio ordenador. En las declaraciones de Meillet no se deja percibir un quiebre, sino antes la ocasión de realizar una tarea pendiente dentro de marcos conceptuales cuya validez no ha sido puesta en cuestión en términos generales.

En un sentido parecido se podrán leer también las palabras preliminares que Nicolaij Trubetskoy antepone a su *Anleitung zu phonologischen Beschreibungen* de 1935, obra inaugural de la fonología moderna. En esa ocasión, el desarrollo que se propone para la disciplina, basado en la organización de los rasgos fonéticos distintivos, se nos presenta, no como un momento de quiebre fuerte para la disciplina, una revolución paradigmática, sino sencillamente como la oportunidad para rellenar un vacío, un hiato, “[una] brecha entre la fonética y las demás ramas de los estudios

¹ Citamos por la edición francesa: “Chaque siècle a la grammaire de sa philosophie. Le moyen âge a essayé de fonder la grammaire sur la logique, et, jusqu'au XVIIIe siècle, la grammaire générale n'a été qu'un prolongement de la logique. Le XIX siècle en étendant aux faits psychiques et sociaux la méthode d'observation des faits qui est en usage dans les sciences physiques et naturelles depuis la Renaissance, a conduit à présenter la grammaire de chaque langue comme un ensemble de faits. Mais jusqu'ici ces faits ne sont guère coordonnés. Les notes de cours de F. de Saussure, éditées sous le titre de *Cours de linguistique générale*, ont indiqué comment on y pourrait mettre un commencement d'ordre”. La traducción es nuestra.

lingüísticos” (Trubetskoy 1968: 1)², incorporando al sonido en el universo de valores ordenados para el que la gramática seguiría siendo el elemento ejemplar³. Antes que por el sentido sistémico de ese avance o por los modos en que podría afectar a una concepción general del lenguaje, Trubetskoy se muestra preocupado por la falta de un trabajo de campo consistente y capaz de completar sus propios aportes, la necesidad “d’observation des faits”, habría podido decir con Meillet:

Hasta el momento, la esperanza de extender tales logros como los realizados por la fonología actual, la esperanza, de hecho, de un desarrollo favorable para esta importante rama de la ciencia lingüística, depende enteramente de la creación de una colección lo más completa posible de descripciones fonológicas (2-3)⁴.

La insistencia en el carácter extensivo de las tareas pendientes denuncia bien a las claras la posición integrada en la que, sin demasiados problemas, Trubetskoy puede ubicarse aún a sí mismo con respecto a su disciplina.

Estos dos testimonios, relevantes sin duda, bastan para indicar que la aparición del *Cours* no fue inmediatamente percibida como un hecho revolucionario en el seno mismo de la disciplina que estaba llamado a transformar profundamente. El carácter de quiebre o por lo menos inaugural que el consenso actual le atribuye a Saussure no era evidente para quienes, en un primer momento, mejor podían leerlo y de hecho mejor lo

² Citamos por la edición inglesa: “[a] methodological gulf between phonetics and the other branches of linguistic studies”. En adelante, todas las traducciones son nuestras.

³ “This state of affairs was changed at once as soon as it was logically inferred, from the longaccepted fact that speech sounds have a distinctive function and significatory value, that it was precisely these significatory values which represented the most significant element in linguistics, anelement which of all others needed to be subjected to scientific study, since the world of these values lying behind the empirical sounds of human speech was seen to constitute an orderly system comparable, because of its fundamentally regular structure, with the system of grammatical values” (Trubetskói 1968: 1).

⁴ “To this extent, the hope of extending such achievements as have been made in phonology thus far, indeed the hope of favourable development of this important branch of linguistic science depends entirely upon the creation of as complete as possible a collection of phonological descriptions.”

hacían. Más allá de la anécdota, esta circunstancia propicia otra lectura según la cual el estructuralismo no habría desplegado su potencial «revolucionario» sino a partir de su encuentro con otras disciplinas por fuera de la lingüística, como la antropología, la historia o los estudios literarios, con un interés compartido por el análisis de distintos tipos de discurso.

En apoyo de esta interpretación, puede referirse la tranquilidad con la que los discípulos de Saussure pudieron proseguir sus investigaciones en Ginebra, París, Praga o Copenhague⁵, manteniéndose fieles a lo aprendido del maestro, sin causar mayores sobresaltos hasta que en 1949, Claude Lévi-Strauss desencadenara el fenómeno del estructuralismo francés con *Les structures élémentaires de la parenté*⁶.

En esta misma dirección, y rastreando las primeras apariciones del término “estructuralismo” en el sentido amplio y diversificado que hoy se le suele dar, podemos remontarnos todavía más, hasta 1929, cuando tras la experiencia del Congreso Internacional de Eslavística, en La Haya, Roman Jakobson lo definió así:

Si tuviéramos que comprender la idea reinante en la ciencia de hoy en día en sus más variadas manifestaciones, difícilmente encontraríamos una designación más apropiada que la de estructuralismo. Cualquier serie de fenómenos examinada contemporáneamente por la ciencia es tratada, no como una aglomeración mecánica sino como un todo estructural, y la tarea básica consiste

⁵ En Ginebra, Charles Bally, heredero de la cátedra de Saussure, proseguirá sus estudios en el terreno de la estilística, circunstancia a la que tendremos ocasión de referirnos más adelante. En París, será el ya citado Antoine Meillet, maestro de Benveniste, Martinet y Veyndres entre otros, quien sucede al maestro ginebrino en la cátedra de gramática comparada en l'École Pratique des Hautes Études. En Praga, Mukařovský dará en realidad los primeros pasos hacia una generalización de la teoría saussureana al emplear “la lingüística y las teorías de Saussure, en particular la noción saussureana de signo, que se traduce o adapta al campo estético” (Panesi 2011: 123), si bien sus esfuerzos quedarán en buena medida silenciados para el mundo occidental por efecto del *telón de acero*. En Copenhague, en cambio, Viggo Brøndal fundará la revista *Acta Linguistica* junto a Louis Hjelmslev, ganando prestigio y resonancia internacional para el Círculo Lingüístico de la capital danesa, pero su fama quedará circunscrita al ámbito de los especialistas hasta que Barthes generalice sus conceptos –particularmente los de Hjelmslev– en su conocido trabajo, “La mythologie aujourd’hui” ofrecido como apéndice a *Mythologies* (1957).

⁶ Al respecto, Émile Benveniste recordará una máxima nietzscheana: “Los grandes acontecimientos llegan en las patas de las palomas” (1971: 46).

en revelar las leyes internas, sean estas estáticas o dinámicas, de un tal sistema (Jakobson 1971: 711)⁷.

Vale la pena subrayar que Jakobson se refiere explícitamente a la ciencia contemporánea en general: “la ciencia de hoy en día en sus más varias manifestaciones”. El estructuralismo lingüístico, en su opinión, anuncia y propicia un cambio de modelo: del atomismo mecanicista a la consideración sistémica de una amplia variedad de fenómenos que afectan a la generalidad del pensamiento científico. Esta será la versión del estructuralismo que, con distintos matices, llegará hasta nosotros, tanto es así que pueden incluso sorprendernos tanto la precisión como la prontitud de las declaraciones de Jakobson: Un estructuralismo irremediablemente ampliado, como debía estallar décadas más tarde, y que parece desplegar todo su potencial epistémico cuánto más se abre el foco y más pueden apreciarse algunos de sus postulados mayores –“mecanismo” versus “estructura”, por ejemplo, en la cita que nos ocupa– reverberando en diferentes campos disciplinarios. Pero también es cierto que ahondar sin restricciones en esta perspectiva nos llevaría, sin duda, demasiado lejos y nos obligaría a consideraciones de carácter muy general y abstracto sobre las formas epistemológicas del pensamiento científico que poco o nada contribuirían a clarificar el objeto que pretendemos delimitar con nuestra investigación. Conviene, pues, precisar y preguntarse a continuación en qué y cómo afecta específicamente esta transformación al vasto campo de lo que de modo tradicional se conoce como “ciencias humanas” y, aún de forma más restringida, acerca de su posible incidencia epistemológica en los estudios literarios. Para tal fin aprovecharemos el trabajo y las conclusiones de tres autores que

⁷ “Were we to comprise the leading idea of present-day science in its most various manifestations, we could hardly find a more appropriate designation than *structuralism*. Any set of phenomena examined by contemporary science is treated not as a mechanical agglomeration but as a structural whole, and the basic task is to reveal the inner, whether static or developmental, laws of this system.”

han tratado la cuestión desde la perspectiva que nos incumbe, es decir, como un quiebre epistemológico. Nos referimos al artículo pionero de Ernst Cassirer “Structuralism and Modern Linguistics” (1945), aparecido en el primer número de la revista norteamericana *Word*, y a los más recientes *Le periple structural* (2002) de Jean-Claude Milner y *Estructuralismo y ciencias humanas* (2001) del filósofo español José Luis Pardo⁸.

⁸ Estas tres referencias no constituyen en ningún caso un repertorio exhaustivo de las entradas posibles a la cuestión, pero sí suficiente para el enfoque que nosotros queremos darle al asunto. El estructuralismo, aun circunscrito al ámbito francés con la referencia de Saussure como padre fundador ha dado lugar a una vastísima bibliografía que sería inútil tratar de abarcar en su totalidad. Sin ir más lejos, François Dosse, el historiador más minucioso y prolijo del estructuralismo francés comienza su vasta *Historia del estructuralismo* (1992) con un capítulo dedicado a constatar el carácter de quiebre que dicho movimiento supone con respecto al existencialismo; pero esa es una cuestión regional que no afecta sino parcialmente a lo que nos ocupa y que, por otro lado, ha recibido impugnaciones (implícitamente, Milner (2012: 12) lo recusa cuando considera un error arrancar un estudio del estructuralismo en fecha tan tardía como la posguerra). Por fuera de los enfoques estrictamente históricos, quizás más adecuada para nuestros fines habría sido la postura de Fredric Jameson en *La cárcel del lenguaje* (1972), quien sí ve en la obra de Saussure un giro revolucionario y, consecuentemente, la engloba dentro de una transformación general de las ciencias: “El dilema de la lingüística es una parte simplemente de una crisis más amplia de las ciencias en general: en física, por ejemplo, donde la alternancia entre las teorías de las ondas y de las partículas de luz empiezan a provocar algunas dudas con respecto a la concepción del átomo como substancia” (1980: 27-28). Nosotros abordaremos también la cuestión desde este punto de vista, pero para Jameson, a diferencia de lo que plantearemos a continuación, tanto el trabajo de Saussure como su recepción y extensión en el ambiente francés de posguerra reproducen de algún modo la distinción clásica entre cuerpo y mente. A propósito de Saussure, dirá: “En cierto sentido, esa distinción entre valor y substancia tiene parte de la fuerza de la oposición mente / cuerpo, de la antítesis entre mente y materia”. Y en referencia al estructuralismo francés insistirá: “La oposición cuerpo / mente se transforma en una distinción estructural o conceptual entre la significación por un lado, y el substrato físico carente de significado o *hylé* que rodea la significación. En adelante, lo que era una línea divisoria externa, en el sentido de que separaba los fenómenos espirituales o culturales de los materiales, pasa a ser una distinción interna, que indica que cada fenómeno lleva dentro de sí tanto la superestructura como la infraestructura, tanto la cultura como la naturaleza” (1980: 109). Efectivamente, Jameson es tributario de una perspectiva materialista y su presuposición mayor es que la dicotomía fundante del saussurismo es la que opone diacronía y sincronía, y que redundante en una eliminación de la historia. En las páginas que siguen nos apartaremos de su perspectiva y trataremos de fundamentar por qué, desde nuestro punto de vista, el saussurismo no puede ser considerado en ningún caso una reedición de la oposición cuerpo / mente. Tampoco un libro abarcador y preciso como *La révolution structurale* (1975) de Jean-Marie Benoist nos brinda demasiada ayuda. Centrado en la problemática del sujeto y saludando la crisis del humanismo que ha supuesto el estructuralismo, Benoist ve en él ante todo la posibilidad para la literatura de reinventarse: “Pues de lo que se trata es esto: de la difracción del sujeto, en los dos sentidos de subjetividad y de sujeto-materia de la obra, de la pulverización de la noción de una verdad única de la que el sujeto, en ambos sentidos, sería el guardián.” [“Car c’est de cela qu’il s’agit: de la diffraction du sujet, dans les deux sens de subjectivité et de sujet-matière de l’œuvre, de la pulvérisation de la notion d’une vérité unique dont ce sujet, en ses deux sens, serait le gardien” (1975 : 59)]. Benoist aprecia signos de esta

1.2 El estructuralismo, la ciencia y las humanidades.

Si «estructuralismo» debe ser para nosotros una categoría epistemológica precisa y útil, es necesario, en primer lugar, deslindarlo de los usos diversificados en que cayó cuando el ambiente cultural francés y sus medios de difusión asociados lo popularizaron ampliamente, desde los años cincuenta en adelante. Este punto de partida es precisamente el de Jean-Claude Milner en *El periplo estructural*, quien a modo de frontispicio para su exposición, establece:

Bajo este nombre [estructuralismo] es costumbre reunir dos entidades básicamente diferentes. Existe, por una parte, un programa de investigaciones desarrollado por hombres de ciencia desde fines de la década del 20 hasta fines de los 60; se caracteriza por cierto número de hipótesis y proposiciones; se completa en 1968. Hay, por otra parte, un movimiento de *doxa* que, junto a los actores centrales del programa de investigaciones, reúne otros nombres que no

renovación en el *nouveau roman* de Robe-Grillet y Butor, pero no reflexiona específicamente sobre la crisis de la identidad de la literatura como institución discernible en el sentido que queremos darle aquí. Otro acercamiento de conjunto de ese año 1975, *La poética estructural* de Jonathan Culler, tiene la virtud de centrarse particularmente en la incidencia del estructuralismo en los estudios literarios, pero su punto de partida es inverso al nuestro: arranca de la asunción de que la literatura existe como corpus de textos consensuados por una tradición erudita y tiende más bien a constatar las limitaciones del enfoque estructuralista a la hora de afrontar las indeterminaciones y complejidades semánticas de dichos textos. Su conclusión por lo tanto, será que la misión de una poética estructuralista sería: volver lo más explícito posible lo que conocen implícitamente todos aquellos que se ocupen de la literatura lo suficiente como para interesarse por la poética” (1978: 363). No hay por lo tanto, para Culler, una verdadera revolución estructuralista, sino que en todo caso los avances de la tendencia deberían ser capaces de formalizar los datos de una experiencia y de unos juicios que son los *a priori* legítimos y al mismo tiempo las metas que el análisis estaría solamente en condiciones de corroborar. Algo parecido ocurre con un texto clásico como *La poética estructural* de Todorov, editado por primera vez en 1967 y reeditado con muchas modificaciones en 1973, que parte del “texto literario” como evidencia y termina confeccionando una suerte de narratología. Hay, en fin, un número importante de manuales y visiones de conjunto (Auzias 1968; Piaget 1968; Millet, Varin d’Ainvelle 1970) y también de impugnaciones, sobre todo desde el lado de las distintas vertientes del materialismo dialéctico (Goldmann 1968; Lefebvre 1971; Garaudy-Parain 1971) que pueden aportar elementos a la cuestión según nosotros la enfocamos, pero como reconoce Milner, la cuestión del impacto epistemológico del estructuralismo “después de la compilación pionera que bajo el título *Qu’est-ce que le structuralisme?* Publicaron, en 1968, O. Ducrot, M. Safouan, D. Sperber, T. Todorov y F. Whal [...] no había sido retomada de veras.

participaron en él, a veces ilustres. Este movimiento se desarrolló durante la década del 60 y en gran medida caracteriza intelectualmente el período. Es afectado por Mayo del 68 pero perdura, anquilosándose cada vez más, hasta mediados de los 70 (Milner 2003: 9).

A pesar de su voluntad explícita de concentrarse en la primera de las entidades, Milner aceptará la dificultad que entraña distinguirlas y propondrá incluso hacer un uso fructífero y creativo de esta circunstancia:

Aunque se las deba distinguir, no es posible disociar absolutamente las dos entidades abarcadas por el mismo nombre de “estructuralismo”: el programa inventado por ciertos sujetos y el ruido que hizo el Diario a propósito de algunos de ellos. Del recorrido de los primeros había que dar al menos ciertos elementos. De la imagen trazada por el Diario, no era inoportuno descubrir el motivo (10).

Es esta una declaración de intenciones que querríamos adoptar como propia. Las tensiones y redefiniciones a las que aludimos en nuestra tercera hipótesis, encontrarán a menudo escenario más propicio para su expresión en la arena del debate público, y se efectuarán en maniobras y operaciones que pasan no solo por el trabajo crítico o teórico explícito, sino también por la publicación de artículos en diarios de circulación masiva, la redacción de prólogos o el diseño de colecciones editoriales. A todo ello deberemos referirnos ampliamente a lo largo de nuestro trabajo, pero queremos dejar bien establecido que nuestro objeto específico de investigación no es la reconstrucción de una *doxa*, en el sentido que Milner da a esa expresión aquí, ni la elaboración de una panorámica histórica general y exhaustiva de la crítica literaria argentina y española del siglo veinte, sino el análisis de las tensiones y resistencias necesariamente asociadas al contacto entre dicha crítica y el estructuralismo en el sentido que venimos perfilando para este término. Para seguir, entonces, en esta línea, mencionaremos a continuación la

clasificación que propone al respecto otro filósofo, en este caso el español José Luis Pardo. A diferencia de Milner, quien como acabamos de ver, y quizás por su pertenencia al campo académico francés, no puede obviar del todo la dimensión de hecho cuasi civilizatorio que tuvo el estructuralismo en ese ámbito; Pardo arranca su análisis un poco como quien incursiona en aguas extranjeras, y eso le permite concentrarse en las aristas más netamente epistemológicas que suscita la cuestión sin atender a la *doxa* ni tener que dar demasiadas explicaciones por ello. Veamos enseguida hasta dónde llega en su empeño y qué podemos aprovechar de él.

En una breve obra que será de gran importancia metodológica para nosotros, *Estructuralismo y ciencias humanas*, Pardo propone de entrada la siguiente tripartición: En primer lugar, menciona “un uso no marcado, vago y genérico del término «estructura»” (2001: 5). Aquí debemos pensar más bien en plural, se trata en todo caso de usos que por distintas circunstancias coinciden en el tiempo sin compartir fundamentos ni alcances epistemológicos. Pardo recurre a la monografía de Jean Piaget *El estructuralismo*, para reunir “una serie de significaciones relativamente próximas” que pondrán en contacto desde el “estructuralismo matemático” de Bourbaki hasta la psicología de la *Gestalt* pasando por la sociología de Radcliffe-Brown y Talcott Parsons⁹; pero podría también haber mencionado el volumen colectivo editado por

⁹ Piaget escribe su monografía para la serie *Que sait-je?* de PUF en 1960 y basa su desarrollo en una definición de estructura lo bastante amplia para dar cuenta de la generalidad del fenómeno y lo bastante precisa como para ofrecer de él una caracterización válida. La estructura es para Piaget un mecanismo totalizador y autorregulado de transformaciones cuya popularidad se debe, en buena medida, a que ofrece una alternativa epistemológica a la dicotomía entre el atomismo asociacionista y las totalizaciones del idealismo: “Más allá de los esquemas de asociación atomista y de las totalidades emergentes, existe una tercera posición, propia de los estructuralismos operativos, tal es la que adopta desde un principio una actitud relacional, según la cual lo que cuenta no es ni el elemento ni un todo que se imponga como tal sin que se pueda precisar cómo, sino las relaciones entre los elementos” (1999: 9). La obra de Piaget no será traducida al español hasta los años noventa, en coincidencia con un cierto auge editorial de libros teóricos propiciado por la regulación administrativa, en España, de la licenciatura en Teoría Literaria (Real Decreto 1450/1990). Más allá de avatares cronológicos, los argumentos de Piaget serán retomados por Pardo en un sentido que precisaremos más adelante.

Roger Bastide y aparecido en 1962 *Sens et usages du terme structure dans les sciences humaines et sociales*. Este libro resume el coloquio que tuvo lugar en París en 1959, en el marco de la elaboración de un *Dictionnaire terminologique des Sciences Sociales* patrocinado por la Unesco, y su valor de testimonio de época superará en mucho el alcance de las conclusiones. Al encuentro asistieron pensadores destacadísimos de distintos campos, Benveniste para la lingüística, Lévi-Strauss para la etnología, Lefebvre para la sociología, Lagache para el psicoanálisis, entre algunos otros; pero en su voluntad de darle la mayor amplitud posible al asunto, el tomo acabará por resultar ecléctico y mostrará, en todo caso, que coincidencia terminológica y coincidencia conceptual están lejos de ser una y la misma cosa. “Debe haber una puesta en orden de las diferentes acepciones de la palabra [estructura] y de sus empleos” (165)¹⁰, protesta en las conclusiones M. Guilbaud, el matemático del grupo, en un tono que delata los escasos avances producidos por el encuentro. El error que Pardo trata de conjurar en este primer tramo de sus distinciones es el mismo, pues, que vicia de origen el coloquio de París: la homonimia, el haberse concentrado en la recurrencia de un término antes que en la coincidencia conceptual de términos disimiles. La palabra estructura puede encontrarse, por así decirlo, más acá del estructuralismo, si por éste pretendemos entender una tendencia científica en el seno de las ciencias sociales que procure hacerse cargo de –en términos de Pardo– “la revolución saussureana”.

En este sentido, y según Pardo, hay también un más allá del estructuralismo. Esta será para nosotros su segunda distinción, a la que denomina “estructuralismo semiológico o estructuralismo en sentido amplio”. En esta categoría, aún miscelánea, cabrían autores como Eco, Greimas, el segundo Barthes o Kristeva, a los que Pardo reúne en un mismo movimiento que “más que promover una metodología de las

¹⁰ “Il doit y avoir une mise en ordre des différentes acceptions du mot [structure] et ses emplois”

ciencias humanas, persigue la elaboración de una teoría general de la cultura, que toma a la lingüística –aunque sea para combatirla– como modelo privilegiado [...] y que se abre a una colaboración con la filosofía analítica del lenguaje y con la hermenéutica, desarrolladas en tradiciones por completo ajenas al estructuralismo en sentido estricto” (6).

Pero, ¿cuál sería entonces ese «estructuralismo en sentido estricto», tercera categoría de Pardo? Lo hemos dicho ya, el que “hunde sus raíces en la «revolución saussureana»” (6). En esto, el filósofo español no es particularmente original pero sí preciso: Saussure impone un cambio general a la organización de las ciencias al descubrir un territorio ignoto: el de las diferencias puras. “Más aún”, dirá Saussure en el *Curso*, “una diferencia supone términos positivos entre los cuales se establece; pero en la lengua no hay más que diferencias, sin términos positivos” (1946: 166). Esta idea, que está en el núcleo mismo de todas las distinciones que establece el *Curso*, manifiesta su dificultad tan pronto como, al pensar por ejemplo en la definición de fonema, advertimos la naturalidad con la que ésta se desliza intuitivamente hacia el costado del sonido, regresa, por así decirlo, a su realidad perceptual de “fonema realizado” y no a la sistémica de “haz de diferencias”. Pardo resume:

Las relaciones son aquí lo último y lo primero, y los términos, carentes de identidad sustantiva, sólo se dibujan –y se desdibujan– merced a la presencia o a la ausencia de tales rasgos, como valores de una estructura virtual que puede actualizarse en diferentes realizaciones (20).

Pardo cita además dos fórmulas que expresan sintéticamente las implicaciones de esta perspectiva: “El sistema es inmanente al elemento”, de Oswald Ducrot; y “no hay signo trans-sistemático” de Émile Benveniste. Poner el acento en ello es para Pardo una forma de evitar cierto reduccionismo que, al tomar la fonología como modelo del

estructuralismo, y apoyándose en las numerosas dicotomías que articulan los argumentos del *Curso* de Saussure, tiende a identificar diferencias con pares opositivos y a hacer depender éstos últimos de determinadas propiedades sustantivas de los “elementos” de la lengua. Esta cadena de equivalencias, dirá Pardo, oscurece las verdaderas implicaciones del giro epistemológico que se juega en el estructuralismo.

Es importante advertir que en este punto su argumentación coincide con lo postulado más de medio siglo antes por Ernst Cassirer en “Structuralism and Modern Linguistics” un trabajo con el que el de Pardo guarda estrechas conexiones, a pesar de no referirlo explícitamente. Si decidimos ponerlos en contacto ahora, no es solo por la indudable resonancia que liga sus argumentos, sino porque el amplio arco cronológico que se abre entre los dos textos da testimonio de la persistencia latente de un problema que, en la medida justa de nuestras competencias y objetivos, pretendemos hacer propio.

A decir de sus biógrafos (Loft 2000: 43), fue al final de su carrera que Cassirer entró en contacto con el universo de ideas de la lingüística estructural, y en particular, con las obras de Saussure, Jakobson y Trubetzkoi. Lo tardío de ese conocimiento atenuó su incidencia en la interpretación de una obra como la suya, que había desplegado ya sus propias lógicas, pero no impidió, sin embargo, que el filósofo alemán nos legara algunos comentarios de relieve sobre ese particular giro epistemológico. Para el caso que nos ocupa, “Structuralism in Modern Linguistics” aparece ya póstumo, en el primer número de la revista norteamericana *Word*, y reproduce el contenido de una conferencia dictada en el Círculo Lingüístico de Nueva York en febrero de ese mismo año. Lo que ahora nos importa subrayar de esa intervención, en relación con los dichos de Pardo, es para empezar la contraposición que en ella se establece entre los conceptos epistemológicos de “modelo” y de “campo”. Con un espíritu afín al que animaba a Meillet cuando advertía correspondencias entre *grammaire* y *philosophie*, Cassirer

reconstruye los ideales científicos que respaldaron el progreso de la lingüística durante la segunda mitad del siglo XIX y, en particular, el predominio de la física clásica como faro epistemológico, así como su progresiva puesta en crisis:

La Física parecía haber encontrado su forma definitiva en los *Philosophiae Naturalis principia mathematica* de Newton y en la *Mécanique analytique* de Lagrange. Se aceptaba por consenso que en el estudio de cualquier fenómeno complejo debemos empezar por reducirlo a la categoría de fenómeno mecánico. Y la mecánica en sí misma era concebida como una “Punkt-Mechanik”, como el estudio de los movimientos de puntos materiales (1945: 100)¹¹.

Pero el descubrimiento y posterior estudio de los fenómenos electromagnéticos puso en jaque todo ese sistema al mostrarse que sus comportamientos resultaban irreducibles a la explicación por modelo mecánico:

La solución vino por otro lado. La esperanza de explicar los fenómenos electromagnéticos en términos de materia había fallado; sin embargo era posible cambiar el problema entero: definir la materia en términos de electricidad. En tal caso, la física ya no podría ser descrita como el estudio de puntos materiales. Los campos electro-magnéticos –en el sentido de Faraday y Maxwell– no son ya un agregado de puntos. Podemos y debemos hablar de hecho de las partes de un campo; pero esas partes no tienen existencia por separado. El electrón no es, para usar las palabras de Hermann Weyl, un elemento del campo; es, antes que eso, una emergencia [outgrowth] del campo (“Eine Ausgeburt des Felds”) (101)¹².

¹¹ “Physics seemed to have found its definitive form in Newton’s *Philosophiae Naturalis principia mathematica*, and Lagrange’s *Mécanique analytique*. It was generally acknowledged that in the study of every complex phenomenon we must begin to reduce it to a mechanical phenomenon. And mechanics itself was conceived as “Punkt-Mechanik”, as the study of movements of material points.”

¹² The solution came from quite different side. The hope to explain electro-magnetic phenomena in terms of matter had failed; but it was perhaps possible to change the whole problem: define matter in terms of electricity. In this case, physics could no longer be described as the study of material points. The electro-magnetic fields –in the sense of Faraday and Maxwell– is no aggregate of material points. We may, and must, indeed, speak of parts of the field; but these parts have no separate existence. The electron is, to use

Es evidente el vínculo entre la definición del electrón que el filósofo alemán recuerda a propósito de Hermann Weyl, y las fórmulas de Ducrot y Benveniste rescatadas por Pardo para el caso del signo. Del modelo a la estructura, al campo, se produce un salto del que la lingüística, sin duda, puede beneficiarse. Sin embargo, los paralelismos rápidos no tienen por qué ser esclarecedores, y Cassirer expresará sus prevenciones al respecto:

Tales analogías lógicas o formales no son prueba de una similitud material u ontológica de las materias implicadas [...]. El lingüista vive en un mundo propio. El suyo es un universo simbólico, un universo de sentidos. No podemos analizar el sentido del mismo modo y según los mismos métodos que usamos en el laboratorio químico para analizar un compuesto químico (115)¹³.

Es decir, que para Cassirer la particularidad de esta nueva lingüística residiría en la adaptación al universo del lenguaje de los tipos de juicio y de las formas de razonamiento que la física había aplicado al electro-magnetismo. Hasta ahí, se trataría de una operación análoga a la que, también según sus propios dichos, los neogramáticos de Leipzig habían llevado a cabo a fines del siglo XIX para acercar métodos y presupuestos entre la mecánica clásica y la lingüística. Pero hay, además, un aspecto inédito, que no se dio en este último caso y que resulta fundamental: su afectación del sentido. La irreductibilidad que Cassirer detecta entre los objetos de la física o de la biología y los nuevos objetos de la lingüística apunta al carácter indecible de estos

the terms of Hermann Weyl, no element of the field; it is, rather, and outgrowth of the field (“Eine Ausgeburt des Felds”)

¹³ “This formal or logical analogy does not prove a material or ontological similarity in [its] subject-matter [...]. The linguist lives in a world of his own. His is a symbolic univers, a univers of meaning. We cannot analyse meaning in the same way and according to the same methods that we use in a chemical laboratory for analysing a chemical compound.”

últimos cuando se los piensa en términos de la dicotomía clásica entre materia y espíritu, entre “Natur und Geist”. Y eso es así precisamente porque en ellos opera el sentido:

Si aceptamos el radical dualismo entre el cuerpo y el alma, la materia y el espíritu, entre «substantia extensa» y «substantia cogitans», el lenguaje se convierte, de hecho, en un continuo milagro. En tal caso, cada acto de habla sería una suerte de transubstanciación. El lenguaje es sentido –algo inmaterial– expresado en sonidos, que son entidades materiales (113-114)¹⁴.

La percepción de ese «milagro» en su cualidad de tal sería ya, entonces, síntoma del quiebre que se estaría operando. Es a lo que, haciendo un uso laxo de la célebre expresión, Pardo se refiere como “«el giro lingüístico», es decir, el hecho de que “el lenguaje ha dejado de ser una mera «transparencia» o un «obstáculo» para la expresión del pensamiento” (21). El acuerdo en este punto es cabal entre ambos autores. Se le llame estructuralismo, revolución saussureana, o pensamiento diferencial, lo epistemológicamente relevante del episodio es el trastocamiento de la distribución tradicional de los saberes entre ciencias de la naturaleza y del espíritu, a partir del develamiento de un tipo de objetos de conocimiento que son irreductibles a esa dicotomía. Cassirer comienza recordando a Leibniz y su distinción entre “vérités de raison” y “vérités de fait”, o verdades lógicas y empíricas, para advertir a renglón seguido:

El nuevo movimiento arrancó con una gran paradoja. Incorporaba una cierta reevaluación de nuestros antiguos valores lógicos y epistemológicos. Si los adherentes y defensores del programa de la lingüística estructural tienen razón,

¹⁴ “If we accept the radical dualism between body and soul, matter and spirit, between “substantia extensa” and “substantia cogitans”, language becomes, indeed, a continuous miracle. In this case, every act of speech would be a sort of transubstantiation. Speech is meaning –an incorporeal thing– expressed in sounds, which are material things.”

debemos admitir que en el reino del lenguaje no existe oposición entre lo formal y lo empírico (104)¹⁵.

Esta particularidad separa a los nuevos objetos de conocimiento tanto de uno como del otro lado de la oposición clásica, y cuestiona, fundamentalmente, el carácter omniabarcativo de la misma. Cassirer insiste en la distancia que se abre así entre la lingüística y la física: “El lenguaje es una «forma simbólica». Consiste en símbolos y los símbolos no forman parte de nuestro mundo físico. Pertenecen a un universo completamente distinto de discurso” (114)¹⁶. Pero al sopesar la especificidad de tales “símbolos”, tampoco las Geisteswissenschaften ofrecen respuestas claras, a menos que se precise, hasta transformarlo, el sentido de Geist:

El término Geist es correcto; pero no debemos usarlo como nombre de una sustancia –algo “quod in se est et per se concipitur”. Debemos usarlo en un sentido funcional como un nombre abarcativo para todas aquellas funciones que construyen y constituyen el mundo de la cultura humana (114)¹⁷.

El uso de los términos “funcional” [“functional”] y “funciones” [“functions”] en este fragmento debe considerarse en la órbita de lo relacional y antisubstantivo, en línea con lo expuesto en otros libros suyos como *Substanzbegriff und Funktionsbegriff* (Vandenberghé 2001: 482). Mientras que la referencia al ámbito general de la “cultura humana”, autorizada por la mención saussureana de una “semiologie” en ciernes,

¹⁵ “The new movement started with a great paradox. It contained a certain revaluation of our former logical and epistemological value. If the adherents and defenders of the program of linguistic structuralism are right, then we must say that in the realm of language there is no opposition between what is “formal” and what is “factual””.

¹⁶ “Language is a «symbolic form». It consists of symbols and symbols are not part of our physical world. They belong to an entirely different universe of discourse”.

¹⁷ “The term “Geist” is correct; but we must not use it as a name of a substance –a thing “quod in se est et per se concipitur”. We should use it in a functional sense as a comprehensive name for all those functions which constitute and build-up the world of human culture”.

inscribe el interés del último Cassirer por los desarrollos del estructuralismo lingüístico en su proyecto de mayor aliento: la formulación de una teoría general de las formas simbólicas que elimine lo dado en favor de lo producido. Esta circunstancia explica que el filósofo alemán cierre su trabajo con el análisis de un término en principio descartado por Pardo, «Gestalt», cuyos orígenes remonta a las primeras apariciones del vocablo en Schiller y Goethe, y concluya a propósito de esto:

Si tenemos en cuenta todo este conjunto de características, el término Gestalt puede prestarnos un servicio importante. Nos puede ayudar a ver la conexión entre problemas que, a primera vista, parecen remotos unos de otros (120)¹⁸.

El grado de amplitud y generalidad al que apunta Cassirer refuerza nuestra hipótesis de partida de un quiebre epistemológico, pero a su vez se adentra en territorios específicos de la teoría de la ciencia que forzosamente escapan tanto a nuestra competencia como a los objetivos que nos hemos fijado para la presente investigación. En este sentido, y para concluir, es conveniente volver a los dichos de Pardo, quien clarifica la situación haciendo un uso holgado de la tríada lacaniana real-simbólico-imaginario para describir el nuevo escenario del saber creado por la irrupción del pensamiento estructural:

[...] Tanto las hipótesis empiristas y atomistas como el contra-argumento fenomenológico-hermenéutico se avienen al reparto [...] entre un saber que se ocupa de la comprensión y del sentido (en el vocabulario estructuralista, de lo imaginario), efectivamente irreductible a la realidad material, pues una percepción no puede descomponerse en sensaciones sin perder todo su significado; otro saber que se ocupa de lo real (porque efectivamente lo real existe: [...] las intensidades sensitivas que registran los aparatos de medición

¹⁸ “If we take all these various features together, the term “Gestalt” can do us an important service. It can help us to see the connection between problems that at first sight, seem to be far remote one from another”.

también son irreductibles a significado alguno). El terreno de las causas (reales) se divorcia así del de los efectos (imaginarios), siendo tan *inexplicable* como *incomprensible* por qué tales causas producen tales efectos. [...] El Todo imaginario para unos, las partes reales para otros, pero sin pasaje alguno de un escenario al otro. Y éste es [...] el cómodo reparto que el estructuralismo vino a cuestionar al introducir, de la mano de la noción saussureana de *signo*, el territorio de lo *simbólico*, tan irreductible a lo imaginario de los significados fenomenológicos como a lo real de los componentes materiales, tan irreductible al cuerpo o a la materia como al alma o al espíritu (Pardo, 2001: 27).

A pesar de ser más restringido en su enfoque que Cassirer –ya que deja sin analizar los desarrollos del pensamiento científico ajenos a la lingüística–, Pardo va un paso más allá que éste y propone un espacio epistemológico enteramente nuevo para el estructuralismo que no puede saldarse recurriendo a las redefiniciones. En opinión de Pardo, lo que ha ocurrido, casi de un modo técnico, ha sido un proceso de deconstrucción del par *Natur- / Geisteswissenschaften*, merced al cual un tercer elemento, al que, con todas las prevenciones del caso, podemos llamar estructuralismo, irrumpe como opuesto, no a uno y/o a otro término de la dicotomía alternadamente, sino a la oposición en su conjunto, en cuanto tal, para ocupar el lugar exacto de la barra, de la brecha que se abría entre los dos elementos originales, aquello que la oposición había silenciado precisamente para poder constituirse.

Es en este sentido exacto, entonces, que pretendemos usar aquí el término estructuralismo. Su coincidencia con la categoría histórica, que suele referir más bien a todo un ambiente cultural de la posguerra eminentemente francesa, será solo parcial. Su relevancia sociológica, como moda, asociada al crecimiento exponencial de los medios masivos de comunicación durante los años sesenta nos interesará solamente en la medida en que en ella se pongan de manifiesto las tensiones y resistencias que produce

su irrupción en el territorio epistemológico de la literatura. Procuraremos siempre, además, relacionar tales hechos con debates de fondo que en ocasiones habrá que remontar hasta los primeros años veinte del siglo pasado, década en que, al decir de Milner, el estructuralismo despegó como programa científico.

Desde esta perspectiva, los avatares de la primera recepción de Saussure en el ámbito hispánico cobrarán una importancia particular: Los primeros cursos dictados al respecto por el filólogo catalán Manuel de Montolú para el Instituto de Filología de Buenos Aires en 1925; o los que ofrece Dámaso Alonso en la Universidad Internacional de Verano de Santander en 1934; así como la traducción íntegra del *Cours* que Amado Alonso publica en Losada en el 46, y de ahí hasta la retraducción y recontextualización que encarará José Sazbón tres décadas más tarde con su *Saussure y los fundamentos de la lingüística moderna*: Todos estos elementos tejen entre sí una red de argumentos y polémicas que deja traslucir en su envés el destino de la literatura como objeto crítico en un campo del saber reordenado a partir de lo simbólico.

Este reordenamiento tendrá características específicas según sea, por decirlo con un eco bourdiano, el estado del campo al que afecte; es decir, dependiendo del particular predominio de ideas y tendencias críticas que se dé en cada caso, en cada momento y escenario; tanto como del diseño mismo del campo, de sus circuitos consagradorios, de las relaciones previas del saber literario con los demás saberes, así como con los poderes que los habilitan, que tratan de controlarlos y de usufructuarlos. Dependerá, en fin, también, del ingrediente incontrolable del acto individual, de la intervención resignificadora e incluso de la astucia, cuya singularidad trataremos de respetar en esta investigación aunque sin dejar por ello de atender a su carácter sistémico, a lo que, por decirlo en términos precisamente estructurales, le otorga su sentido.

Esta tupida red de condicionamientos recíprocos parece, sin embargo, contradecir el carácter general de quiebre epistemológico que querríamos darle a ese estructuralismo que es nuestro punto de partida. Para matizar tal impresión, conviene apuntar ahora las formas fundamentales en que el quiebre afecta a la literatura, tanto a su definición como a sus formas institucionales.

1.3 Estructuralismo y Literatura

“Durante el siglo XVIII”, nos recuerdan Jean-Luc Nancy y Philippe Lacou-Labarthe, “la palabra se carga de un valor estético y un valor histórico a la vez” (2012: 21). Pero si, con el grupo de Jena, la literatura emprende el camino de radicalidad que caracterizará su empresa estética moderna¹⁹; el saber histórico le ofrece en cambio un espacio de institucionalización ambiguo o, mejor, indecidible. Para los discursos del saber, la literatura es inmediatamente problemática, y tan pronto se la puede considerar un medio como un fin. Releamos, para mejor verlo, las primeras líneas de *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales* (1800), un texto de Madame de Staël al que con frecuencia se le ha concedido rango inaugural:

¹⁹ Nos referimos, en fin, a la radicalidad que propone Schlegel en su conocido y muy citado fragmento 116: “La poesía romántica es una poesía universal progresiva. Su determinación no es sólo volver a reunir todos los géneros separados de la poesía y poner en contacto a la poesía con la filosofía y la retórica. Ella quiere, y además debe, ora mezclar, ora fusionar poesía y prosa, genialidad y crítica, poesía artificial y poesía natural, hacer a la poesía viva y social y a la vida y a la sociedad poéticas. [...] El género poético [*Dichtart*] romántico está aún en devenir. En efecto, su auténtica esencia es que sólo puede devenir eternamente, nunca puede ser completamente. No puede ser agotada por una teoría y sólo una crítica adivinatoria podría atreverse a querer caracterizar su ideal. Ella sola es infinita, como ella sola es libre y reconoce como su ley que el libre arbitrio del poeta no se somete a ninguna ley. El género poético [*Dichtart*] romántico es el único que es más que un género y al mismo tiempo es el arte poético [*Dichtkunst*] mismo: pues en cierto sentido toda poesía es y debe ser romántica”. (Lacou-Labarthe, Nancy 2012: 147-148).

Me propuse examinar cuál es la influencia de la religión, de las costumbres y de las leyes sobre la literatura, y cuál es la influencia de la literatura sobre la religión, las costumbres y las leyes. Existen, en lengua francesa, tratados que no dejan nada que desear sobre el arte de escribir y los principios del gusto; pero me parece que no se han analizado suficientemente las causas morales y políticas que modifican el espíritu de la literatura. Me parece que aún no se ha considerado filosóficamente como se han ido desarrollando gradualmente las facultades del hombre bajo la influencia de los obras ilustres de todos los géneros, que se han escrito desde los tiempos de Homero (1800 : III)²⁰.

Sin duda, De Staël escribe azorada aún por los estragos que produjo la Revolución Francesa²¹, su idea de literatura le debe todavía mucho a la tradición ilustrada de las *belles lettres*²² y, al amparo de la identificación clásica, considera la belleza como una manifestación particular de la virtud moral²³; pero la tensión

²⁰ "Je me suis proposé d'examiner quelle est l'influence de la religion, des mœurs et des loix sur la littérature, et quelle est l'influence de la littérature sur la religion, les mœurs et les loix. Il existe, dans la langue française, sur l'art d'écrire et sur les principes du goût, des traités qui ne laissent rien à désirer ; mais il me semble que l'on n'a pas suffisamment analysé les causes morales et politiques, qui modifient l'esprit de la littérature. Il me semble que l'on n'a pas encore philosophiquement considéré comment les facultés humaines se sont graduellement développées par les ouvrages illustres en tout genre, qui ont été composés depuis Homère".

²¹ Hemos llegado a un período que se parece, bajo ciertos aspectos, al estado de espíritu en el momento de la caída del Imperio Romano, y a la invasión de los pueblos del norte. En aquel período, el género humano tuvo necesidad del entusiasmo y de la austeridad. Cuanto más se depravan las costumbres en la Francia de hoy, más cerca está uno de cansarse del vicio, de irritarse contra las interminables desgracias atadas a la inmoralidad. La inquietud que nos devora terminará con un sentimiento vivo y decidido, que los grandes escritores deben adelantarse a captar. ["Nous sommes arrivés à une période qui ressemble, sous quelques rapports, à l'état des esprits au moment de la chute de l'empire romain, et de l'invasion des peuples du nord. Dans cette période, le genre humain eut besoin de l'enthousiasme et de l'austérité. Plus les mœurs de France sont dépravées maintenant, plus on est près d'être lassé du vice, d'être irrité contre les interminables malheurs attachés à l'immoralité. L'inquiétude qui nous dévore finira par un sentiment vif et décidé, dont les grands écrivains doivent se saisir à l'avance"] (331).

²² Antes de ofrecer un acercamiento más detallado al plan de esta obra, es necesario subrayar la importancia de la literatura considerada en su acepción más amplia; es decir, conteniendo los escritos filosóficos y las obras de imaginación, todo eso, en fin, que concierne al ejercicio del pensamiento en la escritura, a excepción de las ciencias físicas" ["Avant d'offrir un aperçu plus détaillé de du plan de cet ouvrage, il est nécessaire de retracer l'importance de la littérature, considérée dans son acception la plus étendue ; c'est-à-dire, renfermant en elle les écrits philosophiques et les ouvrages d'imagination, tout ce qui concerne enfin l'exercice de la pensée dans les écrits, les sciences physiques exceptuées"] (IV).

²³ "La parfaite vertu est le beau idéal du monde moral" (VI).

quiasmática en la que coloca los saberes sobre la literatura y sobre el mundo, la relación de esclarecimiento mutuo que propone para ellos, está destinada a hacer fortuna. Ocurre que en el quiasmo se ponen de manifiesto tanto los poderes de los objetos entrecruzados –poder del uno sobre el otro–, como el carácter irreductible de cada uno de ellos, su capacidad para “seguir en pie” y para afirmarse precisamente allí donde se los trata de dominar. Esa tensión resultará fundante para la literatura moderna y sus ecos resonarán todavía en el par diltheyano *erklären / verstehen*, basamento sobre el que se alza la distinción entre *Natur-* y *Gesiteswissenschaften*. El estructuralismo, tal como lo venimos definiendo aquí, opera su quiebre, ya lo dijimos, en el interior de esa distinción, la desterritorializa, podría decirse con un eco deleuziano, al ofrecer *otro lugar* desde el cual poder pensarla. Ese acontecimiento tendrá mayor efecto sobre la literatura, o de modo más general sobre el lado *Gesit-* de la oposición, porque como dijimos, es para el *Geist-* que la oposición es fundante, no así, en el mismo grado, para el *Natur-*. El estructuralismo, en fin, ofrece *otro lugar* de saber en el que la literatura sencillamente *no puede hacer pie*, un lugar que la literatura, para poder existir, no solo niega o impugna, como podía ocurrirle con el saber del *erklären*, sino que, más radicalmente, desconoce; y lo más desconcertante aún, ese lugar se encuentra en el seno mismo del lenguaje.

En esa particular circunstancia encuentran origen muchas de las acusaciones de “imperialismo” que recaerán sobre el estructuralismo en su versión francesa. Se percibe que la tendencia invade territorios ya ocupados; y a la vez, se tiene la forzosa sensación de que hay que elegir, que no es posible la conciliación entre el saber nuevo y el antiguo; o, más aún, de que no se puede desalojar al recién llegado porque, en cierto modo, no está ahí, no acusa nuestros golpes sino que, a pesar de su insidiosa presencia, nos deja asestando golpes al aire. El estructuralismo alcanza así una categoría

fantasmagórica y se le acusa, por ese mismo motivo, de convertir en fantasma a todo lo que toca. La nueva crítica, acusa Raymond Picard en su archiconocida polémica contra Barthes, “ha volatilizado su objeto –que era la literatura”.

Esta polémica, es necesario admitirlo, excede en realidad los alcances de nuestro asunto; Picard la entabla explícitamente y de entrada contra una variedad de “nuevos métodos: psicoanálisis o psico-crítica, análisis marxista, análisis estructural, descripción existencial o fenomenológica, combinación original de estos métodos, etc.”. Pero no es tanto su alcance –como tampoco su carácter de enfrentamiento político-cultural, de lucha por el poder, tan bien analizado y hasta desmenuzado por Pierre Bourdieu (2002: 39 y ss.; 2008: 153 y ss.)– lo que nos interesa ahora, sino el suelo epistemológico en el que ésta se asienta y la dirección en que señala su dedo acusador. Barthes lo sintetiza admirablemente en *Crítica y verdad* cuando escribe: “lo que no se tolera es que el lenguaje pueda hablar sobre el lenguaje”. Vale la pena indicar que veinte años después, una declaración semejante podrá ser reapropiada ya no como índice y sumario de una discusión, sino para señalar el emplazamiento mismo de la teoría literaria, su “lugar de trabajo”. En *The Resistance to Theory*, Paul De Man escribirá, calcando la fórmula barthesiana: “La resistencia a la teoría es una Resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje” (1990: 25); y lo completará como sigue: “Nada puede supercar la Resistencia a la teoría, ya que la teoría misma es esa resistencia” (36). Llegados a este punto, podrá decirse que el estructuralismo habrá completado el ciclo de su influencia, abriendo el camino a una teoría literaria que, paradójicamente, se constituirá sobre la disolución de la literatura. De Man es perfectamente consciente de este trayecto que tratamos de establecer, y lo resume en los siguientes términos:

El advenimiento de la teoría la ruptura que ahora se deplora tan a menudo y que la sitúa aparte de la historia literaria y de la crítica literaria, tiene lugar con la introducción de la terminología lingüística en el metalenguaje sobre la literatura.

Por terminología lingüística se entiende una terminología que designa la referencia antes que al referente y tiene en cuenta, en la consideración del mundo, la función referencia del lenguaje o, para ser más explícitos, que considera la referencia como una función del lenguaje del lenguaje y no necesariamente como una intuición. La intuición implica percepción, consciencia, experiencia y conduce inmediatamente al mundo de la lógica y de la comprensión con todos sus correlatos, entre los que la estética ocupa un lugar prominente. El supuesto de que puede haber una ciencia del lenguaje que no sea necesariamente una lógica lleva a l desarrollo de una terminología que no es necesariamente estética. *La teoría literaria contemporánea toma la alternativa en ocasiones tales como la aplicación de la lingüística saussureana a los textos literarios. [...] Al considerar el lenguaje como un sistema de signos y de significación en lugar de una configuración establecida de significados, se desplazan o suspenden las barreras tradicionales entre los usos literarios y los presumiblemente no literarios y se libera al corpus del peso secular de la canonización textual* (19, el destacado es nuestro).

Si recuperamos ahora el ejemplo de Barthes, comprobaremos, como nos recuerda Antoine Compagnon, que, en el momento de la polémica, el crítico francés se encuentra ya *en otro lugar*, “il est déjà ailleurs”. Desde esta perspectiva, 1966 es tanto el año de *Crítica y Verdad*, como el de su ponencia en el coloquio de Baltimore, “Escribir, verbo intransitivo”, que supondrá un renacer de la noción de *escritura* como categoría crítica, en claro desafío al concepto tradicional de literatura. Contemporáneamente, es sabido, otros términos tales como “texto” o “discurso” concurrirán, con distintos alcances e implicaciones, para producir un efecto parecido. A menudo suele invocarse esta eclosión terminológica como la marca que deslinda al estructuralismo de la apertura hacia su post-. No es eso lo que queremos discutir ahora, sino quedarnos un paso más acá y subrayar el papel jugado por el propio estructuralismo en ese proceso: considerar que es a partir de sus categorías y de las paradojas y aporías suscitadas por éstas, que el

post-estructuralismo encuentra su espacio, su sentido y sus condiciones de posibilidad²⁴. Ese “más allá del estructuralismo” –para tomarle de nuevo prestado el título a Henri Lefebvre–, es un lugar en el que la literatura ha visto modificado su estatuto y se ha convertido ante todo en un acontecimiento teórico. La *escritura* amalgama a las figuras del crítico y del escritor en una empresa sin deslindes claros; la *resistencia* demaniana es a la vez el lugar en el que habitan la teoría y el que manifiesta la literatura.

La pregunta hoy célebre, ‘¿Qué es la literatura?’ –nos dicta Foucault en 1964– está asociada para nosotros al ejercicio mismo de la literatura, no como si se lo preguntara a posteriori un tercero que se interroga sobre un objeto extraño y exterior a él, sino como si tuviera su lugar de origen precisamente *en* la literatura; como si preguntar “¿Qué es la literatura?” y el propio acto de escribir fueran una sola cosa (2015: 73).

Desde este punto de vista, el estructuralismo alberga y manifiesta al mismo tiempo tanto el ensueño de esclarecer a la literatura, de dominarla definitivamente –despojándola de todas sus dignidades y disolviéndola en el reino indistinto de los objetos simbólicos–, como el poder para empujarla hacia su ser mismo convirtiéndola en una empresa imposible.

¿Cuándo es literatura la obra? Su paradoja consiste precisamente en que sólo es literatura en el instante mismo de su comienzo, desde su primera frase, desde la página en blanco. Sin duda, sólo es realmente literatura en ese momento y en esa

²⁴ Nuevamente, recurriremos a la claridad y al poder de síntesis de José Luis Pardo: “El escollo con el que se encontró el estructuralismo [...] viene a poner de manifiesto que la diferencia en cuestión (la diferencia entre el plano semiológico de la Lengua y el plano semiótico del Habla), la diferencia gracias a la cual hay lenguaje y que define el genuino haber del lenguaje, no puede reducirse a ese cuadro de oposiciones binarias, no es ‘digitalizable’ ni expresable en términos de ‘presencia / ausencia’, porque en ella no se trata de distinciones epistemológicamente útiles, no se trata de un saber acerca del lenguaje, sino que *se trata del ser del lenguaje* (que no es, obviamente, ningún ‘ente’, ningún significante, ningún significado, sino únicamente esa ‘Diferencia’ entre significante y significado, entre Lengua y Habla, etc.) En cierto modo, podría decirse que, así como Gadamer representa en Alemania la toma de conciencia del ‘giro ontológico’ de la hermenéutica propiciada por Heidegger, la filosofía post-estructuralista francesa (Foucault, Derrida, Deleuze, Lyotard, Serres) ha sido la encargada de hacer consciente al estructuralismo de su propio ‘giro ontológico’” (2001: 53-54).

superficie, en el ritual previo que traza para las palabras el espacio de su consagración. Y por consiguiente, una vez que esa página en blanco comienza a llenarse, una vez que las palabras comienzan a transcribirse sobre esa superficie aún virgen, en ese momento, cada palabra es de algún modo absolutamente decepcionante en lo que toca a la literatura, ya que no hay ninguna que pertenezca por esencia, por derecho natural, a ella. (Foucault 2015: 77-78).

Pero a pesar de haber comenzado refiriendo ejemplos muy conocidos de lo que, generalmente, se entiende por estructuralismo en sentido histórico, nuestra intención no es explorar lo que este proceso tiene de específico como circunstancia francesa, sino sorprenderlo en su generalidad, como una suerte de destino epistemológico que se verifica tan pronto como la literatura se cruza con las propuestas de Saussure.

Por ejemplo, en 1925 uno de los discípulos más destacados del lingüista ginebrino, Charles Bally, publica en París *Le langage et la vie*. Esta obra, como otras del mismo autor, puede ser interpretada sin demasiada violencia como un esfuerzo por completar el trabajo del maestro²⁵, extendiéndolo hacia un área que Saussure había desestimado, la lingüística del habla²⁶. Enseguida Bally llegará a la siguiente conclusión:

²⁵ Es el caso del *Traité de Stylistique française*, dedicado “A mon maître, Ferdinand de Saussure”, obra pionera en su terreno que Bally publica en 1909. Lo temprano de la fecha impide, sin embargo, el tono polémico que imperará en alguno de los ensayos de *Le langage...*, escritos cuando el término estilística ha diversificado ya sus sentidos y ocupado un lugar de prominencia en el campo de la crítica literaria.

²⁶ Esta afirmación puede resultar controvertida ya que, habitualmente, las historias de la estilística ubican la obra de Bally bajo el epígrafe “estilística de la lengua”, por oposición a una “estilística del habla o del estilo” (Fernández Retamar 1958: 78). Esta última, optando por una definición restringida del vocablo «estilo», se concentraría en rasgos estrictamente individuales, no generalizables. Más allá de lo problemático que supone establecer la pertinencia y aún la existencia misma de tales rasgos así considerados, observemos que Bally muy de otro modo, insiste en que su materia prima de estudio debe ser la “langue parlée”, cuya espontaneidad opone, precisamente, al carácter convencional y consciente de la lengua literaria. Más aún Bally advierte sobre el error que supone hacer de esa “langue parlée” una abstracción, una simple “langue” en el sentido saussureano: “Quand à la *langue parlée* [...] il faut se garder d’y voir une mode d’expression idéal, une langue déduite par abstraction des tendances générales du langage; c’est au contraire une *réalisation* concrète de ces tendances, c’est la seule langue réelle et

El hombre que habla espontáneamente y actúa por medio del lenguaje, aun en las circunstancias más triviales, hace de la lengua un uso personal y la recrea constantemente. Si sus creaciones pasan inadvertidas, es porque en su mayor parte no tienen porvenir [...]. Sin embargo, es un error despreciarlas; si se las examinara, se vería que se cumplen siguiendo las tendencias subterráneas que rigen el lenguaje; que esas creaciones espontáneas se destacan del fondo de la lengua usual como las creaciones de estilo se destacan del fondo de la lengua literaria convencional; que esos dos tipos de innovaciones, hallazgos espontáneos del hablar y hallazgos de estilo, derivan de un mismo estado de espíritu y revelan procedimientos muy semejantes (1941: 41-42).

Identidad de procedimientos y aun una más aventurada identidad de estados subjetivos entre el escritor y el ocurrente. La lingüística estructural descubre así un territorio en el que no hay entre lengua y literatura una diferencia de naturaleza, sino apenas un bache marcado por las convenciones sociales. Ya antes habrá advertido Bally:

La lengua literaria tiene, sobre todo, valor social; es símbolo de distinción, de buenas maneras intelectuales, de educación superior. La lingüística no la puede mirar de otro modo que como una de esas lenguas especiales [...]. En ese sentido, la lengua literaria tiene su lugar –lugar de honor, desde luego- junto a la lengua administrativa, la científica, la de los deportes, etc. (41).

No hay duda de que el trono que Bally todavía le otorga a la literatura se tambalea. Es ya apenas una salvedad. De intérprete privilegiada -“espejo de Dublín y de Irlanda, espejo también de Europa y de sus milenios” podrá escribir todavía Auerbach (1950: 515) a propósito del *Ulises* de Joyce, por poner sólo un ejemplo conspicuo-

vivante qui existe. Bien loin qu'elle soit un terme de comparaison, c'est elle qui doit bénéficier de tous les procédés d'explication auxquels nous aurons recours" (1909 : 29).

pasará a ocupar el papel de interpretada²⁷. Y eso en una tensión que no es la tradicional a la que podía someterla la crítica sociológica, el positivismo o el historicismo —el mundo y la obra en una relación de esclarecimiento mutuamente condicionado, según vimos—, sino que toma la forma de una interrogación acerca de sus fundamentos mismos y de sus condiciones de posibilidad, de su realidad de signo.

Esta perspectiva habilita también una cierta lectura de la evolución del Formalismo Ruso: El abandono de su proyecto original —que, como es sabido, consistía en una caracterización de la lengua poética por oposición al lenguaje de uso ordinario—, coincide ni más ni menos que con la creciente problematización que nociones como la de *zaum* o palabra transracional, la pura materia fónica, sufrirán frente a la aparición del concepto de fonema²⁸. Es de este modo que, a ojos de los formalistas, la literatura perderá evidencia y se convertirá en una entidad evanescente, fantasmática, según ya habíamos visto. Su valor tradicional, el ingrediente estético, será entonces absorbido y asimilado en esquemas funcionalistas, ya sean estos intra-lingüísticos, como en el caso de las seis funciones propuestas por Jakobson en su teoría comunicacional, o extra-

²⁷ Para retomar el uso que hace Pardo de la tríada lacaniana, puede citarse al respecto el diagnóstico que propone Jorge Belinski: “Con el surgimiento del estructuralismo o, si se prefiere, de *los estructuralismos*, lo imaginario se cargará de un sentido negativo, hasta identificarse con una fuente de ilusiones y de engaños, con la sede misma del desconocimiento.[...] Lo imaginario se limitará a reflejar los sistemas de creencias a través de los cuales los hombres se explican su hacer, lo que poco o nada tiene que ver con lo que realmente hacen y, sobre todo, con lo que verdaderamente *los* hace. En este sentido, lo imaginario se emparenta estrechamente con el concepto de ideología.” (2007: 23-24).

²⁸ Jakobson cuenta en su libro-entrevista con Krystyna Pomorska (1980: 41) que recibió un ejemplar del *Curso* de Saussure en 1920, de manos de uno de sus redactores, Albert Sèchey. José Amícola añade: “Hay que decir, por otro lado, sin embargo, que Saussure estaba siendo difundido en la Unión Soviética también a partir de otras vinculaciones académicas entre Rusia y Suiza, de modo que todos los miembros del formalismo conocieron sus ideas desde relativamente temprano. Es evidente, por lo tanto, que Jákobson, por aquella época, aprovechó las enseñanzas saussurianas para aplicarlas a su área de interés, que seguía siendo la poesía, a la vez que ampliaba el espectro de sus lecturas, saliendo del ámbito ruso y dirigiendo su mirada a otros lingüistas e investigadores polacos, Micolái Kruszewski (1851-1887) y Jan Baudouin de Cortenay (1845-1929), no por azar admirados también por Saussure. Justamente de este último habrá de tomar Jákobson la capital definición de “fonema”, término lingüístico con el que se va a poder superar el callejón sin salida en la polémica sobre la condición de presunta asemantividad de la lengua transracional creada por los primeros futuristas” (1997: 82).

lingüísticos, como en la generalización de la “función estética” propuesta por Mukarovsky: “Cualquier cosa o hecho, independientemente de su configuración, pueden convertirse en portadores de la función estética y, por lo tanto, en objeto de placer estético” (2011: 35).

Llegamos así a una caracterización precisa de lo que en el curso de nuestra investigación queremos dar a entender cuando utilicemos el término “estructuralismo”, con una aplicación que rebasa lo que suele entenderse por este término en sentido histórico. Es este empuje teórico, este clivaje y esta tensión que lleva a la literatura hasta sus propios límites lo que trataremos de localizar en los diferentes episodios que analizaremos a continuación. Desde luego que, como lo demuestran los mínimos ejemplos que acabamos de evocar aquí, esta tarea resulta más fácil cuando se la acomete sobre, digamos, la historia mayor o general de la teoría y la crítica literarias; por la simple razón de que, a causa de su amplia circulación, los textos que la componen suelen leerse desligados de los elementos circunstanciales que los vinculan a los debates y polémicas de su tiempo. Cuando se adopta, como es nuestro caso, una perspectiva regional, la situación se invierte y son precisamente esos elementos de circunstancia los que acostumbran a pasar al primer plano, dotando a las historias nacionales de su carácter idiosincrásico y de sus lógicas internas, refiriéndolas a las «problemáticas» que les son propias, para decirlo con un término caro al historiador de las ideas Carlos Altamirano. Sin pretender desconocerlas, nuestro propósito será, en cambio, recuperar la vertiente más teórica de esos episodios, advertir de qué modo y hasta qué punto, debate y teoría se solapan, se subsumen o se desconocen mutuamente.

2. Plan de la investigación

Poner en primer término la rotura epistemológica que supone el estructuralismo tal como lo hemos definido, examinar toda una serie de polémicas y operaciones que puntúan el desarrollo de la crítica literaria a la luz de las tensiones que las ideas de Saussure imponen a la disciplina, abre la oportunidad de reinterpretar esos debates en lo que estos tienen de maniobras estratégicas, políticas de control y dominación de los discursos, procedimientos de hegemonización y también de preservación de un conjunto de valores cuya vigencia ha sido puesta en crisis. Se trata, en fin, de arrojar nueva luz sobre la historia de la crítica usando a la teoría como elemento contrastivo, o como ruido de fondo que condiciona escenarios con una amplitud y una penetración a menudo difíciles de reconocer. Ya hemos mencionado al respecto el programa cultural que despliega Amado Alonso desde el Instituto de Filología. Veremos a continuación el papel ambiguo que desempeña Saussure en él, como ingrediente necesario del proyecto modernizador pero también como punto de fuga del idealismo y del elitismo que subyace a la empresa del filólogo navarro.

En la España del franquismo, el «otro Alonso», Dámaso, revisará y propondrá modificaciones a los conceptos saussureanos para sostener una ideología crítica que aúne las garantías hermenéuticas de la filología con una poética de lo indecible y del misterio en un contexto gobernado por la censura y la represión. La perspectiva comparatista permitirá en estos casos apreciar diferencias y matices dentro de los desarrollos de la estilística hispánica de un modo no siempre contemplado por la historiografía tradicional.

Avanzando en el tiempo, la década de los sesenta acentuará las diferencias entre ambos escenarios. Mientras en la Península Ibérica, bajo la larga dictadura franquista y

en un clima de atonía cultural, subsiste la hegemonía crítica de Dámaso Alonso, Argentina mostrará un dinamismo y una diversificación crecientes en medio de un panorama sujeto, sin duda, a fuertes perturbaciones políticas. El desembarco del estructuralismo en el país se verá condicionado por la importancia de los discursos en torno a la dependencia y por el creciente peso de la política como “región dadora de sentido”, según la célebre expresión de Oscar Terán. En este contexto, nuestro análisis establecerá el paralelo, no muy habitual, entre las trayectorias de dos críticos: la de Oscar Masotta y la de Nicolás Rosa. Partimos, en primer lugar, de una observación poco atendida: la coincidencia de objetos y métodos entre el primer Rosa –fundamentalmente el de *Crítica y significación*– y el Masotta que va de la etapa contornista a *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Si en el porteño, la pregunta por lo simbólico irá alejándolo progresivamente de la literatura como objeto crítico privilegiado; en el rosarino, será precisamente la voluntad de preservar el valor político inmediato de lo literario, lo que conducirá al crítico a abjurar de la lengua –en sentido saussureano, como opuesta al habla– y a concentrarse en una «poética del resto» que permita igualar «palabra silenciada» con «palabra literaria». Se produce, en fin, una suerte de quiasmo entre ambas figuras que puede interpretarse como la manifestación de una problemática subterránea en torno al lenguaje, una inquietud por el estatuto de la literatura. Poner el foco en esa corriente sorda que atraviesa las polémicas «visibles» que organizan el campo de la crítica literaria argentina produce un efecto de desterritorialización –ése es, al menos, nuestro objetivo– cuya consecuencia no es tanto una historización de la teoría como una teorización de la historia.

La llegada, finalmente, del estructuralismo a España será tardía y se imbricará con apremiantes cuestiones de orden social, como el fin del Franquismo. Las urgencias teóricas se mezclarán entonces con necesidades de renovación institucional que

recibirán respuestas variadas desde los distintos flancos políticos en liza: el continuismo, la ruptura, el reformismo, un abanico de opciones y alternativas del que trataremos de dar cuenta. Contribuirá a ese fin la selección de los autores analizados en ese apartado particular: María del Carmen Bobes Naves, Alicia Yllera y Antonio García Berrio, pertenecientes todos a círculos, tendencias e incluso generaciones distintas dentro del ámbito de la crítica literaria española. Insistimos, nuestra voluntad no es describir las problemáticas de un campo en el estado explícito en que las muestran sus debates, sino tomar al estructuralismo como piedra de toque, como esa “inquietud en el lenguaje –que no puede ser sino una inquietud del lenguaje y dentro del lenguaje mismo”, según la definió alguna vez Jacques Derrida (2004: 9), para localizar en el seno de las polémicas explícitas sus tomas de partido implícitas, sus puntos ciegos y, en definitiva, sus usos estratégicos de la teoría.

La perspectiva comparada, por otro lado, nos permitirá rectificar y, a veces, abiertamente impugnar sentidos comunes y verdades establecidas sobre la historia de la crítica en ambos países. Ya hemos apuntado la cuestionable identidad de la estilística practicada a ambos lados del Atlántico. En esa misma cuenta habrá que anotar, por ejemplo, el cuestionamiento de que en la Argentina la recepción del estructuralismo fuera tardía, o que sus efectos fueran débiles, parangonables a los de una moda intelectual. Asimismo se refutará la idea contraria, que hace de España un país de rápida absorción de las novedades por razón de su larga tradición de vinculaciones entre los estudios lingüísticos y los literarios. Este es otro de los aportes positivos que esperamos poder anotar entre los objetivos cumplidos por nuestra investigación.

Por último, no queremos terminar el presente capítulo introductorio sin dedicar aún algún espacio al estado presente de la cuestión.

3. Hacia un estado de la cuestión

Ya hemos advertido a lo largo de esta introducción que nuestra intención no es hacer una reposición histórico-diacrónica de la recepción del estructuralismo en los dos escenarios propuestos. Además de las razones de orden teórico-metodológico aducidas hasta aquí, concurren circunstancias de otro cariz que igualmente deben ser señaladas. Y es que, si bien no existen trabajos monográficos específicos que aborden la cuestión en los términos concretos en que aquí la planteamos; sí contamos con una variedad de estudios históricos consistentes que permiten recuperar el grueso de los hechos integrables en la trama de dicha recepción sin que se aprecien vacíos importantes en ese terreno. Pasaremos a continuación a detallar algunos de los títulos que consideramos más relevantes y en los que, principalmente, vamos a apoyarnos para dotar a nuestros análisis del contexto histórico necesario.

Para el polo argentino, la historia del Instituto de Filología, institución a la que se vincula el grueso de la producción de Amado Alonso, había sido objeto ya de un breve trabajo monográfico de Frida Weber de Kurlat (1975) incluido en el volumen *Homenaje al Instituto de Filología «Dr. Amado Alonso» en su cincuentenario 1923-1973*. Asimismo, puede consultarse con provecho la contribución de Ana María Barrenechea (1995-1996) al doble número monográfico que la revista *Cauce* preparó para conmemorar el cuadragésimo aniversario de la muerte del filólogo navarro. En ese mismo volumen de homenaje se encuentran también los trabajos de carácter más bien memorialístico de Mabel V. Manacorda de Rosetti o de Peter M. Boyd-Bowman, así

como las observaciones de Juan Manuel Lope Blanch, Juan Ramón Lodares, Gustavo Bombini, Roberto Bein y Elvira Narvaja de Arnoux en torno a la actitud de Amado Alonso frente al problema de la lengua²⁹. Sin embargo, se trata de acercamientos que, en general, se mantienen dentro del registro del elogio, para los que Alonso juega el papel de maestro ejemplar cuando no de héroe modernizador sin demasiados matices³⁰. Salvo muy contadas excepciones³¹, habrá que esperar a años recientes para que el episodio del Instituto, y en particular las cerca de dos décadas (1927-1946) que engloban la presidencia de Alonso, reciban la atención de los historiadores sin que

²⁹ Manacorda de Rosetti repasa en realidad la contribución de Amado Alonso a la enseñanza del español en la Argentina a raíz de su colaboración con el Ministerio de Educación en el año 1936, así como el porvenir de sus ideas en los sucesivos planes de estudios; pero nos interesa también la reconstrucción que ofrece del sistema de expectativas de los alumnos que asistían a los cursos dictados por Alonso en esos años, testimonio de la excentricidad del personaje tanto en su marco de origen, la Escuela Española de Filología, como en el contexto de acogida, el campo intelectual argentino. Esto nos permite avizorar las características de lo que, en su tiempo, podía considerarse un pensamiento lingüístico «moderno» y el papel que las ideas de Saussure podían jugar en ello. En ese mismo sentido, el “homenaje tardío” de Peter M. Boyd-Bowman rememora el fugaz paso de Alonso por la academia americana, y apunta interesantes razones al escaso eco que sus ideas tuvieron en ese ambiente, completando así el perfil intelectual del personaje. Por su parte, Juan Manuel Lope Blanch, acerca las ideas lingüísticas de Alonso y de Andrés Bello en ocasión del prólogo que el primero de ellos agregó a la *Gramática de la lengua castellana* del segundo; Lope Blanch subraya coincidencias entre ambos en la concepción normativa de la gramática y en la legitimidad atribuida a los hablantes americanos para contribuir al “castellano general”, entendido este como una estandarización del habla culta en sus distintas variedades diatópicas. Gustavo Bombini ahonda en la intervención de Alonso en los planes estatales de educación y en las polémicas que suscitó su posterior modificación, poniendo foco en la defensa sectorial que realiza Alonso llamando a la profesionalización del profesorado. Juan Ramón Lodares detalla el influjo de la corriente espiritualista, y en particular de Croce y Vossler, en el desempeño filológico de Alonso. Roberto Bein y Elvira Narvaja analizan el cambio de actitud del navarro frente a la variedad rioplatense del español y su creciente valorización del mismo en correspondencia con la consolidación de Buenos Aires como centro editorial.

³⁰ “Un verdadero maestro en el sentido más amplio y generoso del término” lo llama Frida Weber de Kurlat (1975:4); mientras que Ana María Barrenechea se pregunta, con explícita intención retórica: “¿Qué impresión de deslumbramiento dejó en sus alumnos cuando le oyeron exponer por primera vez un concepto lingüístico o literario que había meditado y renovado?” (1995-96: 98). Este tipo de juicios, junto a los que alaban la personalidad vivaz y generosa de Alonso –Una buena recopilación de los mismos puede encontrarse en el trabajo de Hortensia Viñes Rueda “Acerca de las ideas lingüísticas de Amado Alonso” (1980)– deben servir ante todo para discutir, no su veracidad, sino la constitución de un sistema de valores que enmarque los posibles usos y sentidos estratégicos que inmediatamente toma la teoría al someterse a sus condiciones de difusión.

³¹ Yakov Malkiel, quien ya había criticado por razones filológicas el *opus magnum* de Alonso, *De la pronunciación medieval a la moderna* (véase Malkiel 1973: 29 n.), será uno de los pocos en aventurar que el pertinaz idealismo del navarro, lejos de ser un ingrediente modernizador, terminó por resultar un anacronismo y la principal razón del “escasísimo éxito que tuvo en Norteamérica, fuera del círculo de los hispanófonos” (1977: 19).

medien para ello circunstancias de homenaje o conmemoración. Pensamos en particular en los trabajos fundamentales que ha elaborado al respecto el historiador de la lingüística Guillermo Toscano (2009; 2013). Toscano se ha sumergido en los archivos del Instituto y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, entre otros, para reescribir la historia de la institución sin escamotear polémicas ni discusiones, considerando, por ejemplo, “que la creación del I[nstituto de] F[ilología] resulta de la integración conflictiva de dos proyectos diferentes: el nacionalismo reformista de Ricardo Rojas y el programa de modernización científica desarrollado en España por la JAE” (2009: 113-114); o advirtiendo, también, que la gestión de Alonso estuvo lejos del idilio institucional que suele describirse elípticamente, y que no recibió informes positivos del Consejo Directivo de la FFyL hasta 1934 (2013: 154), es decir, siete años después de haber asumido como director. Guillermo Toscano y Fernando Degiovanni³² (2010a; 2010b) ofrecen asimismo un interesante acercamiento a los debates sobre política lingüística que se entablaron en torno a la creación del Instituto, tomando como figura central al que fuera, casi circunstancialmente, su primer director, Américo Castro, y extendiendo el arco de su atención hasta comienzos de la década del cuarenta, cuando estalla la polémica con Borges a raíz de la publicación de *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (1941)³³. Las cuestiones de política lingüística han recibido una notable atención durante la última década, lo cual ha permitido revisar ciertas nociones muy establecidas y acrecentar el material de archivo disponible. Si bien

³² Fernando Degiovanni es además autor de un libro de cierta importancia para nosotros. En *Los textos de la patria* (2007), el profesor de la Universidad de Nueva York propone una comparación entre las colecciones de letras nacionales diseñadas por José Ingenieros –*La cultura Argentina* (1915-1925)– y por Fernando Rojas –*Biblioteca Argentina* (1915-1928)–, remitiendo el grueso de sus diferencias a un debate de fondo entre positivismo y espiritualismo culturales. Su trabajo no solo ofrece una mirada a la «prehistoria» de nuestro asunto, sino que perfila los contornos de una confrontación, la del idealismo frente al positivismo, que reencontraremos a menudo inserta en las discusiones sobre el estatuto de la literatura.

³³ La cuestión, en realidad, ya había sido abordada por Ivonne Bordelois y Ángela Di Tullio, pero sin el aporte documental de material inédito de Toscano y Degiovanni.

esto nos aparta un poco del núcleo de nuestras preocupaciones, nos brinda, al mismo tiempo, un marco conceptual de enorme importancia para entender cómo se articula el saber lingüístico de cada momento determinado con las intervenciones que la crítica literaria organizará en defensa de la especificidad de su objeto; y con qué alcance dichas intervenciones cuestionan la distribución de un campo de conocimiento finalmente en disputa. Ángela Di Tullio ofrece una primera aproximación fundamental con su *Políticas lingüísticas e inmigración* (2003), centrada en el período que va de 1880 a 1930, es decir, en coincidencia con los grandes procesos migratorios que determinaron la fisonomía de la población Argentina durante todo el siglo veinte, y en consecuencia, el escenario base sobre el que Alonso iba a desplegar el grueso de su actividad. Para Di Tullio (2003: 171 y ss.) la confrontación y alternativa entre un programa de europeización demográfica del país y otro de nacionalización de los inmigrantes encuentra una clausura a fines de los años veinte, cuando la masificación de las instituciones educativas obligará ante todo a plantearse objetivos de eficacia pedagógica antes que programática³⁴. La contribución de Alonso a ese contexto, algo hemos dicho ya de ello, fue significativa; así como el aporte del estructuralismo a la ideología científica que sostiene sus intervenciones, tema en el que profundizaremos más adelante. En 2008 Juan Antonio Ennis publicó en Frankfurt *Decir la Lengua: Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*, un trabajo que, cuestionando la periodización de Di Tullio, extiende la vigencia de la polémica hasta las últimas décadas del siglo XX. Los aportes metodológicos y el estado de la cuestión que delinea Ennis en la primera parte de su trabajo, constituyen una excelente introducción a la problemática

³⁴ Al respecto, véanse también las precisiones que aporta “Legislación político-lingüística en Argentina”, contribución de Roberto Bein al coloquio “Lenguas, literaturas y sociedad en la Argentina” celebrado en Viena en marzo de 2003. Por otra parte, conviene aclarar que si bien Di Tullio clausura el ciclo de transformaciones del debate en la década del treinta, eso no le impide incluir la polémica entre Borges y Castro, a principios de los cuarenta, como última expresión epigonal del mismo (Di Tullio 2003: 211).

que tejen los polos lengua / ciencia / ideología, sobre todo a partir de lo que el propio autor denomina una “corriente de estudios sobre ideologías lingüísticas” (17) originada fundamentalmente en el mundo anglosajón³⁵ como una suerte de “examen de conciencia de la disciplina” (28)³⁶. El análisis concreto de los debates, será sin embargo, más exiguo, y se reducirá a los episodios más salientes de una historia que remonta hasta la generación romántica, aportando únicamente diferencias de matiz a las lecturas habituales de los mismos.

Dentro del campo lingüístico, es todavía muy reciente el trabajo archivístico de Mara Glzman, *Lengua y peronismo*, que ha venido a colmar un importante vacío en este campo. *Lengua y peronismo. Políticas y saberes lingüísticos en la Argentina, 1943-1956* (2015), es ante todo una recopilación de documentos de muy diversa índole, desde decretos e intervenciones parlamentarias, hasta prólogos, artículos periodísticos o capítulos de libro, con los que la autora pretende hacer resonar las discusiones y posturas que se adoptaron frente al problema de la lengua nacional en los distintos foros que se ocuparon del asunto durante esos años. El archivo que arma Glzman tiene como

³⁵ Ennis cita y comenta numerosas fuentes en apoyo de sus argumentos y especificaciones metodológicas. Para ofrecer una idea aproximada de lo que refiere nos limitaremos sin embargo a mencionar dos títulos muy influyentes: Por un lado, los apartados metodológicos que Kathryn A. Woolard y Michael Silverstein elaboraron para el volumen colectivo *Language Ideologies* (1998), editado como memoria de un simposio de la American Anthropological Society, estudios en los que “ideologías lingüísticas” e “ideas sobre el lenguaje” encuentran puntos en común sobre la base de una etnología crítica que apunta la unificación de los discursos bajo la etiqueta englobante de “prácticas sociales”. Por otro lado, la noción de discurso la articula Ennis a partir de las teorizaciones de Jan Blommaert, cuya síntesis más comprensiva puede encontrarse en el manual *Discours: A critical introduction* (2005) que el autor belga escribió para la serie “Key Terms in Sociolinguistics” de la Universidad de Cambridge. Bommaert considera al discurso como un objeto del análisis crítico en la medida en que puedan focalizarse los “efectos de poder” que en él se articulan a partir de “an eclectic register of approaches and methods capable of grasping the full complexity of discourse as a site of inequality” (233).

³⁶ Ennis es extremadamente preciso en las distinciones que conviene establecer dentro de esta madeja ideológica: “en primer lugar, el campo que señala la relación entre las [ideologías lingüísticas] y las estructuras lingüísticas [...]; en segundo lugar el estudio de las ideologías lingüísticas dentro del campo de la lingüística de contacto, y por último un área que contempla los discursos públicos acerca de la lengua y su significación ideológica, incluyéndose dentro de estos discursos el estudio científico de la lengua” (Ennis 2008: 28 n. 21). Ciertamente, el último de los ámbitos señalados será el de mayor pertinencia para nuestros intereses.

primer efecto cuestionar la idea sostenida por Silvia Sigal de que el peronismo se caracterizó fundamentalmente por la “ausencia de una política cultural” (1991: 50).

Busca además perturbar la historización en compartimentos estancos:

La secuencialización narrativa a partir de cierto *tema / tipo de institución* ubica los documentos de una manera política y socialmente tranquilizadora: las academias, con las academias. En cierto modo, se corre el riesgo de obstaculizar otras posibilidades de puesta en serie, en particular, la concomitancia de procesos que a primera vista se muestran como zonas diferentes del archivo: academias y sindicatos. Una visión conjunta, por ejemplo, del debate parlamentario, de la ley 14007 de 1950, del decreto reglamentario 7500/52, del capítulo “Cultura” del Segundo Plan Quinquenal y de determinados textos que participaron de su difusión –el *Manual práctico* entre ellos– permite, en cambio, anotar relaciones entre las discusiones políticas en torno de las academias y el papel que se proyecta, en aquella coyuntura, para los sindicatos como espacios de producción cultural y de “organización de la cultura”. (69)

Glozman nos proporciona, en fin, no solamente un fondo documental valioso, sino una serie de prevenciones a las que habrá que estar atentos incluso más allá del estrecho período que circunscribe su trabajo. El estructuralismo desbarató las distinciones tradicionales entre lo literario y lo no literario, y las respuestas que suscitó esa nueva situación deberán ser contrastadas y aquilatadas en un contexto que nunca es netamente intradisciplinar ni intrainstitucional. Por otro lado, si la cronología «en bruto» a la que recurre Glozman para armar su archivo evita la disposición tranquilizadora de los materiales y propicia, en cambio, contactos inesperados y productivos; nuestra apelación a la teoría y al estructuralismo como hilo conductor de nuestras indagaciones no se propone otra cosa que la de dislocar, desterritorializar, dijimos antes, la ilación narrativa de determinadas parcelas de la historia de la crítica.

Sin movernos aún del polo argentino, podemos precisar que para el período que nos incumbe, esa historia se fue construyendo retrospectivamente a partir, sobre todo, de la década de los ochenta.

Definir el pasado, las circunstancias y genealogía de la crítica literaria argentina se convierte en una tarea demandada a la que acuden algunos de los nombres mayores de la disciplina. Es en ese momento, además, que se forja la imagen del estructuralismo argentino como un episodio básicamente de importación de saber, quizás solo una moda, proveniente de Francia. Se marginan así tanto las experiencias autóctonas de difusión temprana del saussurenaísmo, como la cuestión epistemológica de fondo que tratamos de rescatar aquí.

Eliseo Verón, reconocido pionero (Acuña 2005: 283), publica en el primer número de la revista *LENGUAjes* (1974) un temprano ejercicio de evaluación. Acusando aún el fragor polémico de la primera hora, distingue etapas y adelanta lo que a su entender puede retenerse como lo más destacado de la producción crítica suscitada, pero su perspectiva semiológica se encuadra en un contexto general de lucha contra la dependencia cultural que pone entre paréntesis la especificidad del objeto literatura.

En el transcurso de pocos y agitados años las aproximaciones históricas a la cuestión podrán adoptar enfoques más descriptivos; aunque no completamente exentos de matices valorativos. Así, en 1981 Nicolás Rosa da a la imprenta los dos fascículos que *Capítulo* dedica a “La crítica literaria contemporánea”. Se trata de un panorama histórico que tiene en cuenta el carácter renovador del estructuralismo aplicado al discurso crítico literario en tanto “técnica analítica” (1981: 362), pero que no lo considera específicamente en ninguno de los cortes historiográficos que propone. Resulta interesante y provechoso cotejar este trabajo con el artículo que publicará Rosa en 1999 como cierre al volumen *Políticas de la Crítica*. En él se apuntan el retorno de la

crítica más contemporánea a Sartre y “un proclamado y teatral rechazo de la teoría” (1999: 344). La técnica analítica estructural, se ha convertido ahora en “huella” (1999: 342), pero el pasaje entre ambos momentos no ha sido documentado en sus avatares particulares. Jorge Panesi ofrecerá algunas pistas sobre la cuestión en “La crítica argentina y el discurso de la dependencia”, publicado en 1984 en la revista *Filología*. Al evaluar el papel de *Los Libros* en la escena intelectual argentina de principios de los setenta, Panesi valora la voluntad de la revista de centrar el debate sobre las obras mayores del estructuralismo francés, pero relativiza la importancia de su recepción por dos razones: que el proceso se encuentra subsumido en el discurso más abarcador de la dependencia, y que –ya lo adelantamos– por el desfase cronológico entre países centrales y periféricos “la picazón estructural... ya [habría llegado] con su remedio incluido” ([2004]: 39).

Cinco años después, en 1989, Adolfo Prieto publica en *Punto de Vista* “Estructuralismo y después”, un resumen conciso de la fortuna del estructuralismo francés en la crítica literaria argentina, centrado en las trayectorias de Nicolás Rosa, Noé Jitrik y Josefina Ludmer, sin olvidarse, eso sí, de mencionar la precedencia de Ana María Barrenechea, formada en la tradición del Instituto de Filología, e introductora de las vanguardias teóricas europeas “con la familiaridad que le aseguraba su entrenamiento en los textos de los lingüistas del círculo de Praga” (1989: 22). El revisionismo de Prieto basa sus críticas para el caso argentino en las ya mencionadas incongruencias cronológicas de su recepción, ligándolas esta vez a las maniobras de la industria cultural; pero de modo significativo, admite que el trabajo teórico estructuralista “afectó de una u otra manera el léxico y las estrategias de los otros discursos críticos, trazando una común frontera diferenciadora entre viejos y nuevos hábitos críticos” (1989: 24).

Precisamente, fue esta ambigüedad constitutiva de la noción de estructuralismo invocada por Prieto; ese ser, a la vez, experiencia fugaz y clivaje profundo, lo que en primer lugar llamó nuestra atención y nos inclinó a adoptar un enfoque epistemológico. Lo que tratamos de hacer a partir de ahí fue poner en primer plano la potencia perturbadora que las afirmaciones de Prieto le atribuyen, y repensar la recepción del estructuralismo, ya no como un ir y venir de traducciones más o menos fortuito o calculado, sino como un proceso de resistencia y negociación con dicha potencia.

La década de los noventa se abrirá con la publicación de dos trabajos de importancia, al menos desde la perspectiva más general del “campo cultural”. Se trata de *Nuestros sesentas* (1991) de Oscar Terán, y de *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (1991) de Silvia Sigal. Terán, atento a los aspectos filosóficos de la cuestión, vincula el interés suscitado por el estructuralismo a la atracción que, a partir de Sartre, ciertos intelectuales argentinos habrían desarrollado por los discursos totalizantes. Sigal, por su parte, ofrece algunas claves sociológicas importantes para comprender la conformación del campo intelectual argentino en el momento de la recepción del estructuralismo francés, haciendo hincapié en la relación entre cultura y política, así como en las estructuras de las instituciones culturales y en las estrategias y circuitos consagratorios de que disponían, argumentos todos a los que habrá que prestar la debida atención. A estas panorámicas generales hay que añadir, por su puesto, un proyecto editorial mucho más ambicioso como la *Biblioteca del Pensamiento Argentino* dirigida por Tulio Halperín Donghi. Los volúmenes que el propio Halperín dedica al período que va del Centenario al golpe del 43 y, sobre todo, el que Beatriz Sarlo, con la colaboración de Carlos Altamirano, consagra a los treinta años siguientes, serán de gran ayuda para ordenar el contexto en el que se inscribe nuestra investigación.

Dentro de este registro de obras colectivas, destaquemos también la publicación en 1999 del décimo volumen de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dirigida por Noé Jitrik, que aborda precisamente las dos décadas que van de 1955 a 1976. Aunque no dedica ninguno de sus capítulos a la incidencia del estructuralismo francés en la práctica crítica, las menciones al método se multiplican. El propio Jitrik (1999: 25), con amplias y reconocidas deudas a lo apuntado por Silvio Mattoni (2000) retoma la divisoria entre “viejos y nuevos hábitos críticos” establecida por Prieto ubicando en su centro, como ejemplar, la trayectoria de Oscar Masotta. Susana Cella, (Jitrik 1999: 47) directora del volumen, realiza una operación semejante al equiparar el corte que produce la relectura barthesiana de Macedonio Fernández con la revalorización de Estrada o Arlt por parte del grupo *Contorno*. Igual importancia tendrá para nosotros el artículo de H. Crespo (Jitrik 1999: 423-446) “Poética, política, ruptura”, que concede centralidad al polo cordobés nucleado alrededor de la revista *Pasado y Presente*, con un papel de primer orden como difusor del estructuralismo althusseriano en el contexto de la polémica entre la ortodoxia comunista y la nueva izquierda de inspiración gramsciana. En 2001, José Luis de Diego publicará *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?* Al describir el campo intelectual argentino entre 1970 y 1986, de Diego ampliará las opiniones vertidas por Panesi y Sigal con especial atención a revistas como *Los Libros*.

Queremos destacar también la publicación de *Telquelismo latinoamericanos* (2008), de Jorge Wolff, quien, con profusión de citas, repasa la fortuna de la crítica francesa en Argentina y Brasil para dar cuenta de algunos procesos –la politización de la crítica, la extensión de su objeto hacia los medios de masas-, que la historiografía había tratado ya con un enfoque más sistemático. El texto incluye algunas entrevistas, entre otros a Nicolás Rosa, Héctor Schmucler y Germán L. García, para quien: “todos los

autores que nosotros hemos difundido en castellano han sido editados por mejicanos y no por nosotros” (Wolff, 2008: 264).

Una extensión igualmente latinoamericana, aunque más tangencial, es la que ofrece Claudia Gilman en *Entre la pluma y el fusil* (2003, reedición ampliada en 2012). Al analizar la agitada relación entre literatura y política que se desencadena en el continente a partir, sobre todo, de la Revolución Cubana, Gilman anota algunos avatares interesantes de la historia del estructuralismo francés en Latinoamérica, y en particular, su tránsito, desde el desdén inicial que le prodigan los adherentes más fervorosos al patrón de revolucionario anti-intelectual (2003: 175), hasta su redención como “práctica teórica” de la mano de Althusser (365).

Para el polo español, existen algunas obras ya canónicas como la de José Portolés, *Medio siglo de filología española (1896-1952)* (1988), que ensaya una lectura de la historia de la disciplina a partir de su tensión fundante entre idealismo y positivismo. El corte cronológico que propone denuncia desde el título un doble sesgo en su trabajo. En primer lugar, la autonomía que concede a la materia estudiada. A diferencia de la mayoría de los trabajos argentinos, cuyos deslindes temporales suelen remitir a acontecimientos políticos resonantes, Portolés recorta su estudio pensando en circunstancias puramente filológicas: desde la publicación de la primera obra importante de Ramón Menéndez Pidal, *La leyenda de los Infantes de Lara*, hasta la muerte de Amado Alonso. Cambios cruciales, como la Guerra Civil y la larga dictadura franquista que le sigue, se diluyen así en una continuidad que tiene sus beneficios pero también sus costos. En segundo lugar, la noción de “filología española” que resulta de esa mirada «intrínseca» le permite a Portolés englobar bajo tal etiqueta a todos aquellos practicantes, antes que nada, de una metodología o, para decirlo de otro modo, a los

participantes en una discusión académica cuya tensión original posiblemente encuentre una raíz común en el Centro de Estudios Históricos pero que, estrictamente hablando, es internacional. Ese doble sesgo es común a muchos de los trabajos que de uno u otro modo se ocupan de historiar la crítica literaria española, desde el inaugural “La situación actual de la crítica literaria española” que Gonzalo Sobejano escribe en 1962 y publica en Alemania. Otro tanto podemos decir que ocurre con la *Historia de la crítica literaria española* (1966) que Emilia de Zuleta escribe, desde Argentina, para la madrileña Editorial Gredos y que termina siendo una suerte de compendio bibliográfico, casi un diccionario de nombres. Los volúmenes de la *Historia y crítica de la literatura española*, colección que se viene aún ampliando y que coordina Francisco Rico, son en cierto sentido una exhaustiva ampliación de ese mismo procedimiento, pero con criterio temático y cronológico, ordenados por obras y épocas, no por autores. Resultan de consulta imprescindible para reconstruir el estado de los estudios literarios tanto en un momento determinado como sobre un asunto en particular; pero se ocupa únicamente de temas españoles, por lo que la emergencia de la teoría puede rastrearse solo de modo indirecto. En paralelo se ha ido afirmando otra tendencia más dispuesta a estrechar los vínculos entre los avatares de la crítica literaria y la política, o cuanto menos a incluirla a la primera en el orbe más abarcador del campo intelectual. Desde el inaugural *Falange y Literatura* (1971) de José-Carlos Mainer, o la tesis doctoral de Sultana Whanón-Bensusán *Estética y crítica literarias en España (1940-1950)*, defendida en 1984 pero inédita hasta la década siguiente, hasta la obra entre documental y ensayística de Jordi Gracia, con títulos como *Estado y Cultura* (1996) o *La resistencia silenciosa* (2004), en los que se aventura la tesis de una continuidad de la tradición liberal antes y después de la contienda civil, pero sin dejar de lado el contexto cultural al que tuvo que acomodarse. El período de la dictadura –que representa, por otro lado, el grueso de los

años que abarca nuestra investigación–, ha sido el revisado con más intensidad en esta última década, comenzando con la monumental *Historia de la literatura fascista española* de Julio Rodríguez Puértolas, una obra en dos volúmenes que en realidad ofrece más de lo que propone su título, y supone un exhaustivo repaso al universo cultural de la España franquista desde los tiempos inmediatamente anteriores a la sublevación. Su impresionante caudal informativo y documental convierte en seminal el ácido ensayo de Andrés Trapiello *Las armas y las letras* (reeditada en 2010), que se ocupa del mismo período. Más humilde y, a la vez, más pertinente para nosotros es el volumen *La filología en el purgatorio* (2003), obra del ya mencionado José-Carlos Mainer, en la que pasa revista al estado de la disciplina en torno a los años cincuenta a través de una serie de ensayos monográficos sobre algunos de los críticos literarios más significados del período.

No queremos dejar de mencionar, en fin, algunos volúmenes de carácter memorialístico escritos por los protagonistas directos de los hechos, como *Generaciones y semblanzas*, de Rafael Lapesa, o el misceláneo *Los discursos del gusto*, de Francisco Rico, en el que se incluyen entrevistas de carácter personal que aportan también información valiosa sobre el estado de los estudios lingüísticos y literarios del país en las décadas del sesenta y setenta.

En el terreno estrictamente lingüístico, debe destacarse en primer lugar la obra de Manuel Peñalver *La escuela de Menéndez Pidal y la historiografía lingüística hispánica* y, sobre todo, para lo que nos concierne, el “Apedice” que Luis Casteleiro incluye en su libro *Saussure: La revolución en lingüística*, titulado “Presencia del Curso de Lingüística General en España”. El trabajo de Casteleiro sirve para matizar la pretensión de Dámaso Alonso de haber sido el primero en hablar de Saussure en España, pues aporta referencias saussureanas anteriores. Entre ellas destaca *La Paraula*

(1921), obra del clérigo y lingüista catalán Ricard Aragó i Turón, que dedica un capítulo entero de su libro a considerar la teoría de Saussure. Pero en este aspecto el trabajo de Casteleiro es muy sumario. Hay análisis anteriores que aportan más datos, como los de José Polo (1992a, 1992b, 1998, 1999a, 1999b) quien, por ejemplo, apunta el caso del lingüista cubano Juan Miguel Dighio, probablemente el único de habla hispana que llegara a mantener correspondencia escrita con Saussure (1992b: 195), o —algo que nos interesa más—, apoyándose en el trabajo pionero de Santiago Mollfulleda (1983: 245), anota el interés de Pompeu Fabra, gramático de la lengua catalana, por el lingüista ginebrino. Ahondando en esa dirección, Brauli Montoya (1990: 109 y ss.), dibuja un interesante panorama del saussurismo en Cataluña, que incluye otros nombres, como los del fonólogo Pere Barnils, el del pedagogo Alexandre Galí y, sobre todo, el del dialectólogo Manuel de Montolíu, que terminará siendo el tercer director del Instituto de Filología y el primero en mencionar a Saussure en la Universidad de Buenos Aires.

Para el período posterior a la Guerra Civil y, específicamente, en el terreno que nos interesa, contamos con la obra definitiva de Christian Timm *Europäische Strukturalismus in der spanischen Grammatikographie* (2011) que rastrea las fuentes teóricas del funcionalismo español, es decir, de la versión de la glosemática difundida en España a partir de la obra de Emilio Alarcos.

Este repaso bibliográfico puede parecer extenso, pero es en realidad sumario y podría duplicarse con facilidad. En todo caso resulta suficiente para ilustrar lo que venimos diciendo: Que es mucho y de gran calidad el trabajo realizado en la reconstrucción cronológica del campo que nos ocupa y poco lo que podría aportarse en ese mismo sentido. Arriesgamos, por lo tanto, una tesis interpretativa, aprovechando las sólidas bases históricas con las que ya contamos. Puede afirmarse, entonces, que *la*

estructura episódica de este trabajo no es más que la manifestación formal de su vocación hermenéutica. Aun cuando la ligazón de los episodios puede justificarse desde el punto de vista histórico –por las idas y vueltas de traducciones, el desplazamiento de la capitalidad editorial del Viejo al Nuevo Continente y viceversa, los avatares institucionales y políticos que conectan ambas orillas del Atlántico–, queremos dejar bien establecido que su selección ha sido fruto, ante todo, de la investigación misma, y que la noción de estructuralismo que los articula no es, o no quiere ser, tanto un concepto cristalizado como el efecto del trabajo interpretativo. Páginas atrás dijimos que el advenimiento del estructuralismo, según aquí lo caracterizamos, podía leerse como una suerte de destino epistemológico para la literatura, que esa circunstancia disolvía sus sentidos institucionales para entregarla a la radicalidad romántica de su empresa, convirtiéndola así en objeto teórico puro. De este modo, lo que los episodios seleccionados deben develar, idealmente, no es otra cosa que su «inconsciente teórico», la ceguera epistemológica que los funda y que los hace posibles. En las páginas que siguen se sucederán una serie de «escenas teóricas» cuya ilación no es estrictamente narrativa sino más bien, si se nos permite, psicoanalítica: son las lógicas de la represión, del retorno y de la denegación las que prevalecerán aquí, antes que las de la causa y de la consecuencia que hechizan a la historiografía.

Asumimos por lo tanto, y a consciencia, algunos riesgos, eludimos ciertos reaseguros del género; pero no por ello nos entregamos a la indefensión. Esperamos, por el contrario, que sea *otra cosa* la que emerja: antes una *disponibilidad* que una conclusión. Lo que ofrecemos, a continuación, queremos pensarlo así, es un *trabajo y sus marcas*.

CAPÍTULO I

LA PRIMERA RECEPCIÓN DE SAUSSURE A LA ARGENTINA: NEUTRALIZACIÓN DEL ESTRUCTURALISMO EN EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA

Si, como hemos consignado en la Introducción, Saussure y su teoría del signo contienen ya condensadas todas las potencialidades desestabilizadoras que anidan en el estructuralismo, si está ahí, en germen, la posibilidad de cuestionar a la literatura tal y como se la venía concibiendo y estudiando hasta el momento; resulta pertinente y necesario, entonces, rastrear las primeras operaciones de importación de las teorías del lingüista ginebrino ocurridas en los polos propuestos. Para el caso argentino, estas operaciones se darán en el marco de una estrecha vinculación con la academia española, ya que serán los filólogos del Centro de Estudios Históricos los primeros en mencionar a Saussure en las aulas y salas de conferencias porteñas, tan abiertas a los intelectuales extranjeros durante las primeras décadas del siglo XX. Estas intervenciones, por lo tanto, se enmarcarán en una agenda que es la de la promoción de la filología española en el continente, y en un contexto, el argentino, que muy a menudo los especialistas españoles darán muestras de comprender sólo de un modo parcial.

Es, por lo tanto, conveniente, comenzar este capítulo con un acercamiento, aunque sea somero, a estas dos facetas de la cuestión: por un lado, el escenario argentino, los debates y polémicas en torno a la lengua que se estaban dando cuando Saussure cruzó el Atlántico de la mano de los españoles. Por el otro, caracterizar el proyecto expansivo de la filología española en el continente, y encuadrarla en un

proceso de intensificación de las relaciones entre Argentina y España, tanto comerciales como académicas; y aún muchas veces de carácter mixto.

1. Situación del debate sobre la lengua en la Argentina antes de la recepción de Saussure.

Como adelantamos en el estado de la cuestión incluido en nuestra Introducción, durante los últimos tres lustros han sido varios los historiadores de la lingüística que han consagrado sus energías a reconstruir el estado de los debates y polémicas en torno a la lengua que agitaron el contexto argentino a principios del siglo XX (Di Tullio 2003; Ennis 2008; Degiovanni y Toscano 2010a, 2010b; Alfón 2012). Por esta razón, en el presente apartado ofreceremos apenas una aproximación acotada al asunto, y centrada, principalmente, en los elementos más importantes a tener en cuenta en una evaluación de las operaciones de importación de Saussure. Remitiremos a las fuentes consultadas para mayores precisiones.

Es casi obligado comenzar un apartado de estas características mencionando el *Idioma de los argentinos*, que Lucien Abeille publica en 1900. “La obra de Lucien Abeille”, escribe Fernando Alfón “[...] constituye una escisión tal que amerita pensarla como el inicio de un nuevo período”, (2012: 111). La novedad radica en que, por primera vez, la cuestión del idioma nacional, controversial desde los tiempos de la generación romántica, abandona los periódicos o el ensayo voluntarista y se sitúa en el terreno de la ciencia, amparada en los recursos comparatistas y filológicos a los que –de modo parecido a como había hecho el fonetista alemán Rodolfo Lenz en el caso

chileno— el francés Abeille recurre para justificar la constitución de una lengua propia de los habitantes de la Argentina.

Lo que más nos interesa a nosotros ahora es señalar el anudamiento entre ciencia y política lingüística, una tensión que no abandonará la polémica en torno al idioma nacional mientras esta tenga vigencia. La importancia de esta vinculación estriba en que a partir de ahí se establecerán dominios cruzados, de modo que quien pueda legitimar su autoridad en un terreno, tendrá inmediatamente franqueado el otro³⁷. Es por eso que entre las incontables refutaciones que recibe Abeille, no es raro que se lo critique sin mencionarlo o que se silencie su trabajo. “No merece mención”, escribirá Groussac (1900:387), al filo de la publicación del *Idioma*, “una rapsodia reciente, en que la ignorancia absoluta del asunto (comenzando por el castellano) toma la forma de una baja adulación al criollismo argentino” (Íbid). Lo que está en juego y lo que hace patente este tipo de maniobras, es ni más ni menos una competencia específica para juzgar en materia de lenguaje, una lucha por la legitimidad científica, que reencontraremos en las polémicas en torno a la fundación del Instituto de Filología (Degiovanni y Toscano 2010a) y en la que la introducción del saussureanismo, como parte del equipaje metodológico que traen consigo los filólogos españoles, jugará su papel. Pero no nos adelantemos; el libro de Abeille también es significativo por la división de aguas que establece en el territorio de las opiniones sobre la lengua nacional.

Cuatro opiniones condensan las teorías diversas que se han creado acerca de la lengua hablada en la República Argentina. Hay los que creen que el idioma nacional es simplemente el castellano; los que afirman que es solo un dialecto;

³⁷ Sobre esto resulta iluminadora por disonante la voz de Miguel de Unamuno que, en carta a Adolfo Casabal, sostiene la necesidad de volver la problemática al terreno moral y en todo caso político, sin intervención de la ciencia y sus disquisiciones: La cuestión hay que ponerla, a mi juicio, en otro terreno, y es que los argentinos y todos los demás pueblos de habla española reivindiquen su derecho a influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos, que no reconozcan en estos patronato alguno sobre la lengua común, como si se les debiera por fuero de heredad, que afirmen su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes” (1903:32).

los que sostienen que es una lengua genuinamente argentina; los que velan por el purismo castellano (1900: XI).

Entre las cuatro posturas³⁸ que enumera Abeille, los entrecruzamientos serán lábiles y no siempre previsibles. La defensa de un “idioma nacional argentino” no pasará obligatoriamente por la “montonera filológica” –a decir de Broges (1997: 373)– que podrían representar un Vicente Rossi³⁹ o el propio Abeille; ni los partidarios del normativismo castizo serán todos “virreyes clandestinos” –de nuevo Borges (Ibíd.)– a lo Ricardo Monner Sans. En torno al Centenario, se podrá sostener también la pertinencia del castellano como idioma nacional, con una mirada más o menos amplia hacia la aceptación de voces y giros autóctonos, y como salvaguarda a la amenaza disolvente que representaba el fenómeno de la inmigración masiva. Escribe, por ejemplo, Ricardo Rojas, en *La restauración nacionalista*:

[...] lo que pasa entre nosotros por influjo de la horda cosmopolita, en su mayoría analfabeta, es la deformación de las palabras castizas, el abuso del extranjerismo estridente, el empleo absurdo de las preposiciones, la introducción de sonidos extraños a la música de nuestra lengua (1909: 368).

La opinión de Rojas nos importa por una doble razón. En primer lugar porque será él quien, principalmente, impulse la creación del Instituto de Filología en sus primeros años, el redactor de su primer programa y, en fin, la autoridad contra la que

³⁸ Con economía y sentido estratégico, Borges simplifica aún más las oposiciones en el comienzo de su conocida conferencia de 1927 “El idioma de los argentinos”: “Dos influencias antagónicas entre sí militan contra un habla argentina. Una es la de quienes imaginan que esa habla ya está prefigurada en el arrabalero de los sainetes; otra es la de los casticistas o españolados que creen en lo cabal del idioma y en la impiedad o inutilidad de su refacción” (1997: 136). No hay lugar aquí para ocuparse de las opiniones polémicas de Borges en ese terreno, cuestión que, por cierto, ha merecido ya varios trabajos competentes. A propósito véase Narvaja de Arnoux y Bein 1999; Di Tulio 2002: 218 y ss.; Lida 2012; Alfón 2012: 197 y ss.;

³⁹ Vicente Rossi, el autor de los *Folletos Lenguaraces*, de origen uruguayo, aboga por un “idioma rioplatense” que aúne las dos orillas del Río de la Plata desterrando todo vocablo que no sea de uso corriente en la lengua hablada de la región.

colisionará el quehacer de los directores españoles de la institución. Y en segundo lugar porque, tras el temor a la deformación incontrolada del idioma que denuncia, puede evocarse, escondido, el fantasma, ya intuido por Bello y Cuervo, de la romanización de Hispanoamérica, es decir, de la eclosión de la unidad lingüística del subcontinente en un sinfín de lenguas particulares. El proyecto nacionalista de Rojas que alienta estas declaraciones se enmarca en una ideología de cuño progresista liberal que considera la unidad de la nación como una necesidad impuesta por el estado de competencia que rige el concierto internacional. Dicha competencia persigue fines y metas unificados por el progreso indefinido de la técnica y el comercio. Su defensa de la unidad lingüística es consecuente, entonces, con ese estado de cosas:

La conservación del castellano será necesaria a la unidad de nuestra fisonomía histórica a través del tiempo, y útil como instrumento de hegemonía espiritual y comercial en América (1909: 236).

Pero entre los puntos ciegos de este programa está, precisamente, el atribuir neutralidad al discurso científico-técnico. Será esta particularidad la que permitirá a Rojas, en un gesto en realidad articulado y coherente con su proyecto nacionalista, entregar la conducción del Instituto a manos españolas, pues la filología es “cosa seria [es decir, es una técnica neutral] y sin tradición en el país” (citado en Toscano y García 2009: 121). Guillermo Toscano, escrupuloso historiador de la institución, podrá decir entonces:

La creación del centro argentino pone en escena la integración conflictiva de dos visiones diferentes: el nacionalismo reformista de Rojas y el programa de modernización científica desarrollado en España por la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (y difundido en la Argentina por la Institución Cultural Española). (Toscano y García 2013: 144)

Ese escenario conflictivo es, justamente, el que sirve de marco a las primeras importaciones de Saussure en la Argentina. El control de la legitimidad del discurso científico sobre la lengua y el combate a la romanización en nombre de una estandarización lingüística que beneficie el progreso del comercio serán, por lo tanto, dos argumentos que los intereses españoles asociados al Instituto de Filología encontrarán ya disponibles en la escena polémica argentina cuando, tras la debacle del 98, traten de recuperar sus posiciones dominantes. En el siguiente apartado veremos como el Instituto, lejos de actuar simplemente como motor de una modernización científica políticamente neutra, se integra en un vasto programa de restauración del poder de la antigua metrópolis.

2. El papel clave de España: relaciones académicas y comerciales hispano-argentinas y su impacto en la fundación del Instituto de Filología.

Para entender la situación que a este respecto se da en las primeras décadas del siglo veinte, hay que remontarse bastante en el tiempo. Y es que la colectividad española de Argentina –modeladora fundamental de la imagen de España que se transmitía a la opinión pública local– engrandeció su número y preponderancia a partir de las emigraciones que provocó la restauración monárquica de 1874. Ese suceso había de dar un color común bastante particular a aquel segmento de la población:

La mayoría de las figuras de auténtico relieve [de la colectividad española] adscribían a un ideario liberal-reformista y republicano –exceptuando, por supuesto a pensadores libertarios o católicos–, y poseían un compromiso hispano-americanista. Este compromiso los ligaba –en mayor o menor medida– con el movimiento americanista español, cuyo programa no sólo aspiraba a

recuperar para España el acervo hispánico florecido en América tras un siglo de revoluciones y guerras, sino a redefinir las prioridades diplomáticas, profundizando las relaciones iberoamericanas y conformando un bloque estratégico que permitiera a España reinsertarse en el concierto internacional como parte de una poderosa comunidad hispánica de naciones (Prado 2010: 199).

A partir de esta base, la colectividad fue asentándose y haciéndose más influyente a medida que el regeneracionismo español post-98 parecía reconectar al país con las aspiraciones liberales de un sector cada vez más amplio de la población argentina. En general, se considera que los festejos del Centenario, sobre todo por la visita de la Infanta Isabel –cuya dimensión de hito diplomático no puede soslayarse– y las muestras de apoyo público que recibió, representan un momento álgido de hispanofilia en la Argentina (Sarlo y Altamirano 1997: 164); pero este término, como decimos, no admite definiciones lineales, y para entender mejor lo que puede poner en juego, hay que hacer resonar tales festejos con las muestras públicas de dolor que suscitó el asesinato del presidente liberal español José Canalejas, en noviembre de 1912⁴⁰.

Puede hablarse, en fin, por este concurso de circunstancias, de una suerte de sobrerrepresentación del republicanismo liberal español en la Argentina, que las presidencias de Yrigoyen –que no solo sostenía una alianza electoral clave con las masas de inmigrantes españoles, sino que además profesaba, él mismo, el credo krausista– no harán sino acrecentar.

⁴⁰ “La manifestación popular como muestra de dolor por la muerte de Canalejas había congregado a 25.000 españoles que recorrieron las calles más representativas del españolismo en la Argentina, como la Avenida de Mayo y 9 de Julio. Se sumaron a ella los comerciantes porteños cerrando sus tiendas por la mañana y los banqueros, españoles y británicos, que ni los domingos descansaban para hacer negocios y ganancias. Superaba, decían, en número de personas y en rituales a las celebradas en otras ocasiones por otros colectivos migratorios en la Argentina (como los italianos) y a las convocadas en otras ciudades españolas para la ocasión, como las de Palma de Mallorca y Madrid” (García Sebastiani 2010: 115).

Cuando Ricardo Rojas, entonces, tome partido por España en la causa del progreso de la Filología, lo hará, como ya vimos, inspirado por una cierta ideología científicista, pero también en nombre de una alianza panhispánica de los liberalismos, y se vinculará para ello a la Institución Cultural Española, sin atender demasiado al carácter de lobista peninsular que pudiera tener esa asociación. Porque, en España, el regeneracionismo y la reinserción del país “en el concierto internacional como parte de una poderosa comunidad hispánica de naciones” van de la mano. “En el ámbito asociativo”, aclara Fabio Espósito, “el americanismo comprendió también un conjunto de estrategias que a lo largo de las diferentes regiones del Reino intentaron articular principalmente los intereses de los hombres de negocios, implementando políticas de marcado cuño mercantil” (2010: 520).

Tales intentos de reinserción posteriores a la debacle del 98, tomarán un impulso decidido durante la segunda década del siglo, cuando la neutralidad española en la Gran Guerra genere un pequeño *boom* industrial y las materias primas se encarezcan. Entonces, a las asociaciones autóctonas como la ICE se sumarán las embajadas comerciales provenientes de España, sobre todo de los centros industriales de Madrid, Cataluña y el País Vasco. Entre éstas, quizás la iniciativa más cercana a nuestros intereses sea la creación, en 1918, de la Cámara del Libro. El «problema del libro» y el escaso peso relativo que la industria española del sector tenía en América eran asuntos que se venían tratando por lo menos desde el Congreso Literario Hispanoamericano celebrado en Madrid en 1892 con motivo del cuarto centenario de la Conquista (Espósito 2010: 520), pero será durante las sesiones de fundación de la Cámara del Libro, con el trasfondo de la Gran Guerra, cuando los términos en que se plantee resulten más crudos e ilustrativos. Reproduciremos a continuación, y con cierta extensión, algunos fragmentos de la intervención de Gustavo Gili en la Conferencia de

Editores y Amigos del Libro de 1917, en la que se lanza la propuesta de la Cámara.

Dice Gili:

A la horrible matanza de seres humanos que hoy conmueve al mundo, seguirán luchas mercantiles para las cuales es menester estar prontos. Levántanse ya las voces de los economistas y pensadores de todas las naciones en guerra, señalando a la actividad humana nuevos derroteros, nuevas doctrinas y nuevos planes para las conquistas comerciales a que febrilmente se lanzarán todos al día siguiente de firmarse la paz. A todas las naciones en guerra preocupa el dominio de nuevos mercados; todos los beligerantes esperan reponerse de su agotamiento económico intensificando el trabajo y la exportación a naciones de menor potencia industrial, y especialmente a las Repúblicas hispanoamericanas. Tan evidente es esto, que nunca habían atribuido a la lengua española tanta importancia como en la actualidad. Y esta importancia y ese afán con que se lanzan al estudio de nuestro idioma, no responden a sentimientos de admiración por las bellezas de nuestra lengua y de nuestra literatura. Más utilitarios son los móviles que impulsan a los extranjeros a querer cultivarla: quieren poseer la lengua de Cervantes para tener con ella una herramienta más de trabajo, una llave que les abra las puertas de los veinte Estados americanos que hablan como nosotros y les permita desenvolverse y afianzarse en ellos.

¿Comprendéis, amigos míos, la gravedad del momento, las luchas que se vislumbran, los obstáculos y ambiciones que nos han de salir al paso, la grandeza de nuestra misión? ¿Comprendéis el valor inapreciable que representa nuestra lengua, la fuerza de que disponemos para vencer a nuestros adversarios? Imaginaos por un momento que se sacase a subasta el suministro del idioma a veinte Estados del globo, jóvenes, vigorosos, ricos, de amplias perspectivas y horizontes brillantísimos. ¿Cabe imaginar la cantidad fabulosa que ese suministro representaría? Pues bien, esa suma fantástica es patrimonio de nuestra raza (VV.AA. 1947: II, 353).

Resulta fácil imaginar el papel que habrá de jugar un organismo como el Instituto de Filología en la tarea de asegurar dicho «suministro». Diferenciar, por lo tanto, y estrictamente, entre enfoques como el de Gili y experiencias de tipo más

netamente académicas, como las visitas y conferencias de Ortega y Gasset o Menéndez Pidal, no es tarea fácil. Las relaciones que se tejen entre instituciones son muy tupidas. Tomemos como ejemplo la figura de Rafael Vehils, fundador de la Casa América de Barcelona, hombre de negocios ciertamente polifacético y figura política de relieve, será también secretario general de la Cámara del Libro y posteriormente, instalado en Buenos Aires desde 1928, presidente de la Institución Cultural Española, la misma que desde el principio, apadrina la creación del Instituto de Filología (Toscano y García 2009: 117).

La integración, en fin, del Instituto en una estrategia más amplia de defensa y promoción de los intereses españoles en la Argentina es una realidad que no escapa al primero de sus directores, Américo Castro, que en carta a sus compañeros de Madrid se queja amargamente de la incompreensión que estos dispensan a su misión:

Me vine aquí pensando que veníamos todos ¡Qué ingenuidad! Vds. conceden el minimum a lo que no es su trabajo personal, y hacen bien. Tienen sus trabajos, y ni pueden escribir en dos meses. Navarro tiene que hacer el Atlas. ¿Y yo? ¿Voy a seguir intentando [ilegible] de la vida cultural exterior, abandonado de gobiernos y de los técnicos? Para que piensen a lo mejor: “Castro con esa vehemencia suya, se ha lanzado al hispanoamericanismo. Lo bueno es la técnica reposada (citado en Degiovanni; Toscano 2010a: 202).

De hecho, cuando Castro piense en el posible fracaso de su labor, no será la «empresa modernizadora» iniciada en Argentina lo que verá peligrar, sino los intereses nacionales españoles:

¿Vale la pena que yo eche aquí el resto, para que a lo mejor me digan luego que he estado haciendo hispano-americanismo? ¿O para que venga un alemán a recoger el fruto de mi enorme esfuerzo? (citado en Degiovanni; Toscano 2010a: 202).

El “alemán” al que se refiere Castro es el filólogo Fritz Krüger, a quien Rojas amenaza con contratar tras una serie de desprolijidades en la designación de los directores desde Madrid. Menéndez Pidal, encargado por Rojas de seleccionarlos, retenía a sus hombres más valiosos para los proyectos del Centro de Estudios Históricos, como el Atlas⁴¹ al que se refiere Castro en la cita anterior, y cuyos trabajos en marcha impiden a Tomás Navarro Tomás asumir la dirección del Instituto según estaba previsto en el plan inicial⁴². En su lugar viaja, en 1925, Agustín Millares-Carlo, paleógrafo, historiador de la lengua y latinista. Si se tiene en cuenta que entre los objetivos fijados por Rojas para el Instituto estaban el estudio sincrónico de las variedades del español en Argentina, así como el de las lenguas indígenas habladas en el país, es evidente que el nuevo director no cuenta con la formación idónea para llevarlos a cabo. Su designación evidencia la estrategia adoptada por el CEH en esta primera época, e insinuada ya por Castro en sus cartas: La de relegar las necesidades locales considerándolas, peyorativamente, “hispanoamericanismo”. Los alumnos que asistan a los cursos de Millares-Carlo, en fin, aprenderán la historia de la lengua española peninsular sin ninguna referencia a América y practicarán luego lo aprendido editando una Biblia medieval romanceada cuyo manuscrito original se encuentra en el monasterio madrileño de El Escorial.

Rojas expresará su creciente disconformidad con la situación en los discursos de asunción de los distintos directores: “Mucho puede enseñarnos España en la ciencia de su idioma, pero hay una contribución americana que ha de serle nueva y provechosa”

⁴¹ Se trata del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*, trabajo que quedaría interrumpido por la Guerra Civil. Navarro Tomás tuvo que huir al exilio con las fichas de las encuestas realizadas entre 1931 y 1935, que no volverían a España hasta 1951. De los diez volúmenes previstos solo uno llegó a publicarse.

⁴² “Menéndez Pidal acepta la supervisión general y propone un sistema de directores rotativos y provisorios: Castro en 1923, Navarro Tomás en 1924 y Castro nuevamente en 1925” (Toscano y García 2009: 121). Finalmente, Rojas estará tan solo cinco meses en Buenos Aires y no regresará; mientras que, como dijimos, Navarro Tomás no llegará a viajar.

(Rojas 1924: 102-103). Las resistencias, sin embargo, también serán internas: Cuando, en uno de los largos interregnos que propiciaban las dilaciones de Madrid, sea Roberto Lehman-Nitsche, profesor de la FFyL, quien tome al fin las riendas de la institución y trate de ajustarla a su programa y objetivos originales, surgirán variadas trabas administrativas y súbitas restricciones presupuestarias. Toscano y García conjetura que “la designación de Lehmann-Nitsche debió suscitar por parte de los sectores más comprometidos con la causa española y de los investigadores más integrados al programa español, como [Ángel J.] Battistesa, una fuerte resistencia” (2009: 132-133).

Este tipo de posiciones recalcitrantes resultarán, sin embargo, cada vez más difíciles de sostener. Si en un principio, en su época de apogeo cercana al Centenario, hispanofilia y liberalismo pudieron hermanarse, la reacción antiliberal a los gobiernos de Yrigoyen, cristalizada en la creación de instituciones como la Liga Patriótica Argentina o publicaciones como *La Nueva República*, propiciará una creciente identificación entre reivindicación de la tradición española y posiciones políticas de orientación xenófoba y hostiles a la democracia. Esta circunstancia hará del discurso hispanófilo un mar de contradicciones y ambigüedades. Si por un lado las élites criollas conservadoras podrán invocarlo como un título de nobleza propio frente al «aluvión» inmigratorio, el «peligro» anarquista, comunista, etc.; los liberales, como hemos visto, también tendrán sus razones para reivindicarlo; y a la vez, ambos encontrarán motivos de sobra para recelar de él: España es, a fin de cuentas, una monarquía, la antigua metrópolis, vagón de cola de Europa, etc.

La situación sugerirá un cambio de estrategia por parte de Madrid. Menéndez Pidal envía finalmente a Buenos Aires al dialectólogo que Rojas esperaba desde hacía años: Será Manuel de Montolú quien asumirá la dirección del Instituto el 15 de abril de 1925. Enseguida hablaremos de su gestión porque será también él quien primero

mencione a Saussure en Buenos Aires. Pero antes queremos aclarar que el cambio de estrategia no significa que a partir de entonces ya no se tenga en cuenta el papel clave que juega el Instituto en la política de promoción de los estudios filológicos españoles así como su importancia comercial por vía, por ejemplo, de la fijación de una norma culta que beneficie a la industria editorial española. Siempre habrá en España quien comprenda ese rol central, más allá incluso de los considerados años dorados de la institución que terminan con la cesantía de Amado Alonso en 1946. En su tan informada biografía de Alonso Zamora Vicente, Mario Pedrazuela adjunta un par de documentos muy reveladores al respecto. Se trata de los informes que el falangista y catedrático de lengua griega Antonio Tovar envía a la Junta de Relaciones Culturales de España sobre su visita a Buenos Aires en 1947, poco tiempo después de que Alonso hubiera tenido que marchar rumbo a los Estados Unidos. Tovar redacta lo siguiente:

En el mes de agosto pasado recibí una invitación de la Asociación Cultural Española de Buenos Aires, cursada a través de la Embajada de España en aquella capital, y sometida a la Junta de Relaciones Culturales. Interesaba a dicha institución cultural española, que hace veinte años había intervenido en la creación del Instituto de Filología Española de la Universidad de Buenos Aires, que ese Instituto continuara laborando, y que en él se mantuviera la orientación española, ya que fue creado en la dependencia del grupo de filólogos españoles dirigido por don Ramón Menéndez Pidal. Dicho Instituto de Buenos Aires atravesaba una crisis, a consecuencia de que por razones políticas, el director del mismo, español de nacimiento, nacionalizado argentino, profesor Amado Alonso, había sido declarado cesante de su cargo y cátedra. Existiendo en Buenos Aires el problema de la sustitución del profesor Amado Alonso, tuve también conversaciones sobre este punto con el interventor de aquella Facultad de Filosofía y Letras, doctor E. François y tengo la satisfacción de que ha sido ya invitado para ir algún tiempo a la Argentina a enseñar Historia de la Lengua española el catedrático de esta Universidad de Salamanca doctor Zamora Vicente, encontrándose en trámites para llegar a un acuerdo que para mí

representa la mayor satisfacción, pues se había conseguido la finalidad de mi viaje: hacer que este puesto, el más alto de la enseñanza de nuestra lengua en Argentina, no saliera de manos españolas (Pedrazuela Fuentes 2010: 236).

Habrá que volver a ello en el capítulo cuarto de esta investigación. En cualquier caso, todo este juego de intereses que venimos siguiendo hasta aquí determinará muy fuertemente las posibilidades de penetración del pensamiento de Saussure en el ámbito académico argentino. En las páginas que siguen, detallaremos la instrumentalización de la que fue objeto, sus usos parciales y las operaciones a la que lo sometió una disciplina como la filología que, si bien vinculaba desde sus orígenes lengua y literatura, lo hacía en base a las definiciones tradicionales de ambos objetos. Nos centraremos en dos figuras: Manuel de Montolú y Amado Alonso. Como ya ha sido advertido, no hay en ello ninguna pretensión de agotar el campo de las recurrencias de Saussure para ese período ni para ese contexto. Sí esperamos, en cambio, profundizar en las implicaciones teóricas que albergan los episodios que enseguida referiremos.

3. Manuel de Montolú: Saussure a la sombra del idealismo

Los estudiosos de la historia del Instituto de Filología (Toscano y García 2010; Battista 2012) coinciden en que la llegada de Manuel de Montolú supuso un cambio en la orientación del organismo, un acercamiento a, por lo menos, algunos de los objetivos marcados en el plan original de Rojas y, sobre todo, la aparición de una sensibilidad dialectológica algo más abierta y menos inclinada a igualar automáticamente variación e incorrección. Un elemento importante a tener en cuenta para comprender el sentido de este giro se encuentra en el origen y formación del nuevo director que, a diferencia de

los anteriores, no pertenece al riñón del Centro de Estudios Históricos dirigido por Menéndez Pidal. Montoliu es, ciertamente, una figura de trayectoria un tanto errática. Vinculado en sus comienzos al debate cultural catalán, activo y polémico crítico literario de *El Poble català* (Camps 2010: 145), dos acontecimientos entorpecerán el derrotero de su biografía: En primer lugar las oposiciones a la Cátedra de Literatura Castellana de la Universidad de Barcelona, en 1931, que pierde frente a Ángel Valbuena Prat; y en segundo, el estallido de la Guerra Civil que, inopinadamente, lo transforma en defensor del bando sublevado, colaborador de los servicios de propaganda fascista italiana y azote impenitente del nacionalismo catalán (Massot i Muntaner 2001: 157). Montoliu, en fin, terminará como polígrafo en colecciones editoriales de concepción más bien divulgativa como *Les grans personalitats de la Literatura Catalana*.

Sin embargo, cuando llega a Buenos Aires, nada de eso ha ocurrido todavía y el lingüista barcelonés goza aún del prestigio de haber sido uno de los tres pensionados que la Diputación de Barcelona envió a Alemania como paso previo a la conformación de la Sección Filológica del Institut d'Estudis Catalans. Con sus matices, la Sección Filológica puede considerarse un exponente muy cercano al tipo de institución en la que piensa Rojas cuando redacta los primeros proyectos para Buenos Aires o aún en el mismo discurso de inauguración del Instituto porteño. El IEC se ocupa, fundamentalmente, de la redacción de un diccionario y una gramática que serán los «oficiales» para la lengua catalana; y con tal fin emprende numerosos trabajos dialectológicos, que deben servir de base a la conformación de la norma⁴³. También bajo ese mismo amparo institucional, se elaboran otras obras de carácter más antropológico, cercanos a la idea de “patrimonio cultural” sostenida por Rojas, como el

⁴³ Los resultados de dichas investigaciones se publican en el *Butlletí de Dialoectologia Catalana* en el que Montoliu colabora asiduamente, y tendrán como principal resultado la edición, en 1923, del *Atlas Lingüístic de Catalunya*, el primero de esas características en toda la Península Ibérica.

vastísimo *Tresor de la llengua, de les tradicions i de la cultura popular de Catalunya* (1935-1947) en catorce volúmenes.

Por formación y desempeño profesional, Montoliu será por lo tanto más receptivo a algunas de las demandas concretas planteadas por el nuevo Instituto, y en especial a las de orden lexicográfico y dialectológico⁴⁴. Su ruptura con las gestiones anteriores se verifica en dos puntos fundamentales. En primer lugar, la ya mencionada “adopción de una perspectiva que considera la variación lingüística no como un signo del deterioro social, sino como la expresión identitaria de una comunidad lingüística” (Toscano y García 2010: 197); y en segundo lugar, “una ruptura con la tradición menendezpidaliana en lo que respecta a su concepción de la relación entre lengua literaria o culta y lengua popular. Así, destaca la importancia que tiene el conocimiento de las variedades populares americanas, no solo para la filología, sino «para dar fisonomía personal a vuestra literatura»” (198).

El sesgo romántico, herderiano, de esta concepción se relaciona en primer lugar, con las fuentes políticas del nacionalismo catalán, organizadas en torno a la particularidad lingüística como pilar y garante de la reivindicación nacional, un enfoque que fundamenta la creación misma del IEC para el que trabaja Montolú⁴⁵. El idealismo de estas posiciones repercute también en las ideas estéticas que el filólogo barcelonés se encarga de propagar en Buenos Aires a través de la que fue su publicación más importante en el país: “El lenguaje como fenómeno estético”, aparecido como *Cuaderno 7* del Instituto de Filología en 1926. Se trata, en realidad, de la traducción de un artículo

⁴⁴ No ocurrirá lo mismo, sin embargo, en el apartado de “lenguas indígenas”, cuyo estudio no recibe ningún impulso significativo durante su gestión.

⁴⁵ De hecho, en una de sus conferencias más relevantes, dictada el 3 de octubre en la Facultad de Filosofía y Letras, Montolú afina esas nociones de lengua y nación apelando a las más precisas de «comunidad lingüística» y «comunidad cultural». Se trata de una contestación a la identificación lineal entre lengua, Estado y nación. Su intención es dar cabida a la realidad plurilingüística de muchos estados europeos, entre los que cita los casos de Suiza, Bélgica o Francia.

suyo aparecido en catalán en 1921 y la importancia que le otorgamos se debe, entre otras cosas, a que en él se encierran muchos de los conceptos maestros que luego reencontraremos desarrollados por Amado Alonso y por los cuales el lerinés adquirirá fama como estilista y también como teórico de la lengua.

En las distintas conferencias que dedica a exponer los trabajos preparativos para el *Diccionario del habla popular argentina*, Montolíu citaba a Saussure entre los lingüistas contemporáneos más destacados, junto a Humboldt y Vossler. Se trata de las primeras menciones al lingüista ginebrino en el ámbito académico argentino. Pero, sintomáticamente, en “El lenguaje como fenómeno estético” la tríada de referencias teóricas se modifica y es Benedetto Croce el que aparece en su lugar. En principio, el cambio, responde a razones de orden meramente temático: si de lo que se trata es de iluminar la potencia estética de la lengua, Croce es sin duda más pertinente que Saussure. Pero ya vimos en nuestra Introducción que el «quiebre estructural» tiene raíces más hondas y que la perturbación que genera no se elimina simplemente con el recurso a la omisión. De hecho, Montolíu mantiene en ese artículo una definición de la lengua de innegable raigambre saussureana:

La lengua es, como tal, un sistema de signos abstractos y arbitrarios, con los cuales, sin embargo, nos es dado individualizar y concretar hasta cierto grado nuestras intuiciones (1926: 222-223).

En su labor dialectológica, esa noción de la lengua como “sistema de signos abstracto”, como entidad meramente teórica sin existencia real, resulta funcional a Montolíu porque le permite elaborar descripciones sistemáticas sin caer en ambiciones totalizantes. En el fondo es lo mismo que logra Saussure al distinguir lengua y habla: Evitar el embrollo empirista que resulta de confundir lo que puede y debe ser descrito

(lengua) con el conjunto total de sus realizaciones (habla)⁴⁶. Pero –y es significativo advertirlo– en cuanto esa definición pasa al terreno estético, se llena de salvedades. Hay que decir, entonces, que “sin embargo” y “hasta cierto grado”, el sistema admite la individualización; es decir que, en rigor, colapsa en tanto sistema.

Implícitamente, Montolíu refuta la misma oposición saussureana que está evocando. En su opinión, la distinción lengua / habla puede interpretarse como un conflicto entre el costado lógico y el costado intuitivo del lenguaje, que a su vez remiten a una dimensión social y a otra estrictamente individual del mismo. Esa forma de leer el estructuralismo le permitirá aprovechar su costado instrumental, sin renunciar por un lado a la constitución y valorización de un corpus que sea interpretado sistemáticamente como “tradición nacional” (en el sentido en que lo puede ser ese *Tresor* editado por el IEC), y por el otro, a garantizar la validez de los profesionales destinados a seleccionar y conformar dicho corpus, en razón de su mayor capacidad de individualización. Montolíu asume la postura croceana que iguala intuición y expresión, como oposición al logicismo, pero no llega al extremo de igualar entonces lingüística y estética, como sí haría Croce. Conviene detenerse un poco en este punto, porque el recurso a Croce es algo que vamos a encontrar tanto en Montolíu como en otros críticos estilistas cuando se vean en la necesidad de tener que ajustar cuentas con Saussure.

En una breve monografía sobre Ludwig Wittgenstein, Tullio De Mauro, editor italiano del *Curso de Lingüística General*, hizo notar una sorprendente identidad de consecuencias entre los postulados de Croce y de Saussure: En ambos casos, extremando los argumentos, se caía por caminos casi opuestos en el mismo “solipsismo lingüístico”, en la imposibilidad de dar cuenta teóricamente del hecho empírico de la comunicación (De Mauro 1967: 29-35). Como cara y reverso de una misma moneda,

⁴⁶ Así por ejemplo, Montolíu puede precisar con audacia en las conferencias que las lenguas literarias o comunes son ficciones, “un sistema de convenciones inexistente en la realidad como tal sistema”.

Croce y Saussure se complementan también cuando se acercan a los territorios de la estética. Para el ginebrino, el sistema lo invade todo; y ya vimos, con Bally, cuán rápidamente esta posición desestabiliza la noción misma de “arte del lenguaje”. Croce, en cambio, opera inversamente, subrayando la singularidad de cada hecho verbal, su carácter de intuición expresada, y entonces es el arte el que ocupa todo el espacio y deja de ser una noción manejable para convertirse en un dominio que reclama su condición de imperio. En *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general*, la obra de la que se ocupa Montolíu, el filósofo napolitano escribe:

Es inadmisibles que la intuición a la que generalmente denominamos artística, difiera de la intuición ordinaria por razón de su intensidad. Ese sería el caso si operara de modo distinto sobre la misma materia.

Pero desde el momento en que la función artística se halla más ampliamente extendida en distintos campos aunque sin diferir en el método de la intuición ordinaria, la diferencia entre una y otra no es intensiva sino extensiva. La intuición de la más simple canción amorosa popular, que dice lo mismo, o casi, que una declaración de amor tal y como esta escapa de los labios de millares de hombres ordinarios, puede ser intensamente perfecta en su pobre simplicidad, a pesar de que extensivamente sea mucho más limitada que la intuición compleja de un canto amoroso de Leopardi.

Toda la diferencia, entonces, es cuantitativa, y como tal, indiferente a la filosofía, *scientia qualitatum*. Ciertos hombres tienen una mayor aptitud y una más frecuente inclinación a expresar plenamente ciertos estados complejos del alma.

A tales hombres se les conoce en el lenguaje ordinario como artistas. Algunas expresiones, muy difíciles y complejas, se las logra muy raramente y son llamadas obras de arte. Los límites de la expresión y la intuición que denominamos arte, como opuestas a las que vulgarmente llamamos no artísticas, son empíricos e imposibles de definir (1909: 17)

En la posición cada vez más paradójica en la que se encuentra la filología como ciencia general, a un tiempo, del lenguaje y de sus expresiones artísticas, Montolíu recurre a Croce porque a diferencia de Saussure, el napolitano sigue brindándole una cierta noción de arte; pero a su vez ese recurso deberá ser limitado para asegurarle no solo que esa noción siga siendo manejable, sino que resulte institucional y hasta laboralmente útil para el crítico catalán. “Una de las principales razones”, escribe Croce “que le han impedido a la Estética, la ciencia del arte, revelar la verdadera naturaleza del arte, su auténtica raigambre en la naturaleza humana, ha sido su separación de la vida espiritual en general, haciendo de ella una suerte de función especial o círculo aristocrático” (17). Montolíu, lisa y llanamente, se revela contra esa concepción:

La materia de una intuición dada podrá ser la misma en el individuo artista y en el no artista; la diferencia esencial entre la intuición de uno y la de otro estará en la forma, que será vulgar y corriente en éste, mientras en aquél adquirirá una trascendencia ideal y ejemplar por haber sabido enlazar en esa forma dos cualidades opuestas y complementarias: la individualidad y la universalidad.

Croce, aunque partiendo de doctrinas idealistas, rebaja el arte a un nivel empírico, sensual y democrático inadmisibles (1926: 219).

La posición de Montolíu, en definitiva, es la de un sincretismo *sui generis*. Saussureano en lingüística y croceano en el arte, cambiará de perspectiva según sus intereses. En el contexto catalán, la posición cercana a Saussure le permite romper con la identidad lengua-nación-Estado, que en sus manifestaciones más claramente políticas podía sostener la escuela pidaliana. Su labor dialectológica aprovecha ese encuadre teórico para encarar el problema apelando a nociones valorativamente neutras como la de «variación» y, a la vez, para desplegar una tarea normativa capaz de crear un sistema lingüístico estándar que sea abstracto, supradialectal, como el que persiguen la

*Gramática y el Diccionario del IEC para el catalán*⁴⁷. En cambio, cuando se trate de establecer criterios estéticos sobre una literatura que es conceptuada como corpus de «obras excelsas», su dirigismo cultural (Camps 2010: 146) se escudará en un idealismo que se dice croceano, pero que encuentra sus garantías en las posiciones más claramente esencialistas de Humboldt y, sobre todo, Vossler –no en vano, los otros dos autores cuyo pensamiento examina el trabajo de Montolíu⁴⁸.

En ambos casos se trata de la expresión de una resistencia a la teoría según ésta, como vimos con Paul De Man en nuestra «Introducción», puede identificarse con el estructuralismo de y desde Saussure; resistencia a los abismos que, con audacia, señalaba Croce a partir de bases diferentes. Saussure es, para Montolíu, fuente de prestigio y legitimidad científica, pero el uso que hace de él delata que no está dispuesto a pagar el precio epistemológico que éste conlleva. Hay, sin duda, razones institucionales para una opción así. Su encaje en el contexto polémico argentino también ofrece argumentos a la explicación. Pero lo que en verdad quisiéramos que apareciera como corolario a nuestro desarrollo es, antes que todo eso, una “política de la

⁴⁷ En Argentina, sin embargo, y a pesar de que una parte de ese bagaje se conserva, sobre todo en lo que hace a evitar los matices valorativos, prevalecerá el desconocimiento de la realidad local. Guillermo Toscano ha analizado las limitaciones del proyecto de *Diccionario del habla común argentina* que Montolíu dejará inconcluso al finalizar su gestión. En el “Cuestionario” que debe servir al trabajo de campo preliminar, “algunas de las preguntas suponen, ya en su formulación, un alejamiento absoluto de la variedad lingüística de los informantes (a modo de ejemplo: “4. La casa del Ayuntamiento (casa comunal, consistorial, municipal, etc.)”; [...] por otro, el universo cultural al que las preguntas remiten parece ser poco sensible, en dos sentidos, a la realidad a la que se aplican: por una parte, [...] abundan las preguntas que remiten al ámbito vitivinícola, en (des)proporción poco realista con las que remiten, por caso, a la ganadería vacuna); por otra, resultan limitadas a la hora de registrar la heterogeneidad, ya no lingüística sino cultural, de todo el territorio nacional (Toscano y García 2010: 202).

⁴⁸ Montolíu es, además, el traductor catalán de *Positivismus und Idealismus*. En “El lenguaje como fenómeno estético”, lo considera el verdadero renovador de la filología: “Vossler nos hace ver la arbitrariedad que reina en toda la armazón de los tradicionales métodos filológicos; se complace en deshacerla ante nuestros ojos para que no sea estorbo que nos impida ver la realidad esencial del lenguaje, esa pequeña llama creadora, oculta en el fondo del espíritu de cada uno, de donde surge toda la multiforme diversidad de las lenguas humanas. (1926: 238).

literatura”, en el sentido que Jacques Rancière dio a esa expresión, como “una cierta forma de intervenir en el reparto de lo sensible que define al mundo que habitamos: la manera en que éste se nos hace visible y que eso visible se deja decir, y las capacidades e incapacidades que así se manifiestan” (Rancière 2011: 20).

Es algo de ese “reparto de lo sensible” lo que está en juego en las posiciones y obturaciones teóricas de Montolú. En cierta ocasión, Barthes escribió, quizás con exceso de entusiasmo, que “el modelo de la lingüística saussuriana es la democracia” (2003b: 248). Pero recordar a renglón seguido que el filólogo catalán terminó engrosando las filas del fascismo durante la Guerra Civil, es decir a la vez demasiado y muy poco. No son los avatares personales los que entran aquí, sino la teoría como un acontecimiento que nos hace, antes que dejarse hacer. El Saussure que Montolú trae a la Argentina es, sobre todo, la marca de una impotencia que no le es privativa, sino general, condición misma del decir; una ceguera –De Man, otra vez– que hoy podemos iluminar sencillamente porque ignoramos las nuestras.

Este es el procedimiento que vamos a seguir para rastrear las operaciones, lecturas y omisiones practicados por el gran importador de Saussure a la Argentina y al conjunto del mundo de habla hispana: Amado Alonso.

4. Amado Alonso: El Saussure positivista y la empresa aristocrática del lenguaje.

4.1 Posición de Alonso en el escenario polémico argentino

Tras la marcha de Montolú y el resistido interinato de Lehmann-Nitsche, la dirección del Instituto de Filología vuelve a quedar vacante hasta agosto de 1927, momento en que por fin llega Amado Alonso, “el más joven y quizás el menos célebre de todos los visitantes” (Lida 2014: 77) que por aquellas fechas arriban a la capital argentina para dar conferencias o impartir seminarios. La suya es, por lo tanto, una posición que tiene sus fragilidades. “¿Qué ocurre con el Instituto de Filología? ¿Cómo allí no se publica nada? ¿Qué hace el galleguito [Amado Alonso] que han traído para dirigirlo?”, se pregunta una parte de la prensa (Yerro Villanueva 1997-98: 306). Al recordar su trayectoria, Ana María Barrenechea escribirá:

Cuando se ven las primeras conexiones que estableció, se leen sus artículos iniciales y se siguen sus planes pensados con largo alcance, se percibe la sensación de que no se trataba de algo calculado, pero sí de algo pensado para que no se malograra una obra en la que había puesto su fe y aquel entusiasmo vital que siempre lo animaba. Me refiero por ejemplo a su cuidado en no herir susceptibilidades (1997-98: 103).

Al escribir esto, Barrenechea alude explícitamente al artículo “Intereses filológicos e intereses académicos en el estudio de la lengua”; aparecido en 1933 en el primer tomo del *Boletín de la Academia Argentina de la Lengua* y en el que Alonso

establece un reparto amistoso de competencias entre instituciones⁴⁹. Se trata, por lo tanto, de un trabajo no tan inicial, Alonso lleva ya más de un lustro en su cargo de director cuando lo escribe; y lo que muestra, más bien, son las alianzas y apoyos de que goza el filólogo navarro en el campo argentino. El hecho de que sea la Academia la que ceda las primeras páginas de su recién inaugurado *Boletín* es suficiente prueba del prestigio que se le reconoce, así como toda una declaración de no-hostilidad hacia el Instituto.

Pero en otras ocasiones, más tempranas, y cuando deba enfrentar a opositores más comprometedores para su proyecto, Alonso no dudará en adoptar una actitud de mayor frontalidad. Es el caso de Arturo Costa Álvarez, por ejemplo, al que despacha en sendos artículos aparecidos en distintos números de la revista *Síntesis*. En el primero de ellos, caracteriza al profesor de La Plata como ajeno a la disciplina, alguien que desconoce los alcances y los métodos mismos del estudio científico del lenguaje. Costa Álvarez es, en opinión de Alonso, un amateur, un “forastero” según sus propias palabras, con “un concepto bien peregrino de la ciencia. Un concepto –¿por qué no decirlo? – bien rural” (1929a: 126).

Vale la pena detenerse en esta última frase porque esa idea «cortesana» de la vida social, que identifica rural-regional-vulgar y lo opone a urbano-universal-culto, aparecerá en varios momentos y facetas de la producción de Alonso. Supone, para empezar, una traba importante a la hora de desvincular nociones como “variación” o “dialecto” de matices valorativos. En este sentido, y en relación con las opiniones de Manuel de Montolíu, las intervenciones de Alonso constituyen un retroceso, y su imagen homogénea de héroe modernizador se abre a matizaciones.

⁴⁹ “Alonso plantea una distinción clara entre la tarea científica y teórica del lingüista, lugar donde él mismo se inscribe, y la orientación educativa y normativa de la labor del académico. Es decir, Alonso diferencia la actividad filológica de la valoración social y el dogmatismo, lejanos a la tarea científica, que rigen, según él cree, la normativa” (Navarro 2006: 3).

Pero si se lo compara, en cambio, con otros antecesores suyos, se advierte un cambio de actitud determinante. Para Alonso, ya no se trata de restablecer el lugar preponderante de la metrópolis frente a la colonia, no es –para usar los términos del momento– una cuestión de «meridianos», sino más bien una alianza transversal de las gentes cultas urbanas contra las muchedumbres rurales y sin formación. Lo escribe en *Sur*, en 1932, su tarea en Buenos Aires es:

Deslindar el habla de una minoría culta, del de la masa de porteños de cultura media (no incluyendo las clases incultas) y [...] mostrar cómo, por la comunión de los espíritus mejores de todas partes en las mismas normas de cultura superior, todos los estilos locales vienen a armonizarse y a nivelarse en la gran unidad de la lengua general (1932a: 177).

Alonso no modificará esos puntos de vista en toda su carrera. Tómese otro ejemplo de argumentos semejantes:

En todas partes, las gentes idiomáticamente educadas hablan de otro modo que las mal educadas. Pero ¿de dónde viene la orientación? Indudablemente, de ciertos actos de hablar superiores a la conversación culta, en los cuales se manifiesta la calidad lingüística de la creación poética o de la labor literaria. (1955b: 61).

Estas frases, de sentido tan parecido a las anteriores, pertenecen a “El ideal artístico de la lengua...”, trabajo publicado por primera vez en 1936, que Amado Alonso se encarga de recopilar, primero en *La Argentina y la nivelación del idioma* (1943) y luego, en su versión definitiva, en *Materia y Forma en poesía* (1955). Hay, como dijimos, continuidad de opiniones.

Sin embargo, no es eso lo que la crítica ha subrayado más habitualmente. Se destaca antes que el joven Alonso llegó a la Argentina con opiniones tan rígidas acerca del español americano como las que habían exhibido otros compatriotas suyos en trance

semejante, pero que, a diferencia de estos, y progresivamente, las iría morigerando: Si en 1935, en *El problema de la lengua en América*, el filólogo navarro se siente aún en el deber de tronar contra Buenos Aires, ciudad que “ha estropeado y desnacionalizado la lengua culta de su propio país”; el paso de los años y un mayor contacto con la realidad argentina, lo harán más sensible a la necesidad de una contribución americana en el establecimiento de la norma culta general del español.

Sin refutarlas de plano, es necesario introducir algún matiz en estas afirmaciones. En primer lugar, no puede decirse simplemente que las opiniones negativas vertidas por Alonso en 1935, es decir, a ocho años de su llegada al país, sean mero efecto de una primera impresión. Tampoco puede obviarse hasta qué punto su cambio de opinión al respecto –que suele vincularse a una serie de artículos aparecidos en el diario *La Nación* en agosto de 1940 (Bein , Narvaja de Anroux 1995-96: 186)– depende, en un grado importante, del cambio de contexto, tanto local como internacional.

Localmente, porque la Argentina de 1940 es muy distinta a la de una o dos décadas atrás. La presión migratoria ha disminuido de modo constante desde la crisis global de 1929, y la homogenización lingüística de la masa inmigrante ha cumplido ya una primera fase. En el plano exterior, la Guerra Civil española, concluida hacía solo algunos meses, y la Segunda Guerra Mundial, entonces en marcha, han desplazado la centralidad, entre otras cosas, del mercado editorial en lengua española desde Madrid o Barcelona hasta Buenos Aires. Con la capital de España devastada, Alonso se acerca, es cierto, a las posiciones de Ricardo Rojas, cuando éste reclamaba, tres décadas atrás, la “hegemonía espiritual y comercial” de América para la Argentina: “El libro argentino no sabía antes salir de su casa; ahora se halla presidiendo los escaparates de las librerías de toda América. ¡Qué formidable instrumento de irradiación argentina!” (Alonso 1943:

28). Pero hay que conceder a ese cambio de tono su valor coyuntural. El Alonso de los años cuarenta enuncia:

Con una lengua diferente, los españoles y los americanos de las otras naciones no nos entenderían, ni nosotros a ellos. Lo que necesita la prosperidad y grandeza de una nación es una lengua de largo alcance, tanto para las ciencias y las artes como para el comercio” (1943: 21).

Y esto, en realidad, no es distinto de lo que decía en 1935:

Un idioma nacional literario, independiente del castellano general, sería un contrasentido, no solo por motivos prácticos de conveniencia, sino por razones teóricas y de conocimiento (1935: 44).

Si posteriormente da mayor cabida al «timbre nacional» americano en el castellano general, debería pensarse en este cambio ante todo como el reconocimiento de una situación de hecho que, en lo fundamental, es de carácter económico⁵⁰; ya que sus ideas lingüísticas no se habrán modificado por lo menos en dos puntos esenciales: Primero, como queda claro en las citas precedentes, en la importancia que concede a la unidad del idioma. Y segundo, en lo que toca al modo en que esta unificación se lleva a cabo. Amado Alonso es categórico en este punto: “El agente unificador es la lengua

⁵⁰ Por otro lado, el acercamiento a posiciones más sensibles a los intereses argentinos significarán también un costo para Alonso en términos de apoyos financieros e institucionales. A pesar de lo que sostiene una cierta historia oficial sobre el Instituto de Filología, las dos décadas en que Alonso lo dirigió no fueron un período compacto y sin altibajos clausurado abruptamente por su cesantía bajo el peronismo. El declive de su influencia fue progresivo. Miranda Lida anota muy bien que es con el golpe del 43 que las cosas se empiezan a complicar, sobre todo a nivel presupuestario (Buchbinder 1997: 147). La situación puede remontarse un poco más. Por ejemplo, cuando a principios de la década el proyecto de crear un doctorado para extranjeros, con el que Alonso espera dar “importancia internacional” a la academia argentina, no recibe los apoyos acostumbrados y languidece sin respuesta. La ICE, desde luego, no secundará esa iniciativa. Si hubo por parte de Alonso, como sugiere Toscano y García (2013:167), una aclimatación al proyecto inicial del instituto que redundó en mayores distancias con respecto al impulso filológico menendezpidaliano; si efectivamente, Alonso sufrió “un proceso de transformación y maduración en sus posiciones hasta llegar a comprender mejor la igualdad de derechos entre las sociedades de ambos lados del Atlántico” (Barrenechea 1995-96: 104), éstas serán razones tanto para su éxito como para su caída.

literaria, no la oral de una ciudad ni de una región” (1943: 25). Es decir que, si bien la globalización económica tiende a la homogenización lingüística del continente, Alonso reconoce como único factor aglutinante el influjo de la lengua literaria. Esta posición le otorga, desde luego, un papel privilegiado al crítico literario que es él mismo, en un momento en que los procesos económicos de los que se dice testigo y la expansión de los medios de comunicación masivos –Alonso se ocupa de la radio, el cine o el teatro en los ensayos que integran *La Argentina y la nivelación del idioma*–, apuntan a la constitución de procesos mucho más complejos y autónomos en este terreno, circuitos con mecanismos de retroalimentación antes que simples esquemas de influencia vertical.

Defensa corporativa y dirigismo cultural son dos ingredientes que se encuentran inscriptos en la posición que ocupa Alonso como director del Instituto de Filología, forman parte de las demandas que le impone su puesto, al mismo nivel que las de carácter científico o académico. En ese terreno, el de la demanda de científicidad –que como venimos viendo tropieza con dificultades de legitimación cuyas aristas traspasan con creces el terreno puramente científico– Alonso optará por ofrecer, desde sus primeras intervenciones, la posibilidad de desarrollar una ciencia «normal». En el «Prólogo» a la *Introducción a la estilística romance*, preparado por Raimundo Lida y él mismo, con textos de Vossler, Spitzer, Hartzfeld y del propio Alonso, podemos leer:

Per aspera ad astra: se intenta asistir por vislumbres al espectáculo maravilloso de la creación poética. Se comprende que en esta tarea un hombre puede hacer poca cosa si no cuenta más que con su competencia técnica. Hace falta, además, cierta aptitud agudizada para el goce estético: ya que no dotes de creación, sí una especial permeabilidad a las creaciones ajena. Pero se puede uno dejar transir por la poesía leída y no por ello se es un crítico. Hace falta, tanta falta como esa porosidad sedienta de poesía, la preparación técnica. Y ésta es la que da a la crítica su rigor científico. (...) Al dar este rigor a la crítica literaria se consigue

que cada investigador parta del punto a que los anteriores habían llegado. Hay un avance, un acumulamiento de enseñanzas, una carrera de relevos. Se ha evitado que cada crítico –genial o discreto– tenga que recomenzar (1932b: 13).

El optimismo epistemológico que trasuntan estas líneas chocará sin embargo, muy pronto, con una necesidad opuesta a, por lo menos, una parte de los imperativos que le impone esa voluntad de cientificidad sobre el lenguaje: por ejemplo en lo que toca a la dificultad de distinguir, según vimos en la «Introducción», entre la lengua común y la literaria. En la medida en que el diálogo con el estructuralismo saussureano se profundice, Alonso se verá cada vez más atrapado en la disyuntiva de, por un lado, tener que ofrecer un cuerpo doctrinario científico sobre el lenguaje que legitime, frente a otras, su práctica con los textos; y por el otro, preservar el valor particular de un corpus de obras y de métodos que, no solo fundamentan su condición de filólogo, respetando la distinción tradicional entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, sino que cimientan su posición hegemónica en un campo en el que lo que se discute es, precisamente, dónde reside la autoridad. Alonso, en fin, rentabilizará todo el prestigio asociado a la tradición filológica y literaria española, pero lo hará al precio de desoír en parte el mismo discurso científico que está importando. Lo que primará finalmente será la necesidad de afirmarse institucionalmente, y con tal fin Alonso recreará una y otra vez su concepción estratificada de la sociedad y del arte en cuya cima pueda caber él mismo. Las marcas de esa prédica son, como vimos, la urbanidad –frente al ruralismo– y la cultura –frente a la ignorancia–. Sus admoniciones, en ese sentido, alcanzan a todos, incluso a Borges, de quien dice:

Lo orillero porteño es para él lo bastante lejano socialmente como para excitarle la fantasía y provocarle una adecuada atmósfera de ilusión, y lo bastante próximo en el espacio como para considerarlo algo de ámbito personal y para mirarlo con apasionado interés. Si deseamos para adelante que Borges

cumpla en otros órdenes de humanidad la misma creación del hombre interior, no es por nada de ganar en extensión algo cuantitativo, sino para que ese don raro y precioso de instalarse poéticamente en los hombres y en las cosas y de vivir auténticamente vidas diversas sea libremente humano y no condicionadamente orillero a favor del doble particularismo social y geográfico (1955b: 351).

Alonso, en fin, desoye la suspensión de valores que le imponen los principios científicos para poder ocupar, a cambio, una posición normativa tanto en materia lingüística como estética. Esa es una impugnación de carácter general. Pero hay además otras, de carácter particular, que atañen específicamente a lo que el estructuralismo propone como ciencia del lenguaje. La más importante es la minimización de los aspectos inconscientes de la lengua. Si el desarrollo del idioma, en la teoría de Alonso, depende de una minoría rectora cuyo refinamiento es calificado como superior, es necesario que el sistema lingüístico no sea un mecanismo ciego, sino el escenario donde pueda desplegarse esa voluntad de distinción y dominio. Ese esquema, que como vemos encuentra ecos y resonancias en la intrincada posición de Alonso en el escenario polémico argentino, permeará de hecho toda su labor científica.

A continuación analizaremos las consecuencias teóricas que todo este juego de concesiones y resignificaciones tiene en dos de los trabajos filológicos más significativos del crítico navarro. Partimos de la constatación de que Alonso realiza, fundamentalmente, dos tipos de investigaciones filológicas: unas de carácter sincrónico, como por ejemplo sus estudios sobre el diminutivo o el artículo; y otras de carácter diacrónico, cuyo compendio es la monumental *De la pronunciación medieval a la moderna*, obra en dos tomos que no llegará a concluir. Comenzaremos, entonces por ver cómo Alonso organiza su teoría del diminutivo.

4.2 La filología alonsina (1). Estudios sincrónicos: el diminutivo

En sus estudios sobre el diminutivo⁵¹, Alonso adopta una perspectiva cercana a la estilística propuesta por Charles Bally en libros como *El lenguaje y la vida*, cuya traducción culmina el entonces director del Instituto de Filología en 1941. Como Bally, Alonso parte, por ejemplo, de una estricta división del lenguaje en dos vertientes, una lógica y otra afectiva; y, contra su opinión en otros momentos, llega incluso a admitir una cierta primacía de la lengua oral en la expresión de ese costado emocional. Para el caso concreto del diminutivo, sostiene que frente al valor lógico de empequeñecimiento, se impone un uso evocador, emocional o efusivo más frecuente y extendido, y que este uso es más fácil de localizar en un contexto de oralidad porque “es en la lengua coloquial donde hay factores como la entonación (e incluso los gestos) que tienen en sí un valor evocador propio y añadido al resto de los elementos lingüísticos” (Gómez Alonso 2002: 166).

Como dijimos, este punto de vista lo aparta de sus posiciones más comunes en reclamo de centralidad e, incluso, de ejemplaridad para la lengua literaria. Sin embargo, en un punto esencial, Alonso desconoce a Bally y sigue siendo fiel a sí mismo. Bally es muy consciente de que al interesarse principalmente por el lenguaje oral, sus investigaciones atañen esencialmente a situaciones comunicativas, y que en éstas los mensajes son siempre objeto de una interpretación; es decir, en otras palabras, que la intención del hablante –aun si se la pudiera aislar u objetivar de algún modo– no tiene por qué formar parte de la interpretación que el oyente haga de un mensaje, o puede

⁵¹ Véanse, en la bibliografía, Alonso 1930 y 1935b, reproducido luego en Alonso 1951.

hacerlo sin que por ello se produzca una «armonía de las almas» que confiera al mensaje un estatuto objetivo, de contenido netamente recuperable y sin pérdida:

No siempre intenciones y efectos se superponen. Se puede lanzar un juramento para dar salida al dolor, a la cólera, a la estupefacción; pero el que oye puede sentirse afectado sobre todo por la grosería del juramento, y experimentar un sentimiento muy diferente del que experimenta el hablante (Bally 1941: 95).

No hay, finalmente, una relación directa entre la intención con la que un mensaje ha sido emitido y los efectos que éste causa en sus interlocutores. La interpretación introduce un elemento no calculable, una distorsión que, si bien en uno u otro grado siempre está presente, resulta más acusada cuando lo que gobierna nuestra perspectiva son los aspectos afectivos y emocionales del lenguaje. Alonso, traductor de las líneas que acabamos de transcribir, no desconoce, desde luego, estos conceptos. Pero la hipótesis que domina todo su quehacer crítico e incluso filológico es, según vimos, distinta: Que en el arte se verifica una situación comunicativa ideal, que existe la posibilidad de recuperar plenamente la «intuición creadora» en un horizonte hermenéutico de resonancias místicas cuyo cumplimiento es fuente de placer estético. Frente a esto, cualquier otro tipo de relación interlocutiva es imperfecta, fallida o, visto en términos religiosos que la propia discursividad alonsina no invalida, representa una «caída»:

El estado de espíritu del autor, ese momento fugaz e irreversible que a los demás se nos escapa para perderse en el flujo heraclíteo de la existencia, pasa imperecederamente hasta el espíritu del lector por el puente de la construcción objetiva que es la obra literaria. [...] En la obra literaria hay algo específico, mil veces más rico en espíritu que las de servicio práctico (1955b: 95).

En resumen, Alonso traduce traduce a Bally:

La estilística observa aquello que es, no aquello que se hace; solo el proceso creador escapa al análisis del lector casi siempre también al artista, pero la obra creada siempre es accesible al análisis (Bally 1941: 99).

Pero en sus propios trabajos le enmienda la plana a la audacia textualista de Bally y escribe:

Por su puesto, en cada creación literaria lo que cuenta es lo que el poeta ha conseguido crear, no lo que se ha propuesto si ha fallado en ello. Hemos de interpretar lo que *hay* allí, en el mismo poema. Eso es enteramente verdad. Pero nada tiene que ver eso con la pretendida eliminación del poeta creador. ¿Qué sentido puede tener un poema si no estamos suponiendo que ese poema ha brotado del espíritu de un poeta? Todo poema es una construcción intencional y, por lo tanto, sólo lo comprendemos y gozamos instalándonos nosotros, los lectores, en la intención que lo construye (Alonso 1955: 94).

Consecuentemente, en sus estudios sobre el diminutivo, Alonso concede primacía a la oralidad e iguala la sufijación con otros recursos significantes de carácter pragmático, como la entonación o la gestualidad, pero no ubica estas construcciones morfológicas en un contexto discursivo que manifieste su carácter estructural, como parte de un sistema signifiante y diferencial que puede ser lingüístico o, más ampliamente, social, simbólico. Antes que eso, los diminutivos funcionan como emblemas de un cierto estado mental atribuido al emisor, con la «intención» como garante último del éxito hermenéutico. En consonancia, entonces, con las necesidades institucionales que le hemos visto manifestar en otros terrenos, la suya es una posición que tiende a asegurar la validez de una *buena* interpretación antes que a extraer las consecuencias de colocar un signo en la indeterminación propia de una situación comunicativa. Los recursos filológicos y lingüísticos de que hace uso –algunos de ellos atribuibles a desarrollos del estructuralismo– se convierten, bajo estas premisas, en

herramientas destinadas a garantizar la corrección del trabajo interpretativo y la idoneidad de quien lo ha realizado. De este modo se salvaguarda e incluso se refuerza una legitimidad científica basada en una serie de competencias específicas que, en su armazón externo, son técnicas, pero que se encuentran blindadas y fundamentadas en capacidades de orden «espiritual», como la de «instalarse» en el seno mismo de la intención creadora. Las ideas lingüísticas de Alonso, entonces, no solo determinan o se articulan con su política lingüística, sino que se infiltran en su labor filológica, haciendo resonar en ella argumentos conocidos de otros territorios.

Todo esto lo reencontraremos en su *opus magna*, a la que Alonso dedicó lo más granado de sus esfuerzos filológicos, y que dejó inconclusa. Nos referimos a *De la pronunciación medieval a la moderna*, un estudio histórico de la evolución fonética y fonológica del español.

4.3 La filología alonsina (2). Estudios diacrónicos: De la pronunciación medieval a la moderna

Al tratar la controvertida cuestión del cambio lingüístico, Saussure advertía que “Si se quiere demostrar que la ley admitida en una colectividad es una cosa que se sufre y no una regla libremente consentida, la lengua es la que ofrece la prueba más concluyente de ello” (1946: 97). Como ya vimos, por su sistema de creencias y por sus posiciones tomadas, Alonso resulta particularmente reactivo a afirmaciones de este cariz, que acentúan el costado inconsciente del sistema lingüístico. En materia de lenguaje, al igual que ocurre con la poesía, despojar al asunto de intención o de conciencia, es lo mismo que deshumanizarlo; y así lo expone, a modo de advertencia, en el prólogo a la monumental *De la pronunciación...*:

Bien sabemos que en gran parte [los cambios fonéticos] se van cumpliendo sin que los hablantes se den cuenta de ello, de modo que son sin conciencia, mecánicos, sin propósitos, etc.; pero aun así, los cambios no se hacen sin intervención del espíritu de los hablantes, cultos o incultos [...]. Nada hay, pues, enteramente inconsciente, involuntario ni sin propósito. Por otro lado, [...] esa parte deshumanizada, o por lo menos rebajada de humanidad, lo es solo en la parte destructiva de las entidades anteriores preexistentes, o si quizás es arriesgada la limitación, lo es solamente en el lado fonético de los cambios, muchísimo menos en el fonemático (1955a: 19).

En cierta medida, esta última obra de Alonso puede interpretarse, entonces, como un titánico esfuerzo –rebasa el millar de páginas– empleado entero contra esa posición del *Cours*. El filólogo navarro ya había criticado la noción de cambio que proponía Saussure, haciéndose eco de las rectificaciones que aportaron a la dicotomía diacronía / sincronía tanto las *Actes du premier congrès international de Linguistes a La Haye* (1928) como los *Travaux du Cercle Linguistique de Prague* (1931). “No es lógico suponer que los cambios lingüísticos no sean más que golpes destructivos dados al azar y heterogéneos respecto al sistema”, nos recuerda Alonso, reproduciendo textualmente algunos fragmentos de los *Travaux*. “Los cambios lingüísticos apuntan con frecuencia al sistema, a su estabilización, a su reconstrucción, etc.” (en Alonso 1945: 13, n. 8). Pero lo que persigue el navarro es menos subrayar el carácter sistémico de esas transformaciones que su condición de no azarosos, lo cual, en la lógica alonsina, significa que son intencionales, conscientes. “Hay que plantear el problema de la finalidad con que ocurren esos cambios” (12), asume. Y en su apoyo cita las Actas del *Premier congrès*: “No superaremos la tradición de los Neogramáticos renunciando a la noción de «ley fonética», sino interpretándola teleológicamente y abandonando su concepción mecanicista” (Ibíd.). Pero lo que se dice en La Haya y lo que propone

Alonso son dos cosas distintas: Para Alonso, «finalidad» no es el ingrediente teleológico que el sistema le impone a cualquier modificación, sino, sencillamente, un sinónimo de «intención». Su concepción del cambio lingüístico depende, no de Saussure, sino de Karl Vossler, cuya *Filosofía del Lenguaje* había traducido él mismo escasos años antes. Es a Vossler, entonces, a quien Alonso cita en el «Prólogo» al *Cours* para aclarar su propia posición:

La dualidad cambio fonético / analogía era otra de las manejadas por los Neogramáticos. Saussure ahondó estos conceptos con rigor nuevo y, según su estilo, los presentó como antinomia irreconciliable. Pero Vossler la redujo: todo cambio fonético empieza en el individuo; el individuo es quien en cierta ocasión, en determinada palabra, realiza una alteración fonética [...]. Pero el tal individuo desconocido no tuvo que repetir su invención con cada palabra del léxico, sino que, una vez aceptado por las gentes el procedimiento, se extiende por analogía [...]. El cambio fonético no existe hasta que la analogía lo generaliza [...]. Para nosotros, la superación de esta antinomia (cambio fonético / analogía) anula a su vez, por otro camino que el de los fonólogos, la antinomia diacronía / sincronía, porque, así dispuestos los hechos, se comprueba que no todo es desorden en el cambio fonético, como veía Saussure (Alonso 1945: 13-14, n. 10).

La igualación entre «finalidad» e «intención» por un lado; y por el otro, la idea de un cambio cuyo origen es individual, provocan una serie de efectos teóricos como la reintroducción del psicologismo, el mecanicismo y el empirismo que el esfuerzo epistemológico de Saussure se había empeñado en desterrar de la lingüística. Al desplegarse estas posiciones en *De la pronunciación...*, el discurso científico de Alonso adoptará notas muy idiosincrásicas, como una cierta tendencia a la metaforización bélica:

En esta *labor de zapa* continua y secular que sufren los sonidos lingüísticos en boca de los hablantes, llega por fin con la gravedad de las alteraciones un *estado de conflicto* con otros sonidos del sistema. Y entonces en

los incultos como en los cultos se animan e intervienen las facultades activas del espíritu, sobre todo la de selección. Cada grupo, cada persona de tal sociedad tiene sus gustos y preferencias, y hay una *etapa de luchas* y divergencias en la que cada uno sigue sus hábitos y sus tendencias; hasta que por fin la colectividad entera, entre cruzadas concesiones y ganancias en extensión, en suma, entre nivelaciones, llega a una solución general, una decisión, y se impone el nuevo sonido preferido como elemento "propio" del idioma (1955a: 19-20, los destacados son nuestros).

La nueva *stasis*, al decir de Alonso, es fruto de una victoria y depende de una secuencia de selección-nivelación que fácilmente recuerda a los patrones del darwinismo biológico, cuando no social. De todos modos, la noción misma de nivelación plantea ya algunos problemas al desarrollo de un esquema de influencia vertical, de la minoría rectora hacia la mayoría receptora, según lo conceptúa Alonso. El filólogo navarro comienza entonces por protestar:

No puedo menos de expresar una vez más mi disconformidad cuando veo la contribución de la gente culta al idioma tratada como acarreo espurio, como elementos ilegítimos que enturbian y malean la historia del idioma, o cuando menos como partes impertinentes (1955a: 20).

La división de la sociedad en «cultos» e «incultos», solidaria con las nociones de cambio que maneja, se constituye en un rasgo muy preponderante de su discurso; lo lleva incluso a confundir variedades diastráticas con diatópicas –llamará “castellano de Toledo”, por ejemplo, a la pronunciación cortesana del siglo XVI. Desde su perspectiva, entonces, el cambio fonológico no solo se origina en un cambio individual y se organiza como una disputa entre pronunciaciones, sino que además es terreno fértil para una suerte de lucha de clases. Un testimonio saliente de esta perspectiva lo ofrece su estudio de la reorganización del sistema español de consonantes fricativas durante los siglos XVI

y XVII, tema al que dedica sus esfuerzos filológicos más constantes y significativos. En *De la pronunciación* escribe al respecto:

Para el cumplimiento de todo cambio lingüístico [...] hemos de admitir en la sociedad que lo cumple una lucha de tendencias que se van reduciendo progresivamente a unidad. La tendencia más general (no específicamente vulgar) renunció a toda diferencia al perder el elemento tradicional de diferenciación, la sonoridad; otra tendencia, que yo creo específicamente culta, quiso continuar la tradicional distinción fonemática. Pero el intento fracasó pronto por dos razones: una fonética, pues la diferencia se basaba en un elemento débil y caduco [...], en una época de relajación general y progresiva de la articulación española que pronto lo limó o borró; otra fonemática, que consistió en el aflojamiento también general de la voluntad distinguidora: en estos mismos años los españoles renuncian a las dualidades s-ss, z-c, j-x, b-v, y a la aspiración de las vocales (1955a: 388).

El fragmento muestra muy claramente la tendencia de Alonso a narrativizar los procesos lingüísticos e incluso a introducir elementos volitivos en esa narración. Su intención manifiesta es la de incorporar las formas cultas al relato de la historia de la lengua; pero no para tratarlas como variantes dentro de un sistema opositivo (culto / vulgar; escrito / oral; etc.), sino en su cualidad sustantiva y jerárquica de “actos de habla superiores [...] en los cuales se manifiesta la calidad lingüística de la creación poética o de la labor literaria” (Alonso 1955b: 61).

Bien es verdad que [el intento por mantener la distinción] fue un fugaz empeño de minorías [...]. Pero no por eso lo hemos de considerar como algo ficticio, o libresco, ni menos antilingüístico como se suele exagerar al interpretar el factor culto en la evolución de las lenguas, sino tan históricamente legítimo y verdadero como la igualación triunfante (1955a: 387-388).

Alonso niega el carácter “libresco” del “factor culto”; sin embargo, sus posiciones teóricas hacen que el alcance de un término así no sea claro. Si la lengua literaria y escrita debe ser el modelo de la culta y oral, ¿qué podría considerarse, estrictamente, fuera del ámbito “libresco”? Al borrar las fronteras entre oralidad y escritura, es el propio proyecto de una historia de la pronunciación lo que se vuelve problemático. Los ejemplos que aduce Alonso lo muestran muy claramente. La mitad de los tratadistas a los que alude como testimonios de esos años de lucha que alcanzarían los dos últimos decenios del siglo XVI y los dos primeros del XVII, dan muestras de no saber apreciar la distinción que enseñan:

Benito Ruiz, 1587, vecino de Madrid, aunque enseña la distinción [c-z], parece no saber practicarla [...] Ximénez de Patón, las confunde sin remedio, aunque también enseñaba la distinción; el toledano Alejandro Luna, 1620, enseña ya la igualación, y si el cortesano Bonet, en el mismo año, todavía las describe diferentes, deja a la vez entender que la diferencia era prescindible y como de perfeccionamiento mayor (1955a: 392).

Para negar, justamente, el manierismo que denuncia todo este desorden, y sostener la perspectiva de los fenómenos lingüísticos interpretados como lucha, Alonso deberá distinguir entre la capacidad para articular fonemas y una conciencia, e incluso una voluntad, una intención de distinción fonemática. Para el caso de la distinción c-z, llega a afirmar categóricamente: “La denuncia de las confusiones muestra que la voluntad de distinguir entre los dos signos desfalleció antes de que cesara la habilidad y la práctica de articularlos” (1955a: 390-391). Se da a entender, en definitiva, que el cambio lingüístico fue ante todo un desfallecimiento de la voluntad, y que habría habido un tiempo en el que, con el empeño suficiente, la situación habría sido reversible, ya que la facultad para pronunciar los fonemas en cuestión permanecía intacta. Señalemos el carácter rigurosamente anti-estructuralista de estas tesis, sostenidas en un libro que, por

otro lado, refiere y hace un amplio uso metodológico de la obra de Saussure y de Trubetskói. Al presentar el cambio lingüístico como oposición, como disputa, Alonso no está en realidad, según podría parecer superficialmente, siguiendo la tendencia dualista del estructuralismo, sino que muy al contrario, la desconoce: En materia fonológica, frente al cambio lingüístico, no hay ni se consideran dos facciones, una partidaria de una pronunciación, y otra de otra, sino que ambas “facciones” escuchan cosas distintas, inconmensurables: han dejado de compartir sistema. Si en 1612, según recoge Alonso, el tratadista murciano Ambrosio de Salazar todavía podía distinguir un sonido sonoro de otro sordo, lo que documenta es “un uso regional”: trasplantado a Castilla para enseñarlo, su discurso es, literalmente, una prédica en el desierto, dice lo que nadie puede escuchar.

Más aún: Alonso propone un poco más adelante un apartado titulado «El cambio fonético en el cambio de generaciones y en la vida individual». Son unos pocos párrafos consagrados casi en exclusiva a un solo caso, el de Gonzalo Correas, célebre humanista e impulsor de una reforma ortográfica de tendencia fonetista que ha sido un verdadero tesoro para el estudio de la pronunciación castellana de su tiempo. Según lo reproduce Alonso, Correas fue uno de los más acérrimos defensores de la fusión fonológica de *z* y *c*, incluso atribuye a un texto suyo al respecto de 1626 un “desusado ardor polémico” (394). Sin embargo, recurriendo a eruditos documentos, el filólogo navarro prueba que, en atención a su lugar de nacimiento, Correas tuvo que haber, por lo menos escuchado, y probablemente también practicado la distinción *z* / *c* en su infancia: “El catedrático sesentón, que pronunciaba iguales *c* y *z* conforme al estado fonético del castellano en 1630, ya no se acordaba del estudiante de 20 años que las diferenciaba conforme al estado de la lengua de 1590” (396). De lo que Alonso concluye, con rigor estructural:

Ejemplar documento para el aprovechamiento cronológico de los autores, y más ejemplar aún para ver que los cambios fonéticos no solo se cumplen con la sucesión de las generaciones, sino también a lo largo de la vida de un mismo individuo, sin que el individuo -a veces- guarde conciencia de ello. Un filólogo y tratadista de su propia lengua vive en 1630 un estado fonético y fonemático, no como un cambio en su vida lingüística, sino como la forma de siempre y de todos. Y sin embargo era un cambio en sus hábitos fonemáticos. (396)

Destaquemos ese “a veces” escrito entre guiones como reserva última de la primacía de la conciencia sobre cualquier otro estado mental. Se trata de una salvedad muy importante, ya que, de lo contrario, y por lo que hemos visto, el ejemplo de Correas implicaría un cuestionamiento de raíz al proyecto histórico de Alonso.

Desde un punto de vista estructural, el cambio que persigue el navarro se enmarca en un fenómeno mucho más general que es el ensordecimiento del entero sistema consonántico, no solo el fricativo. El fenómeno, por lo tanto, y hay que insistir en ello, es sistémico, es decir, que desconoce todo problema de origen, que no tiene causas ni razones suficientes, y no puede ser descompuesto en oposiciones biunívocas y co-presentes –la “lucha” sincrónica de dos pronunciaciones– sin, de un modo fundamental, desconocerlo. Es esa la lección que Alonso se resiste a extraer no solo de sus esfuerzos como traductor de Saussure, sino de la larga retahíla de remotos tratadistas a los que invoca en sus escritos filológicos, y que le muestran una y otra vez, cómo el sistema impide la lucha; cómo, a pesar de sus esfuerzos, los gramáticos de la época se debaten en una sola alternativa: o bien no entienden lo que enseñan o bien enseñan lo que ya no puede ser entendido.

Hasta ahora hemos intentado mostrar cómo las posiciones institucionales, las opiniones e intervenciones en materia de política lingüística y los presupuestos científicos forman en la obra de Alonso un sistema coherente en el que se juega, por así

decirlo, una suerte de “inconsciente teórico”, auténtico agujero negro que lo articula y le da consistencia. Hay que aclarar, sin embargo, que los efectos estratégicos que todo este conjunto pueda tener son consecuencia de todo un sistema de legitimaciones cruzadas que escapa a cualquier acto de volición. La construcción de la imagen de Alonso como director ejemplar del Instituto de Filología de Buenos Aires, o como héroe modernizador de estas desiertas pampas responden, desde luego, a movimientos tácticos tanto del propio Alonso como de los demás actores implicados, pero carecen de toda consistencia si se las piensa como el resultado de una lógica de causa y consecuencia. Lo que tratamos de hacer, más simplemente, es restablecer un sistema de valores que ilumine la labor del filólogo navarro desde el costado de sus negaciones y resistencias hacia la teoría que él mismo dice estar difundiendo e incluso superando. Este trabajo de difusión y superación Alonso lo realiza en una serie de prólogos y traducciones, así como en los cursos que ofrece en la Universidad de Buenos Aires. En el siguiente apartado, nos centraremos en estas actividades, a las que no es aventurado considerar operaciones críticas, teniendo presente como marco y trasfondo para las mismas la cartografía de posiciones, opciones y resistencias teóricas que hemos establecido hasta aquí.

4.4 El Saussure de Amado Alonso

Según Toscano y García (2013: 149), Alonso introduce a Saussure por primera vez en el dictado de la materia libre de Lingüística General que imparte en 1928. Pero a juzgar por lo que de él cuenta en un artículo aparecido aquel mismo año en la revista *Humanidades*, su conocimiento de la obra del ginebrino podría ser todavía parcial. En

esa ocasión lo presenta como “uno de los lingüistas más espirituales” (1928: 33) y ofrece una visión bastante esquemática y apresurada de la distinción lengua / habla (Battista 2011: 62). En realidad, el *Cours* de Saussure no entra en los programas de la asignatura de Lingüística Romance –que era la que, por contrato, estaba obligado a impartir el director del Instituto– hasta 1930, y lo hace, por cierto, junto a *El lenguaje y la vida*, de Bally. Siendo aún más estrictos, deberíamos avanzar hasta el programa del año 1932, en el que se especifica el carácter introductorio que se les otorga a los conceptos saussureanos. El primer bloque del programa propone:

I. Nociones de lingüística general. Estructura del signo lingüístico; b) Teoría de los valores de F. de Saussure; c) Lo afectivo; d) Funcionamiento del lenguaje e) La fonética y la articulación. (citado en Battista 2012: 130).

Conociendo la obra de Alonso, no resulta complicado reconstruir el sentido de esa enseñanza. Saussure es un paso previo, un prolegómeno necesario pero insuficiente, que familiariza a los alumnos con las implicaciones generales de determinadas categorías, como la teoría de los valores, que posteriormente reencontrarán en su práctica de lingüistas, por ejemplo en el uso de la noción de fonema. Entre ambos momentos, como un filtro, se instala la sección de “lo afectivo”, que reenvía el discurso propedéutico a una concepción dicotómica del lenguaje, a su partición entre las funciones de comunicación (o “significación”, como prefiere Alonso en la *Carta a Alfonso Reyes...*) y expresión, el modo en que el afecto, el sujeto intencional, tiñe la lengua de tonos particulares. Alonso lo dice con claridad: “La unidad básica de todas las manifestaciones de la lengua radica en la unidad de la persona que habla y escribe; el alma individual que se expresa es una” (1955b: 55).

Al igual que la distinción entre el crítico “genial o discreto”, la búsqueda de un paradigma científico y transmisible que incluya en su marco explicativo “el alma

individual” produce fuertes tensiones e invalida, de hecho, los protocolos de la ciencia destinados a garantizar la generalidad de sus juicios. El resultado de esta situación es un discurso instalado en una retórica de la atenuación, un “no tanto” que Alonso calca de Vossler⁵².

Ciencia, sí, justa y respetuosa, y con ella una sabiduría que la anima y la rebasa, una íntima comprensión de lo poético, en sus muchos planos, en toda su compleja riqueza y su armónica organización (Lida 1954: 9)

Así presenta Raimundo Lida el quehacer crítico de su maestro al introducir el volumen definitivo *Materia y forma en poesía*. En él, Alonso se expresa en ese mismo sentido: “Lo primero que se requiere, pues,” dirá, “es una competencia técnica en el análisis afectivo, activo, imaginativo, valorativo del lenguaje” (1955b: 77). Y un poco más adelante volverá a insistir: “La forma idiomática es de imprescindible estudio, y, cuando le llega el turno, se la ha de estudiar metódicamente y con competencia técnica” (81). Pero enseguida se hará lugar al matiz:

La estilística estudia el sistema expresivo entero en su funcionamiento, y, si una estilística que no se ocupa del lado idiomático es incompleta, una que quiera llenar sus fines ocupándose solamente del lado idiomático es inadmisibile (82).

Si visto todo esto queremos aún profundizar un poco más en el papel que pudo jugar el estructuralismo de Saussure en ese esquema, responderemos que, con rigor derrideano, se constituyó en su verdadero suplemento. Veamos como ocurre:

⁵² En la introducción misma a *Positivismo e Idealismo*, Vossler aclara que no se trata de invalidar completamente los alcances del primero de los términos, sino de corregir excesos, aceptar su concurso y auxilio en el perfeccionamiento del segundo, nada más: “Procuraremos distinguir concienzudamente el positivismo radical del positivismo metodológico, el autocrático del modestamente auxiliar: admitiremos y aprovaremos el segundo, con el primero seremos inexorables” (citamos de la versión italiana, Vossler 1908: 17, la traducción es nuestra).

Saussure y su teoría no son la estilística que persigue Alonso, en el sentido de que les “falta” y a la vez les “sobra” para llegar a serlo, pero al mismo tiempo están en la base de la estilística, que no puede realizarse y ni siquiera concebirse sin ellos. En los cursos que dicta Alonso aparecen muy pronto, tanto por lo que se refiere a la sucesión de los años como al diseño interno de los programas: ocupan las primeras unidades. Pero como las “primeras letras”, parecen destinados al olvido y a la automatización. Es curioso, por ejemplo, que en el orden de las publicaciones que organiza Alonso, aquellas que surgen de sus propias traducciones, para las que elabora prólogos y notas, se encuentren justamente en el último lugar. Mientras que desde principios de la década del treinta se suceden las ediciones de Vossler, Spitzer y los demás idealistas; Saussure, que es materia primera de los cursos que dicta Alonso –y ya Emiliano Battista (2011) hizo ver cómo se reaprovechaban las ediciones del Instituto y afines en las bibliografías de esos cursos–, Saussure, decíamos, no encuentra su oportunidad. Barrenechea (1995-96: 105) nos informa también de un proyecto de traducción de la Teoría Fonológica de Trubetskói que finalmente quedará en la nada. ¿Qué ocurre? Como siempre estamos ante una combinación de elementos. Ni el idealismo, ni la crisis del positivismo son desconocidos en la Argentina. Coriolano Alberini, para no ir más lejos, el que fuera intermitente decano de la Facultad de Filosofía y Letras durante la gestión de Alonso en el Instituto, escribirá varios trabajos dedicados, precisamente, a la historia del positivismo en Argentina y a caracterizar sus límites (véase al respecto Martínez de Codes 1988, en especial: 204-210). En el ambiente intelectual de la época, en fin, no habría sido fácil hacer pasar como gesto «modernizador» la traducción de un positivista suizo. Claro que al plantearlo en estos términos, estamos cayendo ya en las redes de la operación que Alonso dispone para poder asimilarlo: considerarlo un positivista.

“El Curso de lingüística general de Ferdinand de Saussure es el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo, el más profundo y a la vez el más clarificador”, inscribe Alonso, a modo de frontispicio de su traducción, en la primera página, casi en la primera línea del prólogo que le antepone, y muy poco antes de aclararnos que el positivismo es “una escuela científica superada” (1994: 7).

La operación, en rigor, había comenzado antes y en otro prólogo, el que Alonso escribe para la Filosofía del lenguaje de Karl Vossler, que aparece en la misma colección que Saussure, aunque, por su puesto, dos años antes. Allí, además, Alonso rescata los reparos a Croce que tanto tiempo atrás realizara Montolíu, pero no exactamente en el mismo sentido:

Para Croce lo estético no es solo el más alto en la escala de los valores del lenguaje: es el único. Esta concepción filosófica se condena a una segura esterilidad científica: al exigir una lingüística del momento original e individual del lenguaje como ciencia del espíritu, invalida todo intento de que lo sea la lingüística de las lenguas, pues el acto intuitivo en su absoluta singularidad y libertad, además de escapar a las condiciones de comprobación del conocimiento científico, queda ajeno a las lenguas constituidas como entidades funcionales y como sujetos de historia (1943b: 13).

El problema no es tanto, entonces, que al tomar por único valor de lo lingüístico al criterio estético, se impida cualquier definición de un arte desgajado –o desgajable siquiera– del habla común y cotidiana –la democratización inadmisible de la que ya se quejaba Montolíu–; el problema es, como dijimos, que pueda lograrse la constitución de una ciencia normal a la que Alonso necesita recurrir para legitimarse. Croce, entonces, representa un límite muy serio a ese proyecto. Pero por la razón inversa, podrá decirse lo mismo de Saussure:

“El positivista Saussure”, sentenciará Alonso, “cree que, si la lingüística quiere constituirse en ciencia, tiene que someterse a las necesidades de las demás ciencias, que eran las de lo cuantitativo” (15). Y luego, “solo de un objeto [como la langue] así despersonalizado y desespiritualizado se pueden obtener conocimientos de tipo mecánico-cuantitativo, que eran los únicos que el positivismo tenía por científicos” (15-16).

Es decir que ni siquiera Saussure es garantía de ciencia porque su idea de la misma es equivocada cuando se aplica a un objeto como la lengua. A partir de ahí, la pirueta argumental de Alonso consistirá en pasar de un escenario dicotómico –«ciencias exactas» contra «ciencias del hombre»–, a una relación de tres términos en la que Vossler represente la posición central, *aura mediocritas*, el sentido común, en definitiva, el “no tanto” que hemos visto emerger desde el principio como característico de ese discurso:

Para Vossler, los dos polos, el de la intuición y el de las categorías establecidas, el de la *parole* y el de la *langue*, creación y sistema, no son dos entidades de posible autonomía para constituirse en objeto unitario de nuestra ciencia (la autonomía del momento individual en la concepción estética de Croce; la autonomía del lado social en la lingüística sociológica de Saussure), sino que el fenómeno espiritual del lenguaje –y por tanto el objeto de la lingüística– consiste en el ir y venir de un polo al otro, es un perpetuo movimiento en el cual desde el primer instante actúan los dos polos, pues la creación individual nace ya orientada por y hacia las condiciones del sistema expectante, y el sistema de la lengua no tiene ni posible funcionamiento ni posible historia más que gracias a la intervención de los individuos concretos (16-17).

Es pirueta del discurso, decimos, porque un par de páginas más allá Alonso reconocerá sin concesiones “la superioridad jerárquica del momento creador” (19). Y

también porque, claro está, en última instancia no formula la síntesis que al parecer propone, sino que se mantiene estrictamente en un terreno de indefinición que le asegura el control último de la palabra, de la *parole* en sentido saussureano, a la que siempre puede hacer valer como una *langue*. “Le style c’est l’homme” es frase célebre de Buffon que Alonso evoca más de una vez, y que en su propuesta de estilística nos da la clave de esa indefinición constitutiva: “L’homme” buffoniano será tan pronto el individuo como la especie; cuando convenga se hará valer su *parole* como una *langue*

Ese lugar de privilegio, que es en definitiva el que Alonso reclama para sí y para los suyos, será remachado por el relato histórico que forja, y que al vincular a Saussure con el positivismo y a este movimiento con el pasado, desactiva lo que en él representa una contestación a la estilística: Que la *parole* no sea ni pueda ser *langue* significa que para que exista la poesía, nadie pueda reclamarse ni su dueño ni su único representante.

CAPÍTULO II

NEUTRALIZACIÓN DE SAUSSURE EN EL DISCURSO DE LA ESTILÍSTICA ESPAÑOLA: EL CASO DE DÁMASO ALONSO

En el presente capítulo abordaremos la recepción de Saussure y su vinculación más temprana a los estudios literarios en el escenario español. Más concretamente, nos centraremos en la figura de Dámaso Alonso quien, por razón de su posición hegemónica dentro del campo, ofrece la suya como una trayectoria ejemplar que puede dar numerosas muestras –quizás las más significativas– de las posiciones teóricas que adoptó la denominada Escuela Española de Estilística frente al estructuralismo.

Este punto de partida exige algunas aclaraciones previas ya que, por lo general, suele incluirse a Amado Alonso dentro de la nómina de críticos pertenecientes a esa Escuela Española, y no precisamente entre los menos conspicuos. No será ésta, sin embargo, nuestra posición. A pesar de las innegables afinidades teóricas entre el «Alonso argentino» y sus correspondientes españoles, a pesar de compartir origen y formación, y de la atenta lectura que merecieron sus trabajos en España, nosotros aventuramos un acercamiento a la cuestión que rompa con las lógicas de una posible escuela panhispánica y permita, en cambio, sorprender a los argumentos en su contexto de emergencia, explicar lo que tienen de concreto e incluso de circunstancial antes que su carácter general. Postulamos la productividad de una lectura que tienda a acentuar las diferencias entre el contexto español y el argentino, en lugar de disolverlas en la unidad de un discurso crítico y que muestre a la teoría, rigurosamente examinada, como un espacio desde el que pensar esa diferencia. Prolongando nuestra propuesta

metodológica, expuesta en la Introducción y desplegada en el primer capítulo del presente trabajo, haremos del estructuralismo nuestra piedra de toque, daremos rango de generalidad únicamente a su empuje teórico total y al trastocamiento epistemológico que implica su advenimiento. Es en contraste con esto, como vimos en el capítulo anterior, que el resto de circunstancias abordadas adquiere entonces su tono de particularismo circunstancial o estratégico y podemos, en el mejor de los casos, vislumbrar algo de su singularidad.

Un primer efecto de esta perspectiva es, según advertimos, la puesta entre paréntesis de la noción misma de «escuela». Si hubiéramos disuelto en ella a Amado Alonso, por ejemplo, habrían podido rescatarse en cierta medida sus aportes concretos a la crítica y a la teoría literarias, pero se habría perdido la organización sistemática que dichos aportes tenían en relación con un determinado escenario polémico de demandas y exigencias cruzadas. Si, por el contrario, hubiéramos restituido sus intervenciones incorporándolas exclusivamente a una «problemática» de carácter nacional o sectorial – el escenario argentino, los dominios científicos del lenguaje o de la crítica literaria–, se habrían visto minimizadas las aristas no estratégicas de la cuestión, como por ejemplo las resistencias teóricas y las negociaciones suscitadas por el encuentro con el estructuralismo.

Llegados a este punto podemos precisar lo que procuramos con la ventaja del trabajo ya hecho: Pretendemos no tratar a los textos teóricos de los autores estudiados como un ejercicio de libre elección entre alternativas –positivismo versus idealismo, por ejemplo–, ni tampoco considerar sus intervenciones en los campos correspondientes como meros ejercicios tácticos con miras a su dominio. Para romper con esta alternativa, lo que proponemos en cambio es redefinir la teoría –en la medida en que, según vimos con Paul De Man, esta pueda identificarse con el estructuralismo o, más

concretamente, con las exigencias que éste instaure— como el esfuerzo de negociación entre lo estratégico y lo argumentativo, un espacio de coincidencia entre lo causal y lo azaroso que muestre algo —no todo, porque no queremos caer en el espejismo de las totalidades— del funcionamiento autónomo de los discursos.

Esta perspectiva resignifica o hace entrar en crisis algunas de las nociones que maneja la historiografía tradicional de la disciplina. Es el caso, como venimos viendo, de la Escuela Española de Estilística, marbete que mantenemos, como veremos, sólo a condición de variar su alcance. Otras nociones importantes que se verán afectadas por nuestra argumentación serán las de «anticipación» y «continuidad», categorías ambas con las que la historiografía de la crítica española ha abordado la cuestión de la recepción del estructuralismo en su versión francesa.

Frecuentemente, cuando ha tratado el asunto, el discurso histórico ha procurado encauzarlo en ese doble eje: Por un lado, la impresión de «atraso» que podían producir algunos caracteres salientes de la disciplina en España —como por ejemplo, la larga hegemonía del paradigma idealista durante el siglo XX, o la subordinación de la crítica a una organización académica que privilegiaba el saber filológico compartimentado en reparticiones nacionales— se conjuraba argumentando que la crítica española había cultivado siempre un interés y una sensibilidad especiales por las cuestiones lingüísticas asociadas a la literatura y que, en ese sentido, el «progreso» que prometía el estructuralismo era más aparente que real. Los críticos españoles, formados en la exigencia filológica de la escuela menendezpidaliana, no habrían descuidado nunca el costado lingüístico de los textos que estudiaban y evaluaban; y antes que su atraso, lo que caracterizaría a la Escuela Española sería una anticipación de muchos de los temas y de los problemas que solo iban a alcanzar notoriedad internacional a partir de la década del cincuenta y de la mano de los pensadores franceses.

Por otro lado, cuando se ha tratado de estudiar a la crítica española sin remitirla a ejemplos o influencias extranjeras, el poder irradiador de Menéndez Pidal y la organización de muchos críticos en torno al Centro de Estudios Históricos primero y de su heredero, después de la Guerra Civil, el CSIC, con su poderoso aparato institucional y de publicaciones, ha favorecido, en primer lugar un enfoque intrínseco de la disciplina, centrado en los vaivenes de un debate puramente teórico alrededor de un conjunto acotado y compacto de referencias, con Croce y Vossler a la cabeza, Azorín y Ortega entre los locales y más cercanos al ensayismo. Se ha acentuado también la continuidad de métodos y temas entre los dos momentos de la historia de España, haciendo de la guerra antes un bache que un clivaje profundo en el debate en torno a la literatura y sus posibilidades.

Estas dos nociones son las primeras que deberemos discutir y matizar en el presente capítulo, para poder examinar con posterioridad y a partir de una contextualización adecuada los usos y adaptaciones que Dámaso Alonso hace de Saussure en sus elaboraciones teóricas.

1. «Continuidades» y «anticipaciones» de la crítica literaria española frente al estructuralismo: revisión de un sentido común.

Uno de los argumentos esgrimidos a favor de la posición de avanzada de España en materia de crítica literaria es la temprana creación de las peculiares cátedras de «Gramática General y Crítica Literaria», combinación autóctona verdaderamente pionera en su terreno, establecida a fines de la década del cuarenta. A estas cátedras se alude cuando se quiere demostrar que el interés por vincular estudios literarios y lingüísticos en el panorama académico español es por lo menos anterior al auge de la

influencia estructuralista. Sin embargo, conviene no sobrecargar esta particularidad con el poder modernizador que le otorga una mirada retrospectiva. Miguel Ángel Garrido Gallardo revela, en la necrológica que le dedica, que fue Rafael de Balbín el “inspirador” (1980: 346) de dichas cátedras. Balbín, como su sucesor Garrido Gallardo, fue hombre del Opus Dei, Jefe de publicaciones del CSIC, catedrático de Lengua y Literatura de la Universidad de Oviedo desde 1943. El año es clave, porque es el de la aprobación de la Ley de Ordenamiento Universitario, surgida tras soterrados debates por el control educativo, precisamente, entre el ala católica del régimen y el ala falangista. La ley cristaliza ese enfrentamiento –al que tendremos ocasión de referirnos más adelante– al promulgar en su articulado el sometimiento simultáneo de todo contenido educativo al dogma católico por un lado y al ideario falangista por el otro. Pero la ley la firma ya José Ibáñez Martín, nombrado ministro de educación apenas unas semanas antes y “principal artífice de la infiltración de los miembros del Opus Dei en la Universidad” (Sáez Alba, 1974: 307). Es decir, en 1943, Balbín, que ha publicado muy poco, es un discreto estudioso de Bécquer, pero sobre todo, es hombre cercano al astro ascendente de la Obra de Josemaría Escrivá y autor de unos *Romances de cruzada*, escritos a mayor gloria de los generales sublevados⁵³. Cuando en 1948 se le conceda el traslado a Madrid, a falta de vacantes, se creará una plaza nueva cuyo título –sugerido por el propio Balbín– no es más que una remodelación retórica del cargo que ostentaba en Oviedo: «Lengua» y «Literatura» se convierten, por virtud del modo en que Balbín organizaba su temario, en «Gramática General» y «Crítica Literaria». Así es como toman carta de naturaleza dichas cátedras, la más célebre de las cuales la ocupará Fernando Lázaro Carreter al año siguiente en Salamanca. No hay, por lo tanto,

⁵³ No es exagerado decir que un par de octosílabos de Balbín pueden bastar para compendiar y captar el tono general de esa obra: "A caballo viene Franco / al que Dios guía y le guarda" (citado en González Gil et al., 1989: 107).

anticipación o vanguardismo teórico, sino antes que eso, ciertas dosis de oportunismo burocrático. Eso no significa que, en algunos casos, como en el del propio Lázaro Carreter, pueda llegar a hacerse de la necesidad virtud, pero aun así será de modo limitado y tardío. Lázaro Carreter, por ejemplo, tendrá un papel muy relevante en la difusión de la poética en su versión jakobsoniana, incluso aportando su propia valoración crítica, mediada por las contribuciones de la Teoría de la Comunicación (Blesa 2008; Arroyo Martínez 2014), pero no lo hará hasta mediados de los setenta y, sobre todo, en los ochenta, con títulos emblemáticos como *De poética y poéticas* (1990) y especialmente los *Estudios de poética (la obra en sí)* (1976). Son años de un empuje particular para la crítica literaria española, en los que la actualización teórica y la modernización institucional van de la mano y adquieren una notable efervescencia ligada a las transformaciones políticas que propicia la transición hacia la democracia. De todo ello hablaremos en el capítulo cuarto. Conviene ahora, más simplemente, subrayar que ese empuje modernizador no está ligado de modo causal y absoluto a la preexistencia de unas cátedras híbridas cuyos orígenes, como vemos, responden a otras circunstancias y buscan otros fines.

El segundo argumento con el que se procura subrayar la anticipación de la crítica española con respecto a las corrientes internacionales cae ya más cerca de nuestros intereses. En él se mezcla la lógica de la anticipación con la de la continuidad, haciendo hincapié en el carácter unitario de la estilística hispánica. Habría sido esta escuela, se sostiene, la que habría puesto a la crítica en posiciones de avanzada por su pronunciado interés en los aspectos lingüísticos de las obras literarias.

Incluso un pionero en la revisión de la tradición estilística⁵⁴ como el recién mencionado Fernando Lázaro Carreter, actor muy importante, como vimos, en la renovación teórica de los estudios literarios, mantenía esa perspectiva al marcar precisamente distancias entre –para usar la expresión de Adolfo Prieto– “viejos y nuevos hábitos críticos”:

Los españoles e hispanoamericanos, que contamos con una tradicional compatibilidad entre los estudios lingüísticos y los literarios establecida por la escuela de Menéndez Pidal, y que hemos conocido el auge de la estilística idealista por obra de dos de sus más preclaros maestros, Dámaso Alonso y Amado Alonso, tal vez no estemos en condiciones de atribuir a esta nueva alianza entre la lingüística y la literatura los caracteres de auténtica revolución que tiene en el seno de las ciencias humanas. No obstante, debe advertirse que la moderna Poética y la estilística que nos es familiar sólo tienen puntos tangenciales de contacto (1976: 11).

En 1994, el ya citado Miguel Ángel Garrido Gallardo se expresaba en el mismo sentido, aunque en esa ocasión fuera para defender a la tradición española de “importaciones anglosajonas” como Bloomfield:

La llamada Escuela Española de Lingüística nunca consideró compartimentos estancos a la lengua y a la literatura y, por consiguiente, situados en esta tradición, resulta absurdo el esforzarse por echar cables desde una disciplina a la otra, como si hubiera un tajo entre ambas (1994: 31-32).

También Juan Carlos Gómez Alonso, en 2002, señala esa continuidad e insiste en las mismas genealogías, esta vez ampliando su efecto al campo hispanoamericano:

En España esta colaboración interdisciplinar [entre lingüística y literatura] no es nueva, ya que era desarrollada por los cultivadores de la

⁵⁴ El primer artículo en el que Lázaro Carreter muestra sus reparos a la pretensión de la Estilística de sustituir por completo a la crítica aparece en la revista *Ínsula* en 1950: “Estilística y crítica literaria.

estilística y de la Lingüística diacrónica. En la escuela española de R. Menéndez Pidal encontramos una estrecha interrelación de los aspectos lingüísticos, históricos y literarios, y algunos de sus discípulos abrazan este tipo de estudio que abarca todos estos aspectos. Este es el caso no sólo de Menéndez Pidal, sino también de Rafael Lapesa, Dámaso Alonso, Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes (Gómez Alonso 2002: 93).

Se trata, como vemos, de un argumento extendido y que llega virtualmente hasta nuestros días. Son varios, sin embargo, los aspectos de esta posición que se ofrecen a la necesidad de un replanteamiento. Para empezar, la continuidad sugerida para la escuela pidaliana, razón aducida por la que cabría hablar también de anticipación, requiere algunas matizaciones.

Ramón Menéndez Pidal, hombre muy vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, presidente del comité directivo de la Residencia de Estudiantes (1910), antes incluso de dirigir el Centro de Estudios Históricos (1915), y vicepresidente de la Junta para la Ampliación de Estudios en 1926, es, en los inicios de su carrera, sobre todo un historiador⁵⁵, identificado con el proyecto nacionalista liberal que propugnaba la ILE. Las raíces de ese proyecto son profundas, y se remontan hasta el conflicto entre afrancesados y castizos que marcaría el destino de España durante la Ilustración. Pero no iremos tan lejos, bastará con dejar asentado que lo que se enfrentan son, entre otras cosas, dos propuestas identitarias para España: una de convicciones monárquicas, católicas y tono político conservador, patrocinadora de un modelo costumbrista para la literatura que refleje la unidad del carácter español en sus rasgos más populares⁵⁶; y

⁵⁵ Recuérdese que Pidal arrancó como auxiliar en la Real Biblioteca de Madrid, y ahí completó el *Catálogo de las Crónicas Generales de España* (1989).

⁵⁶ A modo de ejemplo, Antonio Cánovas del Castillo, artífice de la restauración monárquica y el ideólogo de la constitución que se promulga en 1876, en la que, entre otros aspectos, se restringe la libertad de cátedra por motivos religiosos, dando lugar con ello al nacimiento de la ILE; intervendrá como crítico literario en el debate a favor del costumbrismo con una elogiosa biografía sobre su tío, Serafín Estébanz

otra, la de la ILE, republicana y, ante todo, laica que trata de forjar una identidad orgánica para el país en la que se aglutine su diversidad cultural, sobre todo en la reconstrucción de su pasado, así como el rescate de una tradición erudita, contrapeso del ingrediente popular. La reivindicación de lo culto, el sesgo elitista y a veces antipopular que encontramos en Amado Alonso, y que volveremos a advertir en Dámaso, encuentra su origen en estos remotos clivajes políticos. En cualquier caso, Ramón Menéndez Pidal es un activo operador de esta segunda tendencia, no solo en su trabajo, sino en los que alienta a emprender a sus colegas. Tómese el ejemplo de Américo Castro y su labor para recuperar el aporte semítico a la cultura española, cuya primera cristalización es *España en su historia* (1948) pero cuyo impulso original se remonta, a decir de los estudiosos de su obra (Sicroff 1974: 108), a treinta años antes⁵⁷. También Dámaso Alonso colabora con el proyecto, bajo el paraguas institucional del Centro de Estudios Históricos, cuando pronuncia su conocida conferencia “Escila y Caribdis de la literatura española” (1927), documento del que tendremos ocasión de hablar más adelante y en el que las figuras mitológicas sirven para resumir esa doble atracción de las letras hispanas por lo popular y por lo culto.

El interés que Pidal pueda tener en la lengua, entonces y consecuentemente, es en lo fundamental histórico. La suya, desde sus estudios sobre la *Leyenda de los siete infantes de Lara* (1896) hasta los trabajos sobre *La lengua de Cristóbal Colón* (1940) por citar, quizás, su ejemplo más emblemático de práctica «estilística», es una inquietud por el origen, entendido este en un sentido social, nacional incluso. Sin duda, pueden

Calderón, más conocido bajo el pseudónimo de “el Solitario” y, entre otras muchas cosas, importante autor –quizás el mayor tras Mesonero Romanos– de cuadros de costumbres (véase Escobar Arronis 1998: 22 y ss.).

⁵⁷ Sicroff refiere el artículo “El movimiento científico en la España actual”, publicado en el número cuatro de la revista napolitana *La Rassegna*. En él, significativamente, Castro alude al establecimiento de la Institución Libre de Enseñanza en 1876 como “el paso más importante que preparó el nuevo movimiento intelectual español” (Sicroff 1974: 109).

encontrarse fragmentos y opiniones que avalen una crítica de tipo intuicionista o que asuman posiciones estetizantes frente al objeto artístico; así, por ejemplo, lo demuestra la frase con la que comienza su volumen de *Estudios literarios*: “Todo el que lee el *Condenado por desconfiado* siente una duradera impresión de extrañeza difícil de precisar” (1938: 9). Hay, desde luego, un extendidísimo fondo común acerca de la experiencia estética al que Menéndez Pidal no es ajeno. Pero lo característico en su obra es el modo que tiene de responder a este punto de partida, rastreando, en este caso, las fuentes hindúes del tema de Tirso para entender esa “extrañeza difícil de precisar”, no desde el punto de vista estrictamente estético, sino como un problema de tradición y de traducción cultural. En estos términos disuelve la “impresión” que le suscita el *Condenado...*: “Un drama así nacido, al calor de una idea legendaria y de otra teológica, no puede ser comprendido sin tener en cuenta uno y otro aspecto” (1938: 53). El caso de *La lengua de Cristóbal Colón* es quizás más característico porque, por su tema, entra de lleno en la lógica individualizante que desarrollará luego la estilística genética de Dámaso. Sin embargo, es destacable el modo en que Pidal se desentiende categóricamente de cualquier irreductibilidad última del espíritu de Colón y ubica su estudio en una senda netamente positivista al considerar que su tema de esclarecimiento y de pesquisa no es otro que “la formación cultural del descubridor” (1942: 47). Lo que no le preocupa, en cambio, es la desviación individual con la que en su búsqueda de rigor científico poco puede hacer. En cierta ocasión, Ortega y Gasset pudo escribir a propósito suyo: “Ciencia no es erudición, es teoría” (citado en Maravall 1959: 55). Nada de eso puede entroncar naturalmente, sin algún grado de perturbación, con lo que iba a ser la crítica literaria en suelo español durante las décadas del cuarenta y del cincuenta.

Otro de los aspectos que se desprende de las interpretaciones antes citadas y que es necesario revisar es la continuidad establecida entre la estilística de uno y otro lado del Atlántico. Ya hemos tenido ocasión de ver hasta qué punto el desempeño crítico de Amado Alonso encaja en un contexto de polémicas académicas e inestabilidad institucional, y de qué modo sus discursos y actuaciones se acomodan a ese escenario concreto que, actuando como un tamiz, los depura de todos aquellos elementos que por una u otra razón, caen fuera de su régimen de escucha. Se ha apuntado incluso que el fin de la hegemonía alonsina en Buenos Aires no responde únicamente al corte abrupto que, desde luego, le impone la cesantía peronista; sino que puede también leerse como un lento y progresivo eclipse derivado de un concurso de circunstancias entre las que se destacan el cumplimiento de una primera fase de la normalización lingüística en el país, la diversificación de la oferta lingüística con la irrupción de nuevos medios masivos cada vez más difíciles de reducir a una lógica verticalista como la que propone el Instituto, o la pérdida de sus apoyos tradicionales entre los sectores pro-hispanos al ritmo en que, por un lado, Alonso adopte una agenda más cercana a lo que podrían denominarse los «intereses nacionales» argentinos –el caso del proyecto de doctorado para extranjeros que languidece, sin financiación, en los cajones de la UBA– y, por otro, se concrete la recuperación de España tras la Guerra Civil, abriendo la posibilidad para ese país de recobrar el papel rector que en materia filológica le había arrebatado Buenos Aires durante el conflicto.

Todas estas particularidades entran en uno u otro grado en el fenómeno de la recepción de Saussure que lidera Amado Alonso para la Argentina. Se trata, sin embargo, de rasgos y circunstancias que no pueden extrapolarse de forma automática al contexto español. Aun en el supuesto de que, en términos globales, pueda hablarse de la unidad del discurso estilístico, la identidad de argumentos no podrá sino producir

efectos distintos en escenarios dispares. Más aún, las diferencias que puedan localizarse, por ejemplo, entre la labor de los dos Alonso, el «argentino» y el español, podrán remitirse sin duda a cuestiones de temperamento y tono personal que escapen a cualquier formulación precisa, pero adquirirán también una nueva significación si se las contempla en su relación con el entorno que recibe dicha labor –y por lo tanto la reconfigura–, y en su tensión con un impulso teórico que cuestiona sus mismos fundamentos.

Dámaso Alonso se ocupa públicamente por primera vez de Saussure a mediados de los años treinta, durante un curso de verano de la Universidad de Santander. Pero tras la Guerra Civil, las menciones al lingüista ginebrino cesan por más de tres lustros, hasta la aparición del volumen emblemático *Poesía española, ensayo de métodos y límites estilísticos* (1952). Entretanto, el campo intelectual español habrá sufrido profundas mutaciones a raíz del conflicto y de la dictadura subsiguiente. Este hecho desarticula y contesta las hipótesis de continuidad para el caso de Dámaso en un doble eje, espacial y temporal: por un lado, como dijimos, en lo que se refiere a la posible disolución de su trabajo en un fondo común estilístico que no entendería de fronteras ni circunstancias particulares; por el otro, en lo que atañe a la continuidad de su propio trabajo a lo largo del tiempo, postulada por él mismo, como una forma de borrar los efectos de la guerra en nombre de la ciencia. Es en esta articulación que el estructuralismo encontrará su lugar, sus posibilidades y obturaciones. Conviene, por lo tanto, examinarla con algún detalle.

2. Dámaso Alonso: génesis y mutación de un discurso crítico.

“Nos confundían siempre”⁵⁸, con esta frase encabeza Dámaso Alonso la nota necrológica que le dedica a Amado en el número especial de la revista *Ínsula*, en 1952. Pero, en un cierto nivel, el entonces director de la Real Academia Española procura también reconocer y aclarar diferencias: “Mientras yo, dilacerado entre demasiadas apetencias he ido siempre dando tumbos, Amado Alonso había sabido crecer serenamente, perfeccionar su técnica filológica” (1952: 1). El recuerdo de las horas de biblioteca que pasaron juntos en Harvard, da ocasión al catedrático de Madrid para insistir en el mismo sentido: “Mientras yo picaba aquí y allá –¡cuántas solicitudes para el muy disperso!– Amado se sumergía serenamente en su libro” (Ibíd.: 3).

La memoria de Dámaso disuelve de este modo en diferencias de temperamento la distancia de dos prácticas críticas que remonta a un tronco común: “Los dos procedíamos de la misma cantera (la escuela de Menéndez Pidal, Américo Castro y Navarro Tomás)” (Ibíd.: 1). La historiografía de la crítica, en cambio, ha preferido por lo general atender a esas diferencias sin ensayar hipótesis explicativas. A excepción de Pierre Giraud, quien en su conocido manual *La estilística* apenas menciona a los dos Alonso como seguidores de Leo Spitzer (1954: 89), los autores, en particular del ámbito hispánico, que se han ocupado de historiar esa tendencia crítica, han tratado de establecer y precisar las diferencias más notables entre ambos autores. Así por ejemplo, Roberto Fernández Retamar, recupera la distinción saussureana entre lengua y habla para determinar los alcances de la estilística propuesta por cada uno de ellos: “Frente a

⁵⁸ La mención a “los Alonso” no es solo anecdótica. Una de las primeras recurrencias se le debe a Gonzalo Sobejano, quien en un artículo de 1962, la emplea para precisar: “Los dos Alonsos son dos emocionadores del análisis, de suerte que leyendo sus escritos no sólo se aprende a descomponer, sino a recrear, a propagar la radiante contextura de la obra poética. Amado en América, Dámaso en España, ambos promueven el cultivo de la estilística” (79). A partir de ahí, la expresión gana fortuna.

Bally,” detalla, “que limita la disciplina a la lengua; y frente a Dámaso Alonso que la ciñe al habla (cubriéndola por completo), Amado Alonso la hace abarcar tanto una como otra, buscando en la primera lo extralógico y en la segunda lo extralógico individual (1958: 122). En un sentido parecido, aunque tal vez más difícil de captar, Gonzalo Sobejano, recuerda que la Estilística fue “definida por el primero [Amado] como estudio de un sistema expresivo y de su eficacia estética, y por el segundo [Dámaso] como ciencia de la movilización momentánea y creativa del idioma en la obra poética siempre actual y eterna” (1962: 79). Estas distinciones resultarán un poco opacadas en *La Estilística* de José María Paz Gago, muy preocupado por mostrar el fondo común de idealismo que comparten ambos críticos. De todos modos, sí señala otras divergencias significativas, como la diferente articulación entre intuición y placer: “Si, para Dámaso, la intuición del crítico debe reproducir, revivir la intuición del escritor que generó la obra, para Amado, debe además recrear el placer estético que experimentó en el mismo momento de la creación literaria” (Paz Gago, 1991: 71).

Se trata en cualquier caso de distinciones que pertenecen al orden del discurso, y que en ningún caso registran las determinaciones y los condicionantes que imponen los contextos académicos, políticos e institucionales en los que ambos críticos trabajan. De ese modo, aunque sin referirlo explícitamente, se infiere que lo dominante siguen siendo las diferencias temperamentales o que, en todo caso, nos hallamos frente a un escenario de libre elección de opciones teóricas.

Refinar y complejizar ese punto de vista será necesario para entender el alcance de la operación de importación de Saussure que lleva a cabo Dámaso y sus diferencias específicas con la que culminó Amado. Desde esta perspectiva, refinar y complejizar significará ante todo alejar el examen de la trayectoria del crítico madrileño de toda posible naturalización, y eso deberemos hacerlo en contra de su propia opinión sobre sí

mismo: “De una cosa protestaré con toda ingenuidad, con toda energía”, escribe Dámaso en *Poesía española*, “y es que no he ido a estudiar ajenos procedimientos para remedarlos, que los métodos empleados por mí han crecido natural y biológicamente con mi vida misma” (Alonso 1957: 11).

Retrospectivamente, considerará:

Hay que decir que yo me enteré algo tarde de que existía una técnica o una ciencia (¡ciencia en aprendizaje!), que tiene ese nombre tan feo –estilística–; me enteré cuando vi que en algunos estudios y repertorios bibliográficos –sobre todo alemanes– clasificaban mis pobres intentos bajo el título “Estilística”. “Por lo visto, hacemos estilística”, me dije (1957:10-11).

La “ingenuidad” que se arroga Alonso en la cita antecedente y la sorpresa que afecta en esta última, son recursos retóricos que habrá que desarmar. En ambos casos el crítico se propone a sí mismo como una suerte de trabajador solitario, escritor en la torre de marfil que nada sabe de lo que ocurre en el mundo y que se entrega, con docilidad, al poder nominador foráneo sin que esa circunstancia afecte a su trabajo. En la superficie de ese discurso se opera un claro borramiento de la historia y del contexto en el que Dámaso produce. Recuperar ambos extremos será nuestra tarea en los siguientes apartados.

2.1 El Saussure de Dámaso antes de la Guerra Civil (1927-1935)

¿Cuán tarde se enteró Dámaso de la existencia de la estilística? ¿Pueden la docilidad y el ostracismo caracterizar de un modo suficiente su desempeño crítico antes de la guerra? ¿Cómo se articulan sus primeros contactos con la obra de Saussure y la

declarada voluntad de no “estudiar ajenos procedimientos para remedarlos”? En el presente apartado ensayaremos una respuesta articulada a estos tres interrogantes.

Abordemos el primero de ellos. De modo conjetural puede aventurarse que Dámaso Alonso tenía noticia de *La Introducción a la estilística romance* (1932), que circuló por España ya antes de la Guerra Civil. Es probable incluso que el crítico madrileño hubiera conocido alguno de los textos incluidos en esa antología por su tocayo lerinés aún con anterioridad, en su versión alemana original, durante, por lo menos, su segunda estadía en tierras germanas, poco antes de que estallara el conflicto en España. En todo caso, es un hecho que Alonso no desconocía la estilística cuando publicó su primer libro, *La lengua poética de Góngora*, en 1935. Se trata, en realidad, de la versión impresa de su tesis doctoral, defendida en 1927, y en ella ubica ya su investigación bajo ese dominio⁵⁹, si bien con un alcance distinto a las modalidades que lo harán célebre. Veamos cómo.

La lengua poética de Góngora puede inscribirse sin reparos en el proyecto de redefinición nacional defendido por la Institución Libre de Enseñanza al que aludimos unas páginas atrás. En él, Dámaso intenta una revisión de la imagen dicotómica tradicionalmente asociada al poeta cordobés, cristalizada en los epítetos de “príncipe de la luz” y “príncipe de las tinieblas” que acuñó el humanista murciano Francisco Cascales y que Menéndez Pelayo deformaría en “ángel de luz” y “ángel de tinieblas”⁶⁰.

⁵⁹ En la “Introducción” del libro, Alonso refiere la particular tensión epistemológica que, a su entender, acecha su investigación, en los siguientes términos: “Habría que apurar hasta el último pormenor porque en estas cuestiones estilísticas, o se apuran los últimos recodos, o no se logra nada” (1935a: 15).

⁶⁰ Coherente con los postulados regeneracionistas de la ILE, el joven Dámaso se muestra contrario al modelo de erudito decimonónico que encarnó prototípicamente Menéndez Pelayo y, en sorda polémica, no pierde la oportunidad de señalar, en la primera nota a pie del libro, la casi segura posibilidad de que el autor de *Ideas Estéticas* citara a Cascales “de memoria”. El católico sabio santanderino fue en su tiempo el azote impenitente del krausismo, contra el que se despacha en los *Heterodoxos españoles* en los siguientes términos: “Se ayudaban se protegían unos a otros; cuando mandaban, se repartían las cátedras como botín conquistado; todos hablaban igual, todos vestían igual, todos se parecían en su aspecto exterior, aunque no se pareciesen antes, porque el krausismo es cosa que imprime carácter y modifica

Para sostener su opinión, Dámaso concibe una dicotomía alternativa, que reproduce su idea de una convivencia entre vulgaridad e idealidad como característica del arte español y que esta vez serviría para explicar, no un quiebre entre dos etapas, o eje vertical, en la trayectoria de Góngora, sino un eje horizontal que la recorre por completo, en su unidad, dividiendo estilísticamente las obras según pertenezcan a uno u otro plano⁶¹.

En apoyo de su punto de vista, Dámaso, no sólo propone un modelo de investigación, sino que se presenta a sí mismo como un rupturista en ese terreno, alguien que viene a terminar con los viejos usos y costumbres de la crítica y que postula que “lo primero que habría que hacer sería estudiar científicamente y con absoluto desapasionamiento” (1935a: 15). Este ideal científicista es el que se despliega en el libro cuando, para abonar su tesis, analiza la continuidad en el uso del cultismo –el rasgo, quizás, más sobresaliente del gongorismo–, no solo dentro de la obra poética del cordobés, sino a lo largo de toda la tradición poética española que lo antecede.

Lo interesante para nosotros no son, sin embargo, los pormenores de la investigación, sino su sentido como pieza en el seno de un ideario que acoge institucionalmente a Dámaso y que lo sobrepasa, contestando de ese modo la visión aislada y solitaria que el crítico ofrecía de sí mismo. No será raro, por ejemplo, que encontremos en esa época, formulaciones sobre el cambio lingüístico y la relación entre

hasta las fisonomías, asimilándolas al perfil de D. Julián [Sanz del Río] o de D. Nicolás [Salmerón]. Todos eran téticos, cejjuntos, sombríos; todos respondían por fórmulas hasta en las insulseces de la vida práctica y diaria; siempre en su papel; siempre sabios, siempre absortos en lavista real de lo absoluto” (1978: 950).

⁶¹ “[...] Hay dos manifestaciones del arte de Góngora, que le sitúan plenamente dentro de la tradición renacentista en general, y en particular de la de España. Sabida es la duplicidad de la visión representativa que del mundo tiene el Renacimiento: de una parte se fortalece o reanuda la tendencia a la huida de la realidad y al acercamiento a la belleza como principio absoluto; y de otra, la aproximación a lo real humano, a lo particular, a lo fluctuante, a lo concreto. [...] Lo característico español es la superposición de las dos tendencias (desde la Celestina hasta el Quijote). En Góngora, desde el primer año en que tenemos testimonios de su producción literaria, 1580, hasta 1626, año anterior a su muerte, en que escribe sus últimas poesías se da también sin interrupción este paralelismo” (Alonso, D. 1935a: 16-17).

lo vulgar y lo culto que nos recuerden a los propuestos por Amado Alonso: Sobre los cultismos, que son el tema de su investigación, Dámaso lamenta la falta de un estudio y un ensayo de definición precisos por el hecho de que, bajo las estrecheces del positivismo, la lingüística haya reducido la lengua a la categoría de “fenómeno natural, ‘fisiológico’” (1935a: 43), y por lo tanto se haya interesado primordialmente por los vocablos denominados «patrimoniales», que dan pistas certeras sobre las leyes generales de evolución fonética de una lengua. Los cultismos, en cambio, recuperados arbitrariamente según una necesidad de expresión docta, pierden todo interés desde ese punto de vista. Dámaso aprovecha entonces para elevar su queja en la precisa línea característica de la ILE:

[...] En la lengua, como siempre en la vida social, hay dos movimientos: uno parte de las capas inferiores y se impone a la generalidad [...]; pero el otro procede de arriba abajo y, saliendo de las zonas de vida intelectual más intensa, termina por generalizarse (1935a: 44).

Con su obra, Góngora sería un ejemplo de ese segundo movimiento, al revitalizar y difundir, a veces incluso al propagar *ex nihilo*, un gran número de cultismo que terminaron por ser incorporados al uso normal de la lengua.

Todo este despliegue reproduce en su generalidad las posiciones que podía sostener Amado Alonso aún en los tiempos de Harvard, a fines de los cuarenta y principios de los cincuenta, y así lo vimos al analizar su *De la pronunciación*. La coincidencia llega al extremo de reivindicar el idealismo como territorio natural por el que cabría ampliar el discurso científico:

Afortunadamente hoy se reconoce ya la importancia de lo espiritual en el idioma, puesto que la lengua no es más que un vehículo –y el más perfecto– de la vida mental del hombre, y se ha llegado a comprender cómo historia de la

lengua e historia de la literatura y de la cultura son tres factores inseparables (Ibíd.).

Pero insertas en el contexto argentino, ideas como éstas encontraban, así lo vimos, otros ecos, otras refutaciones y apoyos, y su sentido político era distinto. En la España de los tiempos triunfales del krausismo, desde la segunda década del siglo veinte hasta la Guerra Civil, entroncan en cambio con un proyecto de regeneración nacional que tiene entre sus objetivos la reformulación del pasado de la nación y la instalación de España en el orbe de los pueblos cultos. Los trabajos de Dámaso Alonso anteriores a la guerra se inscriben mayoritariamente en esa lógica⁶². La ya mencionada conferencia “Escila y Cribdis en la literatura española”, pronunciada en 1927 pero impresa, con adiciones, en 1935 en la revista del catolicismo liberal *Cruz y Raya*⁶³, es un buen ejemplo de ello. Desde sus primeras líneas, Dámaso, aclara la cuestión:

Popularismo y selección. Localismo y universalidad. Lope y Góngora: dos símbolos hispánicos.

Pero la crítica (así la llaman) se fragua en el siglo XIX. En España es un nombre venerable y una obra. Fuera, una resonancia y un mito. Ya está

⁶² Hay que aclarar que Alonso no es, sin embargo, a diferencia de otros, un institucionalista de estirpe, por decirlo así, de familia. Lo educan los jesuitas de Chamartín como “hijo de ingeniero, por ello distinguido alumno del colegio de élite” (Santos 1988: 47), aunque, muerto su padre cuando él tenía dos años, sea a costa de “gran sacrificio para la pobre viuda doña Petra” (45).

⁶³ *Cruz y Raya* fue la publicación emblemática del catolicismo “abierto” que pudo existir en tiempos republicanos, financiado por la comunidad jesuítica: “Ninguna forma actual del pensamiento”, escriben en el editorial que sirve de presentación a la revista, “tiene que marcarse por adelantado con etiqueta confesional alguna para expresarnos a nosotros su significado espiritual más puro”. Desde tales postulados, expresaron su cercanía al personalismo francés, traduciendo a Mounier (nº 11, Febrero de 1934) y a Maritain (nº 25, Abril de 1935) y, en general, haciéndose eco de las posiciones de *Esprit* desde su primer número. En torno a esta publicación que, probablemente por su carácter ensayístico, no atrajo a las figuras mayores de la generación del 27, se reunieron de todos modos algunos nombres importantes de la época como los de su propio fundador José Bergamín, Xavier Zubiri o María Zambrano, y más esporádicamente, escribieron en ella Amado Alonso, un jovencísimo Julián Marías, Gómez de la Serna e incluso Pablo Neruda. Una visión más agria de la publicación la ofrece Andrés Trapiello en *Las Armas y las Letras*, al recordar que también “en ella colaboraron la mayor parte de los fascistas” y que “quien la haya estudiado con detenimiento, convendrá en que toda ella es un poco nada, un discreto camelo de estos últimos años, caladero de hispanistas” (1994: 88).

determinado: España es el país del realismo, de lo popular...; la literatura española es realista y localista. Nada más.

A nuestra generación le conviene cerner otra vez estas ideas. (1935b: 80).

Algo hemos dicho ya del sentido que estos posicionamientos podían tener en España, puertas adentro. Pero el texto de Alonso busca además repercusión internacional. Dámaso defiende esas tesis y escribe en contra, explícitamente, de un artículo de Victor Klemperer⁶⁴, que en ese entonces era un humilde profesor de la Universidad de Dresde con una visión un tanto desalentadora acerca de la cultura renacentista española. La intención del crítico madrileño es rescatar cierto esplendor postergado para esa época de España, e incluirla en el concierto internacional de las altas letras por vía del rescate y la puesta en valor de sus elementos cultos. La polémica ofrece por otro lado ocasión para empezar entender el quiebre fuerte que supuso la contienda civil y la posterior dictadura. Klemperer se hará celebre veinte años más tarde, en 1947, cuando publique *Lingua Tertii Imperii*, el primer estudio estilístico de la lengua empleada por los aparatos de propaganda del Tercer Reich. Esa es una posibilidad temática que, bajo el franquismo, Dámaso Alonso sencillamente no va a tener, por lo que la discusión e incluso el diálogo quedarán forzosamente interrumpidos. Lejos de la anécdota, circunstancias como esta delimitan con precisión el alcance de lo que se ensombrece cuando se postula una continuidad intrínseca, sin fisuras, en el trabajo de Dámaso antes y después de la guerra.

En esa línea continuista se inscriben también aquellos que han querido ver en otro artículo suyo de 1935, el titulado “Aquella arpa de Bécquer”, el primer ejemplo cabal y acabado del ensayo estilístico que lo hará reconocido y reconocible con el correr

⁶⁴ Se trata de “Es gibt eine spanische Renaissance?” en *Logos. Internationale Zeitschrift für Philosophie der Kultur* 16 (1927): 129-161. Dámaso se refiere igualmente al libro de Hans Wantoch *Spanien, das Land ohne Renaissance* (Munich, 1927).

de los años. Los que así argumentan se apoyan en algunas afirmaciones contenidas en ese trabajo acerca del misterio de la poesía y su naturaleza finalmente incognoscible:

Nadie nos revelará nunca el misterio de la poesía. Varias alusiones, corredores que dan vueltas en el aire, palabras tan aparentemente claras que nos engañan con su luz y, en su diafanidad, nos celan el secreto intacto. [...] ¿La poesía es el pensamiento? ¿Es el ritmo? ¿Es la imagen? Cada uno de estos elementos puede venir de sitios distintos; y aún pueden juntarse todos... y la Poesía no concurrir a la cita. Porque la Poesía –y no pretendo revelar el secreto intangible, sino solo aislarlo– consiste en una íntima vibración del poeta, por vías de misterio comunicado a su obra (Alonso 1935b: 61).

La cita, aún con sus queridas vaguedades o, mejor, a causa precisamente de ellas, parece inequívoca. Pero, de nuevo, aislar este tipo de pronunciamientos de su contexto efectivo de realización los hurta de una parte muy importante de su sentido. De un modo semejante a como hemos visto que hacía en “Escila y Caribdis...” o en su *Góngora*, Dámaso concibe en buena medida su trabajo como una intervención en el campo académico internacional, y de nuevo con la intención de reivindicar un lugar de primer orden para la cultura española. En este caso, se trata de sacar a Bécquer del puesto de epígono del Romanticismo europeo y elevarlo a la categoría de fundador de la modernidad lírica española y “creador de uno de los mundos poéticos más simples, más hondos, más etéreos, más irreales y extraordinarios de los que la humanidad ha producido jamás” (1935b: 83-84). En concreto, Dámaso discute, entre otros, un artículo de William S. Hendrix⁶⁵ en el que se propone a Byron como “numen inspirador y único determinante” (Alonso 1935b: 65) de la obra becqueriana; pero también cuestiona la idea, más ampliamente aceptada, de un Bécquer pálido imitador de Heine. El recurso entonces a la idea de un “misterio poético” que es a la vez garante de la calidad literaria

⁶⁵ “Las *Rimas* de Bécquer y la influencia de Byron”, Boletín de la Academia de la Historia, tomo 98, cuaderno II (abril-junio 1931): 850-894.

y eco de la “íntima vibración” del autor en la obra tiene, ante todo, un sentido estratégico: minimizar el peso de las influencias en un contexto, por decirlo así, internacionalmente adverso que, por esa vía, relativiza la sustantividad del autor de las *Rimas*. “A Bécquer le creó su propio genio”, escribe Dámaso (1935b: 69), y con eso invita a las demás naciones a reconocerle un puesto en el orbe universal de las letras:

Heine –más extenso y rico, pero no más intenso [que Bécquer]– es universalmente conocido –y bien merece serlo–; y el mundo que casi desconoce, por ejemplo, a nuestro San Juan de la Cruz, casi desconoce también a nuestro Bécquer (1935b: 84).

Hasta aquí, entonces, hemos tenido ocasión de responder a los dos primeros interrogantes que nos planteábamos. Ha quedado demostrado que Dámaso Alonso conoce los principios de la estilística en su vertiente idealista desde los comienzos mismos de su trabajo; así como el hecho de que ese conocimiento y esa tendencia supeditan sus efectos a una empresa de carácter más general y de tintes políticos regeneracionistas matizadas por el discurso de la ILE, organismo que en sus comienzos le brinda apoyo institucional. No hay ostracismo ni torre de marfil alguna, sino una clara y manifiesta concepción de su trabajo como intervención en un debate cuyos deslindes y posiciones da muestras de conocer y articular con precisión.

Queda por esclarecer solamente el último punto, y el más pertinente para nuestra investigación: Qué papel pudo jugar el temprano conocimiento de Saussure en esa configuración.

Son varias las fuentes que podemos consultar para rehacer el camino de ese primer contacto. En primer lugar, un breve trabajo de José Polo (1992), quien tuvo acceso al archivo personal del autor, nos informa que se encontraba en su biblioteca una

ejemplar de la tercera edición del *Cours*, la de 1931, con múltiples subrayados. Además, entre los materiales de Dámaso, Polo localiza “un cuaderno que contiene la traducción resumida de la obra por antonomasia de Saussure. Unas veces se trata de mera síntesis del texto francés y otras de traducción completa de determinados pasajes; comprende desde el comienzo del libro hasta el final de la primera parte [...]; más de un tercio de la obra completa” (1992: 184). Polo conjetura que ese cuaderno podría ser fruto de la lectura de la obra en alguna biblioteca, y apunta a la del Centro de Estudios Históricos, que, según consta en las fichas bibliográficas de la *Revista de Filología Española*, contaba con un ejemplar de la primera edición.

No hay pruebas de ello y sí, en cambio, de que Alonso se encontraba en la Universidad de Barcelona en 1933, año en el que el gramático catalán Pompeu Fabra dedicó varias sesiones a la exposición de la teoría del ginebrino (Molfulleda 1983: 245; Montoya 1990: 109). Sea como fuere y más allá de la fecha precisa y de las circunstancias que rodearon este primer contacto de Alonso con Saussure, lo cierto es que su primera exposición pública y sistemática del saussurismo data, reconocidamente, de 1934. Su carácter pionero lo reconoce Rafael Lapesa en una semblanza sobre maestro en la que podemos leer:

En 1934 Dámaso dirigía las clases prácticas del Curso para extranjeros en la Universidad Internacional de Santander. [...] Pero además dio un curso general sobre problemas y métodos de la lingüística y de la investigación literaria. [...] Gracias a él nos enteramos de que existía el estructuralismo, de que había habido un lingüista llamado Ferdinand de Saussure (1998: 175).

El programa de ese curso general se encuentra reproducido en el *Resumen de los trabajos de la Universidad Internacional de Verano de Santander 1933-1934*, y aunque

en él se expresa el propósito de publicar el ciclo de conferencias pronunciadas por Dámaso, la guerra habría de impedirlo.

Esa misma memoria de la UIVS nos ofrece el marco en el que se insertan las alocuciones de Alonso. El tema general de aquel año de 1934 fue «El Siglo XX»; y de él se desprendían seis «lecciones», o ejes temáticos más precisos. El quinto llevaba por título «Las ciencias del espíritu que se orientan hacia la realidad histórico-cultural y filológica» y fueron responsables de las sesiones correspondientes a este eje los profesores Emil Utitz, Johan Huizinga y Dámaso Alonso, encargándose cada uno de ellos de seis conferencias. Alonso titula a las suyas «Los nuevos métodos técnicos de la filología y de la ciencia de la literatura». Este encabezado permite aventurar ya un par de observaciones preliminares. En primer lugar, el optimismo epistemológico que trasunta la acumulación de términos referidos a la novedad, la ciencia y la técnica, y que se mantiene en línea con el ideal de progresismo científico que propugnara ya en su tesis sobre Góngora. En segundo lugar, hay que advertir que en ningún caso se trata de un curso monográfico sobre Saussure. Las teorías del ginebrino ocupan una sola de las sesiones. Habrá otra para el estructuralismo de Praga o, más concretamente, para reseñar los debates suscitados en el congreso de La Haya de 1928. También encontrarán su lugar en las exposiciones de Alonso los Jungergramatikker, Meyer-Lübke, los dialéctologos suizos y franceses –Gauchat, Guilléron– y, por supuesto, Croce, Vossler y Menéndez Pidal.

La sesión acerca de Saussure se estructura, según la memoria de la Universidad, en los siguientes puntos:

- a) Objeto de la lingüística: la ‘lengua’ frente al ‘habla’; la ‘lengua’ como sistema homogéneo y concreto de signos psíquicos; b) arbitrariedad del signo: de aquí su alterabilidad y su intangibilidad; c) nacimiento del signo en la lengua como punto de contacto entre pensamiento y forma; y d) individualización del signo:

su diferenciación como consecuencia de su arbitrariedad, establecida a base de las relaciones sintagmáticas y de las asociativas. Consecuencias metodológicas: método sincrónico, exclusión del “habla”, nuevo análisis de los valores lingüísticos. Crítica de las teorías de Saussure. Bally: su método estilístico (reproducido en Casteleiro 2000: 193).

Si bien, como dijimos, esta exposición no fue publicada, contamos con el recuerdo que de ella nos proporcionó Ignacio Aguilera en el volumen homenaje que preparó *Cuadernos Hispanoamericanos* (el número triple 280-282, correspondiente a octubre-diciembre de 1973), con motivo de la jubilación del maestro madrileño. Aguilera rememora:

Después de considerar las consecuencias metodológicas (método sincrónico, exclusión del *habla*, nuevo análisis de los valores lingüísticos), hizo una crítica de las teorías de Saussure, estudio la escuela de éste, refiriéndose principalmente a Bally y Sechehaye –no solo divulgadores, sino perfeccionadores de las ideas de su maestro–, con una especial consideración para el método estilístico de Bally (Aguilera 1973: 66).

Nada de lo expuesto hasta aquí puede sorprendernos demasiado. Las críticas a Saussure y su morigeración vía Bally son algo que ya hemos visto aparecer en Amado Alonso; también Croce recibirá refutaciones en el curso que imparte Dámaso (Aguilera 1973: 64), en línea con lo que pudimos atestiguar de las intervenciones de Montolíu en Buenos Aires. La novedad de estos planteamientos es relativa si se tiene en cuenta que una enseñanza muy parecida de la obra de Saussure se impartía en la UBA de forma reglada por lo menos desde 1928. No insistiremos, por lo tanto, en las implicaciones teóricas de un episodio semejante. Se trata de la apropiación instrumental de los avances metodológicos más descollantes de Saussure –así como de los fonólogos praguense e incluso de Croce– y de su desactivación teórica por medio de la retórica de la

atenuación implementada, según vimos, por Vossler verdadero faro de la generación. Sólo en este sentido, y ese es el punto que queremos destacar, es lícito hablar de una Escuela Española, siempre y cuando se tengan en cuenta los diferentes efectos y articulaciones que esta operación suscitará según se modifiquen los escenarios de su despliegue.

En el caso de Dámaso Alonso, hay que tener en cuenta distintos factores. En primer lugar, su posición todavía poco consolidada en el campo de la filología y la crítica literaria.

Solo conocía entonces a Dámaso a través de sus ilusionados *Poemas puros*, *poemillas de la ciudad*, de su presencia en revistas de la época (*Índice*, *Grecia*, *Horizontes*⁶⁶ [sic]), de su edición de las *Soledades* (precedida de un “claro” y “bello” estudio), de su admirable ensayo (recién publicado en *Cruz y Raya* con la rúbrica *Escila y Caribdis de la literatura española*), de sus colaboraciones en la *Revista de Filología Española...* (Aguilera 1973: 64).

Es probable que el recuerdo de Aguilera se encuentre inflacionado por la mirada retrospectiva. Sólo un lector muy atento y al día podía cruzar todo ese conjunto de referencias dispersas y aún vacilantes: Alonso es entonces poeta, articulista y filólogo, sin que ninguna de esas tres vertientes de su trabajo se destaque por encima de las demás. Progresivamente, sin embargo, se irá volcando cada vez más a la academia. El verano de 1934 lo encuentra ya como flamante catedrático de Lengua y Literatura en la Universidad de Valencia, y no es aventurado suponer que buena parte de los materiales

⁶⁶ La revista *Índice* (1921-1922, cuatro números) es la primera aventura editorial de Juan Ramón Jiménez, en torno a la cual se nuclearán los nombres mayores de la generación del 27 (Salinas, Lorca, Guillén, Gerardo Diego y el propio Dámaso Alonso, entre otros) y no pocos de la generación anterior (Machado, Azorín, Ortega y Gasset, etc.); La revista *Grecia*, aparecida entre Madrid y Sevilla de 1918 a 1920, “puede considerarse el centro del corpus ultraísta” (Barrera López 2002: 45), fue dirigida y animada por Isaac del Vando-Villar y Adriano del Valle y, según una reseña de la época, “inspirada, a través de la distancia, por R. Cansinos-Asséns (sic)” (citado en *Ibid.* 49); *Horizonte* –en singular–, fue otra iniciativa ultraísta, fundada en esta ocasión por Pedro Garfias, José Rivas Panedas y Juan Chabás, y financiada por Luis Buñuel. Apareció en Madrid entre 1922 y 1923.

que conforman el curso misceláneo que dicta en Santander haya sido reunida y preparada para enfrentar la oposición a ese cargo, cuyo tribunal estuvo presidido por Miguel de Unamuno (Alonso 1975 II: 328). En Santander, secundado por profesores de probado prestigio⁶⁷, Alonso, que no ha publicado todavía un solo libro académico, parece apostar a la novedad y a la ciencia para convertir su juventud en un valor. De nuevo, hay coincidencias –no solo de formación, sino generacionales y hasta sociológicas– con lo que hemos podido apreciar en Amado Alonso, si bien Dámaso opera en un contexto distinto. Su vanguardismo teórico lo vincula directamente al proyecto nacional que despliega el Centro de Estudios Históricos, y lo opone a otros organismos que, con la preeminencia del institucionismo en tiempos republicanos, se habían visto relegados. En Santander, por ejemplo, sin ir más lejos, la Universidad Internacional, que es territorio de la ILE, convivirá con la Universidad Católica patrocinada por el Marqués de Lozoya. La disputa llegará solapada, en forma de omisiones, a la prensa: “El diario *El Cantábrico* informaba con detalle de los [cursos] de la Universidad Internacional, en tanto que *El Diario Montañés*, ligado al obispado, lo hacía entonces de los de la Junta Central de Acción Católica” (Madariaga de la Campa 2007: XXXV).

En este concurso de circunstancias, Saussure tiene un papel básicamente positivo, por mucho que haya que adecuar sus asunciones a los compromisos de la matriz idealista que anima el discurso regenreacionista de la ILE. Si se lo critica es para reclamar un ámbito más amplio para la práctica científica, en un ejercicio que, como hacía el Amado Alonso editor del *Cours*, se expresa en términos de «superación» antes

⁶⁷ Para esas fechas, el praguense Emil Utitz –de vuelta a su país natal tras el triunfo del nazismo en Alemania– había publicado ya algunas de sus obras señeras, incluidos los *Grundlegung der allgemeinen Kunstwissenschaft* (1914-1920) y una *Geschichte der Ästhetik* aparecida en Berlín un par de años antes; mientras que la influyente obra *El otoño de la Edad Media*, de Johan Huizinga, aparecida originalmente en 1919, había sido traducida al español por José Gaos y publicada en Madrid por la *Revista de Occidente* en 1930.

que de rechazo. Dámaso acepta lo instrumental de Saussure en un marco que él mismo define como la crisis del positivismo, y para la que, a modo de explicación, ofrece los nombres de Dilthey, Rickert y Windelband. Desde un punto de vista meramente epistemológico, para Dámaso, esta crisis se resuelve en un refuerzo de la distinción entre ciencias humanas y exactas. Así lo expresa claramente en un texto publicado en 1941, ya bajo el franquismo, en la *Revista Nacional de Educación*, pero que probablemente sea adaptación de los conceptos presentados en una de las conferencias del 34⁶⁸:

Al crecimiento de la filología, subproducto romántico, había acompañado luego el seguro desarrollo de las ciencias fisico-naturales. Llega un momento en que se produce un contacto entre ambos tipos de ciencia, y el contacto se resuelve en querer aplicar a las ciencias culturales métodos y leyes semejantes a los de las ciencias de la naturales. Esto es lo que en filología representa, de un modo imperfecto, Schleicher, y un perfeccionamiento de ello son las teorías y la práctica de los neogramáticos. Mas apenas estaba este proceso consolidado, cuando, desde el campo de la filosofía, llega una reacción, que se puede resumir en los nombres de Dilthey, Windelband y Rickert. Prescindiendo de lo que les diferencia, los tres defienden una separación entre ciencias naturales y ciencias del espíritu o culturales: a éstas no pueden ser aplicables los métodos ni el tipo de leyes de aquéllas (Alonso 1941: 21-22).

Que sean solo estos, precisamente, los conceptos de los cursos del 34 que llegan a publicarse tras la guerra no debe sorprender. Es más, pueden tomarse como índice específico de lo que sobrevive del programa intelectual de la ILE después del conflicto: su dimensión idealista y su recurso al espíritu. Lo que se habrá abolido, en cambio, será su costado laico, su visión progresiva de la ciencia y su internacionalismo.

⁶⁸ Basamos esta conjetura en el resumen de los contenidos del curso de 1934 ofrecidos por Aguilera 1973: 67.

En torno a Saussure, antes de la guerra, Dámaso tejerá las mismas operaciones de atenuación retórica que pudimos observar en los trabajos de Amado Alonso. La teoría del ginebrino será entonces un requisito imprescindible –si bien insuficiente– del rigor científico; pero, por sobre de todo, será también un ingrediente en la articulación de saberes con la que Dámaso –por decirlo en términos bourdianos– disputa la autoridad en su campo. Las características específicas de esa disputa y sus diferencias con el escenario argentino determinarán el sentido político particular de la intervención, pero los mecanismos en obra, como decimos, son los mismos en ambos casos. Para los dos, el idealismo, en sentido estratégico, asegurará tanto la excelencia del corpus al que se consagra el crítico como su propia idoneidad para el trabajo. La especificidad española radicará, en todo caso, en que siendo más fuerte la voluntad de incidir en el debate internacional, el recurso al idealismo puede jugar, además –según observamos en el caso de la revalorización de Bécquer– como motor de la autonomización del campo, al ofrecer un criterio de valorización incontrastable fuera de sus propias lógicas.

Este complejo de nociones e intereses se verá, como anticipamos, completamente modificado tras la contienda. En primer lugar, las disputas por la hegemonía quedarán suspendidas en un campo, el de la crítica literaria, absolutamente subordinado a la política. Durante los años cuarenta y cincuenta, la internacionalización de las discusiones críticas también sufrirá una severa restricción bajo el principio político de la «autarquía», respuesta española al boicot internacional que sufre el país tras la derrota nazi en la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, el debate sobre la identidad nacional y la revisión del pasado, que animó tantas intervenciones de Dámaso, quedará clausurado con la oficialización de la escatología católica como clave de lectura tanto para la historia de España como para su organización presente –comenzando por su primera magistratura: Franco es Caudillo “por la gracia de Dios”.

En este repaso que acabamos de efectuar a los inicios de carrera académica de Alonso hemos descubierto una imagen del crítico bastante contrastada con la que ofrecía de sí mismo en épocas posteriores. Dámaso Alonso, según comprobamos, no desconocía la estilística sino que, por el contrario, era un atento lector de ésta y de muchas otras novedades teóricas de su tiempo en materia de lenguaje y crítica literaria. Su trabajo no se desarrolló en solitario encierro, como pudo sugerir en alguna ocasión, sino en el trasiego de conversaciones, debates y discusiones sostenidos con numerosos interlocutores dentro y fuera de las fronteras españolas; y no fue tanto “producto natural de sí mismo” como esfuerzo coordinado en el seno de un proyecto más amplio que lo albergaba y cuya expresión orgánica más acabada fueron la Institución Libre de Enseñanza y el Centro de Estudios Históricos.

Al observar los límites que dentro de ese discurso se imponen al carácter epistemológicamente revolucionario que detenta la novedad estructuralista, se dibujan más limpiamente los contornos de todo ese proyecto, que es tanto cultural como netamente político. La Guerra Civil y la larga dictadura que la siguió imposibilitaron su continuidad, por lo que el despliegue de la crítica estilística que realiza Dámaso a partir de los años cuarenta —*La poesía de San Juan de la Cruz* (1942) es, en ese sentido, un punto de partida consensuado—, y en particular las modalidades específicas que adoptará el crítico madrileño en ese tipo de análisis, son, antes que un denominador común, un índice de la ruptura que sufre la Escuela Española; su eclipse, y no su consolidación internacional. El cambio de actitud de Alonso con respecto a Saussure, la campaña que alienta y protagoniza para minimizar la significación del pensamiento del ginebrino, funcionan como una suerte de prueba por contraste de ese quiebre. Lo veremos con mayor detalle en el siguiente apartado.

2.2 Suassure y la estilística: posiciones de Dámaso Alonso tras la Guerra Civil.

Terminada la contienda civil, se libra la batalla por el control del orden social resultante entre las dos facciones mayores que habían protagonizado el alzamiento anti-republicano: los católicos, con un creciente protagonismo para la secta del Opus Dei⁶⁹; y los falangistas, variante española del fascismo que se reivindicaba continuadora de la obra política de José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador que gobernó España entre 1923 y 1930⁷⁰. Este enfrentamiento tendrá repercusiones en los más variados ámbitos, en el marco de una realidad institucional devastada y ante la necesidad de una refundación integral del Estado. Entre otros aspectos, afectará por su puesto al reordenamiento de las políticas culturales, siendo la literatura una pieza fundamental en este armado. En el territorio aún más acotado de la crítica literaria, las tensiones y reconfiguraciones que tuvieron lugar fueron estudiadas ya por una pionera de la

⁶⁹ Xosé Chao Rego lo resume en los siguientes términos: “Allá por la década de los 40 un halo de misterio y esoterismo envolvía a los miembros del Opus, lo cual no impedía un proselitismo activo: quien no había sido invitado a pertenecer, se sentía frustrado. Era un proselitismo elitista y no todos tenían la dicha de ser llamados y aun menos elegidos. Las dos direcciones del asalto del Opus ya estaban marcadas: la vía intelectual con acceso a cátedras, y el ministro Ibáñez y la plataforma del CSIC abrían una verdadera autopista; por otra parte, el camino de las finanzas.

”Y este es el contexto: el Opus nació como una alternativa entre un catolicismo cerril [...], anti-intelectual, y una intelectualidad anticlerical, blasfema, por demás muerta o exiliada” (2007: 124).

⁷⁰ Resumimos los rasgos mayores de una situación que está lejos de ser simple. Para no caer en esquematismos excesivos, recordamos las definiciones generales que al respecto proponen los historiadores Santos Julià y Giuliana di Febo: “La Falange, que de fuerza marginal en los años de la República había llegado a ser durante la guerra el más importante centro de agregación y militarización, se consideró como el instrumento idóneo para contribuir a la organización del régimen dictatorial. Sin embargo, más tarde sufriría las consecuencias de la heterogeneidad ideológica que había acompañado su transformación en partido único. En efecto, en la recién nacida “entidad” confluyeron católicos de la CEDA [Confederación Española de Derechas Autónomas] y sectores del Ejército que, más que a un Estado totalitario moderno aspiraban a la restauración de la España católica, autoritaria, corporativa y de la monarquía de Alfonso XIII, mientras que los carlistas tradicionalistas mantenían sus reivindicaciones de sucesión dinástica en la persona del príncipe Francisco Javier de Borbón Parma, y su nostalgia por un Estado preliberal. Además, se perfilaba el peso creciente de la Iglesia muy atenta en parar posibles desviaciones totalitarias; los mismos teóricos del Nuevo Estado asociaban el atributo de “católico” a los términos totalitario, fascista y nacionalsindicalista, para destacar la peculiaridad española” (2012: 18-19).

metacrítica hispánica contemporánea: Sultana Wahnón se doctoró en la Universidad de Granada, en 1987, con una tesis titulada *Estética y crítica literaria en España (1940-1950)*, cuyos aportes a la cuestión no han sido sino ratificados por los trabajos posteriores⁷¹.

Wahnón analiza la trayectoria de una revista emblemática de la posguerra, *Escorial*⁷², y al describir las distintas variaciones críticas que signan su desarrollo descubre notables paralelos con los vaivenes políticos del régimen franquista durante esos años en que fuera inquieto espectador de la derrota fascista en Europa.

Escorial, fue una revista de “cultura y letras” –según decía el subtítulo– fundada en 1940, bajo la dirección inicial de Dionisio Ridruejo, que además de destacado falangista, fue jefe de propaganda del bando nacional durante la Guerra Civil. La publicación tuvo un papel de primera importancia en la determinación de la poética oficial de esta primera etapa del régimen franquista, cuyas fuentes retrotrae Wahnón hasta el volumen *Arte y Estado*, de Ernesto Giménez Caballero, publicado en el mismo año de 1935 en que apareciera el trabajo sobre Góngora de Alonso. El texto de Giménez Caballero, a quién, por su trayectoria desde la vanguardia hacia el fascismo, Wahnón (1987: 37) empareja con Marinetti, es sin embargo un canto antivanguardista que fomenta un ideal de arte propagandístico, masivo, que sea a la vez anti-individualista

⁷¹ Estas dos décadas de la historia cultural española han recibido últimamente la atención que hacía ya tiempo reclamaban para ella críticos como José-Carlos Mainer (1972: 241) o Fanny Rubio (1981: 41). Juan Penalva (2005), por ejemplo, repasa una vez más la historia de la revista *Escorial* para confirmar las opiniones vertidas por Wahnón casi dos décadas atrás; mientras que Iáñez Pareja (2008) hace una exhaustiva descripción de la política cultural del franquismo y sus organismos rectores para esa época tomando también a *Escorial* como uno de sus exponentes más significativos. Iáñez ofrece un panorama de las relecturas críticas de las que fue objeto la revista sin referir, sin embargo, el trabajo de Wahnón, aunque llegue a conclusiones muy parecidas.

⁷² La revista apareció entre noviembre de 1940 y febrero de 1950. Su título refiere al valor emblemático del monasterio escurialense como muestra de un arte espiritual, clásico y antimoderno, principios a los que el fascismo español quiso adscribir toda producción cultural del “Nuevo Estado”. En dicho lugar, además, se encontraba la tumba del fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, fusilado en los primeros compases de la Guerra Civil e inmediatamente convertido en mártir fascista.

pero consagratorio de los liderazgos carismáticos, dentro de una estética de estirpe clásica o, mejor aún tradicional y normativa que, para el caso español debería retroceder a los usos líricos de los Siglos de Oro. Wahnón destaca el “«error» [que Giménez Caballero detecta] en la concepción del arte como expresión, característica de la estilística croceana" (Wahnón 1987: 43), y otorga gran influencia a su reflexión estética, asegurando que “alcanzó a otros terrenos de la actuación, además de la práctica artística. Alcanzó a la concepción y práctica de la crítica literaria y a la concepción del arte y de la cultura que aquella sostuvo” (1987: 174).

Pero la situación tuvo sus contratiempos. Falange, partido único, testimonial durante la República y de acelerado crecimiento en tiempos de la contienda, será también un ente político heterogéneo; no tanto en su organización, totalmente verticalista, como en las convicciones ideológicas de sus miembros, que van desde el fascismo clásico al catolicismo monárquico. Esta heterogeneidad minará los propósitos perseguidos por sus militantes históricos –como el propio Ridruejo– de instaurar en España un modelo netamente fascista, cercano al italiano. En el campo literario esta imposibilidad se concreta en la contestación al programa artístico definido y defendido por la plana mayor de *Escorial*. El proyecto escorialista de Falange, de hecho, se vio desde un primer momento “contaminado” por derivas “espiritualistas” y restauraciones croceanas entre sus más cercanos colaboradores, como Luis Felipe Vivanco o Luis Rosales; derivas que serán muy importantes para entender los rasgos que de todo esto acentúa la estilística que se prepara a refundar Dámaso Alonso, atrapado en esta nueva alternativa. Wahnón cita sendos artículos de Rosales y Vivanco para caracterizar las polémicas que rápidamente irán desgastando la poética oficial de *Escorial*. En “El arte humano”, único artículo expresamente teórico que incluye el primer número de la revista, Luis Felipe Vivanco expone ya, en cierta medida, un credo alternativo al de

estirpe más meridianamente fascista, centrado en cambio en los valores católicos de la humildad y sumisión a la obra de Dios, cuya gracia es el único tema verdadero del arte: “todo el ansia de infinitud, todo anhelo desmedido, toda tristeza cósmica y fundamental, son parientes cercanos del pecado” (en Wahnón 1987: 202), escribe, aclarando de este modo que el arte humano lo es por sujeción a unos límites que deben considerarse, entonces, sobrehumanos o sobrenaturales, divinos. Y como sello de su consecuente alegato anti-vanguardista, remata:

En poesía, ya parece ser que, libertados los poetas de la influencia que la poesía pura plástica de los vocablos venía ejerciendo sobre ellos, vuelven a entrañar las palabras los contenidos imaginativos espirituales. La palabra, como sangre sonora del espíritu vuelve a responder del hombre entero en sus dimensiones más serias y fundamentales (en Wahnón 1987: 204).

Es fácil advertir en qué complicada posición quedará después de esto toda teoría lingüística, estructuralismo incluido, que quiera defender la arbitrariedad de los signos.

Por su parte, Luis Rosales en una editorial de agosto de 1941, titulado “Hablando de literatura”, amplía su apuesta hacia el anticlasicismo, con voluntad de apartar la literatura de los registros altisonantes que le exigía la poética fascista más convencional, certificar el fin del arte-propaganda como lo quisieron Giménez Caballero o Ridruejo –este ya con reservas– en favor de una separación entre arte y política que, en ese contexto, se propugna con lacerante ingenuidad. Rosales pide: “una buena literatura, sobre todo de entretenimiento, porque para elevarnos y entusiasrnos en unidad espiritual de destino histórico, ya poseemos una magnífica, aunque extraliteraria, poesía de la acción” (en Wahnón 1987: 371). Lo que anuncia, en todo caso, y desde el punto de vista de la crítica, es el giro posibilista que ésta va a dar en el año clivaje de 1942, conmemoración del cuarto centenario de San Juan de la Cruz. El

autor del *Cántico espiritual* será una suerte de terreno privilegiado para la polémica que organiza el campo literario en la inmediata posguerra, porque se lo puede reivindicar tanto desde el punto de vista de su clasicismo formal, como de la espiritualidad de sus contenidos⁷³.

Escorial prepara un número especial que Whanón considera de transición, poco antes de que el destino de la revista quede en manos, precisamente, de Luis Rosales. En él participa Gerardo Diego, el único nombre mayor de la generación del 27 que exhibió públicamente su apoyo a los sublevados⁷⁴; un jovencísimo Emilio Orozco, adolescente cuando estalla la guerra y apenas licenciado entonces, y José María de Cossío, colaborador en *Cruz y Raya*, autor de un clásico tratado de tauromaquia, y estilista más temprano e influyente de lo que se le suele reconocer. Si se compara esta breve lista con las reuniones que suscitó, quince años atrás, la conmemoración de Góngora, puede dimensionarse entonces la debacle que significó la guerra y el erial en que se convirtió el campo intelectual hispánico tras la victoria fascista.

⁷³ San Juan de la Cruz fue además un verdadero fetiche crítico durante los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil, por lo que el debate podía hacer pie en un terreno conocido. Recuérdese que ya Dámaso lo había emparejado a Bécquer como el otro ilustre desconocido de las letras mundiales: “El mundo que casi desconoce, por ejemplo, a nuestro San Juan de la Cruz, casi desconoce también a nuestro Bécquer” (1935b: 84). Sobre él escribe también Luis Cernuda (en *Cruz y raya* y en *Los Cuatro Vientos*, para ubicarlo en una terna que conforma todo un ideal de modernidad lírica española: Garcilaso, San Juan y Bécquer); en el número nueve de *Curz y Raya* lo analiza Ramón Sijé; Manuel Altolaguirre lo edita en dos de sus numerosas iniciativas editoriales, *Poesía* y la bilingüe *1.616*, en la que aparece con traducción de Allison Peers⁷³, Díaz-Plaja lo reseña en el 104 de *La Gaceta Literaria* y, en esa misma revista, ya un par de años antes, su factotum Giménez Caballero, en trance de convertirse al fascismo, deliraba en los siguientes términos: “El nihilismo ortodoxo de San Juan de la Cruz, la fe en la noche oscura del alma, fue algo como genuinamente ruso de España. Si España acierta a ver en Rusia lo que Rusia trae de cristiano y de universal y separarlo de lo que trae de judaico y anticristo, no tiene por qué temerla” (1929: 341). Del carácter emblemático y casi sofocante que llegó a tener la figura del poeta avilense en el debate cultural de la época da testimonio esta agria advertencia publicada antes de la guerra por la revista comunista *Nueva Cultura* y recopilada por Andrés Trapiello en *Las armas y las letras*: “Ojo, cuidado, con esos que se dedican a san Juan de la Cruz y a discutir la pureza de la poesía en tiempos de la revolución proletaria” (en Trapiello 1994: 125).

⁷⁴ Puértolas (2008 I: 234) recuerda que participo en la *Corona de Sonetos en Honor de José Antonio Primo de Rivera* (Barcelona, 1939), junto a otros veinticuatro nombres, algunos bastante conspicuos.

Dámaso no participa de ese número conmemorativo. No hay, sin embargo, que imaginar demasiadas reticencias, ni con la revista, a la que ya había ofrecido su colaboración en otras ocasiones; ni con el tema, al que finalmente le dedica un libro entero: *La poesía de San Juan de la Cruz*. En la “Dedicatoria” del mismo ofrece sus razones, además de certeras pistas sobre la nueva situación en la que se encuentra el crítico:

Ante la poesía de San Juan de la Cruz lo mejor era admirar y callar. Y esto es lo que quise hacer primero, en estas fiestas conmemorativas de 1942. Fui requerido varias veces para hablar, y me negué siempre. Mas llegó un ruego, que podía ser mandato, y no tuve otro remedio sino obedecer" (1942: 24).

Una vez más, los dichos de Dámaso contradicen una lectura continuista de su trayectoria. “Admirar y callar” es fórmula que se encuentra en las antípodas del *ethos* crítico desplegado por el filólogo madrileño antes de la guerra. Whanón rescata de este libro su atención a las características formales de la poesía de San Juan –(*desde esta ladera*) es el subtítulo que le antepone Dámaso para diferenciarlo de otros volúmenes conmemorativos centrados en un análisis de su contenido doctrinal–, y ve en ello una puerta abierta a la recuperación de cierta modernidad crítica. Pero a nosotros nos interesan más las reflexiones explícitas que la obra contiene sobre el lenguaje y, en ese sentido, su carga de modernidad es mucho menos clara. “Admirar y callar” será no solo principio ético –una reserva y resistencia últimas frente al autoritarismo⁷⁵–, sino divisa

⁷⁵ Esta “resistencia silenciosa” –para usar la expresión de Jordi Gracia (2004)– es lo más lejos que llegará Dámaso en sus pronunciamientos políticos, por lo que es dudoso considerarlo, como hace Whanón en la versión impresa de su tesis doctoral –menos cáustica que la original–, un “exiliado interior” (Whanón 1984: 235). Usando como índice su colaboración en *Escorial*, el mencionado Jordi Gracia incluye a Dámaso en la lista de “aquellos que no son *el* poder, pero actúan y aceptan actuar como *parte* del poder” (2004: 226). Lo cierto es que a Alonso, en esas fechas en las que el sueño falangista recorta sus ambiciones, no le faltan prebendas: Catedrático de Filología Románica en Madrid en 1941, Premio Fastenrath en 1943 y miembro electo de la RAE en 1945.

de la nueva crítica propuesta por Dámaso: "Estamos persiguiendo un estilo", nos dice en el capítulo cinco:

Para mí estilo es todo lo que individualiza a un ente literario: a una obra, a un escritor, a una época, a una literatura. El estilo es el único objeto de la crítica literaria. Y la misión verdadera de la historia literaria –esa lamentable necrópolis de nombres y de fechas– consiste en diferenciar, valorar, concatenar y seriar los estilos particulares (1942: 151-152).

Pero no se le escapan, en ningún momento, las paradojas a las que rápidamente conducen esos caminos. “Lo único, ¿podrá ser objeto de conocimiento científico?”, se pregunta ya en *Poesía española* (1952: 398), apurando hasta su límite el problema epistemológico en el que se encierra. En este sentido, San Juan de la Cruz, que no solo es poeta, sino que comenta su obra, es ejemplar: “Góngora y sus comentaristas, fundidos en una sola pieza” (1942: 28). Lo que ocurre es que el poeta-crítico –figura en la que encaja el propio Dámaso– se convierte en el modelo a imitar cuando la crítica se marca como objetivo lo inefable. Ante todo, San Juan será ejemplo de ordenación intelectual:

Lo esencial para nosotros, y que no debemos olvidar nunca, es que, de las obras [de San Juan] que conocemos, las primeras fueron poemas, y los tratados doctrinales vinieron después, en forma de comentarios en prosa de las poesías. He aquí una estricta ordenación intelectual: primero, el impulso, el anhelo, el fervor; sólo después la madurada introspección, la rígida ordenación, el demorado análisis. Y así, en ese maravilloso ejemplo literario que nos ofrece San Juan de la Cruz (1942: 28-29).

La crítica, entonces, se define como disciplina ancilar que solo tiene por objeto ordenar lo que el poeta ha dispuesto artísticamente en la obra; y ésta –la obra– se convierte en un mensaje con garantías, centro de una relación objetual convencional en

la que ninguna de sus partes –ni sujeto ni objeto del conocimiento– son verdaderamente problematizadas. El problema, en cambio, radica en la naturaleza del mensaje expresado, que es intraducible, incognoscible, inefable. De ahí que “admirar y callar” pueda considerarse no solo una forma de expresar la «primera impresión» acrítica en la lectura, la contracara inmediata del “impulso, el anhelo, el fervor” del artista; sino, antes que eso, una postura crítica consecuente con los postulados que Dámaso defiende. Ese extremo también lo confirma San Juan. Sobre él insiste el filólogo madrileño: “La voz humana –aun la voz divina de nuestro poeta– balbucea y –a veces en sus cometarios en prosa– al fin enmudece ante lo inexpresable” (141). Y aún más adelante:

Para mí, admirables son los comentarios, pero más bella aún la lucha desigual en que enviscadamente se afanan. Ni la ciencia ni la experiencia sirven. El santo lo sabía. Por eso en los comentarios echó mano de la jaculación, del balbuceo recordador de la extraña ventura (201).

La apelación al balbuceo como límite y meta de la crítica desenmascara las precariedades de la nueva posición de Dámaso, que ya no puede organizar su labor como una «intervención» en el campo, sino como la respuesta a un mandato. Dámaso no lucha ya por una hegemonía que se le entrega ahora sin reservas. Su labor crítica, en fin, ha sido sustraída del ámbito conversacional en el que se insertaba en sus primeros tiempos, y que podemos considerar ahora un rasgo fundamental de la Escuela Española: su carácter polémico no es solo la cualidad de un cierto espíritu crítico sino un atributo teórico. A partir de ese momento, en cambio, la labor de Alonso ya no entablará discusiones con la tradición como hizo antes. A diferencia de lo que ocurrió con Góngora, sobre San Juan, aceptará sin matices las opiniones de Menéndez Pelayo, quien en su hora tildó al autor del *Cántico espiritual* de “celestial y divino”. La crítica de Alonso, en su mayor parte, se vuelve celebratoria y, privada de interlocutores, se

encierra en el balbuceo de un misterio y una gracia de la que no le es dado dudar, y cuyo origen es divino:

Junto a esta indiferencia de la Naturaleza, todos los años de nuevo engalanada, la eterna primavera del arte. Dios nos ha puesto al lado estas dos bellas y correspondientes permanencias, reflejos de su hermosura, como indicios de su rastro (1942: 18).

El juicio de Dios, por encima de cualquier juicio humano, certifica la belleza de la obra artística como una realidad de hecho. La crítica de Dámaso, que ya no dialoga ni discute con la tradición ni con el canon, se debate entre escenificar esa imposibilidad de la conversación a través del balbuceo o tomar al valor de la obra por un dato, y no por lo que debe ser discutido –como vimos que ocurría en los casos de Góngora y de Bécquer, por ejemplo–, desplegando entonces su crítica en una serie de preguntas retóricas que eluden el problema de fondo. “¿Por qué la voz se nos llena de melancolía, por qué sentimos el borboteo contenido de las lágrimas?” se pregunta, por ejemplo, en *Poesía española* (1952: 99) a propósito de ciertos versos de Garcilaso⁷⁶. La respuesta que ofrece Dámaso consiste en un análisis formal de esos versos con especial atención a las figuras de dicción –la disposición de los acentos, la tendencia a la aliteración, etc.–. Lo que se ha evacuado con ese proceder es la pregunta crítica de fondo que podríamos formular así: “¿Qué es el valor en literatura?” Ese interrogante, al que Dámaso atendía de modo privilegiado en sus trabajos anteriores a la guerra, queda clausurado tras el conflicto; de ahí que la pregunta tenga una formulación retórica y que, cuando se la quiera enfrentar más allá de esa disposición, se vuelva de nuevo al balbuceo. En su nueva situación, el crítico literario que no puede callar, porque no se lo permiten, está condenado a perorar inútilmente; para él, el lenguaje es un “grosero utensilio” (1942:

⁷⁶ Se trata del final de la séptima estrofa, Égloga tercera: “De allí con agradable mansedumbre / el Tajo va siguiendo su jornada, / y regando los campos y arboledas / con artificio de las altas ruedas”.

212) y “los recursos de la historia y de la crítica literarias, ¡bien pobres instrumentos!” (217).

La crisis que supone el desenlace de la guerra puede interpretarse entonces, entre otras cosas, como una crisis del lenguaje. “Vuelven a entrañar las palabras los contenidos imaginativos espirituales”, escribió Vivanco, y con eso nos quiere indicar que su sentido vuelve a ser fijo, una vez que se las ha librado, por la sangre, del vértigo del significante puro, flotante, al que las había enfrentado la “poesía pura plástica”. Dámaso se hace cargo de esa posición al encuadrar sus estudios formalistas en un contexto que evita toda pregunta sobre el valor; y aquí este término asume sus resonancias saussurianas. “El modelo de la lingüística sauriana es la democracia”, escribió con audacia Roland Barthes (2003b: 248). Tal vez esta frase suponga una simplificación excesiva, pero lo que es seguro es que, tras la guerra y bajo el gobierno dictatorial de Franco, la relación de Dámaso Alonso con el pensamiento del lingüista ginebrino entrará definitivamente en crisis, y no es exagerado decir que emprenderá una verdadera campaña en su contra.

Lo que quisiéramos probar en los párrafos que siguen es que en sus consideraciones acerca de Saussure posteriores a la guerra, Dámaso opera una serie de modificaciones sutiles que instalan a la crítica estilística en su posibilidad específica bajo un gobierno autoritario. Antes de la guerra, lo vimos para el caso tanto de Dámaso como de Amado, Saussure era un paso previo, un requisito necesario e insuficiente para la crítica, que debía completarse con el contenido espiritual que le ofrecía el idealismo. A su turno, el espíritu, o mejor aún, la excelencia espiritual, era algo que se demostraba en la práctica, un hecho empírico, ratificado por sanción social, que se expresaba en fórmulas tautológicas del estilo: “Habla culta es el habla de las personas cultas”.

Pero bajo el gobierno franquista, Dámaso transforma sutilmente ese concepto. Lo espiritual ya no es resultado de la sanción de una práctica, sino un *a priori* al que la conducta, sea ésta cual sea, debe adaptarse, subordinarse, ya que pertenece al ámbito de lo divino y no de lo humano: La belleza, el valor de la obra, es un “rastros de Dios”. En ese sentido, su crítica se amolda perfectamente a las recomendaciones de la dirigencia franquista, cristalizadas por ejemplo, en un discurso de José Pemartín fechado en 1940: “[se aprovecharán] todas las tendencias científicas, pedagógicas, razonables [...] siempre que se sepa subordinar el interés material [...] a los intereses superiores del espíritu”.

Hay que acordar con Dámaso, en que una ciencia literaria privada de toda teoría del valor es un imposible, y de ahí se desprende el sentido preciso de sus conocidas jeremiadas. Obsérvese cómo remata Dámaso la angustiada persistencia de la pregunta retórica en el que tal vez sea su protesta anti-científica más conocida:

Pero ¿por qué, Dios mío, por qué la voz de Garcilaso siempre tan cálida, tan lánguida, tan apasionada, por qué en este momento adquiere este hervor de lágrimas en el fondo, por qué cuatrocientos años más tarde aún nos deja pensativos con ansias de asomarnos a alguna infinitud, a unos bellos ojos de mujer, al cielo estrellado, al mar inmenso, a Dios?

¡Tiremos nuestra inútil estilística! ¡Tiremos toda la pedantería filológica!
¡No sirven para nada! Estamos exactamente en la orilla del misterio (1952: 104).

Y entre el bagaje de inútil “pedantería filológica” que Dámaso se apresta a desechar se encuentra, por supuesto, la teoría de Saussure. Todavía en 1949, Dámaso usará con provecho criterios estructurales para describir el sistema de vocalismo andaluz⁷⁷. Pero eso será en el marco de una distinción cada vez más férrea entre las tareas de la crítica literaria y las de la lingüística. Sus cuestionamientos a Saussure,

⁷⁷ Pensamos en el artículo “Vocales andaluzas. Contribución al estudio de la fonología peninsular”, escrito en colaboración con Alonso Zamora Vicente y Josefina Canadella, en *Nueva Revista de Filología Hispánica* vol. III (1949): 209-230. Para una valoración del mismo véase Muñoz Cortés 1973: 293.

sobre el que no hablaba desde 1934, comienzan tan pronto como aparece la traducción de Amado Alonso, de 1946. Según relata el propio Dámaso en *Poesía española* (1952: 13-15), el crítico madrileño comienza a elaborar sus posiciones anti-estructuralistas ya en 1947, a lo largo de una serie de conferencias dictadas en la Universidad de Yale. Sus argumentos se perfilarán con la elaboración de distintas charlas pronunciadas durante los años siguientes en Buenos Aires, Santiago, Lima, Bogotá, México y Madrid; y alcanzarán, finalmente, forma definitiva cuando aparezcan en letras de molde como introducción a ese mismo volumen: *Poesía española: Ensayo de métodos y límites estilísticos*.

Recapitulemos algunas de las diferencias que aparecen ya en nuestra lectura entre el antes y el después que se avecina para la estilística con Dámaso. En los años treinta, el impulso crítico de los miembros más conspicuos de la Escuela Española se inscribe en una línea científicista cuyo motor primero es de carácter político: la redefinición de la tradición literaria española en el marco de un programa regeneracionista general para la nación. Son los tiempos en los que Dámaso recomienda “estudiar científicamente y con absoluto desapasionamiento” y Amado acuña el eslogan *per aspera ad astra* y avizora una sana convivencia entre “el crítico genial [y el discreto]”. Ciertamente, Dámaso asume primero posiciones críticas ante esta posibilidad, y ya en “Aquella arpa de Bécquer” trueno contra “el trabajador con anteojeras, [...] indiferente a toda la poesía del mundo” (1935b: 64); pero basta con contextualizar adecuadamente estas afirmaciones para entender que jugarán un papel muy distinto antes y después del conflicto⁷⁸. En todo caso, si Amado Alonso se muestra más fiel a los principios aprendidos en el Centro de Estudios Históricos, esta circunstancia puede

⁷⁸ Lo que en realidad crítica Dámaso es cierta práctica de la literatura comparada «a la francesa», preocupada exclusivamente por la localización factual de fuentes e influencias en las obras de distintos países. Como vimos más arriba en este mismo capítulo, esa crítica se enmarca en la reivindicación de Bécquer como poeta sustantivo y no epigonal en la tradición lírica internacional.

explicar ante todo el declive de su influencia, de faro de la filología española a gris profesor en Harvard⁷⁹, a medida que el escenario de recepción de sus argumentos se vaya modificando sin que él parezca acusarlo.

Dámaso, en cambio, sostendrá y aún acrecentará su posición central en el campo de la crítica literaria hispana, pero lo hará al precio de modificar sus argumentos. Es entonces que irrumpe con fuerza el anti-cientifismo y se postula como ejemplar una crítica balbuceante.

Antes de eso, y para ambos casos, Saussure formaba parte del bagaje de científicidad que contribuía a afirmarlos en posiciones de vanguardia y que podía llegar incluso a desempeñar un rol compensatorio, como novedad, frente a la falta de prestigio consolidado por otras vías. A la teoría del ginebrino se la acusaba, en todo caso, de constituir, simultáneamente una falta y un exceso; lo cual, leído a contrapelo, con lógica suplementaria, nos permitió desenmascarar lo que la estilística idealista encerraba de más banal: una retórica de la atenuación que ahogaba lo que la obra de Saussure podía contener de más revulsivo, en favor de un programa político nacionalista y elitista cuyas raíces se remontan a comienzos del siglo XIX.

Bastaba con inocular en Saussure las dosis justas de idealismo para aprovecharlo instrumentalmente sin que su teoría del valor pusiera en riesgo tanto los intereses de los críticos en otros campos como su propia práctica profesional.

Pero en el nuevo escenario español, eso no es suficiente; hay todo una parcela del programa crítico regeneracionista que debe ser sacrificada, y el núcleo teórico que la compromete no es otro que el estructuralismo. Dámaso Alonso emprende esa tarea apenas se publica la traducción del *Cours*; y es entonces cuando, de rectificar el positivismo «excesivo» de Saussure, pasa a declarar en *Poesía española*:

⁷⁹ Recuérdense al respecto las opiniones de Yakov Malkiel (vid. nota 31).

Todo el análisis en que se basa este libro exige una clara comprensión de los términos «significante» y «significado» en el valor que los empleamos aquí.

Es evidente que «significante» y «significado» proceden de la terminología de Saussure. Pero el lector comprenderá enseguida cuán insalvable abismo nos separa de la teoría saussureana (1952: 19).

El “insalvable abismo” lo localiza Dámaso en la reducción que, a su juicio realiza Saussure, del significado al concepto, maniobra que no duda en calificar de “pobre, plana” (20). Su propuesta, en cambio, pasa por enriquecer esa noción apelando al valor significativo de un gran número de elementos paralingüísticos, como la entonación y el contexto, con lo que finalmente debe reconocer como problemática la delimitación entre lo que puede considerarse lingüístico y lo que no (23 n. 5).

Pero lo que más le preocupa a Dámaso no es ubicar el significado en un espacio de indeterminación cuya totalización última sería siempre ilusoria⁸⁰; sino poder hacer entrar en sus análisis esos elementos paralingüísticos en la forma de figuras de dicción. Con esa misma diana en mente, relativiza la distinción saussuriana que afecta al otro par del complejo sígnico: “Significante es, para nosotros, lo mismo a) el sonido (físico), que b) su imagen acústica (písiquica)” (21).

La reintroducción del sonido «en bruto» como elemento lingüístico abre la puerta al estudio de las connotaciones sonoras, la poesía reencuentra su parentesco evocativo con la música⁸¹, y partículas que la lingüística considera no semantizadas, como los fonemas, pasan ahora a significar. Son, por ejemplo, las vocales /a/ tónicas las

⁸⁰ Dámaso usa para ilustrarlo la imagen de la piedra que cae al agua: “Esta nota no pretende sino mostrar la existencia de este problema de límites, y cómo en este libro no puede haber una total discriminación entre el significado (*a*), la reacción inmediata (*b*) y aún las sucesivas (originadas por *b*). Al caer la piedra al agua, el punto en que esta es herida sería *a*; la primera onda, *b*; de ahí se propagarán los círculos cada vez más anchos, teóricamente hasta el infinito” (1952: 23 n.5)

⁸¹ “En el proceso de creación poética bullen las palabras de otro modo, llevadas como por un viento circular: la música que se condensa en ritmo y rima” (1952: 57).

que le transmiten “esa maravillosa sensación de transparencia y frescura” a un verso de Garcilaso como: “El agua baña el prado con sonido” (1952: 60).

Lo que en rigor está haciendo Dámaso es reintroducir la motivación en la teoría del signo. Y de hecho, así lo dice, explícitamente: “Téngase en cuenta que nuestros comentarios sobre Garcilaso y Góngora han sido como una muestra general de lo que es en poesía la vinculación motivada entre significante y significado.” Dámaso va aún más lejos, y asume que ese vínculo debe ser materia excluyente para la estilística:

El verdadero objeto de la estilística sería, *a priori*, la investigación de las relaciones mutuas entre significado y significante, mediante la investigación pormenorizada de las relaciones mutuas entre todos los elementos significantes y todos los elementos significados. (Ya veremos cómo esto se limita, forzosamente, en la práctica.) La relación entre significante y significado se obtendría por la integración de todas estas relaciones entre elementos.

He aquí, pues, que el gran problema que se plantea la estilística es el del contacto entre esas dos laderas, física (significante) y espiritual (significado) (404).

La idea de la poesía como espacio de remotivación del signo no es nueva en ningún caso, pero sí supone aquí –y está concebida para eso– un ataque a la mismísima línea de flotación de la teoría saussureana. En una operatoria que no deja prácticamente espacios vacíos, Dámaso se ha apropiado de la terminología de Saussure, ha modificado su sentido y, finalmente ha devuelto sus conceptos mayores al estadio pre-crítico del que el ginebrino los quiso sacar: Dámaso confunde querida y metódicamente el fonema con el sonido, el sentido con el referente y la letra con la voz. He aquí el verdadero significado del abismo que se abre entre ambos. Lo que postula Dámaso es la existencia de un “signo poético” que respondería a lógicas incompatibles con las predicadas por Saussure.

Esa especificidad muestra además una primera distancia también con las posiciones de Amado Alonso, quien veía en lo literario, en cambio, un valor de ejemplaridad extensible a toda manifestación lingüística. Aunque en un cierto nivel retórico parezcan acordar, Dámaso ataca el proyecto científico de Amado: la entera idea de una ciencia del espíritu es lo que queda en entredicho; así como la posibilidad de que el crítico pueda intervenir para reevaluar la tradición o, menos aún, para dar juicios sobre el estado presente de las letras. Es la habilidad retórica de Dámaso lo que puede llegar a transmitir una impresión de acuerdo entre ambos críticos. El madrileño echa mano de lo que podríamos denominar una suerte de preterición inversa, en virtud de la cual, declara estar haciendo lo contrario de lo que prueban sus palabras. Así por ejemplo, cuando defina la figura del crítico. Comienza por reconocer la naturaleza de su labor:

Es el crítico, precisamente el crítico, como lector ideal, quien, puesto frente a la obra literaria auténtica, formará impresivamente una intuición semejante a la que expresó el poeta; frente a la obra simulada, pronto comprobará la ausencia de intuición, la superchería. La primera misión del crítico consiste en discernir, en discriminar a un lado la verdadera obra literaria, a otro su pobre simulación (209).

Nada más cercano a las nociones que podría haber empleado el otro Alonso para insistir en el carácter ordenador y rector de la crítica, sin duda. Pero en Argentina, Amado, como vimos, lucha en un campo sin hegemonías claras, y en manifestaciones como éstas cabría ver tanto una aclaración metodológica como una declaración de intenciones o hasta una expresión de deseo en algunos momentos más titubeantes. En definitiva, una apuesta: Amado ofrecía sus dichos a un mercado de las ideas en el que tenía apoyos y detractores. No así Dámaso, que escribe en un contexto en el que la discusión ha sido brutalmente recortada, en el que no se admite ninguna opinión que no

se subordine a las “metas superiores del espíritu” y en el que toda teoría del valor ha sido suprimida en función de una ley absoluta y divina frente a la cual, como quien se encuentra ante Dios o el Emperador, solo cabe reaccionar con el balbuceo. ¿Qué jurisdicción podrá darle Dámaso a ese crítico enjuiciador que presenta? La respuesta es simple: ninguna. Ahí está el juego retórico al que aludíamos antes. Dámaso propone al crítico –que ya no puede ser discreto, por cierto⁸²– como máximo tribuno del arte literario, y concede que se ocupe de enjuiciar tanto de las obras pasadas como de las presentes. ¿Pero qué es lo que dice en detalle sobre esos dos campos del ejercicio crítico? Pues resumiendo, y en meridiana contradicción con la primera definición que ofreció del oficio, que el crítico poco o nada puede hacer ahí. En el pasado, porque es el juicio acumulado de la Humanidad, confirmado por los siglos, el que sería un despropósito pretender torcer. Y en el presente, porque como lo muestran infinidad de ejemplos –Lope de Vega contra Cervantes, el Marqués de Santillana contra todo el Romancero popular–, el crítico tiende a equivocarse cuando se enfrenta a las obras de su tiempo. Dirá primero:

El crítico que mira a la literatura pretérita no es un ser aislado. Forma parte de una larga cadena o, mejor, de un organismo, siempre prolongado vitalmente hacia el futuro. La valoración de una obra clásica es la suma de infinitas valoraciones parciales. El querer salir del sistema no consigue nada, y tiene inmediatamente una sanción (209).

Es el cierre de esta cita lo que sorprende. La cadena de valoraciones, el criterio seguro que ofrece la crítica antes como despliegue histórico que como arrobamiento momentáneo del genio, son principios que Amado –y muchos otros– habrían dado por

⁸² Contra la posibilidad de desarrollo de una ciencia normal, el crítico es ahora definido como “un ser en el que las cualidades del lector están como exacerbadas: su capacidad receptora es profundamente intensa, dilatadamente extensa. Porque, así como no todo el que lee es lector, no todo lector tiene una ancha sensibilidad receptora” (203).

buenos. Pero la idea de una “sanción” que antes que prueba de la calidad de un juicio parece herramienta de disuasión para mantener al crítico dentro del redil, se aleja de los parámetros de innovación, selección y nivelación que propugnara aún en sus propios trabajos. La revalorización de Góngora llevada a cabo por el propio Dámaso, entraría solo con algún esfuerzo en ese nuevo protocolo que toma la crítica al enfrentar al pasado. El esfuerzo de redefinición de la tradición, característico de la Escuela Española en su vertiente más fértil ha sido sutilmente borrado en este nuevo estado de cosas. El hecho, como advertimos, se extiende también para las obras recientes. “La crítica fracasa al enjuiciar a los contemporáneos” es el título inequívoco de uno de los apartados finales de *Poesía española*. Si bien Dámaso advierte el crecimiento tanto de la producción literaria como de la necesidad de una crítica que sirva de orientadora en ese “océano” de nuevos títulos, ofrece una respuesta ciertamente decepcionante a esa demanda. Repasando algunos casos de clamoroso desacierto en el pasado, concluye:

La historia de las opiniones que sobre sus contemporáneos emiten los hombres de más sensibilidad (Santillana, Lope, Menéndez Pelayo) va, pues, encadenando los desatinos con tal constancia que en nosotros —si no queremos negarnos a la evidencia— tienen que levantarse muy vehementes dudas acerca de qué confianza pueda merecer la valoración actual de las obras literarias de hoy (216).

El crítico artista y balbuceante que nos propone Dámaso muestra así sus límites. Sin imperio sobre la producción contemporánea, se reduce a celebrar una tradición que no le es dado discutir en términos generales más allá de algún matiz puntual. Toda su labor se subordina a un principio divino que lo trasciende, y así lo reconoce el crítico madrileño: “De un infinito rosario de juicios humanos sobre lo circundante, todos inexactos, Dios integra su verdad: única crítica que nunca se equivoca” (216). Para cerrar el retrato del profesional de las letras ideal en tiempos del franquismo basta

solamente con remachar lo dicho aduciendo la imposibilidad de todo intento científico de abordar la literatura. Este punto tiene, por otro lado, sus sutilezas. Porque lo que se trata de ver aquí no es el estatuto problemático de la literatura como objeto de conocimiento sino cómo se usa esa particularidad para tejer una práctica crítica que se amolde al contexto autoritario que la ha visto nacer. En Dámaso no hay una verdadera problematización de la estética ni tampoco un cuestionamiento de la práctica artística, que siguen caracterizadas por sus rasgos más convencionales y hasta podría decirse que banales: La obra de arte literaria es fruto de una intuición genial que solo otra comprensión genial puede restituir, impresión sintética de la condición humana revelada por la comunión de las almas. En este marco, lo que hace a la imposibilidad de la ciencia literaria no es otra cosa que esa subordinación a Dios: la poesía, huella de la divinidad, encierra finalmente un mensaje inefable.

Dámaso, sin embargo, operará el mismo recurso a la preterición que usó para definir el crítico. Ante todo, la “Ciencia de la Literatura”, identificada con la estilística, se nos presenta como una empresa deseable y de amplias metas. Dámaso comienza, entonces, por reconocer que a pesar de las dificultades, “hay muchas posibilidades abiertas al conocimiento científico:

Inmediatamente vemos que aun lo estrictamente único (un determinado poema, por ejemplo) tiene en su complejidad una serie de elementos semejantes, si no iguales a los que ofrecen otros seres únicos de tipo semejante (otros poemas). Comprendemos, pues, cómo es posible el establecimiento de una tipología, o mejor aún, de una sistematización homológica (homología de conjuntos y homología de los elementos de los conjuntos). Este terreno sí que está totalmente abierto a la investigación científica (399).

Pero, finalmente, lo que se pone en primer plano, es la futilidad de la empresa. Una y otra vez, insiste Dámaso: “No olvidemos que después de que todo nuestro

análisis hubiese establecido una perfecta red de relaciones entre hechos artísticos comparables, por las mallas se nos escaparía el pescado” (399). O luego: “La empresa, tal como la vemos hoy, está, pues, condenada al fracaso. Sólo la intuición dará el salto último: sólo ella plantará la bandera en la peña coronadora de la cumbre” (400). Podrían aún multiplicarse los ejemplos. El libro entero los engarza como un rosario a lo largo de sus páginas. El quiebre, en fin, con lo que en su momento hemos querido redefinir como Escuela Española es meridiano. *La Poesía española* de Dámaso es, además, un auténtico Anti-Saussure, erigido contra los dos principios mayores de la teoría del ginebrino: la arbitrariedad del signo y la teoría del valor. En ambos casos lo que se recorta es la posibilidad específica que le queda a la estilística tras su encierro en un contexto autoritario. Sólo una lectura retrospectiva, a favor de la posición hegemónica de Dámaso, puede aventurar una interpretación continuista de la Escuela. Saussure, como piedra de toque, nos muestra el lugar preciso por donde todo eso se quiebra.

CAPÍTULO III

ARGENTINA 1946-1980: DEL ECLIPSE DEL LENGUAJE AL DE LAS ESTRUCTURAS.

En el primer capítulo, siguiendo el periplo de Amado Alonso, abandonamos la Argentina en 1946, el año en que, coincidentemente, el filólogo lerinés da a la imprenta su edición del *Curso de Lingüística General* y se ve forzado a dejar el país. Nuestra intención ahora será prolongar ese esfuerzo de análisis hasta la edición que hace José Sazbón del libro de Saussure treinta años después, en 1976, hecho que consideramos sintomático de un malestar en torno a cómo había sido tratada y contextualizada la obra del ginebrino hasta ese momento. Eventualmente, prolongaremos nuestra atención hasta 1980, el año en el que Nicolás Rosa publica “La operación llamada «Lengua»”, como una respuesta a la situación descrita por Sazbón en su «Introducción» al *Cours*, y que ubica el pensamiento de Saussure en una problemática de las ciencias sociales que, implícitamente, por omisión, no reconoce a la literatura como una especificidad reivindicable. La respuesta de Rosa llega, de todos modos, y lo reconocemos explícitamente, en un momento en el que las atroces circunstancias políticas que vivía la Argentina habían depauperado hasta el extremo las condiciones del diálogo crítico.

Durante esas tres décadas, por otro lado, el pensamiento diferencial vivirá el fenómeno definitivo de la difusión del estructuralismo francés, circunstancia que transformará para siempre el alcance del saussurismo. Este hecho se verifica en dos sentidos. Primero, por la extensión de su influencia, que superará con creces el coto cerrado de la lingüística para poner en cuestión a la totalidad de las ciencias humanas. Y luego por la conversión del estructuralismo en una suerte de nuevo sentido común, o

incluso en una moda que otorgará novedosos rasgos distintivos a los productos culturales que quieran autopromocionarse como «modernos», trascendiendo así los usos estrictamente académicos del término. Esta duplicidad tendrá un particular arraigo en la consideración que la historiografía argentina hará sobre el episodio de recepción del estructuralismo francés en el país. El marco conceptual de la «dependencia», generalmente usado, aún de modo implícito, para tratar los fenómenos de recepción locales, habilitará una rápida equiparación entre importación de saberes y moda intelectual, de forma tal que el deslinde entre ambas facetas del fenómeno resultará problemático.

Ahora bien, antes de llegar a ese punto, sin duda nodal para nuestra exposición, habrá que recorrer los años anteriores a dicho suceso y comprobar, entre otras cosas, la fortuna que tuvieron las obturaciones al pensamiento estructural practicadas, fundamentalmente, por la estilística; así como la capacidad de dicha tendencia para instaurar una *doxa* sobre el lenguaje que evacúe la inquietud estructuralista y propicie, a fin de cuentas, la subsiguiente reacción.

1. Más allá de la circunstancia política: razones críticas para el declive del Instituto de Filología de Buenos Aires.

En el primer capítulo de este trabajo, decíamos, abandonamos al Instituto de Filología de Buenos Aires en pleno proceso de desintegración tras el cese de Alonso y la dispersión de sus miembros más conspicuos por el continente americano –Ángel Rosenblat marcha a Venezuela, Raimundo Lida a México, María Rosa Lida, junto a su

marido Yákov Malkiel, a los Estados Unidos—. Pero la idea de que el peronismo cerró o liquidó de algún modo al Instituto, sin ser completamente falsa, dista de ser exacta⁸³.

Después de la marcha de Alonso, como vimos en el capítulo primero, los jerarcas franquistas se aprestan a iniciar tratativas para que el puesto vacante lo ocupe un filólogo español. Las gestiones llegan a buen puerto y se nombra a Alonso Zamora Vicente como nuevo director del Instituto. El estudioso madrileño llega a Buenos Aires en 1948 y permanecerá en su puesto hasta 1952. Esa será una de las etapas más fructíferas de su trayectoria. Durante su estadía porteña publica tres libros, dos de ellos son recopilaciones de artículos anteriores, mientras que el de mayor entidad será *Las «Sonatas» de Valle-Inclán. Contribución al estudio de la prosa modernista* (1951), editada en la Colección de Estudios Estilísticos del Instituto de Filología que había inaugurado Alonso a comienzos de la década del treinta. Con esa publicación, Zamora Vicente pone de manifiesto la voluntad de establecer una línea de continuidad en relación con la tarea desempeñada por su predecesor; no solo en el terreno editorial, sino también en el temático, ya que éste, en 1928, había publicado en *Verbum* “Estructura de las Sonatas de Valle-Inclán” y, posteriormente, *Ensayo sobre la novela histórica: El modernismo en La gloria de don Ramiro* (1942), tercer tomo de esa misma Colección de Estudios Estilísticos⁸⁴. Zamora Vicente, por otro lado, inaugura en 1949 la

⁸³ Los orígenes de esta interpretación, que en la actualidad ha sido reforzada por trabajos recientes como los de Miranda Lida (2001, 2014), se remontan en realidad a la percepción de los propios implicados. Alfonso Reyes, por ejemplo, escribe escuetamente en una entrada de su diario correspondiente al 28 de diciembre de 1946: “con Amado Alonso tratos para llevarnos a México el Instituto de Filología de la Argentina, disuelto allí por Perón” (citado en Perea, ed. 2007 : 92)

⁸⁴ Conviene notar, sin embargo, que a pesar del nombre de la colección, tanto el trabajo de Alonso sobre Larreta como el de Zamora Vicente acerca de Valle-Inclán, pertenecen más bien al orden de los estudios temáticos. En *El modernismo...*, además de ofrecer una teoría sobre la novela histórica que entronca con los debates suscitados por este género en el siglo XIX y, particularmente, con las intervenciones que tuvo en él Manzoni (véase Alonso 1942: 88-126), Alonso procura una caracterización de don Ramiro como héroe decadentista (175-178), parangonable con el ensayo de psicologización del Marqués de Bradomín que Zamora Vicente usa como pretexto para extraer de él un cierto número de características generales sobre la sensibilidad modernista (véase al respecto Alvar 1954: 307). En ambos casos, las consideraciones

revista *Filología*, que se convertiría en el órgano de difusión de los trabajos del Instituto virtualmente hasta nuestros días⁸⁵. No le serán vedadas, en fin, las tribunas de las que habitualmente había gozado Amado Alonso: Además de los cursos en la Universidad de Buenos Aires, impartirá conferencias en distintos foros⁸⁶ y Eduardo Mallea le abrirá también las puertas del suplemento literario de *La Nación*, en una colaboración que se extenderá por cerca de veinte años. Zamora Vicente colabora también en *Buenos Aires Literaria* y en la montevideana *Azul*, además de ofrecer sus contribuciones científicas a la alonsina *Nueva Revista de Filología Hispánica*⁸⁷.

Todas estas circunstancias han de permitirnos relativizar la idea de un Instituto de Filología cerrado de forma fulminante por el peronismo, por lo menos hasta 1952. Habrá que buscar, por lo tanto, razones complementarias al declive de su influencia. De entrada, está claro que Zamora Vicente no es una figura gravitante del mundo de las

lingüísticas han sido reducidas a su mínima expresión a favor de una exploración de los «contenidos» de la estética que trata de definirse.

⁸⁵ En ese sentido, *Filología* sustituye cabalmente a la *Revista de Filología Hispánica*. Zamora Vicente no emplea el título original para evitar malentendidos de toda índole con la *Nueva Revista de Filología Hispánica* que Alonso sigue animando desde Harvard, aunque ahora esté bajo la dirección de Raimundo Lida y los auspicios institucionales del Colegio de México. Si a *Filología* le falta quizás la proyección internacional de la *RFH*, será entre otras cosas, porque los contactos y la inserción en las redes académicas que Amado Alonso le proporcionaba a la publicación habrán migrado con él. Sobre la labor de Zamora Vicente en el Instituto de Filología véase Weber de Kurlat 1971 y Pedrazuela Fuentes 2010: 267 y ss.

⁸⁶ De su coincidencia en esas circunstancias, el español se llevará una duradera amistad con Jorge Luis Borges (Zamora Vicente 1986).

⁸⁷ Como se ha dicho, los años porteños fueron un período de gran actividad para Zamora Vicente; su bibliografía incluye más de cincuenta títulos para esa época –que en rigor se extiende hasta 1953– entre artículos académicos, libros, conferencias publicadas y colaboraciones en la prensa periódica. Entre sus publicaciones científicas más importantes destaca «Vocales andaluzas. Contribución al estudio de la fonología peninsular», aparecida en 1950 y en la que comparte autoría con Dámaso Alonso y María Josefa Canellada. Zamora Vicente usará también las páginas de *Filología* para dar a conocer otros trabajos suyos sobre dialectología española y americana como “Rehilamiento porteño” o “Geografía del seseo gallego”, además de realizar múltiples reseñas sobre novedades editoriales en mateira filológica. Sus artículos en *La Nación* incluyen la necrológica de Karl Vossler, fallecido en 1949, En *Buenos Aires Literaria* publica los relatos “Mañana de domingo” y “La primera muerte”; mientras que en *Azul* aparece “Música en la calle”, incluidos posteriormente en su primer libro de relatos, *Primeras hojas* 1955.

letras en una magnitud comparable a la de Alonso. Sin embargo, esta explicación tiende a infravalorar el hecho de que el Alonso de Harvard, el de aquellos mismos años, por su escasa repercusión, tampoco se parece a sí mismo. Es necesario, por lo tanto, poner el acento en la transformación sufrida por el contexto en el que se ha desarrollado el Instituto. Si los trabajos sobre Valle-Inclán de Alonso revestían aún carácter de novedad –al fin y al cabo se trata todavía de un autor contemporáneo, vivo, cuando aparecen–, insistir sobre ello en 1951 no puede si no tener algún coste. En su insistencia, Zamora Vicente da testimonio de la fractura que la guerra y la consiguiente dictadura han abierto entre los dos países. Desde España, sus estudios valleinclanescos podían considerarse un desafío al poder establecido (Pedrazuela Fuentes 2010: 267), e incluso una herramienta para despertar conciencias⁸⁸ –se trataba de ofrecer atención académica a un autor todavía menospreciado por el Régimen, a una temática siempre sospechosa como el decadentismo–. En Argentina, en cambio no pasaban de ser un estudio filológico destinado a despertar el interés solo del público especialista. Por otro lado, a fines de la década del cuarenta, la “tópica hispánica” ha sufrido un proceso de asentamiento que la ha llevado a perder virulencia en sus aplicaciones políticas, y a habilitar un discurso nacional capaz de asimilarla sin alcanzar a las “particularidades propias” que lo fundamentan. En su reciente estudio y antología sobre políticas y saberes lingüísticos durante el peronismo Mara Gluzman lo enuncia en los siguientes términos:

La idea de las «particularidades propias» permitía [...] mirar hacia la lengua común y abrir una puerta a la consideración de lo nacional: con este movimiento, la posibilidad de enunciar sobre *la lengua nacional* se desplazaba hacia lo *nacional en la lengua* (Gluzman 2014: 29).

⁸⁸ Con cautela Jordi Gracia sostiene: “No sé si lo creía, pero [Zamora Vicente] actuaba como si creyese que esponjaría la rigidez mental del entorno político en el que vivía ensañado a leer bien a Valle Inclán o a Cela” (Jordi Gracia 1996: 335).

Es este un desplazamiento que hemos podido atestiguar en la evolución de la actitud de Alonso con respecto al español rioplatense, y al que Glozman añade además, otros ejemplos tempranos, como *Presente y futuro de la lengua española en América* (1943), de Herrera Mayor, publicado por la misma Institución Cultural Española que patrocinó durante años al Instituto de Filología. En esas condiciones, el peronismo será igualmente capaz de asimilar al hispanismo en un discurso nacional que lo aproveche, fundamentalmente como ingrediente anti-anglosajón y de comunidad latinoamericana. La antología de Glozman incluye un revelador fragmento del libro de Arturo Combours Ocampo *Indagaciones sobre la literatura argentina*, incluido en la cegetista *La Prensa*, en el que podemos leer: “No puede extrañar a nadie que un pueblo como el nuestro que ha incorporado a su patrimonio material los ferrocarriles ingleses, quiera incorporar a su patrimonio espiritual la lengua española, con todo el respeto que nos merecen las locomotoras fabricadas en Liverpool y la fonética inventada en Madrid” (citado en Glozman 2014: 57)⁸⁹. El «problema de la lengua», en fin, se ha desplegado y a la vez disuelto en su dimensión netamente política, marginando las disputas científicas que lo habían vivificado una década atrás y desestimando, con ello, todo papel rector para el Instituto. Por otro lado, el Madrid de la larga posguerra española, bajo control fascista, no está tampoco en condiciones de ofrecerse de forma inmediata como «meridiano» en ningún campo del saber. El viaje a España de Eva Perón en junio de 1947 puede considerarse en este sentido, y salvando algunas distancias, como la contracara de la visita de la Infanta Isabel a la Argentina con motivo de los festejos del Centenario⁹⁰. La

⁸⁹ Pueden consultarse también otros testimonios igualmente reveladores incluidos en la antología de Glozman, como las referencias a la política lingüística en el segundo Plan Quinquenal (2014: 126).

⁹⁰ El viaje de la Infanta Isabel supuso un hito en el relanzamiento de las relaciones diplomáticas y comerciales entre los dos países (Arroyo 1990-91: 278), además de un momento álgido de hispanofilia en

tópica hispánica, en fin, resulta asimilable y hasta empleable estratégicamente (Gómez Ferrer Morant 2012: web) entre otras cosas por la posición de debilidad relativa en la que se encuentra la antigua metrópolis. El acercamiento que implica la asimilación es, al mismo tiempo, una forma de tomar distancia en relación a antiguas modalidades del vínculo entre los dos países.

De la magnitud de esa distancia dan testimonio las cartas de Zamora Vicente. Por contraste con la Salamanca franquista, en la que el filólogo enseñaba antes de su llegada a la Argentina, y en contradicción con el “tiempo lento de la expresión político-intelectual” que Silvia Sigal (1991: 29) propone como característica de los años peronistas, Zamora Vicente retrata una Buenos Aires culturalmente muy activa y cosmopolita. “¿Recuerda aquel Buenos Aires de 1948, 1949, querido Battistesa?” (citado en Pedrazuela Fuentes 2010: 335), comienza evocadoramente una de sus cartas dirigida al, por aquel entonces, factótum del Instituto Ángel Battistesa, y a continuación enumera una serie de hechos culturales impensables en la realidad contemporánea de su tierra natal, como el estreno de las películas de Victorio de Sica, los ciclos de la Sociedad Wagneriana, o las tertulias en la librería Verbum, de las que también participaban egregios exiliados españoles como Rafael Alberti.

Estas diferencias entre las interpretaciones autóctonas de un momento histórico y la percepción subjetiva de un participante extranjero, son índice de la dificultad con la que era posible pensar en el restablecimiento del diálogo e incluso en la “fusión de

la Argentina (Sarlo; Altamirano 1997: 164), en coincidencia con la expansión de la colonia española en el país. El presidente Saenz Peña correspondió a la visita con un viaje a Madrid durante el que prosperaron varios acuerdos comerciales y se sentaron las bases de la futura colaboración en materia científica y cultural. El viaje de Eva Perón a España en 1947 tuvo otro sesgo completamente diferente. Marcado por el aislacionismo al que era sometido el régimen de Franco (reconocido internacionalmente solo por Argentina, Portugal y el Vaticano) y la carestía de su población, el viaje era la rúbrica de una serie de acuerdos comerciales destinados a dar oxígeno al franquismo a través de la exportación de alimentos y la concesión de créditos cuantiosos y a tasas bajas. El viaje fue además preludeo del conocido como Protocolo Franco-Perón firmado el 9 de abril de 1948 (González de Oleaga 1989).

horizontes” intelectuales en las condiciones con que ésta se había podido producir dos décadas atrás. En buena medida, las polémicas y debates que, en otros tiempos, habían prestado centralidad a las intervenciones de la institución, se habían disuelto definitivamente. La línea continuista propuesta por Zamora Vicente en su gestión al frente del Instituto, más allá de las circunstancias políticas ciertamente adversas, solo podía asegurarle un declive en su capacidad de influencia, proceso que, como vimos, había comenzado en realidad durante la propia dirección de Alonso.

Por otro lado, la «problemática de la literatura», para usar el título contemporáneo de Guillermo de Torre (1951), se había desplazado empujada por las tensiones propias de la posguerra, encontrando un nuevo centro en la cuestión del compromiso y en la problematización de la relación ontológica de las letras con el mundo, en un amplio espectro de versiones que iba desde el zdanovismo a la teoría sartreana, llegando al desencanto del adagio adorniano sobre la poesía después de Auschwitz. Frente a esto, la filología o el estructuralismo lingüístico practicado por los miembros del Instituto poco o nada tenía que aportar.

2. *Sur*, *Contorno* y la Izquierda Nacional: El eclipse del lenguaje como problema

Para buscar nuevos faros en el pensamiento literario de la época, será necesario desviar la mirada hacia otras regiones. En ese sentido, la revista *Sur* se impone de inmediato como objeto de interés. Con una capacidad suficiente no solo para registrar sino también para influir en los términos de las polémicas literarias más candentes, *Sur* se ocupó de la

urgente cuestión de la literatura comprometida en dos debates organizados entre 1945 y 1946: “Moral y Literatura” y “Literatura gratuita y literatura comprometida”⁹¹. Sin reducir el enorme corpus de textos y la diversidad de colaboradores que conforman la revista, podemos, de todos modos, extraer de estos debates algunos lineamientos generales, las líneas maestras, no de una supuesta “escritura *Sur*” –la expresión es de Nicolás Rosa (1970: 122)– apta para reducir la publicación a una identidad homogénea; sino, más acotadamente, para pensar las posibilidades argumentales con que semejantes encuentros eran concebibles en una revista como aquella. En este sentido, y desde la perspectiva restringida correspondiente a nuestra investigación, la situación resulta desalentadora.

Atrapados en la disyuntiva de tener que definirse u optar entre una escritura partidaria y el juego gratuito del arte por el arte que proponen las vanguardias; los participantes a los encuentros promovidos por Victoria Ocampo configuran, en líneas generales, un espacio discursivo que se propone como término medio, rápido lugar de consenso, en el que forma y contenido se encuentran y armonizan por efecto del estilo, que es entendido como un “escribir bien”, noción elíptica que se presta a las clásicas definiciones tautológicas que hemos visto aparecer ya en Amado Alonso. La intervención de José Bianco resulta paradigmática desde este punto de vista. “Un libro es inmoral”, enuncia:

Cuando su autor –que carece de talento o de una conciencia artística inflexible– no logra expresar adecuadamente una idea o prefiere su talento a esa misma idea y la subordina a sus medios de expresión. ¿Qué debe entenderse por esa última frase? En realidad, es una mera tautología, porque la expresión solo es

⁹¹ El primero de ellos aparece en *Sur* 126, abril 1945, pp. 63-84; y el segundo en *Sur* 138, abril 1946, pp. 105-121.

formalmente bella cuando es justa, es decir cuando las palabras cumplen su verdadera función: borrarse ante la idea que intentan enunciar, convertirse en vehículos imperceptibles de un significado (*Sur* 1945: 70).

Con variaciones de matiz, el debate despliega puntos de vista parecidos y llega incluso a invocarse la unidad platónica de Verdad, Belleza y Bien como fundamento del encaje ideal entre fondo y forma⁹². Salvo por la intervención de Borges, que abre la puerta al carácter impersonal de las creaciones verbales⁹³, puede decirse que las disensiones que aparecen se establecen sobre la base común de un lenguaje entendido como instrumento del pensamiento individual, y de una concepción del estilo que se remonta, ya no a los estilistas idealistas, sino al mismísimo Conde de Buffon, quien en su afamado discurso de ingreso a la Academia Francesa sostenía: “El estilo no es sino el orden y el movimiento que se pone en los pensamientos. Si se los enlaza estrechamente, si se los ajusta, el estilo resultará firme, vigoroso y conciso; pero, por elegantes que sean, si se los deja sucederse lentamente y no se juntan sino merced a las palabras, el estilo será difuso, flojo y lánguido” (Buffon 2013: 334).

Si bien es cierto que, como destaca Jorge Panesi (2004: 59), la estilística no es en sí misma la tendencia crítica predominante en *Sur*, es evidente, por otro lado, que su sentido común sobre el lenguaje campea con comodidad en las páginas de estos debates. Se trata de un estado de opinión solidario con una definición imprecisa e implícita del fenómeno literario, fundamentada en la noción de «gusto». Dicho término promovería ante todo un efecto de consenso cuyas reglas deben mantenerse justamente en el terreno

⁹² Así lo hace, explícitamente, Pedro Henríquez Ureña: “Concibo la respuesta en imagen platónica: Belleza, Bien y Verdad son Ideas que emanan de una sola y eterna fuente; no hay oposición entre ellos” (*Sur* 1945: 79).

⁹³ Borges evoca los “homúnculos verbales” que son para Stevenson sus personajes y recuerda el lema de Bernard Shaw “I understand everything and everyone, and am nobody and nothing” (*Sur* 1945: 71).

del sobrentendido para que resulte efectivo. Según estos preceptos, la crítica de *Sur* se movería en el terreno del célebre epigrama de Frank Leavis “Así es eso, ¿no?”, y que John King evocaba como fórmula para compendiarla: “Si los lectores no sentían o conocían ya «eso», no se les podía explicar” (King 1989: 98).

La idea de una revista *Sur* en la que el debate teórico fue sistemáticamente postergado forma parte de un amplio consenso crítico cuyas fuentes pueden remontarse al testimonio de los propios colaboradores⁹⁴.

No podemos sino acordar con la posición expuesta por Judith Podlubne –a quien debemos, en realidad, lo nodal de los puntos de vista que acabamos de verter– cuando en uno de los trabajos que ha dedicado a la cuestión, concluye: “Si *Sur* no supo articular una respuesta que atendiera a «la dificultosa y mudable especificidad de la literatura», fue porque se resistió a interrogar la naturaleza inestable y ambigua del lenguaje” (2010: 18).

Cabe destacar, sin embargo, que entre los que se proponen como sus antagonistas, la situación no es mejor, al menos para lo que a nosotros nos incumbe. Nos encontramos en un escenario parecido al que describía Paul De Man cuando indicaba la sorprendente comunidad de pareceres, “si damos cabida a todas las reservas y distinciones que son del caso”, entre la izquierdista *Partisan Review*⁹⁵ y los críticos

⁹⁴ María Luisa Bastos, quien fuera jefa de redacción de *Sur* tras la salida de José Bianco en 1961, escribe en 1980: [...] No faltaron polémicas en *Sur*. Fueron, sin embargo, discusiones caseras, y uno lamenta que no se extendiera a ámbitos más amplios esa vigilancia que es el disenso fundado. *Sur* tuvo una actitud franca, Valiente, frente a hechos extremos: el fascismo, el peronismo. En cambio, siendo una revista literaria, decepciona advertir que no siempre se tomaban posiciones ante lo que se consideraba estéticamente inaceptable o deficiente. (1980: 131)

⁹⁵ La *Partisan Review* fue una humilde pero influyente publicación de cultura y letras inicialmente adscripta a la órbita del partido comunista. Sin embargo, en fecha tan temprana como 1937 formalizó su ruptura con el partido y se convirtió en una revista de línea socialdemócrata muy crítica del estalinismo. En fechas recientes se demostró que, por lo menos desde mediados de la década del cincuenta, fue indirectamente financiada por la CIA en el marco de lo que se denominó “cultural cold war” (Stonor Saunders 2000).

adscriptos al *new criticism*. “El amplio –aunque negativo– consenso que une a estas tendencias e individuos extremadamente diversos es su común resistencia a la teoría” (646).

La conclusión de De Man parece enteramente aplicable al escenario polémico que se suscitó en torno a *Sur*, particularmente tras su categórico posicionamiento a favor de la autodenominada Revolución Libertadora. El momento coincide con el ascenso de un nuevo revisionismo de izquierdas caracterizado, a grandes rasgos, por la adopción de perspectivas marxistas para enfrentar al predominio de las tendencias espiritualistas, la definición de la cuestión nacional entorno a las nociones antagónicas de imperialismo y colonialismo y el rescate de los rasgos del peronismo que pudieran ser considerados revolucionarios en ese terreno⁹⁶. La particular expansión y sobre todo la vulgarización del marxismo durante los años cincuenta (Horacio Tarcus, en Jitrik 1999: 465 y ss.) dan una nota común a la oposición creciente que asedia las seguridades institucionales de la tradicional *intelligentsia* liberal, significativamente nucleada en torno a *Sur*. Se perfila, sobre todo, un diagnóstico común y fácilmente compartible acerca de los problemas que atenazan a la nación y que pasan, fundamentalmente, por la preponderancia de una clase terrateniente y oligárquica ligada a intereses económicos foráneos. Las divergencias alcanzan entonces a las consecuencias que se atribuyen a esta situación de hecho y,

⁹⁶ Desde que los libros de Silvia Sigal (1991) y Oscar Terán (1991) dieran nueva actualidad al objeto, ha sido constante la atención que la crítica ha prestado al movimiento, centrada sobre todo en delinear la imagen de intelectual que se proyecta en sus escritos y actuaciones (De Diego 2001; y por el lado latinoamericano Gilman 2012), a la posteridad y radicalidad que el fenómeno alcanzó en las décadas siguientes (De Diego 2010) o a su raigambre en las tradiciones marxistas del país (Kohan 2000: 222 y ss.). La cuestión desborda ampliamente el asunto que nos ocupa; por lo que deberemos limitarnos a partir de las sucintas definiciones que José Luis De Diego incorpora al trabajo con el que contribuye a la *Historia de los intelectuales en América Latina* dirigida por Carlos Altamirano: Suele denominarse «nueva izquierda» a la irrupción de grupos políticos e intelectuales en la Argentina de fines de los cincuenta y principios de los sesenta, como consecuencia de la crisis de representación de los partidos tradicionales, del impacto de la Revolución Cubana y de la incorporación de nuevas corrientes de pensamiento que posibilitaron la revisión del marxismo en sus versiones más o menos ortodoxas –en especial Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty, pero también Gramsci y los marxistas italianos, entre otros” (De Diego 2010: 399).

sobre todo, a la capacidad para afinar en el análisis de las posiciones adoptadas por los actores en liza. El “giro cultural” (Vázquez 2015: 324) que se produce en la exposición de dichas polémicas, con la creación de *Contorno* y la publicación del panfleto de Abelardo Ramos *Crisis y resurrección de la literatura argentina* como momentos inaugurales, tiene su motivación, según decíamos, en los posicionamientos que la intelectualidad ligada a *Sur* adopta en referencia a la cuestión peronista, y que le costó a la revista buena parte de la compacta legitimidad moral ganada con sus actitudes políticas decididamente antifascistas en tiempos de la Guerra Civil Española y de la Segunda Guerra Mundial⁹⁷. La polémica atañe también a cuestiones lingüísticas, en la medida en que se discuten «sentidos» sociales y en que se redefine la entidad del “ser nacional”, donde el lenguaje está llamado a jugar un papel; pero no se cuestionan las matrices conceptuales que llegó a establecer la estilística en torno a esto, ya que se sigue reclamando el concurso de un sujeto moral consciente de sus elecciones y se enfatiza, por lo tanto, el carácter instrumental del lenguaje. De hecho, en esta demanda particular reside el ingrediente más reactivo que la nueva izquierda aporta a la cuestión, en la medida en que desactiva aquellos elementos que, de modo residual y por otras vías, habían sido preservados en el discurso liberal, como por ejemplo cierto interés en los juegos retóricos. En un reciente trabajo sobre Ramos y Arregui, María Celia Vázquez

⁹⁷ Fue María Teresa Gramuglio quien advirtió la posibilidad de pensar el “acuerdo de orden ético” que José Bianco proponía como núcleo cohesivo de la revista en los términos de su contenido político, es decir, en tanto oposición sistemática al totalitarismo: “Sur pudo tolerar la coexistencia entre poéticas y posiciones literarias tan diversas como las de Borges, Mallea y Roger Caillois, e incluso soportar las apreciaciones estéticas de Eduardo González Lanuza, cuando proclama que *Cuán verde era mi valle* era, por fin, la novela esperada, cuya grandeza hacía inútiles todas las teorías. Pero nunca admitió apologías de los diversos totalitarismos que se sucedieron en sus años de apogeo” (2013: 299-300). Es en este sentido que el inestable y complejo encaje de un fenómeno como el peronismo en ese esquema supondrá una amenaza a la hegemonía de la moral cultural de *Sur*: “Mientras los gobiernos de Perón no habían dejado ningún margen para la duda respecto del rotundo rechazo que exigía un régimen político como aquél, al que ellos percibían como autoritario y corrupto y, en consecuencia, la posición antiperonista había funcionado como un factor aglutinante que permitió afianzar un sólido consenso, la caída del enemigo en común, paradójica, o quizás, previsiblemente trajo consigo la sombra de las divergencias” (Vázquez 2007: 1-2).

(2015: 327 n. 14) recuerda oportunamente la recriminación que el primero arroja en contra de Martínez Estrada por el uso, a su juicio meramente gestual, que éste hace de la palabra «factoría»:

La palabra factoría no compromete a Martínez Estrada: su recurso defensivo será sumergirse en el seno de la nebulosa, pero su empleo le permite alimentar cierto prestigio de hombre osado. [...]La palabra factoría atrae a Martínez Estrada únicamente por sus efectos acústicos (Ramos 1961: 32).

Más allá del valor informativo que el juicio de Ramos pueda tener sobre las intenciones y la obra de Martínez Estrada –que, en realidad, está citando a Ortega y Gasset cuando emplea la palabra–, lo que el autor de *Crisis y resurrección...* deja en claro con sus declaraciones es una determinada actitud frente a la lengua para la cual la oposición entre retórica y sentido recto –en la medida en que ésta articulaba también la dicotomía comunicación vs expresión, fundante para la estilística– no solo no ha sido cuestionada sino que puede considerarse exacerbada.

En este sentido, también el influyente *Cultura e imperialismo*, de Juan José Hernández Arregui, se limita a tratar la cuestión desde el punto de vista nacionalista. Acerca de *Sur*, deplora las tendencias cosmopolitas de la revista de Victoria Ocampo y subraya la necesidad de forjar un idioma capaz de dar cabida a la realidad autóctona. Si bien sus argumentos tienden a desenmascarar el valor de coartada que la apelación al espiritualismo posee en las lógicas de funcionamiento de la revista y de la literatura que promociona; su apuesta por un idioma nacional no va más lejos que los propósitos de Cambours Ocampo en torno a los ferrocarriles y la fonética, y lo que propone es antes una inversión de términos que el trastrocamiento de sus lógicas internas. Así, cuando reivindica “los valores tradicionales, cuya fuente es la lengua –la «sangre del espíritu» como decía Unamuno” (1973: 129) no se ubica en realidad en una posición de

conciencia lingüística más afinada en lo estructural, sino todo lo contrario, que Victoria Ocampo, a la que sorprende en la siguiente confesión: “Palabras francesas, italianas, inglesas, alemanas se me ocurren de continuo para tapar los agujeros de mi español empobrecido” (citado en *Ibíd.*).

Un caso más sutil nos lo ofrece, sin duda, el proyecto de *Contorno*. En un primer momento, puede parecer inesperado reencontrar entre sus críticos, que se quieren, justamente, antiacadémicos, antiestilistas, posiciones compartidas con este fondo común que venimos perfilando. La importancia del sartrismo y su teoría del compromiso como elemento aglutinador de la 'generación denunciante' evacuarían en buena medida la cuestión del lenguaje como problemática específica. Llamar al pan pan y al vino vino, como reclamaba el Sartre de *¿Qué es la literatura?*, supone otorgarle al lenguaje, al menos potencialmente, plena transparencia⁹⁸; de ahí, en fin, la supremacía de la prosa frente a las efusiones líricas que jerarquizaban los estilistas, o la importancia de la novela, cuyo cristal –para usar una imagen cara a Sartre– debía ser traspasado por el sol verdadero de la historia concebida como lucha de clases. Hay preocupación por el lenguaje, pero sólo en la medida en que éste afecta a las posibilidades de la

⁹⁸ Sin duda que la cuestión del compromiso en Sartre no se resuelve en una mera teoría del reflejo y la referencia. Ya en 1990, Carlos Correas se quejaba amargamente de la superficialidad con que esa noción pudo circular en la Argentina de las décadas del cincuenta y posteriores: “No se sabe qué es el compromiso. Para saberlo habría que tomarse la cabeza entre las manos y leer a Sartre, en francés, línea a línea; es una lectura filosófica. En un reportaje de 1960 («Les écrivains en personne», *Situations IX*) nos enteramos de que Flaubert, Mallarmé y Genet son, para Sartre, escritores «comprometidos». Entonces, “la literatura está siempre comprometida”. O ha permanecido ininteligible para los argentinos el sentido de «compromiso» de *Qu'est-ce que la littérature?* o Sartre ha esclarecido su noción de compromiso o las dos cosas. Me inclino por lo tercero. Y me inclino por entender que el «compromiso» literario surge de la esencia de la literatura –esencia en movimiento, esencia histórica– [...] Como no siempre –o casi nunca– damos con lo literario, debemos buscar qué lo hace necesariamente posible. Quien se quiera hacedor de literatura no podrá eludir esa exigencia, y Borges habrá de resultar nuestro escritor más comprometido” (2007: 54-55). Las consideraciones de Correas tienen la virtud de apuntar a un problema específico que incomodó las lecturas de los «parricidas»: la literatura borgeana. José Luis de Diego (2010: 400), más descriptivo, relacionará la ambigüedad del concepto, tal y como lo brinda Sartre en 1948, con la posición de creciente tensión que ocupan los intelectuales, atrapados entre la necesaria significación política de sus intervenciones y la autonomía exigible a su actividad profesional.

representación (Mangone; Warley 1981: 445-446). Así por ejemplo, aquí y allá, aparece la cuestión del voseo: en el rabioso artículo de Masotta contra Vocos Lescano que se publica en el tercer número de la revista, se advierte su dimensión de problema antes que de solución⁹⁹. Carlos Correas, a propósito, una vez más, de Murena, podrá decir “No se hará al lector contemporáneo de su prójimo cambiándole el “vos” por el “tú” y las desinencias de las formas verbales” (*Contorno* 2007: 36), pero a su vez, Ramón Alcalde prevendrá en sentido opuesto: “El mal está en nosotros mismos y no se remedia ni con cortinas de hierro mentales, ni con la temática autóctona, ni con solo usar el vos en lugar del tú” (*Contorno* 2007: 118). En última instancia, y en acuerdo con Sartre, el problema del lenguaje –que se asimila al de la representación– es también, y antes que nada, un problema para la conciencia individual: “Hay dos posibilidades últimas para cada destino individual” sintetiza Alcalde en ese mismo artículo, “aceptar lo dado de su peculiaridad trascendiéndola en un proyecto o evadirla” (Ibíd.).

Los denunciacionistas, sin embargo, no siempre cedieron a la tentación esquemática que en otras facciones –como vimos a propósito de Hernández Arregui– pudo erizar consignas semejantes; así lo demuestra la demoledora réplica de Ramón Alcalde a Jorge

⁹⁹ Entiéndase que es un problema creado por la crítica literaria no comprometida, es decir ajena a la *situación*. Masotta le afea a Vocos Lescano que vea en la introducción del voseo en el segundo acto de la obra de Murena *El Juez* un “uso feliz” de ese recurso: “usted habla de “*uso feliz*” del vos, es decir: de *dificultad salvada*, de *problema solucionado*. Y era al revés: había que hablar del *problema creado*. Explicar al lector español que la rarificación del voseo dentro del *El Juez* era la consecuencia del lenguaje particular y cristalino de Murena. Un voseo introducido con “*felicidad*” –ahora sí– en el segundo acto de la obra. Y que tal cosa ocurría *dentro del contexto de la obra*. Hacer la salvedad, Vocos Lescano, introducción “*feliz*” del voseo en esa *zona parcial del habla*. Y que tal cosa perdía vigencia para la *totalidad de lenguaje del hombre argentino* y que en verdad no solucionaba nada. Por el contrario, Vocos Lescano, se creaba *un algo*. Que ese *problema solucionado* era un problema creado, gratuito desde la perspectiva del *total, verdadero y natural lenguaje nuestro*” (*Contorno* 2007: 38, *cursivas en el original*). Obsérvese, por otro lado, la equivalencia establecida entre los términos «total», «natural» y «verdadero» como una forma de subsumir cualquier inquietud suscitada por el problema del lenguaje a un asunto correspondiente a las cualidades de la representación.

Abelardo Ramos de la que acabamos de citar algunos extractos¹⁰⁰ –“acaso el más riguroso de todos los trabajos aparecidos en *Contorno* que se preocupa por definir una toma de posición donde se elude el maniqueísmo evidenciando las reducciones que promueve” (Croce 1996: 106)– o el crudo enjuiciamiento de Jitrik a Manauta, Yunque, Barletta y Varela¹⁰¹ en el número doble que *Contorno* dedicó a la novela argentina. Su salvaguarda ocasional se encuentra en una noción que, en cierto modo, se presupone en esa vacilación frente al voseo que acabamos de anotar y, en general, en la desconfianza ante las soluciones automáticas y en la denuncia de la “demagogia literaria” que implica toda presuposición de un lector modelo. Nos referimos a la noción de *incertidumbre*, cuya importancia tan bien advirtieron Nora Avaro y Analía Capdevila:

La incertidumbre del autor en la ejecución de la obra (...) es lo que le da al género alcance gnoseológico, distintivo y específico, que, por sobre todo, refuta el valor novelesco de los conocimientos previos y de las ideas preconcebidas (2004: 233).

La incertidumbre, entonces, no es solo distinta al misterio de los estilistas, sino que en cierto sentido se le opone: no es el límite último de la lectura sino la condición productiva e imprevisible del texto. El valor de esa noción, en definitiva, reside en su virtud desestabilizadora frente al propio régimen de lectura que proponen los contornistas y ofrece un punto de fuga al posible sentido reductivo de la misma.

¹⁰⁰ En el número 5-6 de *Contorno*, Alcalde arremete contra las dicotomías que plantea Abelardo Ramos en *Muete y transfiguración de la literatura argentina* y se distancia de ellas proponiendo: “Podemos mirar a Europa con ojos nuevos, y en vez de los dandis londinenses, fijarnos en Spinosa [*sic*], Descarte, Marx, Hegel o el obispo Berkeley caro a Borges” (*Contorno* 2007: 118). El fragmento será recuperado por Beatriz Sarlo para tipificar la metáfora de «los dos ojos» con la que caracteriza la actitud de síntesis del grupo.

¹⁰¹ “Todos son populistas. No parece importarles la categoría de lo que escriben, sino que tienen sólo y permanentemente en vista al público, al que le facilitan las cosas todo lo que pueden. Esta suerte de “demagogia literaria” los hace poco interesantes porque los obliga a reducir constantemente sus propias exigencias y eliminar sugestión para dar alimento digerido” (*Contorno* 2007: 111).

Queremos subrayar en este sentido el “alance gnoseológico” que Capdevila y Avaro le atribuyen con gran perspicacia a la noción. Sin embargo, esta potencia se verá efectivamente mermada por el didactismo inherente a toda crítica que se propone como develamiento y clarificación. Es esa una deriva que -como casi todas las de la época referidas a la literatura- ya se encuentra en el Sartre de *Situations II*:

El lector al que me dirijo (...) no tiene la ignorancia del buen salvaje al que hay que explicarle todo a partir de los principios; no es una tabula rasa. Tampoco tiene la omnisciencia de un ángel o del Padre Eterno; le revelo ciertos aspectos del universo y me aprovecho de lo que sabe para tratar de enseñarle lo que no sabe (1948: 91-92).

La incertidumbre, entonces, según el David Viñas de la época -por poner un ejemplo concreto- gobierna el proceso creativo destinado a culminar en una “humanización de nuestro contorno” (*Contorno* 2007: 78)¹⁰². Pero, ciertamente, es un concepto límite, y no sólo en el discurso crítico contornista. Apunta a una resolución fenomenológica de la cuestión del lenguaje, y certifica el valor intrínseco de la literatura por vía de la experiencia, un empirismo que no es exagerado considerar pre-teórico¹⁰³. De hecho, los contornistas alcanzarán a explotarlo sólo temáticamente, albergarán “el convencimiento de que la literatura tiene una garantía en el lenguaje, pero se juega radicalmente en sus contenidos y en sus ideas” (Sarlo 1983: 807). Y en ese sentido no nos encontraremos tan lejos de la armonización entre fondo y forma que proponían los miembros de *Sur*. La sustitución de los trascendentales humanos por un enraizamiento

¹⁰² Viñas protesta contra el esquematismo de Lynch y el modo que, a su entender, tiene de “hacer surgir la *calificación* antes de que se conjugue la *conducta*” (*Contorno* 2007: 78). Contra eso, propone en cambio: “El escritor, no es una capsula, no, pero su estallido debe tender hacia todas partes. Esa humanización de nuestro contorno [...] se dará como resultado de esa intervención y de la incertidumbre frente al resultado consiguiente. Pero de la intervención de novelistas *que se eluciden por medio de sus novela y no de los que eluciden sus novelas*” (Ibíd.).

¹⁰³ “[Para los contornistas] el valor literario se origina en la experiencia” (Sarlo 1983: 807).

de los productos literarios en la historia y por una lectura sociológica en base a una problemática social que se define *a priori* como característica del *contorno*; produce un efecto de desenmascaramiento crítico inmediato que afecta no solo a las obras sino también a la práctica crítica –como recuerda Horacio Crespo (en Jitrik 1999: 430-431) a propósito de unas declaraciones de Noé Jitrik– y reorganiza la labor del crítico, tanto como la del autor, en función de la imagen del intelectual comprometido. La contestación que esto supone a “la crítica tradicional, académica y erudita, ya las consideraciones de tipo biográfico” (Mangone; Warley 1981: 453) forjará la imagen de *Contorno* como motor de la modernización crítica del país, pero este proceso tendrá sus costes y sus cegueras, ejemplificados paradigmáticamente por la imposibilidad de leer la literatura borgeana. La preocupación por el «mensaje», encerrará la consideración de la obra en un circuito comunicacional (autor-obra-público)¹⁰⁴ que será el núcleo de las preocupaciones legítimamente teóricas del grupo, centradas en los dos extremos del sistema. La definición del público, las condiciones en que este se encuentra para recibir el mensaje literario –o determinar lo que éste sabe, según lo proponía Sartre en una cita anterior, “para poder enseñarle lo que no sabe”– serán la cuestión central de un trabajo como “El escritor argentino y su público” (1953) de Sebreli, que aparece en la revista *Centro*¹⁰⁵ y, sobre todo, de la *Sociología del público argentino* (1956), de Adolfo Prieto, que sacará provecho de los avances estadísticos que presentan las indagaciones de Gino Germani. La obra de Prieto constituye, a juicio de Horacio González “una

¹⁰⁴ Así lo expresa Noé Jitrik en *Procedimiento y mensaje en la novela*, obra a la que enseguida nos referiremos: “El circuito demuestra ser perfecto y capaz de dar justificativos a la existencia de la literatura aunque se componga de dos soledades en cierto modo psicológicas a las que se agrega una tercera, tal vez metafísica, la de la obra misma que está ahí, pura existencia, esperando que el lector venga a ponerla en movimiento y a crearla” (Jitrik 1962: 127-128).

¹⁰⁵ Partiendo de modo casi literal de las directrices sartreanas, Sebreli se queja del poco impacto que logra la literatura en el público argentino: “La total falta de repercusión en el público hace perder al escritor la noción de su propia responsabilidad y terminar por creer que lo mismo da decir una cosa que otra, puesto que ninguna produce ningún resultado” (1953: 24).

protosociología cultural con tonos de escepticismo frente a la cultura de masas y sus efectos sobre la potencia lectural capaz de constituir un público denso y lúcido” (González 2000: 68 n. 93). Por el otro extremo, Noé Jitrik dará a la imprenta en 1962 *Procedimiento y mensaje en la novela*, que el propio autor considera “expresión de un protoestructuralismo que estimo quedó en eso pues puedo afirmar que la oleada estructuralista que invadió los estudios literarios no me encontró entre sus adherentes ni soldados” (Jitrik 2014: 69)¹⁰⁶. El protoestructuralismo de Jitrik ponía negro sobre blanco una inquietud narratológica del grupo en cuyo origen se encontraba la necesidad de esclarecer y escanciar las «voces» del texto –por ejemplo la del «narrador», como estructura que no debe ser confundida con el «autor»” (Ibíd.)– y que remite, en definitiva, no tanto a un interés genético por las estructuras del relato como a la posibilidad de certificar la claridad del mensaje y su enraizamiento en la *situación*¹⁰⁷. Si bien puede sostenerse, como lo hacen Gonzalo Aguilar y Gustavo Lespada, que, de modo general, para los miembros de la revista “las relaciones entre política y literatura no pueden ser un a priori sino consecuencia de una elaboración teórica y crítica” (1997: 10); creemos que la coincidencia en el uso del prefijo «proto-» en los dos testimonios citados anteriormente, apunta no solo a una precedencia temporal, sino también a ciertas peticiones de principio que traban el alcance de las pesquisas teóricas contornistas en un determinado punto, peticiones como pueden ser el reclamo de un sujeto de la escritura

¹⁰⁶ A este respecto, la posición de Jitrik y el despliegue de su trayectoria suponen una singularidad fuerte dentro del grupo ya que, como apuntan Aguilar y Lespada, “Si bien Noé Jitrik constantemente está forjando categorías que parten del trato con los textos literarios sin recurrir a modelos prefijados (de ahí su crítica la estructuralismo académico), los interlocutores críticos que reconoce pertenecen generalmente al estructuralismo francés (Roland Barthes, Claude- Lévi-Strauss, J. A. Greimas, Jacques Derrida y los integrantes de *Communications*)” (Aguilar; Lespada 1997: 13).

¹⁰⁷ Así lo establece de entrada Jitrik en su libro: “La lectura nos pone *ciertamente* en contacto con una tesis o un punto de vista que el autor, por mecanismos diversos, voluntarios o casuales, nos ha querido hacer llegar” (1962: 9) (La cursiva es nuestra).

que sea consciente de sus elecciones morales, y el de una función social para la literatura.

Contorno, decíamos antes, prefigura un destino mayor para la crítica literaria argentina: el de su politización¹⁰⁸. De ahí que se la juzgue como un factor fundamental en la modernización de sus prácticas. Pero es también el testimonio de un «eclipse» del lenguaje como problema teórico para la literatura en toda la amplitud de sus efectos. Como, en cierta ocasión, pudo sostener, tajante, Nicolás Rosa el error de *Contorno* “no provenía de una concepción errónea de lo político sino de la ausencia de una concepción de lo literario» (Rosa, 1987: 98). En las páginas siguientes analizaremos el modo en que la llegada del estructuralismo francés a la Argentina modificó este estado de cosas en torno a la literatura.

3. La recepción del estructuralismo francés y la «problemática» de la crítica literaria argentina.

El estructuralismo llegará oficialmente a la Argentina en 1963, calcando el desvío por la antropología que había marcado su itinerario francés. En ese año, Eliseo Verón regresa de su estadía en París y dicta la materia electiva Metodología Estructural, “en [la] que se

¹⁰⁸ Ese destino, por cierto, vedado para España, certificará la fractura que veníamos anunciando entre los dos campos culturales, y la pérdida de incidencia –en el plano cultural, que no así necesariamente en el económico– de la antigua metrópoli. En un simposio celebrado en la ciudad de Rosario, en el año 2010, sobre «Cuestiones de valor», Nora Catelli recuerda por ejemplo las disimetrías que atestiguó tanto como produjo el fenómeno del *Boom*: “Los autores españoles de esta misma generación dicen: «Los latinoamericanos se quejan del poder editorial español; pero nosotros –los escritores– los leemos. En cambio, ¿quiénes de ellos nos leen a nosotros?»” (Catelli 2010: 7-8). Las raíces de esa situación de desequilibrio –tan distinta a la que se verificó durante las tres primeras décadas del siglo veinte– pueden remontarse al colapso de la capacidad de influencia cultural sobre América que supuso el afianzamiento de la dictadura franquista en España.

incluía bibliografía estructuralista y de la teoría de la comunicación” (Acuña 2004: 284). Al año siguiente, los programas de Sociología Sistemática incluyen ya la traducción de la *Antropología Estructural* de Lévi-Strauss, aparecida en Eudeba con prólogo del propio Verón, quien en 1965 dicta Teoría e Investigación de la Comunicación Social, e incluye en su bibliografía las *Mythologies* de Barthes. El hecho es crucial porque marca el desembarco de los estudiantes de letras en sus clases y, por lo tanto, la difusión del paradigma estructuralista más allá de su contexto original de recepción¹⁰⁹. La situación además, exhibe otros ribetes: la entrada al estructuralismo por *Mitologías* supone ligar la tendencia a sus posibilidades de instaurarse como una positividad fuerte capaz de desenmascarar los discursos ideológicos con una efectividad que se pretende científica, o por lo menos en un terreno que, dentro de la escena local, entronca con las operaciones iniciadas una década atrás tanto por los miembros de *Contorno* como por la izquierda ortodoxa o la nueva izquierda nacional, pero desligándolas del voluntarismo político que había sido su ingrediente teóricamente menos estable¹¹⁰.

¹⁰⁹ Respecto de esta situación de trasvase, comenta Adolfo Prieto como marca de los tiempos, el hecho de que “la esotérica *Estructuras de parentesco*, de Lévi Strauss, era más solicitada por los estudiantes de letras que por los de antropología, sus destinatarios naturales” (1989: 22).

¹¹⁰ A propósito de la recepción concreta de Barthes en la Argentina, recientemente se ha postulado una doble entrada del autor francés, que marca ese doble territorio de potencialidades del estructuralismo; por un lado, como aparato desmitificador de la ideología, y por otro, como desestabilizador del orden de los discursos, de sus definiciones y compartimentos estancos institucionales: “La del Barthes literario frente a la del Barthes semiólogo; la del Barthes que habla de la literatura como trampa al poder frente al Barthes analista de la moda; la del Barthes órfico frente al Barthes mitólogo.” (Pinillo Estivill 2015: web). Sobre este último, Miguel Dalmaroni mostró en su momento (1998; 2004) como era ese «Barthes mitólogo» el que podía reencontrarse funcionando como subconsciente teórico de la “operación Raymond Williams” que Beatriz Sarlo y Carlos Altamirno llevaron a cabo, precisamente como “profilaxis antiparisina” (1998: 39) desde las páginas de *Punto de Vista*. Esta operación escapa de nuestros intereses en primer lugar porque, por efectos de la cronología, se ve afectada en sus lógicas por el contexto totalitario vigente en la Argentina del momento (Dalmaroni 2004: 103). Por otro lado, porque se trata de un esfuerzo por enfrentar a “los festines estructuralistas” (Sarlo 1986: 24) a favor de “una particular densidad semiótica de la literatura” (Dalmaroni 2004: 103); es decir, de un *a priori* literario que funciona como concepto primitivo, no definido ni definible, de una sociología regida por la pregunta: “Un texto literario es un documento de la literatura, ¿pero sólo de ella?” (Sarlo 1986:25). Es, por lo tanto un posicionamiento que

La operación de Verón tiene un sentido intradisciplinar, y desde esa perspectiva se propone como una contestación al funcionalismo de Germani desde el prólogo mismo de la *Antropología estructural*¹¹¹; pero sus efectos se dejan sentir también en otro plano, como por ejemplo al resignificar la presencia de Saussure en la asignatura Gramática Castellana, que Ana María Barrenechea, antigua alumna de Alonso y futura directora del Instituto (1985-2002), dictaba sin escándalo como materia común desde 1958 (Donni; Boretti; De Gregorio 1970: 74)¹¹².

Si tomamos estas fechas como dato, es evidente que la popularización de la tendencia y su extensión fuera de los ámbitos académicos fue inmediata, y en fecha tan temprana como 1966 el magazine *Primera Plana* no dudará en entrevistar a Philippe Sollers, factótum de *Tel Quel*, y dedicar, al año siguiente, cuatro páginas a “la invasión estructuralista” en un artículo titulado: “Estructuralismo. El pensamiento de hoy” (Prieto 1989: 22). En parte, este fenómeno se explica por la existencia de un público ampliado que se venía gestando desde fines de los cincuenta, ávido de novedades culturales que proyectos como los de Eudeba ofrecían por un precio módico y en formatos vanguardistas (De Diego 2010: 51). Hay consiguientemente una transformación de la socialización del conocimiento que afecta no solo a los productos y

logra exitosamente evacuar, por esa vía, la inquietud de definición que despierta el estructuralismo en el seno de lo literario, pero al precio de convertirlo en un elemento inestable, tensionado siempre por la gravitación de términos más amplios como «cultura» o «institución».

¹¹¹ “Nada más opuesto al antropólogo estructuralista que el funcionalista: éste parte de la diversidad y está dominado por la preocupación de hallar, tras la diversidad, ciertos conceptos universales idénticos en todas las culturas; aquél parte de la afirmación de una identidad (puramente formal) en el plano de los instrumentos mentales que el hombre pone en juego en toda vida social, y por lo tanto está dominado por el afán de describir las diferencias entre los contenidos a que estos instrumentos se aplican” (Verón 1972: 29).

¹¹² Cynthia Acuña hace notar además que “la materia Lingüística para el Departamento de Antropología dictada por Salvador Bucca, incluía a Saussure y a Martinet [...] desde 1961” (2004: 284).

mercancías culturales sino también a las modalidades de relación intersubjetiva. Silvia Sigal describió a propósito de esto una nueva *intelligentsia* urbana e informal, constituida por hombres y mujeres “dotados a menudo de una cultura casi autodidacta adquirida *ex auditu*, en el curso de una carrera escolar marginal, a través de discusiones de café y la frecuentación discontinua de reuniones y seminarios, [...] dispuestos a constituir una caja de resonancia para los temas de moda” (1991: 89). Desde luego que no todo se resuelve en “discusiones de café”; como recuerda Oscar Steimberg:

Eran los tiempos de los *grupos de estudio*, cuando el vínculo entre formación y pertenencia era el efecto político del ejercicio de una socialidad intelectual reinventada, agónicamente, en cada espacio discipular. [...] Los textos polémicos de los referentes grupales eran atendidos no sólo en términos de sus propuestas, sino también en tanto *escritura de referencia*: en cada caso, un estilo estaba confrontando con otros, aunque sólo se hablara en general de ideas y de perspectivas de investigación (en Jitrik, 1999: 66).

En este marco, era evidente que el estructuralismo ofrecía ingredientes suficientes para participar de la guerra de estilos que gobernaba la política de la intervención polémica; se lo había acusado de ello, e incluso sus propios practicantes lo habían llegado a definir como una pura jerga –“c’est à peines un lexique”, propondrá Barthes– pero a la vez, su exigencia teórica lo convertía en un producto cultural poco apto para vulgarizaciones realmente efectivas. Cuando en 1946 Sartre protestaba de que el existencialismo se hubiera vuelto una moda¹¹³, lo hacía parangonándolo al surrealismo, es decir, en el sentido en que parecía ofrecer no solo una doctrina sino sobre todo un estilo de vida ostensible. A pesar de las acusaciones análogas que tuvo

¹¹³ Lo hace en *El existencialismo es un humanismo*: “La mayoría de los que utilizan esta palabra se sentirían muy incómodos para justificarla, porque hoy día, que se ha vuelto una moda, no hay dificultad en declarar que un músico o que un pintor es existencialista. [...] Parece que, a falta de una doctrina de vanguardia análoga al superrealismo, la gente ávida de escándalo y de movimiento se dirige a esta filosofía” (2006: 24).

que padecer, el estructuralismo jamás ofreció algo parecido y cuando se lo tildó de moda quiso referirse, ante todo, a su falta de rigor académico y a tener más de estilo que de método preciso –de ahí que el término *doxa* que, como vimos en la Introducción, emplea Milner, resulte particularmente adecuado. Por el lado opuesto, sus practicantes más escrupulosos protestarán por el uso innecesario o poco preciso de categorías que terminan por ser desacreditadas. El mismo Eliseo Verón, en 1974, al repasar la suerte del estructuralismo en Argentina y Chile, advertirá:

Si se plantea, en un caso particular, la contradicción entre las condiciones impuestas por la investigación, por una parte, y la intensa demanda social de aplicaciones prácticas que sean a la vez políticamente relevantes, por otra parte, el semiólogo se encuentra ante una alternativa y debe elegir. Optar por la inserción política y abandonar las exigencias contenidas en el proceso de producción de conocimiento -conviene decirlo muy claro- me parece una elección perfectamente legítima. Pero entonces ¿para qué mantener todo el “aparato retórico” del lenguaje “científico”? si se trata de hacer una lectura, lo más lúcida posible, de la prensa burguesa para desenmascarar sus trampas, ¿qué necesidad hay de hablar de “paradigma y sintagma”, de “saturación de corpus”, de “escritura”, de “ejes semánticos”? Es evidente, a mi juicio, que la jerga científica no hace sino ocultar la opción que en los hechos, se ha realizado, podemos preguntarnos por qué. Pienso que, sencillamente, lo que está en juego es la identidad del intelectual en cuanto tal. En efecto, se supone que él contribuye a la lucha política con su capacidad profesional en tanto “especialista”. De no ser así, ¿en qué consistiría su aporte específico? Es por eso que, aun en los casos en que se ha optado de hecho por la tareas de relevancia política-ideológica, dejando de lado las condiciones objetivas impuestas por la tarea de la construcción de teoría y de investigación, no resulta tan difícil abandonar el lenguaje técnico. La identidad del “intelectual” depende de ello y por lo tanto también el carácter específico de la imagen que el “intelectual” debe dar para responder a lo que la demanda social le está pidiendo en su carácter de “especialista” (Verón 1974: 123).

Verón pone sobre el tapete un ingrediente fundamental: “La intensa demanda social de aplicaciones prácticas que sean a la vez políticamente relevantes”. Recordemos lo que recién decíamos acerca de la entrada al estructuralismo por las *Mitologías* barthesianas. Se puede ir incluso más allá y proponer que lo que Verón plantea como una elección es en realidad la exigencia de una doble condición. Ya en 1966, Juan José Sebreli, por ejemplo, protesta en su contra:

Todos sus análisis son análisis de análisis, nunca análisis de la cosa misma. Todo lo que he leído hasta ahora de Verón se limitaba siempre a cuestiones programáticas y metodológicas, quedando los análisis concretos para más adelante. Verón ensaya siempre pero no debuta nunca (1984: 88)¹¹⁴.

Adolfo Prieto localiza una ansiedad semejante en “Pruebas y hazañas de Adán Buenosayres”, el trabajo que Hortensia Lemos, Ángel Núñez, Nannina Rivarola, Beatriz Sarlo y Susana Zanetti preparan para la compilación de Jorge Lafforgue *Nueva novela latinoamericana* (1974), y que pasa por ser uno de los exponentes más meridianos de aplicación de la metodología estructuralista a una obra del corpus literario argentino:

Las consideraciones teóricas, los métodos y el modelo invocados permitieron al grupo establecer efectivamente, un inventario de significados que redujo la aparente complejidad del texto a un juego de oposiciones maniquea, típica de una cosmovisión autoritaria e individualista; pero se mostraron incompetentes para resolver la oposición Adán Buenosayres-autor-realidad argentina, para resolver el conflicto que se suscitaba entre el análisis de los

¹¹⁴ El marco de estas declaraciones es una polémica que desata Verón al reseñar críticamente para el semanario uruguayo *Marcha* los libros de Sebreli *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964) y *Eva Perón ¿aventurera o militante?* (1966). La respuesta del aludido no se hace esperar y al mes siguiente aparece en el mismo semanario su “Verón: la ciencia oficial contra el marxismo”, al que pertenece la cita que reproducimos. La polémica se cierra con un teto de Masotta “Anotación para un psicoanálisis de Sebreli” que debía aparecer también en *Marcha*, pero que permanecerá inédito hasta la publicación de *Conciencia y Estructura* (1968) porque, cómo explica su mismo autor, “el gobierno de Onganía prohíbe la venta en Buenos Aires de la revista, y pierde sentido entonces su publicación.” (Masotta 1968: 196 n.1). Véase al respecto Sarlo 2001: 100.

componentes textuales y la ideología que el grupo atribuía al autor mismo de la novela: “[un] escritor que participa de un movimiento político nacional y popular, con efectiva significación revolucionaria en una América dependiente”. Esta incompetencia gruesamente inducida por un modo de interrogación extraño a las instancias teóricas y metodológicas en juego, denunciaba, si se quiere, una apresurada apropiación de los supuestos del estructuralismo; pero denunciaba también la impaciencia que algunos neófitos empezaban a sentir por una crítica que se auto-recortaba en el universo textual (1989: 23).

Conviene advertir que esa misma angustia provocada por la doble exigencia tensaba no solo al método, sino también al objeto. En este sentido debe recordarse que el emblemático y tan mentado destino de una revista como *Los libros*¹¹⁵, que terminará por ser una publicación de contenido netamente político, no se resuelve ni se aclara recurriendo al tópico de la politización agudizada de la década del setenta sin referir, al mismo tiempo, que esa fue igualmente la suerte de *Contorno*.

Para ofrecer una panorámica general de los pocos frutos concretos que el estructuralismo supo dar en tierras argentinas, Prieto repasa la trayectoria entre 1968 y mediados de la década del ochenta de Noé Jitrik, Josefina Ludmer y Nicolás Rosa, y saca de ello las siguientes conclusiones generales:

- a) El abandono gradual y compartido de muchas de las premisas del primer estructuralismo: la coerción del modelo lingüístico, el inmanentismo textual, la confianza en el conocimiento científico; b) la autonomía de la

¹¹⁵ Al respecto, la bibliografía es amplia. Sigue siendo excelente y compendiosa la trayectoria que delinea José Luis De Diego en su *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?* (2001: 85-103). En 2011 Patricia Somoza y Elena Vinelli prepararon el texto “Para una historia de *Los Libros*” como prólogo a la reedición facsimilar que publicó la Biblioteca Nacional; en él se recaban testimonios de algunos de los principales hacedores de la publicación (Carlos Altamirano, Héctor Schmucler, Ricardo Piglia, Germán García y Guillermo Schavelzon), con la notable excepción de Beatriz Sarlo quien, por otro lado, apenas ofrece unas notas sobre el asunto en *La batalla de las ideas* (2001: 131 y ss.). Específicamente sobre el proceso de politización de la revista han escrito Diego Peller (2007) y Eva Fontdevila y Adrián Pulleiro (2005). Más recientemente, Fabio Espósito (2015) ha reconstruido las políticas críticas de esa publicación a través de un análisis de las distintas reseñas que incluyó.

actividad crítica; c) la incorporación de la actividad crítica en un proceso de producción semiótica que desborda el objeto originario de análisis; d) la postulación de la variante “latinoamericana” como significante global que condiciona o clausura el proceso de producción semiótica en el que se instala la actividad crítica (1989: 25).

Es decir que la esterilidad o la fugacidad de los esfuerzos estructuralistas en la argentina se habrían debido –además de a las sabidas razones de orden político e institucional que, en esos años, dificultaron cualquier desarrollo normal y sostenido de una disciplina– a una voluntad compartida de sacar a la crítica de una posición ancilar y abrirla a la posibilidad de intervenir críticamente los textos que convoca dentro de un marco latinoamericano que “condiciona o clausura el proceso de producción semiótica”.

Lo que se desprende de este conjunto de perspectivas es que la doble exigencia instala a la crítica en un escenario de alternativas que se establece, en realidad, entre un triple polo: por un lado la precisión en el método, por el otro la efectividad política de sus conclusiones, y por último, la autonomía y, por lo tanto, la especificidad de una actividad que se define antes por su objeto que por su metodología. Lo particular de este esquema es que el estructuralismo no juega ningún papel de relevancia en él, sino que, antes que eso, lo que hace dicho esquema es reenviar a lo que, para usar la terminología de Carlos Altamirano, podríamos considerar una «problemática» específica padecida por la crítica literaria y que vista, por ejemplo, desde España (Pino Estivill 2015 web), muy bien puede tildarse de latinoamericana. Cualquier tendencia habría rebotado de modo semejante en este juego de las tres esquinas, y es para ilustrar eso que, unas líneas más arriba, traíamos anticipadamente a colación la comunidad de destino entre *Contorno* y *Los libros*. Lo que en todo caso determina el despliegue y la resolución, no solo de la adaptación de una tendencia extranjera, sino también y quizás sobre todo, de

las trayectorias críticas individuales, será la forma en que la conjugación de las dos exigencias –la metodológica y la política– calibre el juego que se establece entre los tres polos –método, eficacia política y autonomía de la actividad crítica. Es natural entonces que al repasar la fortuna del estructuralismo en la Argentina, se insista en que se trató de una moda, de una importación tardía y precaria que no pudo arraigar. En este sentido, Terán podrá comentar, lacónico, que la “implantación [del estructuralismo] se producirá con la casi siempre habitual y demorada asincronía” (1991: 112), mientras que Panesi, más vibrante, afirmará que “la picazón estructural, como lo prueba *Los Libros*, por el fenómeno de asincronía entre países centrales / periféricos, ya venía con su remedio incluido” (2004: 31); o también Rosa, entrevistado por Tamara Kamenszain con motivo de la aparición en español de *Barthes por Barthes*, afirmará: “El estructuralismo en nuestro país ha sido una especie de fenómeno de transmisión oral, pero si se busca en la producción escrita, hay pocas trazas de su influjo”. Adolfo Prieto, el más preciso, detalla las circunstancias del desfasaje y de la escasa repercusión:

Una mera precisión cronológica permite comprobar que [...] *Estructuralismo y crítica literaria*, de Gerard Genet [*sic*], llamado a constituirse en el evangelio de la nueva crítica, era la traducción de un texto publicado en Francia en 1965, y que la publicación de este texto venía a preceder en apenas un año la lectura del demoledor análisis del pensamiento estructuralista ofrecida por Derrida en la Universidad John Hopkins [*sic*], que muchos consideran, razonablemente, como el tornante fundador del posestructuralismo. [...] Encabalgada en esta dinámica, la crítica literaria del estructuralismo más ortodoxa no pudo reclutar los practicantes ni disponer del tiempo necesario como para poner a prueba sus propias hipótesis de trabajo, ni de organizar una actividad que ocupara con plenitud el excepcional *momentum* que le concedía la coyuntura cultural (1989: 23)

Nada de todo esto es falso, pero su concatenación depende de la retórica propia de la problemática que venimos delineando y, excepción hecha del sartrismo –que no solo la inauguró sino que en un cierto sentido la habilitó–, podría postularse lo mismo para cualquier otra de las numerosas tendencias foráneas que la crítica literaria argentina acogió durante la segunda mitad del siglo veinte. Al igual que el estructuralismo, ninguna de ellas tiene nada sustancial que aportarle, y su incidencia, salvo por azar de la cantidad, podrá ser juzgada como meramente circunstancial, pasajera, una moda.

Ahora bien, en el caso del estructuralismo, esta lectura produce una paradoja que el texto de Prieto registra sin analizarla cuando admite que, a pesar de todo, la difusión de dicha tendencia “afectó de una u otra manera el léxico y las estrategias de los otros discursos críticos, trazando una común frontera diferenciadora entre viejos y nuevos hábitos de lectura” (24).

Es decir que, a pesar de ser una moda, una importación tardía y de escasos frutos, el estructuralismo, según el juicio –nada propenso al entusiasmo en este terreno– de Prieto, fue capaz de abrir brecha y marcar un clivaje entre “viejos y nuevos hábitos” incluso entre “otros discursos”, o sea, entre prácticas críticas que no obedecían a sus presupuestos.

La aparente paradoja se resuelve tan pronto como se entiende que las manifestaciones tanto de Prieto como de los demás se inscriben en una modalidad de historización de la crítica literaria que asume, de modo generalmente implícito, la problemática del triple polo como su motor narrativo. En ese marco, el estructuralismo podrá ser asimilado como moda, e incluso desmenuzado en etapas y modalidades – habrá un “primer estructuralismo”, un “estructuralismo semiológico”, etc.–, pero solamente a condición de que se soslayen sus efectos teóricos. Y esa omisión será, precisamente, la que produzca esa suerte de paradojas.

Lo que nos proponemos a continuación, entonces, será poner en foco esos efectos teóricos, en línea con lo expuesto en la Introducción de este trabajo, es decir, atendiendo al modo en que la irrupción del estructuralismo pone en cuestión la distribución tradicional de los saberes e inaugura un nuevo espacio, el de lo simbólico, que, lejos de reafirmar el estatuto autónomo de la literatura, hace entrar en crisis su misma posibilidad de definición. Esta puesta en crisis es, precisamente lo que queremos analizar. Lo haremos de un modo oblicuo, renunciando a los poderes globalizadores de la historia, y centrándonos, en cambio, en el análisis comparado de la trayectoria de solo dos críticos: Oscar Masotta y Nicolás Rosa.

Asisten nuestra elección una variedad de circunstancias. Se trata, en primer lugar, de dos críticos que, entre las décadas del sesenta y el setenta encarnan una evolución, una trayectoria y un camino –del sartrismo al estructuralismo y luego, enseguida, a un más allá de éste en distintas modalidades– que son también los de la época. La entrada por el Barthes de las *Mitologías*, se verifica en ambos casos. Correas (2007: 83 n. 26) nos aclara que él y Masotta lo descubrieron a principios de los cincuenta en *Les Lettres Nouvelles*, adonde ambos habían llegado siguiendo a René Etiemble tras su expulsión de *Les Temps Modernes* “por mostrar mucho su anticomunismo” (84). Pero pasará más de una década hasta que Rosa traduzca para *Setecientosmonos* “Le myhte, ajourd’hui”, cuyo título será todavía adaptado con inequívocos ecos sartreanos como “Los mitos de la burguesía”, resonancia que desde luego admite mejor la primera que la segunda –la traducida– parte del libro de Barthes. Habrá, además, comunidad en los objetos críticos elegidos: Arlt, *Sur*, Viñas. Es posible, en definitiva, tejer un paralelo entre las trayectorias de ambos críticos, un punteo de coincidencias que ayudará a enfatizar y esclarecer las divergencias finales. En esas divergencias se cifra, a nuestro juicio, el distinto impacto que tuvo en ellos y el modo

distinto en que Masotta y Rosa negociaron con ese nuevo estatuto de la literatura arropada en lo simbólico.

4. Oscar Masotta: estructura o literatura

En el año 1962, cuando Masotta responde a la encuesta promovida por Adolfo Prieto sobre el estado de la crítica literaria en la Argentina, más o menos la mitad de su producción, que aún no había sido recogida en libro, se ocupaba de lo que convenientemente podríamos denominar «literatura». “Sin pensar en volverme únicamente hacia la crítica literaria, he escrito unos pocos ensayos” (Masotta, 2010: 216), confesaba cauto. En esa misma entrevista, califica a Blanchot y a Étiemble de críticos excelentes y afirma categórico que el *Saint Genet* de Sartre es “la obra crítica más importante de nuestro tiempo”. Traza así un mapa de respetos e influencias que puede proyectarse sin excesivos desajustes sobre sus trabajos en torno a Arlt, Viñas y demás.

Sin embargo, cuatro años más tarde, al responder a una encuesta semejante - aunque de sesgo mucho más periodístico y menos sociológico-, esta vez para la revista *Ensayo Cultural*, Masotta precisa su «trabajo intelectual» en los siguientes términos: “crítico de arte, semiología, cuestiones comunicacionales”. Sus referentes también se habrán modificado: “Sartre (aunque hoy menos), Lévi-Strauss, Barthes, Bateson, en fin, Freud y Lacan” (Masotta, 2010: 246). ¿Qué encontramos entre los dos momentos? Concurrencias nuevas, matizaciones en las viejas y redondas desapariciones, entre las que destacamos, claro, cualquier referencia específica a la literatura o a lo literario.

Lo que ha ocurrido en esos cuatro años lo precisa además el propio Masotta en el que quizás sea su trabajo más citado, *Roberto Arlt, yo mismo*:

En estos años he “descubierto” a Lévi-Strauss, a la lingüística estructural, a Jacques Lacan” y sigue algo más adelante con el conocido párrafo: “A la alternativa '¿o conciencia o estructura?', hay que contestar, pienso, optando por la estructura. Pero no es tan fácil, y es preciso al mismo tiempo no prescindir de la conciencia (esto es, del fundamento del acto moral y del compromiso histórico y político)” (Masotta, 2010: 238).

Así pues, el desembarco del estructuralismo francés en las lecturas y autoridades de Masotta, aún desde los ensayos de síntesis inicial, coincide, por lo menos cronológicamente, con el abandono de la literatura como objeto privilegiado de su actividad crítica: Después de la encuesta en *Ensayo Cultural*, no vuelve a ocuparse de ella salvo ocasional, protocolarmente, para prologar, en 1970, el volumen de relatos de Oscar Steimberg *Cuerpo sin armazón* y en 1975 *Brillos* de Luis Gusmán.

Se plantea entonces, efectivamente, la disyuntiva: estructura o literatura. “Pero” nos advertía lacónico Masotta “no es tan fácil”. La certeza cronológica nos entrega una realidad puramente descriptiva que entronca con la del Masotta de las “etapas” y de los abandonos tajantes, bien sea en la versión recalcitrante que de ello da Sebrelí –“no podía evitar el disgusto por esa especie de Gurdieff en que se había convertido” (2011: 113)-, por ejemplo, bien según la visión por raros momentos enternecida que ofrece Correas a través de la figura de “el hombre que se va” (2007: 98). Oscar Steimberg es, quizás, quien lo haya escrito mejor: “En Masotta se recorta la figura de un autor modelo que debe mostrarse desprendiéndose de cada versión consolidada de sí mismo” (1999: 65). Para no caer en la novela de las periodizaciones, Sarlo nos propone en cambio disolver los pasajes de Masotta en el magma de “un debate cultural que rápidamente

podía traducirse en términos ideológicos, políticos” (2001: 101), es decir, situarlo en un contexto que, como ya vimos, tiene otras preocupaciones. Este enfoque no puede subestimarse, pero parece no bastar, y la prueba quizás sea que Eliseo Verón, a su vez, toma el camino complementario, la explicación «interna», podría decirse, y ciñe la cuestión a “la coherencia y la continuidad de la reflexión de Masotta”. Pero a Verón le preocupa dar cuenta de la llegada de Masotta a Lacan y por eso cifra esa coherencia y esa continuidad en la permanente “preocupación por la *determinación teórica del status de la conciencia*”, algo que, en principio, no revela demasiado sobre el abandono de la literatura como objeto crítico, del mismo modo en que tampoco ilumina el interés inicial de Masotta por Viñas o Güiraldes.

Si queremos entonces, ir más allá del estadio descriptivo deberemos retomar la disyuntiva y superar su falsedad por la vía de lo arbitrario, es decir, transformarla de elección imaginaria en oposición simbólica. Y para ello habrá que avanzar preguntando, para empezar: ¿Qué es, y sobre todo, cómo funciona el estructuralismo que recibe Masotta? El proceso conserva su complejidad por el hecho de que Masotta procura siempre ubicar sus reflexiones en la escena del pensamiento internacional y, de este modo, la absorción de ciertas nociones y operaciones estructuralistas sucederá, muchas veces, por vías oblicuas y en concurrencia con otros varios discursos. Un ejemplo rápido a desarrollar: si queremos imaginarnos algo así como el “Masotta estructuralista”, rápidamente pensaremos en sus trabajos sobre el arte pop o en las reflexiones preemiológicas sobre la historieta que cierran el volumen *Conciencia y estructura*, y sin embargo, rigurosamente, y en flagrante contradicción con la división por etapas que suele establecerse de su trayectoria intelectual, el primer contacto consistente de Masotta con el estructuralismo francés se da a través de Lacan.

Primero llegan las menciones. En 1959, en un trabajo escrito al filo de su traducción de *La Trascendencia del Ego*, Masotta alude a pie de página al “revelado Jacques Lacan”. Su trayectoria futura en el campo del psicoanálisis dará larga vida y propiciará a su vez múltiples reproducciones de esa nota inaugural. Pocos recuerdan, sin embargo -y aquí hay que rescatar, nuevamente, la memoria erizada de Carlos Correas-, que aquel texto al pie tan extenso -desmesurado, en verdad- se clausura con una referencia a “la antropología estructural de Lévi-Strauss”.

La eclosión, sin embargo, no llegará hasta 1964; con la conferencia: “Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía”.

Resulta particularmente difícil, en este punto, no sucumbir a la “tentación astrológica de las décadas”; son demasiados los elementos que confluyen en un degoteo persistente hasta la sospecha: la publicación de la *Critique de la raison dialectique* en el 60, la muerte de Merleau-Ponty, en el 61, la aparición de *La pensée sauvage* en el 62, y todo ello rubricado por el gesto de la enfermedad mental de Masotta. “¿Yo, que amaba a Sartre, cómo podía olvidar que uno “hace” su enfermedad?” (2010: 231), dirá al respecto. En cualquier caso, si en 1964 podemos hablar de eclosión, es porque las referencias al estructuralismo se multiplican, arborecen, hasta poder formar la apariencia de un contexto que habilita a la sustantivización: insistimos, ya no es 'lo estructural', sino, con todas las letras, 'el estructuralismo'. ¿Qué incluye? En ese momento, ante todo, a Lévi-Strauss, porque es Lévi-Strauss quien ha impugnado a Sartre en el último capítulo de *La pensée sauvage*; pero también a Benveniste, apenas citado, un recuerdo del Jakobson formalista y sobre todo “la noción de 'barra', desprendida del *Curso* de Saussure” (2010: 98), o lo que es lo mismo, la recuperación del signo saussureano.

En la encuesta de Adolfo Prieto, Masotta había hablado de un “fondo [de dificultades] común a la crítica tal como se realiza entre nosotros” y en su libro sobre el ensayo, Alberto Giordano lo precisa del siguiente modo: “se refiere sin duda a las carencias teóricas y metodológicas que constituían el “fondo común” de la crítica literaria argentina antes e la divulgación estructuralista” (1991: 135). Pareciera entonces como si, de un golpe, ese fondo hubiera sido sustituido por otro, como se cambian los decorados en un teatro. Superado el momento eclosivo de la recepción llega la reelaboración crítica, y hay que decir que en este aspecto las “Reflexiones presemiológicas sobre la historieta” son un ejemplo del esfuerzo riguroso que caracteriza al mejor Masotta, y desacreditan, por ello mismo, a aquellos que insisten en ver el “giro” de su interés hacia el estructuralismo, el arte, y los medios de comunicación masivos como mera concesión a la “moda”.

Las “Reflexiones” siguen la institución saussureana de una ciencia general de los signos, una semiología -de ahí la apertura de su interés hacia la historieta-, y en este sentido tan general ya apuntan a una vía de escape de lo literario por su disolución en lo sígnico. Propugna, Masotta, un estructuralismo “completamente ensanchado y que recomienda el estudio de los problemas de la comunicación masiva en el interior de un campo diferencial que los engloba y que no es otro que el campo delimitado por las diferencias (¿sistemáticas?) y las semejanzas entre los medios de comunicación”.

En la cita se da testimonio, al fin, del pasaje definitivo al estudio de los medios. Pero se anuncia también un programa de investigación -el de dichos medios, por el sistema de sus semejanzas y diferencias- que es síntesis de la discusión en la que Masotta se instala frente al estructuralismo y que se resume en la siguiente fórmula: “Para el nivel de análisis en el que se coloca la investigación estructural las letras de la escritura fonética solo son buenas para leer, pero nunca lo podrían ser para mirar.”

Esto merece una explicación. ¿Qué quiere decir Masotta? O mejor, primero, ¿dónde se sitúa Masotta? Bajo el imperio del signo saussureano, por decirlo así; de él depende toda su idea de comunicación, que rigurosamente adopta y adapta del esquema de las funciones lingüísticas de Jakobson. Pero detecta una insuficiencia en todo ese sistema: el no atender al “espesor” del signo (Masotta habla también de lo “palpable”, de la “estofa” del signo). ¿A qué se refiere con eso? Al modo definitivo en que el costado material de los signos constituye su posibilidad de significación. El ejemplo del “¿Diga?” pronunciado a través del teléfono y que deriva su significado de un efecto del canal antes que del propio mensaje, basta para explicarlo: lo que cambia el sentido no es el despliegue sígnico del mensaje, que puede ser idéntico, sino el lado material de ese despliegue. Hay aquí rastros de un Hjelmslev que sin duda Masotta ha conocido en la segunda parte de las *Mitologías* de Barthes. Por otro lado encuentra en la historieta, por vía de su esquematismo característico, de su extrema artificialidad, que la lleva a traducir mensajes verbales en escritos, desarrollo temporal en espacial, etc., un campo privilegiado para el estudio de estos fenómenos de materialidad de los signos. Es más, postula que es en la traducción de un medio a otro, que aparecen más claramente todos esos aspectos palpables del signo y que son rasgos fundamentales de su capacidad de significación. Así es como Masotta llega a la definición de *medio*, como un campo de restricciones materiales impuestas al despliegue de la significación, de una vez y para siempre -de ahí que no haya evolución-; un territorio de juego para el sentido, cuyas reglas todos conocemos, entendemos y respetamos sin proponérselo y cuya formulación manifiesta es justamente la tarea del crítico, el cometido de ese estructuralismo ensanchado que propugna.

Estructura y literatura se oponen, en una primera instancia, porque Masotta ha abolido los objetos específicos para el discurso crítico, que debe sorprender su verdad

no en uno u otro lugar, sino en el juego mismo de los lugares; en los pasajes. Pero el efecto de esta concentración del interés no es simplemente el de la desaparición de la literatura. Masotta cierra su trabajo sobre la historieta con la siguiente reflexión:

Puesto que resulta claro al análisis que un mensaje verbal no puede ser confundido con un mensaje leído sobre una hoja de papel, puesto que ambos recortan campos psicológicos y contextos perceptuales distintos -y que existe correlativamente un espesor material del signo en la escritura fonética que se define por la distancia del signo verbal en la que se constituye- es posible afirmar una cierta y precisa fusión entre la escritura y el lenguaje y un *ocultamiento histórico de esa distancia*. En ese ocultamiento reside seguramente lo 'serio' de la escritura. (2010: 319)

Masotta ha presentado este trabajo en el “Simposio sobre Teoría de la Comunicación y Modelos Lingüísticos en Ciencias Sociales”, que organiza el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella, el 25 de octubre de 1967. Ese mismo año aparecen en París *De la gramatologie* y *L'Écriture et la différence*. Es muy poco probable que Masotta, absorbido por otros intereses, los conozca; en cualquier caso no los cita. Pero es innegable el eco derridiano que resuena en estas pocas frases, sobre todo en su esencial exigencia de una ciencia de la escritura que se fundamente en la constatación de que “un mensaje verbal no puede ser confundido con un mensaje leído sobre una hoja de papel” y en la denuncia del “*ocultamiento histórico de esa distancia*”. Lo más interesante quizás sea comprobar que Masotta no llega a esa conclusión por la vía de negar o refutar al estructuralismo, sino profundizando sus exigencias, reclamando un “estructuralismo completamente ensanchado” que no es otra cosa sino el agotamiento de todos sus corolarios. La literatura, como decíamos, no desaparece simplemente del horizonte de preocupaciones de Masotta sino que, de un modo más intrincado, se ha disuelto, en idéntica forma como Lévi-Strauss advertía en el

estructuralismo la posibilidad, no de resolver el problema del hombre, sino de disolverlo.

Masotta, es sabido, no seguirá por ese camino, pero ha llegado a un punto lo suficientemente lejano como para señalar la seriedad de sus alcances. “Lo serio de la escritura”, quizás sea solo otro nombre para denominar a la literatura como ese objeto negativo y en fuga del que nos hablaba De Man, lo que es seguro es que ya no podrá ser asiento de ninguna institución que pretenda sacar de ella réditos estéticos o políticos. Y en ese sentido sí puede decirse que Masotta, definitivamente, y en obediencia estricta a la exigencia teórica del estructuralismo, ha hecho desaparecer a la literatura.

En otro sentido, Masotta se libera de la literatura y, simultáneamente, la libera. Arriba al psicoanálisis, precisa Silvio Mattoni (2000: 91) “cuando la literatura parecía naufragar”. Pero ese pasaje, el *crack up* de Masotta a raíz de la muerte de su padre, que Mattoni firma como “origen casi mítico de la alianza entre psicoanálisis y literatura” (97) se entrevera, ya lo vimos, con otros descubrimientos: Barthes, Lévi-Strauss, el arte de vanguardia, la historieta. Masotta participó del “deslumbramiento” de las estructuras –como lo denomina Barthes 2002: 10–. Una anécdota, transmitida entre el estupor y la indignación por Juan José Sebreli, atestigua ese momento. Sebreli la refiere, indefinidamente, como acontecida a comienzos de los sesenta:

Recuerdo que, por entonces, me dijo una frase enigmática: “Te asombrarías si supieras en lo que estoy ahora”. Otra vez, en la mesa de un bar, trató de explicarme en pocas palabras lo que era el estructuralismo: “Todo lo que

te rodea –me decía– forma parte de una estructura, hasta el color de tu corbata (2011: 193)¹¹⁶.

Puede argumentarse que en la preposición “hasta” de esa última frase, y que en la cita se interpreta inequívocamente con sentido inclusivo, anida sin embargo una indeterminación que es índice de las reconvenciones y los equívocos a que darán lugar los desarrollos del estructuralismo francés. Entre sus sentidos, la preposición “hasta” cuenta también el de demarcar un límite, el alcance final de un objeto, de un tiempo o de una acción. Epistemológicamente, ese equívoco explica el deslizamiento desde la constatación de la existencia de las estructuras, a la suposición de que éstas deberían ser plenamente inteligibles. “Hasta tu corbata, y no más allá”, sería la fórmula para corregir confianzas indebidas. Así, cuando en 1964, invitado por Pichon-Rivière, Masotta pronuncia su conferencia “Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía”, y “presuroso por encontrar una verdad que encuentra en los escritos de Lacan” (Adriana Testa en VV.AA. 2000: 96), comienza constatando “la opacidad radical del sujeto para el psicoanálisis”; esa “opacidad” y ese “ocultamiento histórico” de la distancia entre escritura y lenguaje que veíamos antes, no se encuentran temáticamente tan alejados como podría parecer. Opacidad y ocultamiento son marcas del límite de un saber que reside en lo imaginario –de la conciencia como fundamento de la acción; de la voz como fundamento de la escritura– y que Masotta pretende impugnar. En el cruce entre ambos, podemos decir ahora con más precisión, se encuentra el espacio literario que Masotta descubre y abre a la exploración en sus

¹¹⁶ Y el deslumbramiento no quedará en eso. Masotta integrará al estructuralismo en su indagación y ofrecerá de él la siguiente definición, iluminadora tanto del movimiento como de su propia trayectoria: “El estructuralismo es menos, o tanto, un modelo de objetos y operaciones a seguir, que el primer paso de un movimiento que arranca la investigación del terreno de una ontología constitutiva e intencional – interesante en este punto fundamental– para conducirla hacia el campo crítico de sus condiciones de producción” (Masotta 2008: 54)

contactos con el grupo de *Literal*, revista que, como nota Oscar Steimberg, lleva la marca de ese encuentro en su propio nombre¹¹⁷.

De un modo parecido a como Masotta reclamaba un “estructuralismo completamente ensanchado”; *Literal* protestará contra determinadas situaciones de hecho:

Literal surge de la ruptura con el fracaso de la divulgación estructuralista frente a los embates del contenidismo y del populismo¹¹⁸. En cuanto a los postulados de *Tel Quel*, cualquiera que haya leído *Literal* sabe que se tomó de entrada una posición contra la idea de *producción y de trabajo*, detentada por este grupo para evocar el campo del discurso político (*Literal* 2011: 336-337).

Esta protesta se articula, según vemos, como una toma de distancia con respecto a dos derivas críticas destinadas a asegurar la eficacia política de la perspectiva estructuralista: la que trata de otorgarle un «contenido» emancipatorio y la que busca reducir la inscripción textual a un proceso de producción. Pero estas críticas no suponen una impugnación de plano a la tendencia, sino la instalación de la literatura en una negatividad nueva cuya contra cara es el carácter simbólico, formal y formalizable de la lengua. Es en este sentido que Masotta podrá preguntar en “El lenguaje y el goce”, texto aparecido en el n° 4/5 de *Literal*: “¿Cuánto vale para el lingüista el concepto

¹¹⁷ “Recuerdo sí el efecto de hallazgo que me produjo conocer el nombre. El nombre “Literal” me pareció un muy buen nombre de combate para ese momento. Por supuesto que en las ideas de Germán García y del pequeño grupo que crea la revista debía estar la expresión de Lacan: “a la letra”. Se usaba mucho entre los que leían a Lacan, entre los que querían leerlo. Pero era una expresión que ya en ese momento, y en una parte de la cultura argentina, no podía venir sola. Tomar algo “a la letra” podría decirse que quería decir abrirse a la dimensión del significante pero también, para los que estaban en la vereda de enfrente, era quedarse en la inmanencia (o en una pretensión de inmanencia), en relación con la superficie del discurso, era negarse a los contenidos, era una negación del mundo que está más allá de esas superficies y, en definitiva, era negarse a la política. Y en ese sentido llamar a una revista “Literal” era un acto polémico y era un acto de audacia.” (Steimberg 2006: web)

¹¹⁸ Para un análisis del alcance de ese término en las políticas críticas de *Literal*, así como de sus resonancias en un debate político-literario que recorre el escenario argentino especialmente desde el posperonismo, véase Dalmaroni 2004: 13 y ss.

psicoanalítico de “censura”?” (2011: 352). Y es, asimismo, por eso que Josefina Ludmer podrá llegar a las formulaciones presentes en “El resto del texto”, incluido en el n° 1:

Una vez “formalizado” el texto inscripto en cierta teoría, una vez sometido al proceso que consiste, por parte del enunciador del discurso crítico, en esclavizarse a él para dominarlo, queda un resto no totalizable, no semantizable, no representable, no filtrable. Este resto rompe la impenetrabilidad de todo “modelo crítico” y de toda “aplicación”; se lo llama el “desperdicio” del texto; es, en realidad, su potencia (2011: 81).

«Potencia», es decir «virtualidad». Y es así como se conceptúa a la literatura en la revista: “La literatura es virtual, no virtuosa”, sentencia Germán García al presentar un fragmento de *Cuerpos sin armazón* de Oscar Steimberg (*Literal* 2011: 140); y casi como una coda, en las últimas páginas del último número, se retoma y se precisa esa idea:

Alguien dijo entre nosotros –ahora que no se trata de nombres– que los textos que no conocen la publicación no por eso dejan de ser menos actuante, pues ese orden discontinuo llamado literatura se dice menos en lo que la actualidad señala y da a leer como literatura que lo que una virtualidad sin entrega esboza en sus retornos (*Literal* 2011: 503).

Se dibujan así los contornos de una utopía literaria cuyo límite es la lengua en el sentido estructuralista del término y cuyos motores son el deseo y el goce en el sentido de la falta y de reconocimiento de esa falta¹¹⁹. Pero además, esa utopía sufrirá los

¹¹⁹ En “El matrimonio entre la utopía y el poder”, la respuesta más frontal al proyecto esclarecedor y didáctico de *Los Libros*, leemos: “Toda propuesta de un objeto para la carencia no hace más que subrayar lo inadecuado de la respuesta a la pregunta que se intenta aplastar” (*Literal* 2011: 69) o “Soñar con la restitución de un Orden perdido que sigue operando en las palabras como referencia mítica es reprimir lo posible en nombre de lo real” (75). Frente a esto, en la apertura-manifiesto de la revista, leemos: “*Cuando la palabra se niega a la función instrumental es porque se ha caído de la cadena de montaje de las ideologías reinantes, proponiéndose en ese lugar donde la sociedad no tiene nada que decir.* La literatura

asedios internos inevitables que surgen de su conversión en programa. En una entrevista de 2009, Tamara Kamenszain recuerda las razones por las que un texto suyo fue rechazado:

Mi primer libro, *De este lado del Mediterráneo*, que es un libro que no se conoció mucho, salió en Ediciones Noé con *Sebregondi* y con *El Frasco*. Yo de ahí, de ese libro, no me acuerdo a quién, si fue a Osvaldo o a Gusmán, le quise dar un texto para *Literal*. O me pidieron algo y yo tenía algo de ese libro. Y lo rebotó, creo que Gusmán lo rebotó. Y te digo con qué frase porque me acordé, me acordé la frase que él me dijo, así que esto es una primicia: “Se le ve el verosímil”. Dijo que en lo que yo escribía se veía el verosímil. Ahí podés ver cuáles eran las “teorías” o “las modas teóricas” de la época, “los superyoes teóricos” si querés, llamémoslo mejor (Kamenszain 2009: web).

El programa de la utopía tiene siempre más de programa que de utopía, y en el breve juicio de Gusmán se aprecian las costuras de su convención. En la contratapa del número 5/6 de *Cuadernos Sigmund Freud*, publicado en julio de 1977, Masotta escribe a propósito de los desaguisados en que vivía la Escuela Freudiana de Buenos Aires¹²⁰, una suerte de máxima que, retrospectivamente, ilumina también las aporías de la empresa *Literal*, empeñada en *realizar* una literatura *irrealizable*: “La institución es el acto fallido que permite pasar del saber del goce (que flota en la práctica) al goce de un saber (que habla en la transmisión” (citado en García 1992: 40). En el siguiente

(en todas sus manifestaciones) es una variante infinita de esa ironía que expica de qué manera detrás de la postura de amos del lenguaje, aparece la sumisión a una palabra que siempre se anticipa”. (46-47)

¹²⁰ Masotta deja el país en diciembre de 1974 (Andrade 2009: 179) rumbo a Londres, sumiendo a la Escuela Feudiana de Buenos Aires en una situación de desamparo que ha sido descrita por Evaristo Ramos en una entrevista reproducida en el volumen *Oscar Masotta. El revés de la trama* (1999), compilado por Marcelo Izaguirre: “Cuando se fue Oscar acá se produjo una especie de duelo mortuorio, la escuela parecía un cementerio durante un tiempo. Estábamos ahí, en la calle Billinghamurst, había poca luz, no pasaba nada, quedó trabajando en piloto automático la escuela. Y en un momento se empezaron a pelear como si fuera una lucha fratricida, el padre lejos no podía gobernar la pelea entre los hermanos que habíamos quedado acá” (Izaguirre, comp. 1999: 207).

apartado analizaremos cómo responde Nicolás Rosa, desde la crítica, a la demanda por una nueva definición de la literatura tras el episodio estructuralista.

5. Nicolás Rosa: deseo de literatura y ficción crítica

Rosa publica su primer libro en 1970, en Galerna, lleva por título *Crítica y Significación*, y reúne cuatro artículos, la mayoría de los cuales había aparecido ya publicada en la revista rosarina *Setecientosmonos*. Rosa tiene un papel destacado en el giro sartreano de esta publicación¹²¹, y es en este sentido que puede pensarse su labor crítica inicial como una continuación de la perspectiva contornista (Aguirre 2012: 17)¹²² y más acotada, más específicamente, como una prolongación y profundización de la perspectiva masottiana expresada en *Sexo y traición en Roberto Arlt*¹²³. Más allá del eco explícito en los títulos de distintos ensayos (“Sexo y novela: David Viñas”, “Sexo y cración: Sartre y Genet”, “Sexo y mito: Mafud”), resulta fácil establecer continuidades temáticas y hasta de objeto entre uno y otro autor –de hecho, la línea Arlt-Viñas-Sur

¹²¹ “Rosa refunda *Setecientosmonos*. Convierte una revista de jóvenes entusiastas e inexpertos, casi sin contactos con el mundo literario, en otra, también de jóvenes, ansiosos por asumir posiciones intelectuales y acercamientos teórico-críticos a la literatura” (Podlubne 2015: 275). Tales posicionamientos y acercamientos, se harán en clave sartreana, y así Nicolás Rosa, en el número 3/4 de la revista, el primero en el que colabora, escribirá sobre el rechazo de Sartre al premio Nobel de Literatura para ofrecer del intelectual francés una imagen heroica: “Nada escapa a su registro. Donde aflora la injusticia ahí está el dedo de Sartre para señalarla” (Aguirre; Di Crosta 2012: 353).

¹²² Esta influencia, por otro lado, fue reconocido por el propio Rosa, quien se describió como “bastante tributario de *Contorno*” en la entrevista que concedió a Jorge Wolff y que este crítico recogió en *Telquelismos latinoamericanos* (2009: 162).

¹²³ Rosa reseña el título de Masotta en el número 6 (Agosto de 1965) de la misma revista, “donde expone la operación de lectura de Masotta, en la cual se reconoce la inscripción de su propia práctica crítica” (Aguirre, Di Crosta 2012: 112).

extendería el paralelo hasta los primeros ensayos de *Los fulgores del simulacro* (1986)¹²⁴. Quizás su punto de encuentro más determinante sea esa frase de Masotta según la cual Arlt “es más valioso por aquello que revela que por aquello que expone claramente” y que Rosa repite casi como una suerte de mantra. Tomada en su potencial generalidad, la frase remite, en el caso de Masotta, a un *pathos* epocal muy determinado: “En los años 50” escribió al respecto Jean-Claude Milner (2002: 177), “una exposición inteligente se reconocía por ciertos rasgos: [...] en cuanto al método, correspondía el relevamiento crítico: exhumar los secretos escondidos tras las más sólidas apariencias; demostrar que esos secretos desgranaban cobardía, bajeza o simplemente estupidez de alguna conciencia”; y todavía: “La prueba de lo verdadero era que fuese a la vez vergonzoso y oculto”. Ciertamente, *Sexo y traición...* responde a esta consigna desde su mismo título de modo bastante palmario, y cuando hablamos en Rosa de una prolongación y una profundización de Masotta lo hacemos en un sentido muy preciso que tiene que ver con eso: Su núcleo es Sartre o, más extendidamente, la fenomenología existencial de Sartre y Merleau-Ponty¹²⁵. Desde el principio, y particularmente con anterioridad a los trabajos recogidos en *Crítica y significación*, Rosa se propone como base metodológica el conocimiento y la comprensión exhaustiva de la teoría sartreana, no es exagerado decir que la convierte en piedra de toque de la «buena crítica». Ése es el tono que resuena en la contundencia con que cierra un trabajo

¹²⁴ Las continuidades llegan hasta lo anecdótico, será Masotta quien presente el libro de Rosa. Explica este: “Yo no era amigo de Masotta, no lo frecuentaba mucho, pero mi primer libro *Crítica y significación* fue presentado por Masotta. Fue en una reunión casi privada e “histórica” en casa de Ricardo Piglia” (Entrevista recogida en Rodrigues de Andrade 1997: 137).

¹²⁵ Tomamos a la letra las declaraciones de Rosa, si bien hay que tener en cuenta que el sartrismo de los años cincuenta en la crítica literaria argentina tiene componentes estratégicos tanto como teóricos. Como recuerda José Luis De Diego: “Más que un sustento filosófico e ideológico, la frecuente presencia de Sartre en las revistas operaba como una *imagen de intelectual*, como una figura *ejemplar*, evaluada desde coordenadas éticas y políticas” (De Diego 2010:)

suyo sobre el propio Masotta¹²⁶, algo anterior a la compilación de *Crítica y Significación*: “La fenomenología existencial (Sartre, Merleau-Ponty) es la que ha aportado un nuevo y rico instrumental crítico para mostrar la obra de arte: hacerla aparecer ante nuestros ojos en todas sus posibles significaciones y, al mismo tiempo, en su profunda unidad de sentido” (1989: 40).

Para decirlo entonces con un eslogan que habrá que desmenuzar: el joven Rosa parece considerar que más Masotta, significa más Sartre. Esto en primer lugar presupone la existencia de una «buena crítica» cuya bondad se cifra en dos puntos esenciales: que la crítica tiene una meta concreta, precisable, y que cuenta con unas herramientas que la dotan de eficacia para lograrla. Hay claridad en ambos extremos; la meta: “mostrar la obra de arte: hacerla aparecer ante nuestros ojos en todas sus posibles significaciones y, al mismo tiempo, en su profunda unidad de sentido”; las herramientas: “la fenomenología existencial (Sartre, Merleau-Ponty)”. El joven Rosa acuerda de un modo casi cabal con Masotta en “Sexo, traición...”, le achaca solo defectos de incompletud, inevitables casi ante la ambición del objetivo propuesto. Nos dice, por ejemplo, que “Masotta ha dejado de lado [el tema de la Mujer en la obra de Arlt] a pesar de su importancia”, o más generalmente, que “quedan fuera de su ámbito numerosos problemas que la novelística de Arlt presentaba”, pero enseguida sanciona: “No es un error: es precisión metodológica” ya que “es indiscutible que Masotta posee una clara comprensión del método que aplica”, esto es, y una vez más, de la fenomenología existencial. Por lo tanto, si Masotta, en líneas generales, acierta, cabe decir igualmente que su único defecto es el de 'quedarse corto'. Defecto, queda claro, que se torna en virtud por efecto del método, pero que en cualquier caso, Rosa se molesta en señalar. Probablemente, no es algo con lo que el autor de *Sexo y traición...* se

¹²⁶ Véase nota 123.

hubiera negado a acordar. De hecho, es fácil localizar una cierta coquetería intelectual en Masotta. Diego Peller ha escrito al respecto que

Masotta [...] escribía siempre poniendo el precio, marcándolo y remarcándolo, exhibiendo la dificultad en lugar de ocultarla. Sabía mantenerse equidistante tanto del pudor supuestamente 'distinguido' como de la ingenuidad con la que el advenedizo traiciona su origen en el momento mismo en que, al contar lo que le costó su traje nuevo, cree estar dejándolo atrás (2010: 23).

Con mayor acritud, en la compilación dirigida por Nicolás Rosa en 1994, *Políticas de la crítica*, Marcela Croce había ubicado su interpretación de la labor de Masotta bajo la figura emblemática del frustrado: “Masota se delinearé como el gran frustrado”, dirá, “el de los intentos frustrados” (1994: 222), y leerá sus aportes desde el biés de contemplarlo siempre tratando de escribir lo que otros (Sartre, Lacan) ya han escrito, de decir lo ya dicho en un ejercicio de recursividad que, sin duda, no puede ser sino frustrante¹²⁷. Sin duda, la interpretación de Croce tiene el aval del propio Rosa, que es el compilador del libro en que ésta se encuentra. Aventuramos que esa percepción acerca de Masotta, la del frustrado, era sentida de un modo todavía más viva por el joven Rosa de *Crítica y significación*. Y probablemente también de un modo menos problemático y fecundo, más inmediato. Aquel Rosa no es todavía el que advertirá en la frustración la marca peculiar de la productividad crítica. Se mueve, en cambio, en el terreno más grosero de la falta entendida como defecto, como algo que solicita –y que

¹²⁷ La perspectiva de Croce, sin embargo, no es la única al respecto. Masotta no es en absoluto ingenuo sobre esta condición y sus posiciones van desde la broma (“cuando se traduzcan los textos franceses [...] nos van a llamar traductores” (en Rodrigues de Andrade 1997: 137, le comenta, irónico, a Nicolás Rosa en 1971) a la conciencia de la dificultad; a su *Introducción a la lectura de Jacques Lacan* la considerará “un texto que repite y transforma el texto de un autor europeo sin dejar de avisar al lector que ahí donde repite tal vez traiciona y que ahí donde transforma no es sino porque quiere repetir” (2008: 24). Para una visión crítica de la repetición en Masotta, pueden consultarse los ensayos recopilados en *Oscar Masotta. Lecturas críticas* 2000, y en particular los de Marcelo Izaguirre, “Masotta, lector” (pp. 21-32) y Osvaldo Umérez, “De padres a alumnos” (pp. 74-79).

puede— ser completado. Lo que por ahora lee Rosa, a nuestro entender, es que Masotta mismo parece exigirle, para ser comprendido, “más Masotta”, que su trabajo invita a superar la frustración y de este modo la lectura opera como un mandato que se convierte en motor productivo de la labor crítica de Rosa. Así, por ejemplo, en *Sexo y traición...* Masotta sostiene: “Es como si Arlt hubiese sentido a medida que pasaba de *El juguete rabioso* a *Los siete locos*, para llegar casi exhausto como novelista a *El amor brujo* – la más débil de sus novelas— a la necesidad imperiosa de transformar al lector en espectador” (1998: 22); y aclara enseguida en nota al pie: “No intentaremos aquí dar cuenta de esa tendencia del autor -que queríamos en cambio señalar- por abandonar el género novela por el teatro” (ídem). Rosa, diligente, recoge inmediatamente el guante y su recensión sobre el ensayo de Masotta se abre con consideraciones que tratan precisamente de fundamentar ese cambio al que su “frustrado” antecesor textual se había atrevido solamente a “señalar”. Del mismo modo, “Sexo y creación: Sartre y Genet” puede ser entendido entonces como un desprendimiento de otro “señalamiento” de Masotta, también en *Sexo y traición...* En el fragmento “La plancha de metal”, Masotta alude a la “dialéctica del mal con el bien” (1998: 51) y nuevamente aclara en nota al pie: “Esta dialéctica ha quedado desmenuzada hasta sus más pequeños detalles en el *Saint Génét* de Sartre. Utilizo solamente las conclusiones más generales que en este libro quedan abundantemente probadas” (ídem). Y una vez más el joven Rosa parece aprestarse a cumplir con el mandato y con extremo rigor se dedica a desmenuzar lo ya desmenuzado en *Sain Genet*, recursividad que apunta a superar la recursividad “frustrante” de Masotta, al mismo tiempo que sigue su mandato en un gesto que, de otro modo, podría ser tildado de protocolar o extemporáneo. Tal vez nuestra hipótesis sirva para paliar un poco el desconcierto de Josefina Ludmer cuando en su reseña del libro de Rosa anota con evidente perplejidad: “Rosa no plagió ni aplicó a Sartre, simplemente lo

leyó, notándolo. Quizás hoy pueda cuestionarse la función y el sentido de esa lectura” (1970: 5).

Pero, mientras que su inserción en el campo de la crítica contemporánea resulta problemática, el trabajo de Rosa sobre el *Saint Genet* tendrá repercusiones inequívocas sobre su propia trayectoria. Masotta, el frustrado Masotta, había puesto ya a Rosa sobre la inquietante pista de la insuficiencia del compromiso como noción crítica al escribir en su “Quinto intento” sobre Arlt precisamente lo que no podía escribirse: “Tengo a Jorge Luis Borges y a Roberto Arlt por los dos grandes escritores que haya producido el país hasta la fecha” (1998: 91). Con esa posibilidad en mente, la lectura detallada del *Saint Genet* por parte de alguien que sartreanamente se ha dado la vocación de crítico literario¹²⁸, arroja una desolada conclusión:

La contradicción literatura-acción que ha permanecido insalvable contamina todas [las] actitudes [de Sartre]. Frente a la ambigüedad del hecho literario no ha podido más que ofrecer la negación de esa literatura frente al espectáculo de la miseria humana, al mismo tiempo que sigue escribiendo [...]. Hay un hecho decisivo: Sartre no escribirá ya nunca más una obra de ficción”, (1970: 141-142).”

El quiebre con la doctrina del compromiso; su nuevo compromiso, en cambio, con la “ambigüedad del hecho literario”, empujarán a Rosa hacia nuevos territorios teóricos que sepan respetarla. Rosa se aplica a ello -su resultado final será el imprescindible *Léxico de lingüística y semiología*, publicado en 1978- y su objeto, una vez más, lo encuentra observando hacia donde señala el dedo rector de Masotta: David Viñas.

¹²⁸ “Si el deseo es realmente una catástrofe en la vida psíquica, diría que , en mi caso, leer mis primeras lecturas, fueron la catástrofe de mi vida imaginaria” (Rosa, 1986: 13).

Repitiendo todavía el gesto de Sartre con Genet, Masotta escribe acerca de Viñas, y más concretamente acerca de *Un dios cotidiano* en 1958 “después de haber leído con pasión y con un cierto disgusto sus novelas, después de haber frecuentado al hombre” (2010: 217). Desde su mismo título, “Explicación de *Un dios cotidiano*”, el artículo de Masotta reenvía a una hermenéutica equívoca que parte de dos presunciones fundamentales: que la novela de Viñas es una alegoría, en el sentido en que lo sería *El viejo y el mar* de Hemingway¹²⁹, y que entre el autor y sus protagonistas existe una operación identificatoria que autoriza a extraer conclusiones sobre cualquiera de ellos a partir de los rasgos del otro¹³⁰. La 'explicación' vale entonces tanto para la novela como para Viñas, esclarece al texto y a su autor. Pero Masotta, una vez más, no se siente satisfecho con los resultados, y en su ya citada respuesta al cuestionario del Instituto de Letras de la Universidad del Litoral, en febrero de 1965, se lamenta:

Hubiera querido hacer de ese ensayo mucho más de lo que pude, y lograr pasar del análisis del uso de las conjunciones y preposiciones, un análisis minucioso del estilo, a la significación política de la obra. Entonces no sabía que esa labor exige una formación mucho mayor de la que yo podía poseer” (2010: 217).

Y una vez más es Rosa quien toma la posta y, en 1969, escribe su “Sexo y novela: David Viñas” que es precisamente eso, una lectura política de la retórica de Viñas echando mano de las herramientas del estructuralismo que le permiten organizar

¹²⁹Dice Masotta, explícitamente: “¿Han leído ustedes *El viejo y el Mar*? Decir que *Un dios cotidiano* no se propone otra cosa que *mostrar* lo que es un colegio de curas, como quisiera su autor, sería como afirmar que el libro de Hemingway es una descripción de las dificultades de la pesca mayor con instrumentos inadecuados” (2010: 1598-159).

¹³⁰“No es difícil descubrir que a través de la pareja de sacerdotes Ferré-Porter, a través de sus acuerdos y sus desencuentros, el autor dialoga consigo mismo” (Masotta, 2010: 162) y también: “Es cierto que Ferré no es totalmente Viñas; pero ¿quién sabe? Cuando coloca a su novela un epígrafe de Robinson Jeffers y cuando pone entre los libros de Ferré el de Jeffers del que lo ha tomado, ¿no nos sugiere que entre el autor y el personaje no hay mayores desniveles?” (2010: 169).

las categorías estilísticas del autor (lo blando / lo duro; lo puro / lo impuro, etc.) en pares de opuestos para demostrar, acto seguido que la inversión que opera el autor sobre la moral burguesa es estéril porque no desestima su lógica interna: “Y aquí tocamos, tal vez, la trágica inconsecuencia de una escritura en rebeldía: los valores positivos de esta escritura se oponen éticamente a los valores negativos de la moral burguesa pero se corresponden estructuralmente puesto que funcionan sobre y por las mismas leyes” (1970: 97). Culmina de este modo el quiebre con la noción de compromiso aplicada linealmente a una literatura realista. Rosa se abre con este gesto al compromiso ético que no descansa en valores preestablecidos, a la “moral de la forma” que predica Barthes en el *Grado cero de la escritura* cuya versión en español dará a la imprenta el propio Rosa algo más tarde, en 1973.

Pero su compromiso, tanto con Masotta como con Barthes, encuentra entonces un límite, que es más bien un vértigo, el vértigo de la disolución de la literatura, y consecuentemente se revela. “Si escribir se ha vuelto autorreferencial no quita que obstinadamente sostengamos la creencia de que siempre se escribe para alguien, o al menos para algo”, sostiene en la apertura de *Los fulgores del simulacro* (1987: 9), su segunda recopilación de artículos, que marca un giro radical. E insiste en tono abiertamente antibarthesiano: “Escribir algo: hacer del verbo escribir, un verbo transitivo” (10). Siguiendo esa línea, Rosa inscribe su práctica crítica en los ejes de la polémica del triple polo que analizábamos páginas atrás. Si por un lado, la crítica “no puede, no debe mantener una relación de subordinación con respecto a los objetos literarios” (10) al mismo tiempo exige consagrarse a “los fenómenos argentinos o americanos porque son los únicos objetos 'adecuados' a esa reflexión” (12) “Somos lectores de lo universal, pero sólo somos escritores de lo particular” (12), añadirá enseguida, con un adagio que como bien señalo Marcelo Casarin (2006: web) es tanto

un recuerdo del Borges de “El escritor argentino y la tradición” como una contestación a la “Literatura sin atributos” de Saer. Ahora bien, esto exige algunas precisiones, ya que si el Rosa sartreano podía arrojarse a la crítica literaria una meta y unos métodos precisos, esa ecuación, en un nuevo escenario violentado por la irrupción del estructuralismo, no puede mantenerse en sus dos términos.

Lo que Rosa decidirá preservar será la función de la crítica, y así, en ese pórtico a *Los fulgores del simulacro* que es como una suerte de compendio de sus nuevos lineamientos teóricos, dirá:

La función de la crítica es leer lo negado por la misma literatura (la literatura es censura): las escrituras silenciadas, las obras excluidas de los sistemas, las voces acalladas o aquello que de cada texto ha sido ensombrecido por las lecturas oficiales: aquello intersticial entre el exilio y el destierro. Y es aquí donde reaparece la función política de la crítica. (12)

Varias cuestiones de peso emergen en estas pocas líneas. Decíamos primero que hay que elegir entre método y finalidad. El rigor del método en Masotta lo entregó a un fin incierto, una improbable ciencia de la escritura que prometía plegarse sobre sí misma. Si Rosa puede sostener una función, e incluso una función política para la crítica, será a condición de suspender la certeza del método. Al enfrentarse de nuevo a Viñas -al hombre “de una pieza”, según expresión de Masotta-, con ocasión de la reedición de *Literatura argentina y realidad política*, Rosa dejará asentado lo que sigue:

Hoy diríamos que el discurso crítico no puede consistir en ninguna especificidad, ni formal (formalista), ni estructural (estructuralista), ni siquiera ontológica o ideológica. El discurso de la crítica es la literatura en una de sus versiones: la ficción crítica” (1987: 109).

Y es así que se multiplican los solapamientos. Hay, en primer lugar, un regreso al redil barthesiano al difuminarse las fronteras entre literatura y crítica. Pero también y quizás más significativamente, un contraste entre la identificación de la crítica con la literatura y la definición ofrecida en la cita precedente en que se equiparaban literatura y censura.

Asoma en esta ambivalencia la distinción barthesiana entre literatura como acto y literatura como institución¹³¹ que Rosa, parcialmente, desoye para fundar una crítica idiosincrásica que juega en los espacios intermedios¹³² y que por indeterminación habilita y reclama la recursividad y la arborescencia¹³³. La apuesta por el resto resulta, no en un ejercicio de concentración, de remisión al detalle o a lo ínfimo, sino en una apertura hacia la proliferación. Sobre su labor crítica se dirá que que “su metatexto

¹³¹ En estos términos instituye la diferencia en “La respuesta de Kafka”: “Indudablemente podemos intentar una sociología de la institución literaria; pero no es posible limitar el acto de escribir ni por un porqué ni por un hacia qué” (Barthes 2002: 189). Alberto Giordano, que ha trabajado intensa e insistentemente en este territorio, precisa: “La diferencia, según nosotros la entendemos, no es una diferencia de objetos, sino de puntos de vista” (2012: 377). Por otro lado, Rosa no siempre operará en la ambivalencia entre esas categorías, y puede rescatarse en *El arte del olvido* su teorización más precisa sobre lo que implica la distinción en la diferenciación que propone entre *literatura* y el complejo *lectura-escritura*: “El estudio de la literatura se consagra a los *objetos* y *categorías* generadas por un *metalenguaje* (el de la crítica, los estudios literarios, etc.): valor, sistema, obra, autor corpus, periodización, ectétera. [...]. El análisis de la *escritura* entendida como proceso de lectura-escritura no puede construir, a menos de entrar en una profunda contradicción, ni generar un *metalenguaje*” (2004: 67).

¹³² De “intersticial” la califica Susana Cella (en Rosa 1997: 9), siguiendo a Rosa, en el prólogo con que introduce los ensayos de *La lengua del ausente*. Cella habla también del uso “dialéctico y dialógico” (10) de los conceptos, algo que puede relacionarse con la concepción de la lengua como *polemos*, es decir, como territorio de permanente disputa por el sentido, que será una fórmula recurrente en los trabajos de Rosa a partir de la década del ochenta y que ayuda también a clarificar el modo particular de «irresolución» con la que, de forma creciente, el crítico rosarino asediará categorías críticas tales como lectura / escritura; obra / texto; estilo / género.

¹³³ Así lo atestigua, por ejemplo, en su introducción a la *Historia del ensayo argentino*, género frontera, precisamente entre esas dos órbitas o esas dos expectativas que son el acto y la institución, y que Rosa asedia a partir de una serie de definiciones que se intersectan: “El ensayo es un género que tiende a disfrazarse, a travestirse de otros enunciados y a fingir retóricas a las que luego abandona (2002: 22-23); El ensayo es una experimentación del pasado [...] que se expresa como vaticinio y que espera cumplirse como realidad (25); “El ensayo, cuando lo es, es transgresivo de la sustancia del objeto que analiza. Tiende a un más allá y, cuando lo logra, se vuelve pasional” (43). “El discurso del ensayo [...] es el borramiento del enunciado en provecho del enunciador” (61);

cubre el texto analizado, lo tapa con una delgada película de lenguaje que cobra materialidad o volumen” (Arce 2005: 167); y sobre su quehacer teórico, apuntará Panesi: “Nicolás es *toda* la teoría, vale decir, la condensación, el despliegue y el repliegue de un pensamiento teórico posible desde aquí, desde una pampa auto-contemplada eternamente, desde el comienzo de los tiempos, como vacía, como un vacío teórico que incita a ser llenado por la desproporción proliferante de redes teóricas”(Panesi 2004: web)¹³⁴. Ese es, sin embargo, el destino de la crítica de Rosa, que empezará a expandirse en los últimos ensayos de *Los fulgores del simulacro*, para desplegarse definitivamente a partir de *Artefacto* (1992) y *La lengua del ausente* (1997). Pero en las décadas anteriores la apuesta por el resto cuenta aún con una positividad clara para sustentarse, y esa positividad es la *langue* de Saussure. Cuando Rosa escribe “La operación llamada «lengua»”, en 1980 ha agotado ya hasta sus mismas aporías los caminos del estructuralismo en el *Léxico de lingüística y semiología* (1978). El *Léxico* puede considerarse una verdadera obra clivaje, un rito de pasaje que representa el último esfuerzo de Rosa inscrito aún bajo los imperativos de la moral de la forma clara y del valor informativo de los textos. Rosa lo considera explícitamente como un esfuerzo destinado a “proponer una lectura más amplia y comprensiva a un registro de lectores también más amplio: desde el “lector común” interesado hasta el especialista de otras disciplinas que quiera introducirse en una nueva jerga” (1978: 7), y en ese sentido puede entenderse también como una suerte de morigerado *rappel à l’ordre*, frente a un conjunto desordenado de nociones que “ha invadido la *lengua ordinaria*” (7). Rosa recorre en el libro una serie de “términos básicos del campo de la lingüística que, desde diversos ángulos, han sido referidos al campo semiológico” (7) y lo organiza, como lo

¹³⁴ También Susana Cella: “Como si los posibles teóricos incitaran a la transcripción simultánea de todos, o, mejor dicho, al simulacro de la transcripción total” (en Rosa 1997: 10).

presupone su título, de forma alfabética. Pero puede leerse en la última entrada, la que corresponde a «Texto», una suerte de colofón y de desprendimiento de toda esa arquitectura que en las páginas previas se ha ido trazando alrededor de nombres como Saussure, Pierce, Hjelmslev o Benveniste. Cuando, a propósito de esa noción, Rosa reconstruya el desplazamiento barthesiano, desde la *escritura* al *texto*, desplazamiento “que va desde *El grado cero de la escritura a S/Z*” (115), llegará a la siguiente definición:

El texto entonces es una producción significativa elaborada por la lectura como escritura: la lectura es un trabajo sobre la escritura para producir el texto. Pero entonces ¿dónde está la validez o la legitimidad del texto? Precisamente en esa fuga constante del sentido que la lectura debe revelar. El fenómeno de la relectura pone de manifiesto no el *estilo* que es la consistencia, sino el texto que es un lugar, un *topos* móvil que como el inconsciente es el lugar de la insistencia (de los significantes). Esta apertura lacaniana (muy difusa por otra parte) es el intento de marcar la presencia del sujeto (del Deseo): producción del texto a partir de las *pulsiones* del sujeto productor *invertidas* en la escritura entendida ahora como juego de fuerzas, una economía libidinal que se juega en la materia textual, es decir lo escripturable (116).

Estas líneas representan tanto un esfuerzo de síntesis de los desplazamientos barthesianos como una apertura hacia las vías mayores en las que se desarrollará la crítica de Rosa a partir de entonces. Es, muy particularmente, el empuje que propician los desarrollos de la lingüística –y en el libro de Rosa, este hecho alcanza una dimensión casi física, por su mismo despliegue material en las páginas– lo que determina al crítico a establecer un régimen nuevo para el objeto literario, ligado al Deseo, a una fuga del sentido y a una economía pulsional que escapan a la

formalización¹³⁵, y que, a su vez, puede ser asediado por un proyecto crítico en que lectura y escritura subvierten sus jerarquías¹³⁶. El pasaje hacia todo esto, como adelantábamos, se da en “La operación llamada «lengua»”, en la forma de un ajuste de cuentas con Saussure: “La operación llamada «lengua» es una operación ideológica por la que se intenta reducir un objeto heterogéneo a un modelo homogéneo” (1987: 324), sentencia, y hasta aquí su propuesta de desarmar esa operación puede inscribirse aún en la lógica de la denuncia que ha sustentado su crítica en otros momentos. Como en Masotta¹³⁷, el *ethos* de la denuncia adquirido en el frecuentación de Sartre no desaparece pero muta en sus posibilidades. Esa mutación responde, principalmente, al impacto provocado por la irrupción de lo simbólico. Si el proyecto intelectual de Rosa,

¹³⁵ “La explicación de fenómeno lectura-escritura aparece más bien como una forma de *identificación múltiple* del sujeto del análisis con el objeto que se va constituyendo en la operación que llamamos *una analítica textual*. [...] El texto de una analítica textual es el objeto de un saber *diferencial y negativo* soportado sobre un sujeto en perpetuo desvanecimiento y *fading*. [...] Si el texto es in-terminable e indefinido, no podrá ser computado dentro del marco de una ciencia, sino que debe ser reintegrado a los saberes que el sujeto posee sobre el mundo y a las exigencias que ese saber le posibilita (una ética). Si desde la perspectiva psicoanalítica, la escritura llamada literaria es un fracaso (pulsional) donde se juega el deseo del Otro, ese *deseo* se figura en el texto como máquina de producir placer: el fantasma: la escritura es la respuesta al enigma que el deseo plantea al Sujeto a través del fantasma” (Rosa 2004: 155).

¹³⁶ “Leer y escribir son operaciones altamente complejas que por su banalidad informática y su inserción cotidiana en el registro de la vida pública y privada ocultan su propio misterio. Recordemos que Saussure nos decía que el hombre pudo no haber hablado o hablado de otra manera más allá de las determinaciones fisiológicas de su aparato fonador-articulatorio. Podríamos hacer uso de la analogía y decir que el hombre pudo no haber escrito nunca y por ende no haber leído. Este enunciado, en realidad, es un sofisma histórico pues presupone como supuesto lógico, pero no diacrónico, que la lengua es anterior a la escritura y que la operación de lectura es subsidiaria de lo escrito. Intentemos pensar de otra manera: el hombre es un ser gráfico, solo opera con grafos o inscripciones. La lectura sería por lo tanto anterior a la escritura si pensamos en la lectura de los signos del mundo [...]. Leer ha sido siempre una tarea pansemiótica de la que no quedan excluidos los ágrafos: la civilización no es tanto una cuestión de escritura, sino una cuestión de lectura” (Rosa 1997: 73)

¹³⁷ Siempre gana la escena el momento de la inadecuación con respecto a la corriente artística, con respecto al género, con respecto al estilo de época o al registro del lenguaje. [...] Yo creo que ese movimiento hacia un tipo de campos de sentido y no hacia el otro no lo abandonó nunca [a Masotta], y que insistía allí una visión sartreana del momento previo a la incursión artística que había que reconocer o denunciar. La denuncia era la de cualquier ilusión de continuidad tranquila, no problemática, entre la propia inserción en el campo del arte o de las ideas y el proyecto que pudiera explicar el conjunto de esa actividad. En algún momento volvía, como solución, la ambición de un despojamiento del lastre imaginario, que rozara lo absoluto” (Steimberg en AA.VV. 2000: 1001-111).

a diferencia del de Masotta, insiste en la indagación de la literatura –aunque sea en la forma de una “no entrada en relación” (Rosa 2004: 154)–, será al precio de transformar el sentido de esta última. Semejante transformación calcará la operatoria desplegada en “la flexión” *Literal* –y aun ahí, podemos decir entonces que el dedo señalador de Masotta sigue funcionando–. Primero, ya lo hemos visto, localizando el espacio posible para lo literario en el lugar del «resto», luego definiendo ese resto en los términos en que permite hacerlo la teoría psicoanalítica. Si Masotta, en “El lenguaje y el goce”, podía preguntarse por el papel que jugaba la censura para un lingüista, Rosa remachará:

La lengua es lo repetible por oposición a lo accidental. Saussure, decíamos, postula lo repetible, pero no se pregunta por las leyes de esa repetición. Freud –y el paralelo es ahora obligatorio– elabora el concepto de compulsión de repetición y de retorno de lo reprimido dando cuenta precisamente de esas leyes (326).

A partir de ese punto, las divergencias con Masotta –distancias en el desarrollo de sus trayectorias respectivas– se definirán en el distinto énfasis que se da a los corolarios deducibles de esta nueva situación. Masotta, conservará, como nos recuerda Oscar Steimberg “la ambición de un despojamiento del lastre imaginario, que rozara lo absoluto” (en AA.VV. 2000: 111) y por lo tanto su esfuerzo se encaminará a profundizar la teoría de ese sujeto de la represión y del inconsciente: su esfuerzo será el de volver legible un texto de difícil, a veces de imposible legibilidad, como el de Lacan¹³⁸. Rosa, en cambio, se mantendrá fiel a la ley del deseo dictada por el goce que extrae de su encuentro con los textos, y no será la legibilidad su meta –la meta del

¹³⁸ Y así se lo propone en el comienzo mismo de la *Introducción a la lectura de Lacan*: “Debo confesar que estas lecciones me intimidan bastante. ¿Cómo comenzar a hablar de Jacques lacan sin traicionar eso mismo cuya puerta no es fácil y cuya práctica –la práctica de su lectura– constituye el único medio de acceso a su acceso? [...] Pero se dirá: el único culpable es el mismo Lacan, la dificultad de su estilo. Y nadie se avergüenza, en efecto, de no haber podido ir más allá de la primera página de los *Écrits*, y aun, se lo confiesa llanamente, sin haber podido entender lo que se leía” (2008: 29).

«metatexto»¹³⁹ – sino la captura de ese goce del texto y en el texto. Esta voluntad, que tiene sus antecedentes clásicos y admitidos en el *Barthes* de *El placer del texto* y en Bataille¹⁴⁰, no es ahora nuestro asunto sino solo en su carácter de reacción y en lo que específicamente tiene, como hemos mostrado, de respuesta a una situación de hecho creada por lo que aquí hemos llamado estructuralismo y que no es sino la irrupción e instauración de un orden simbólico que hace imposibles –o sencillamente imaginarias– las relaciones de a dos entre el análisis y la síntesis; entre lo cuantitativo y lo cualitativo, entre el elemento y el conjunto. Cabe sí, señalar, aunque solo sea para cerrar el quiasmo que ha sido el motor de estos últimos apartados, que la forma estilística que asume ese ensayo de captura por parte de Rosa es, justamente, una apuesta contra la institucionalización y el aquietamiento de los textos, una apuesta por el exceso. Si Masotta se exige la claridad, los textos de Rosa no serán sencillamente oscuros sino, en un cierto punto, imposibles: Rosa, nos advierte Panesi “convertirá cualquier intento de colonizarlo teóricamente en una provincia pobre y desmañada de su propio dominio feudal” (2004: web). Creemos que en esta figura del quiasmo se juega de un modo muy preciso el destino del objeto literatura en su nuevo estatuto de «objeto imposible». Constituye, en todo caso, algo más que un giro –y desde luego algo más que una moda– en el desarrollo de la crítica literaria; una verdadera vuelta de hoja entre “viejos y nuevos hábitos críticos”.

¹³⁹ “La crítica no es un metalenguaje” (Rosa 2004: 154).

¹⁴⁰ Rosa, en realidad, ofrece una genealogía francesa más amplia cuando escribe: “Si el Centro es la mano férrea de la sedentarización, el margen es la máquina de desterritorialización como ingenio del pensar nómada. En la crítica literaria, se inscriben en estas líneas críticos como Barthes y Blanchot, pero también Michel Leiris, o Francis Ponge, o Jean Paulhan, Georges Bataille y Edmond Jabès” (1997: 49)

CAPÍTULO IV

ESPAÑA 1951-1978: EL PESO DE LA HERENCIA ESTILÍSTICA

1. La labor de «obturación» editorial de Dámaso Alonso en la Biblioteca Románica Hispánica

Las operaciones a las que, según vimos en el «Capítulo II», Dámaso Alonso sometió a Saussure, tuvieron varios efectos dentro del campo académico español. Entre los más evidentes se encuentran, por un lado, una obturación del pensamiento diferencial en la crítica literaria, fruto de desestimar al signo, o más concretamente el análisis de la significación, como una herramienta válida para abordar los textos literarios. Por el otro, la consolidación de la frontera entre los estudios lingüísticos y los literarios, como una forma específica de la división general entre ciencias humanas o del espíritu y ciencias exactas.

En el marco de esta partición reforzada, y con su *Poesía española* como pórtico a la colección, Dámaso Alonso emprende la dirección de la “Biblioteca Románica Hispánica” para la editorial Gredos, sello que será el más importante difusor de la cultura literaria y lingüística internacional en lengua española hasta bien avanzada la década del sesenta¹⁴¹.

¹⁴¹ Como se ha comentado, el panorama editorial español se modificó sensiblemente a partir de la entrada en vigor de la Ley de Prensa e Imprenta de 1966, más conocida como la Ley Fraga, que si bien en su artículo segundo, todavía preveía el secuestro de cualquier publicación que atentara contra el Régimen o

Además de aprovecharlo para editarse a sí mismo –llamativamente, él será el autor más representado en su propio catálogo–, Alonso adoptará una línea aperturista, y a partir de finales de la década del cincuenta, dará cabida entre sus títulos a monografías sobre autores fuertemente marginados por el régimen franquista como Federico García Lorca (1959), Juan Ramón Jiménez (1966, 1973), Rafael Alberti (1966) o Max Aub (1974). Se trata de obras generalmente escritas por autores extranjeros o españoles residentes en el exterior¹⁴², lo cual puede tomarse también como índice de las dificultades que existían en la España de entonces para dedicar a esos y otros nombres

la moral católica, supuso una innegable apertura con respecto a la legislación anterior, que databa de los tiempos del conflicto civil y contemplaba la censura previa como requisito para la edición. La apertura legislativa acompañaba en realidad al proceso de transformación social que estaba sufriendo el país, cuyo reflejo inmediato fue el aumento de la población urbana. (Simó Comas 2015). La Ley General de Educación, de 1971, trató de hacer lo mismo en el plano universitario. La universidad, con una población en crecimiento pero, sobre todo, diversificada en sus orígenes sociales, fue uno de los focos de resistencia al Régimen más activos, particularmente en lo que se conoce como tardofranquismo (Fernández Buey 2011: 167). Este concurso de circunstancias fue aprovechado para contestar viejas hegemonías editoriales, como la de Gredos, a favor de una diversificación de la oferta. Si bien este fenómeno, por razones evidentes, tiene mayor significación en las colecciones de corte político (véase al respecto la definición de “editorial de vanguardia” que acuña Francisco Rojas 2013: 73), afectará también al terreno de la crítica literaria, con proyectos editoriales, sobre todo, vinculados a la clandestinidad comunista como *Ciencia Nueva* (que edita a Galvano della Volpe), el grupo *Comunicación* (responsable de las primeras ediciones de los formalistas rusos) o la colección Quincenal de la, por otro lado más moderada Editorial Ariel, que dirigió Manuel Sacristán. Tanto Ariel como un vástago suyo, la Editorial Crítica (fundada por Gonzalo Pontón, corrector en la primera), renovaron el panorama del hispanismo con la traducción de especialistas italianos, británicos y franceses más heterodoxos que los aparecidos en Gredos, como por ejemplo Marcel Bataillon o Alan Deyermond. Más cerca de nuestros intereses, a Alianza Editorial, concebida con un espíritu divulgativo cercano al breve proyecto de *Ciencia Nueva*, se debe, por ejemplo, la publicación del manual de Marc Auzias *El estructuralismo*. Una de las decanas de la renovación editorial, *Edicusa*, dependiente de la revista aperturista *Cuadernos para el diálogo*, publicará *El estructuralismo como método* de Louis Millet y Madelein Varin. Los sellos barceloneses surgidos al calor del boom latinoamericano también aportarán su grano de arena; Lumen se convertirá en la editorial «oficial» de Umberto Eco en España; en Tusquets, por insistencia de Gabriel Ferrater, aparecerá *El estructuralismo: Historia, problemas y métodos* de Manfred Bierwisch, mientras que Seix Barral editará, ya en 1967, los *Ensayos Críticos* de Barthes. Lo que este panorama tan resumido trata de mostrar es hasta qué punto, el proyecto filológico de Gredos encabezado por Alonso perderá centralidad, incluso académica, con el correr de los años y la aparición de una demanda nueva que privilegia la potencia interpretativa de los textos críticos antes que su interés histórico o filológico.

¹⁴² Nos referimos a los siguientes títulos: *Federico García Lorca, poeta de la intensidad* (1959), de Christoph Eich; *La obra en prosa de Juan Ramón Jiménez* (1966) y *La poesía hermética de Juan Ramón Jiménez* (1973), ambos de Michael P. Predmore; *El mundo poético de Rafael Alberti*, de Solita Salinas de Marichal, hija del poeta Pedro Salinas, profesora en Estados Unidos; y *La obra narrativa de Max Aub* (1973), de Ignacio Soldevila, profesor en la universidad quebequesa de Laval.

afines los esfuerzos correspondientes a una monografía¹⁴³. En el terreno de la teoría literaria, Alonso encargará la traducción del *bestseller* mundial de Austin Warren y René Wellek, *Theory of Literature* (1948) que aparece en la «Biblioteca Románica Hispánica», sección «Tratados y Monografías», en 1953; lo acompañará, al año siguiente, la *Interpretación y análisis de la obra literaria*, de Wolfgang Kayser. Con esta dupla se ofrece un panorama particular de las problemáticas que asedian a la disciplina en la posguerra, cuya nota más idiosincrásica probablemente sea las escasas menciones que recibirán en ella las teorías del compromiso, tan centrales en otras latitudes. En el prólogo que Alonso antepone al libro de Wellek y Warren, el crítico madrileño se sitúa en la estela de esos dos autores reconociendo que:

Somos muchos los que en esta primera mitad del siglo, esparcidos por el mundo, nos hemos situado –de una manera cada vez más decidida y consciente-, frente al «poema» (frente a cada una de sus realizaciones) para preguntarle algo muy distinto de lo que el siglo XIX le había preguntado: no “por qué, cómo se ha originado” sino “que es” (Alonso 1953: 7-8).

Este giro lo sintetiza Alonso con la fórmula: “de lo genético a lo estructural” (8), dándole un sentido a ambos términos que el tiempo (estamos apenas en 1953) transformará. Tras lo dicho en el capítulo segundo, no resulta difícil y es hasta ocioso repetirlo. Baste con ver que, cuando entre fines de la década del sesenta y comienzos de

¹⁴³ Dificultades que no solo significan un silenciamiento de los autores exiliados sino, en ocasiones, la reapropiación, como en el caso de *La poesía de Juan Ramón Jiménez*, de Carlos Bo, publicada en Madrid en 1943, con prólogo del falangista cercano a *Escorial* José María Alfaro (véase Naharro-Calderón 1990: 31). El historiador Santos Julià considera esa estrategia como una característica de la política cultural fascistas y cita un análisis de Gabriele Turi acerca de la política de Gentile en la Italia del bienio 1925-26. Según Turi, el programa de Gentile pretendía “atraer a la órbita del fascismo a intelectuales de diversa extracción ideológica, no en nombre del partido fascista sino de la cultura nacional” (2002: 15). Al respecto, y para el caso español, Julià comenta: “Lo nacional por encima del partido en un tiempo en que el partido, por no haber logrado todavía su objetivo de totalitaria revolución nacional, estaba aún lejos de identificarse en la práctica con la nación” (Ibíd.). En este sentido, debe calibrarse también lo que el recurso a autores extranjeros por parte de Dámaso tiene de contestación a cierta política oficial falangista, por otro lado ya muy en baja a fines de los cincuenta.

la del setenta, el adjetivo “estructural” adquiera en España los matices por los que se lo conoce internacionalmente, el editor de la “Biblioteca Románica Hispánica” reaccionará publicando la obra de Jean Cohen *Estructura del lenguaje poético* (1970), una vuelta a la estilística que pasa por Saussure y Hjelmslev, pero reduciendo sus dicotomías a la más tradicional de fondo y forma. En ese libro, Cohen aboga abiertamente por una concepción desviacionista del lenguaje poético, recupera la oposición, literatura / comunicación y obtura así toda posibilidad de consideración diferencial del significado¹⁴⁴.

Pero en contraste con el carácter homogéneo, cuando no monocorde, de los estudios literarios que ofrece la colección, destaca la apertura y la prontitud con la que se reciben las novedades en el campo lingüístico. La «Biblioteca» de Dámaso, que durante los años sesenta no edita a los críticos franceses¹⁴⁵, acoge, en cambio, a las más variadas evoluciones del saussurismo en lingüística. De André Martinet aparecen, entre otros, los *Elementos de lingüística general* en 1965 y *La lingüística sincrónica* en el 68, dentro de la misma década en la que ambos títulos vieron la luz en Francia. Con mayor retardo, pero con exhaustividad, los *Prolegómenos* de Hjelmslev se traducen en 1971; mientras que los *Ensayos* se editan en el 72 y los *Principios* en el 76 –habrá ocasión

¹⁴⁴ No hay espacio aquí para detallar el laborioso despliegue de hipótesis que configuran el libro de Cohen, pero atendiendo a lo ya dicho hasta ahora, nos bastará una cita para advertir en qué dirección se opera la obturación de toda consideración diferencial del sentido cuando se atañe al «lenguaje poético»: “En el lenguaje poético (...) liberadas de toda oposición, las palabras recobran su propia identidad y, al mismo tiempo, su total plenitud semántica. La palabra verde ya no significa “no rojo”, sino el “verdor” puro y espléndido. La poesía es la absolutez del signo y el esplendor del significado.” (Cohen, 1982: 114).

¹⁴⁵ Es llamativo que en los años de la eclosión editorial española de la *nouvelle critique* francesa, los autores de esa corriente sean totalmente marginados, con la particular excepción de Greimas, de la colección dirigida por Dámaso. Cuando se trata de explorar las relaciones entre lingüística y literatura, más allá de la actualización estilística de Cohen, la colección se limita a ofrecer el trabajo de la crítica local María del Carmen Bobes Naves *La semiótica como una teoría del lenguaje* (1973), del que hablaremos a continuación, las *Claves para la semiología* (1976) de Jeanne Martinet –esposa del eminente lingüista–, o el exigente tomo del profesor alemán Jürgen Trabant *Semiología de la obra literaria* (1975), una aplicación de los principios glosemáticos al empleo estético del lenguaje que no ahorra las críticas a las hipóstasis de la estructura en las que habrían incurrido la práctica totalidad – Hjelmslev incluido– de las variantes del estructuralismo.

para ahondar en lo tardío de esas fechas. Mucho más velozmente, la *Semántica estructural* de A.J. Greimas, que es del 66, aparece en la colección en el 71. Quizás sea aún más sorprendente, alejándonos ya de la estela saussureana, la traducción y aparición de *Lingüística cartesiana* de Chomsky en 1969, apenas tres años después del original inglés. En esa línea, la *Introducción a la gramática generativa*, de Nicolas Ruwet se publica en 1975¹⁴⁶. El catálogo cuenta además con pioneras introducciones a la psicolingüística¹⁴⁷, a la sociolingüística¹⁴⁸ o a las modelizaciones matemáticas de la lengua¹⁴⁹; así como varias historias de la disciplina¹⁵⁰. Pero resulta sobre todo significativo el espacio que la «Biblioteca» concede a los desarrollos de tales novedades científicas dentro del campo de los estudios españoles o hispánicos. Entran dentro de esa categoría los *Elementos de fonética general* de Samuel Gili Gaya (1950), las obras del período uruguayo de Eugen Coseriu (1951-1958) en las que revisa la herencia saussureana y se discute a Hjelmslev; así como el esfuerzo de síntesis y los avances en la descripción funcional del español de la monumental *Lingüística estructural*, en dos tomos, de Francisco Rodríguez Adrados¹⁵¹. Pero quizás el nombre más influyente y uno

¹⁴⁶ En este caso, el original francés es de 1969, pero hay que minimizar el desfasaje cronológico. El impacto de las novedades oculta a veces el ambiente precario en el que tienen lugar. Es a penas a fines de 1968 que empieza a materializarse la creación de la Universidad de Vincennes, en la que por fin Ruwet encuentra la estabilidad académica que su enemistad con Martinet le tenía vedada. Para dar la nota del carácter marginal que todavía tenía el enfoque generativista en la Francia del momento, el propio Ruwet comenta que para el departamento de lingüística de Vincennes se proveen once plazas, y que el hecho “era casi triste, puesto que no había en Francia once lingüistas que huberamos deseado tener” (citado en Dosse 2004 II: 169).

¹⁴⁷ Gudula List: *Introducción a la psicolingüística* (1972).

¹⁴⁸ Jean Baptiste Marcellesi y Bernard Gardin: *Introducción a la sociolingüística* (1979)

¹⁴⁹ Maurice Gross: *Modelos matemáticos en lingüística* (1976).

¹⁵⁰ Hans Arens: *La lingüística (Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días)* (1972); Oswald Szemerényi: *Direcciones de la lingüística moderna* (1972)

¹⁵¹ Puede encontrarse en el libro de Adrados, por cierto, un nuevo testimonio del argumento de la tradicional fusión española entre estudios literarios y lingüísticos, con una mención particular a la filología clásica: “En España, tanto en el campo de los estudios sobre el Español, impulsados decisivamente por Menéndez Pidal y su escuela, con don Dámaso Alonso, don Rafael Lapesa y tantos otros, como en el de la Filología Clásica, a cuyo círculo pertenece el autor, impera la tradición de no separar el estudio lingüístico del literario y filológico” (1974: 16).

de los más tempranos dentro de este terreno sea el de Emilio Alarcos Llorach, discípulo de Dámaso en Madrid, quien tras regresar de una estada de estudios repartida entre Berna y Basilea, publica la *Fonología Española* (1950) con la que pone en circulación, con fuerza renovada, las tesis de la lingüística praguense y, en especial, las de Trubetskói, cuyos *Principios de fonología* no serán en realidad traducidos hasta 1973¹⁵². Alarcos da a la imprenta al año siguiente, 1951, la que por mucho tiempo –tal vez hasta la publicación de su *Gramática de la lengua española*, auspiciada por la RAE, en 1994– será su obra más conocida, infaltable en la bibliografía de esas extrañas cátedras híbridas de Gramática General y Crítica Literaria que resultaron del "atroz desmoche"¹⁵³ de la universidad española. Nos referimos a la *Gramática Estructural*, cuyo elocuente subtítulo reza: "Según la escuela de Copenhague y con especial atención a la lengua española". Se trata en realidad de un breve manual que apenas rebasa el centenar de páginas y en el que se resumen los conceptos centrales expuestos en los *Prolegómenos*, en particular la noción ampliada de signo, la importancia del enfoque deductivo y la descripción del sistema de la lengua o, más concretamente, de lo que en términos de Hjelmslev se denominaría la *pleremática*, es decir, el plano del contenido, o todos esos elementos lingüísticos que –a diferencia, básicamente, de los fonemas– transmiten un significado. Por esta obra, Alarcos será considerado de modo bastante unánime como el verdadero introductor del estructuralismo lingüístico en España¹⁵⁴. Pero lo

¹⁵² Lo haría la madrileña editorial Cincel, una de las tantas surgidas al calor de los nuevos tiempos de la Transición (véase nota 69), y especializada, en realidad, en ensayos sobre pedagogía que debían formar a los maestros de la nueva escuela democrática.

¹⁵³ La expresión la acuñó Pedro Laín Entralgo en su libro de memorias *Descargo de conciencia* (1976) y posteriormente dio título al excelente trabajo del historiador Jaime Claret Miranda (2006), primer estudio sistemático sobre la represión franquista en el conjunto del sistema universitario español.

¹⁵⁴ Gerda Haßler ha dedicado un trabajo a la cuestión, y suma al nombre de Alarcos, el de Amado Alonso, por su traducción del *Cours*, y el de Eugenio Coseriu, sobre todo en el campo de la semántica, por sus *Principios de semántica estructural* (1977) (véase Hassler 2005: 106 y ss.). Habría que añadir, por lo menos, dos libros anteriores de este mismo autor editados por Gredos en España: *Sincronía, diacronía e*

relativamente temprano de este trabajo –los *Prolegómenos*, por ejemplo, no tendrán versión inglesa hasta 1953–, originará, en realidad, un retraso, ya que gracias a su concisión, a su accesibilidad –dentro de la inevitable complejidad del pensamiento del danés– y a su referencia a la lengua española, la obra breve pero precisa de Alarcos se convertirá en un eficaz sustituto del conocimiento directo de los trabajos de Hjelmslev, que no serán traducidos entonces, y como vimos, hasta la década del setenta. Por otro lado, la *Gramática* de Alarcos servirá como nuevo argumento a favor de las lógicas de la anticipación que, según advertimos, gobiernan un amplio sentido común en torno a los avatares históricos de la crítica literaria en España. Así, por ejemplo, Francisco Rico podrá alardear con absoluta justicia en los siguientes términos: “Yo estudiaba la gramática y los libros de Hjelmslev en la universidad en los tiempos en los que ni Barthes ni Greimas habían leído a Hjelmslev; ni siquiera sabían quién era” (Rico 2003: 45).

No puede dudarse de la exactitud de esa afirmación, pero aceptarla sin más en sus implícitos –una supuesta posición de avanzada de la filología española con respecto a su par francesa– resulta más problemático. Como director de la «Biblioteca Románica Hispánica» Dámaso Alonso muestra, ciertamente, un claro compromiso con la vanguardia del pensamiento científico en lo que atañe a la lingüística. Pero ya hemos visto que esta postura se logra a costa de ampliar la fractura entre los estudios literarios y los lingüísticos, como una forma específica de la división entre ciencias humanas y exactas; que es justamente lo que el estructuralismo vino a perturbar. En este sentido, y volviendo a las declaraciones de Rico, lo que cabría preguntar, antes que quién conoció primero a Hjelmslev, sería por qué éste logró tener un determinado impacto en los

historia (1958); y *Teoría del lenguaje y lingüística general* (1962). Como se aprecia en los años de edición, se trata de obras algo posteriores a las de Alarcos.

estudios literarios a un lado de los Pirineos y no así al otro. Por qué, en fin, Rico, que lo leyó y estudió antes que los franceses que cita, no hizo, en cambio, nada con él en su práctica filológica.

La respuesta a esta pregunta nos devuelve a nuestras hipótesis de partida y a las modalidades de obturación que como hemos visto, la estilística practicó sobre la irrupción del estructuralismo. El catálogo de la Biblioteca Románica Hispánica no sería sino una manifestación cristalizada de este fenómeno teórico de alcance más general. Pero la «Biblioteca», lo hemos adelantado, se encuentra además tensionada por un entorno que, entre 1955 y 1975, sufrirá profundas transformaciones.

El boom económico de la década del sesenta propicia transformaciones de calado en la composición social de España, que acrecienta su población urbana y terceriza su economía, con la consiguiente demanda de profesionales cualificados, es decir, un aumento en las matrículas universitarias, instituciones que, desde mediados de los cincuenta, habían resultado particularmente conflictivas dentro del orden del Régimen¹⁵⁵. A las tradicionales demandas de libertad de asociación sindical para los estudiantes y autonomía de las instituciones se sumaban ahora, bajo presiones económicas, los reclamos por la universalización de su acceso y por la modernización y mejora de la calidad educativa.

¹⁵⁵ Varios hechos puntúan la historia de los conflictos entre los estudiantes universitarios y el régimen franquista. Los «sucesos de febrero de 1956», protagonizados por la primera generación de estudiantes que llegaba a las aulas universitarias sin haber participado en modo alguno en la Guerra Civil, suele considerarse como el punto de partida de toda una serie de acontecimientos que colaboraron en el desgaste político del régimen, como la constitución de asambleas libres de estudiantiles en 1964 que terminó con el SEU, sindicato único falangista; el encierro de miembros del Sindicato Democrático de Estudiantes en el convento de los capuchinos de Barcelona, conocido como la «Capuchinada», en demanda de reforma y autonomía universitaria; o los graves hechos de 1968 y 1969, ecos del mayo francés, que terminaron con la declaración del estado de excepción por dos meses y la deportación de doscientos estudiantes y profesores (Navarrete Lorenzo 1995: 129). La bibliografía sobre esta cuestión, que escapa ya a nuestros intereses inmediatos, es copiosa y se ha ampliado notablemente en los últimos años. Al respecto, puede consultarse con provecho el actualizado ensayo bibliográfico de González Gómez 2015.

Todos estos factores se cruzan con un crecimiento y diversificación de la oposición interna al Régimen. Si durante más de veinte años Franco fue capaz de armonizar las diferencias entre las denominadas «familias» que lo conformaron –y que incluían a los falangistas, sectores tradicionales de la iglesia o el nuevo catolicismo capitalista del Opus Dei–, distintos factores internos y externos modificaron esa situación. El carácter aperturista del Concilio Vaticano II deterioró, por ejemplo, las otrora excelentes relaciones del franquismo con el estamento eclesiástico; la marginación de los falangistas en los sucesivos gobiernos franquistas también agravó las diferencias de ese sector con la oficialidad, que venían desde muy lejos. El denominado gobierno «monocolor», en fin, que Franco establece en 1969, conformado de modo casi exclusivo por tecnócratas del Opus Dei, lejos de ser expresión de la unidad del Régimen evidencia, ante todo, el creciente aislamiento en el que éste se encuentra con respecto a sectores cada vez más amplios de su sociedad. Como lo resume Enrique Moradiellos: “En 1970 la sociedad española ya sólo era diferente de sus homólogas europeas por la peculiar y desfasada naturaleza autoritaria de su sistema político” (2000: 175).

Este breve panorama que acabamos de trazar está destinado a mostrar de qué modo, la posición hegemónica que había ocupado Alonso en el campo de la filología y la crítica literaria españolas desde, prácticamente, el final mismo de la Guerra Civil se encontrará amenazada, cuestionada e incluso desautorizada por el concurso de estas nuevas circunstancias. Sin perder un ápice de su prestigio, Alonso asistirá en cambio al declive de su influencia; y las omisiones que hemos testimoniado en la conformación de su «Biblioteca Románica Hispánica», empezarán a ser percibidas como faltas que debían ser subsanadas. No será él, en cualquier caso, quien se aparte de su propio programa para atenderlas. En el mejor de los casos, cederá algo su espacio, como lo

hace cuando publica a María del Carmen Bobes Naves; más generalmente, asistirá como mudo espectador a la eclosión y expansión de un territorio que en otros tiempos supo dominar sin fisuras.

El estructuralismo, en fin, y la pregunta por su relación con la literatura, entrará como un ingrediente más de las múltiples demandas de modernización que en ese entonces acumula la arena pública local y que, por efecto del retraso que padecía el debate político en España, conjuga y aglomera en su conformación otros elementos que, cronológicamente, lo preceden, como el debate en torno al papel del intelectual o la crisis del humanismo que, en otras latitudes, habían tenido sus episodios más resonantes en la inmediata posguerra.

Para dar respuesta y reflejar de la mejor manera posible la diversidad de tendencias y posiciones que tratarán de ocuparse de esas demandas, analizaremos a continuación tres obras que, desde presupuestos divergentes, abordan el mismo problema. La primera de ellas, *La semiótica como teoría lingüística* (1973), de María del Carmen Bobes Naves, puede considerarse como la única respuesta en este terreno que cuenta con algún aval de Dámaso Alonso, ya que es el único trabajo de un estudioso español sobre el asunto que se publica en la colección de Gredos. La segunda, *Significado actual del formalismo ruso* (1973), de Antonio García Berrio, da cuenta de los esfuerzos llevados a cabo por la nueva camada de profesores, los famosos PNN, profesores no numerarios, para actualizar los temarios y poner al día la discusión literaria en el país, en una lucha que puede comprenderse bajo el paraguas totalizador de la modernización, y que reclama en realidad por el establecimiento de nuevos circuitos de legitimación de los profesionales, tanto en sus recorridos institucionales como curriculares. Por último, *Estilística, Poética y Semiótica Literaria* (1974), de Alicia Yllera, constituye la prueba más palmaria de la pérdida de centralidad de la filología

española como rectora de los destinos de la teoría literaria en España, al ser la obra más informada de las tres y estar escrita por una catedrática de francés.

En los tres casos, se trata de obras editadas en el lustro de mayor conflictividad del movimiento universitario –que comprende tanto a alumnos como a profesores- y que va desde 1971, año en el que se implementa la resistida Ley General de Educación¹⁵⁶, a 1975, fecha de la muerte del dictador Francisco Franco¹⁵⁷. Lo que observaremos a continuación, por lo tanto, será el modo en que la exigencia teórica se cruza y se recorta contra demandas de otra índole. No será sin embargo, según hemos propuesto ya en otros momentos de esta tesis, la «problemática» del momento en sus manifestaciones explícitas la que guíe nuestras interpretaciones, sino que antes que eso procuraremos una lectura a contrapelo, de modo de hacer de ese imperativo teórico total que impone el estructuralismo –capaz de anular a la literatura misma como objeto de estudio válido–, una suerte de instrumento óptico, o de contraluz que nos permita advertir no lo que los argumentos manifiestan, sino lo que callan y lo que conceden a favor de preservar el estatuto epistemológico tradicional de la obra literaria.

¹⁵⁶ “De la nueva ley el movimiento estudiantil de los años 1971 a 1975 criticaba principalmente: 1º) que pretendiera imponer la selectividad para entrar en la universidad; 2º) que consolidara las desigualdades sociales existentes por la vía de la separación del bachillerato y la formación profesional; 3º) que potenciara la privatización directa e indirecta de las universidades y, en ese sentido, que estableciera como criterio central el de rentabilidad capitalista en la enseñanza superior; y 4º) que pretendiera imponer en la universidad la transmisión de valores tendentes a la formación de la mentalidades tecnocráticas. Con diferencias de matiz, las organizaciones estudiantiles de esa época enmarcaban todo esto en una crítica más general al neocapitalismo de carácter consumista, perspectiva heredada, obviamente, del movimiento sesentayochista” (Fernández Buey 2006: 165).

¹⁵⁷ Por otro lado, 1975 es el año de la huelga de profesores universitarios de mayor duración ocurrida bajo el franquismo.

2. Ensayos de actualización (1): el continuismo de María del Carmen Bobes Naves en *La semiótica como teoría lingüística* (1973)

La semiótica como teoría lingüística, obra publicada en 1973 y que actualiza un trabajo anterior de la autora, escrito en 1965¹⁵⁸, es tal vez el intento más explícito de ajustar la renovación teórica a los presupuestos de la estilística. Con la expresa voluntad de poner al día la ciencia literaria española, Bobes Naves se detiene en largas consideraciones acerca de lo que puede entenderse por semiótica y sobre las relaciones que esta ciencia general del signo, según expresión común, mantendría con la lingüística. Este esfuerzo, sin embargo, se realiza sosteniendo una serie de principios básicos incuestionados y que son ajenos a las tendencias que pretenden difundirse y examinarse. Entre ellos destaca la definición del lenguaje como creación humana. Esta fórmula, repetida con variantes a lo largo de todo el libro¹⁵⁹, contradice uno de los axiomas básicos del pensamiento estructural, según el cual, una tal definición debería en realidad invertirse considerando 'lo humano' en su sentido más amplio, si no como producto, por lo menos como resultado del lenguaje y no al revés. El estructuralismo, ya desde su prehistoria saussureana, y explícitamente desde Lévi-Strauss, no considera la posibilidad de una

¹⁵⁸ Este desfase cronológico no es casual o meramente burocrático, sino que puede servir para datar el momento álgido de la demanda teórica: Será entonces y no antes que Dámaso se verá en la necesidad de ofrecer alguna respuesta en una colección que, como vimos, perseguía otros propósitos.

¹⁵⁹ "A medida que la civilización avanza en el dominio y en el conocimiento del mundo natural, se enriquece el lenguaje objetivamente y se amplían las posibilidades expresivas del hombre. Las generaciones que sucesivamente usufructúan un sistema de lengua, se benefician de los incrementos que experimenta en el tiempo. La lengua se constituye en patrimonio de la sociedad y de los individuos, que reciben a través de ella una cultura determinada y en un nivel determinado" (Bobes Naves 1973: 36). Esta perspectiva tiene como su correlativa la dicotomía materia / espíritu que, como en el caso de Dámaso Alonso, el contacto con el estructuralismo no ha logrado perturbar: "Las creaciones humanas como cultura objetivada, tienen dos componentes reales que podemos denominar, en forma general, materia y espíritu. [...] La lengua descubre así los dos elementos señalados como formantes de todo objeto cultural: una parte de materia, y un contenido de valor, añadido por el hombre intencionalmente" (Bobes Naves 1973: 37-38). Se insistirá sobre este punto más adelante.

humanidad pre-lingüística, y evacúa de ese modo la pregunta por el origen, considerándola un pseudoproblema. La perspectiva de Bobes Naves, en cambio, es deudora de la lingüística romántica por un extremo y del mito positivista del progreso ilimitado por el otro. Para Bobes Naves la lengua es efectivamente una estructura dinámica y cambiante, pero con un sentido progresivo en su desarrollo, que remontándose en el tiempo conduciría a una suerte de Ur-Lange, creación primera del 'hombre' ante la aguda necesidad sentida de comunicarse o expresarse, y que se iría enriqueciendo y complejizándose, constituyéndose de este modo en una herencia que la sociedad se da a sí misma, y cuyo valor dependería del grado de desarrollo que cada sociedad determinada hubiera alcanzado. Casi no hay que recordar que todo este planteamiento es precisamente el que Lévi-Strauss refuta al final de su *Pensamiento salvaje* en polémica con Sartre¹⁶⁰.

Hablar en términos de 'creación' para referirse al lenguaje desemboca además de un modo bastante inevitable en una perspectiva individualista-intencional, ya que, aun cuando se conceda la posibilidad de una creación colectiva, será generalmente al precio de atribuir a dicho colectivo los rasgos de un sujeto intencional. Con ello se compromete seriamente la posibilidad de tratar fenómenos culturales amplios –la literatura, por ejemplo– de modo estructural, es decir atendiendo a la organización simbólica de sus manifestaciones sin necesidad de fundarlas metafísicamente en una intención, en un acto creativo y único. Consecuentemente, Bobes Naves desestima la posibilidad de una semiótica que se postule como teoría general de la cultura, aduciendo que tales pretensiones no han sido verificadas y que, de un modo amplio, los estudios sobre sistemas de signos no lingüísticos terminan reduciendo sus objetos a los moldes

160 La pervivencia de un sujeto moral sartreano en el discurso de Bobes Naves puede identificarse en frases como la siguiente: “La naturaleza de las cosas creadas por el hombre participa de la nota fundamental en la naturaleza humana: la libertad” (1973: 63).

del lenguaje natural. Se confirma así el estatuto ambiguo del lenguaje, que es a la vez una creación cultural entre otras (el derecho, la pintura, la religión) y al mismo tiempo la inesquivable matriz explicativa de todos ellos. Tal vez Bobes Naves no advierta esta ambigüedad, sin embargo saca buen provecho argumental de ella, ya que la usa para recortar el ámbito de lo semiótico a lo lingüístico, y más aún, a lo lingüístico comunicacional. Desde su concepción intencional, y arquetípicamente estilística, la lengua posee dos funciones principales: comunicación y expresión, que serían, decíamos, las dos necesidades humanas que habrían llevado a su creación. Este bifuncionalismo «natural» encontraría un reflejo incontestable en la división de los estudios sobre el lenguaje: lingüística para la comunicación, y estilística para la expresión. He ahí, de nuevo, el problema del reparto del saber a la luz emergente de lo simbólico. Evidentemente, desde este punto de vista dicotómico, la semiótica (estructural) supone una perturbación al orden «natural» de las cosas. De ahí que la larga introducción con la que Bobes Naves abre su volumen –y que ocupa un tercio del mismo– pueda interpretarse como un esfuerzo por responder a este cuestionamiento y hasta por zanjarlo, por devolver las cosas al punto en que las había dejado la clausura saussureana de Dámaso. El primer paso que Bobes Naves da en este sentido es ofrecer una definición parcial de la semiótica, a la que identifica de forma casi exclusiva con la filosofía analítica:

La finalidad de los análisis semióticos se orientó, al menos en sus autores primeros, a fijar las leyes que siguen los sistemas de signos en sus modos de significar para aplicarlos a la lengua y conseguir así un sistema estable de signos, apto para la expresión científica (1973: 14).

De ahí en adelante, sigue una larga discusión acerca de las posibilidades de científicidad de la lingüística que remata con la siguiente distribución del trabajo científico:

La lingüística aborda el estudio de la lengua con método funcional [...], y es, por ello, ciencia de la cultura. La estilística está, en cuanto a método se refiere, en el mismo nivel de la ciencia, si bien altera un tanto los cauces del método funcional al valorar previamente la forma de lenguaje que analizará. Mientras la lingüística se enfrenta con cualquier manifestación de la lengua, aunque se limite en cada caso a un aspecto de ella, la estilística valora inicialmente el lenguaje considerado literario. [...] Le semiótica utiliza hasta un determinado momento el método funcional -mientras analiza los lenguajes naturales-, pero parte también de una previa valoración que le lleva a seleccionar o calificar de adecuados o inadecuados unos usos frente a otros, en razón del criterio de exactitud (1973: 67).

Así se reparte el pastel de la lengua: la lingüística, ciencia funcional y general, lo toma entero en tanto sistema, y ahí subsiste lo que de estructuralista tiene el enfoque de Bobes Naves; la estilística se ocupa entonces del lenguaje en tanto función expresiva y por lo tanto en su dimensión individual, más adelante nos dice: “la estilística analiza el lenguaje ya configurado en una obra literaria, que tiene un indudable valor social, pero no le interesa tanto esta dimensión como los indicios que lo convierten en algo individuante, en la lengua específica de un autor. Los términos 'estilo', 'ideolecto' coinciden en su referencia a un sujeto único” (1973: 69). En términos saussureanos, la estilística propuesta por Bobes Naves, como ocurre en el caso de Dámaso, sería algo cercano a una *lingüística del habla literaria*; pero sería, por decirlo así, un habla sin lengua, sin sistema más allá de la lengua, a la que la dimensión social “no le interesa tanto”. Si desechamos el valor de coartada que tiene la atenuación, comprendemos que lo que propugna Bobes Naves es un retorno a perspectivas humanistas que tratan de

preservar la unidad del constructo cultural 'hombre' como individuo sustantivamente a-social o por lo menos anterior a toda socialización.

La perspectiva intencional, más la consideración expresiva de la literatura, conducen finalmente a una reducción del papel de la crítica al de una hermenéutica idealista que considera el sentido de un texto como emanación de la intención del autor, a la que el crítico, merced a su sensibilidad privilegiada, accedería si no plenamente, por lo menos en una aproximación cuyo límite tiende a cero y que, por lo tanto, proporciona valor de verdad a su trabajo. En este punto, la huella de Dámaso Alonso es incuestionable. Con estos criterios puede incluso establecerse, como hacían las retóricas clásicas, una jerarquía de pureza de los géneros, cuya cima, evidentemente, la ocupa la lírica, a la que Bobes Naves define en estos términos:

En el lenguaje literario, la lírica busca [...] los casos de máxima expresividad: las palabras, las expresiones sugieren más que comunican y tratan de crear en el lector un estado emocional semejante al del autor (1973:195).

De este modo, se clausura una vez más toda posibilidad de pensar la literatura como un acontecimiento simbólico cuya realidad no se agota ni en su existencia institucional manifiesta ni en el escrutinio de voluntades de sus autores. El libro de Bobes Naves depende en forma cabal de las operaciones críticas que vimos realizar a Dámaso unas dos décadas atrás. Más que por sus aportes concretos al tema que trata, destaca por su particular posición institucional, como la única respuesta autóctona que ofrece el catálogo de la «Biblioteca Románica Hispánica» a una inquietud que empieza a desbordar los cauces tradicionales de la filología. Tendremos ocasión de apreciar la magnitud de ese desborde en el siguiente apartado, al analizar la obra de Antonio García Berrio, *Significado actual del formalismo ruso*.

3. Ensayos de actualización (2): ruptura y compromiso en *Significado actual del formalismo ruso* (1973) de Antonio García Berrio.

Como vimos, Bobes Naves realiza su intervención en una línea de continuismo, que trata de paliar las rupturas que podría ocasionar la misma renovación metodológica que lleva a cabo, poniendo buen cuidado en que no se altere el reparto del saber que, en materia de lengua y de literatura se venía sosteniendo tradicionalmente. Bobes Naves, además, evita toda contaminación y todo trasvase de la actualización científica hacia objetivos políticos de remodelación institucional universitaria. García Berrio, en cambio, manifiesta de forma muy explícita la voluntad de renovación y actualización del campo académico español con toda la complejidad que asumía ese gesto y más allá de una pura puesta al día nocional. Permítasenos reproducir en extenso un párrafo del prólogo que él mismo antepone a su estudio, pues lo consideramos un documento de primer orden para entender la situación en la que se encontraba esa nueva camada de profesores que se acercaba a cátedras malogradas desde hacía tanto tiempo:

Quizás mi condición de profesor de la disciplina que en nuestro país se explica bajo la denominación de Gramática General y Crítica Literaria sea algo positivamente revelador para el lector y le ayude a formarse una idea exacta, desde el principio, de mi propósito al escribir este libro, y de lo que éste pretende aportarle. [...] Ante todo debo aclarar que, al escribir el libro, he tenido siempre en cuenta la experiencia resultante de mi condición de profesor [...]. He procurado, pues, escribir una obra que sirva en la coyuntura actual científica y social de los universitarios españoles. Los que a diario veo en mis clases y en mi seminario, estudiantes y jóvenes graduados. A todos los jóvenes lingüistas y críticos que quieran saber, se les ofrece esta obra, que a mis colegas profesores pocas novedades y aciertos puede brindarles. Salvedad ésta, por cierto, que hoy en nuestro país, desgraciadamente, es preciso extender, en ocasiones con mucha más razón, a un buen número de esforzados profesionales de la especulación humanística, a los que el tradicional anquilosamiento casi general de nuestros

centros universitarios mantiene alejados de la docencia, ya sea por expresas o tácitas interdicciones, ya -lo que de modo alarmante va siendo caso más general- porque la ubicación universitaria, integrada, no les ofrece alicientes ni garantías científicas que compensen los sacrificios del laborioso proceso administrativo de integración. Unos y otros, los de afuera y los de adentro de España, conocen de sobra las dificultades inherentes a un proceso autónomo de despliegue cultural realmente actual sin contar con la propulsión de las estructuras sociales y científicas oficiales. [...] Consecuentemente con el posible público y sus circunstancias, he juzgado oportuno enriquecer el libro en todo momento con la transcripción de numerosas citas, en ocasiones bastante extensas, así como abundantes referencias bibliográficas que permitan poner en directo textos fundamentales al alcance de lectores con mucha frecuencia aislados y en medios de difícil acceso a bibliotecas de la especialidad bien abastecidas. (1973: 7-9)

La extensión de la cita, como preveníamos, se justifica en lo excepcional del testimonio: se reconocen, con la reserva propia del caso, la precariedad de una institución universitaria 'anquilosada' que ahuyenta, por obra u omisión, a sus elementos más inquietos, así como en general, la falta de medios materiales y apoyos institucionales a la educación superior. El arranque, en fin, promete algo distinto a cualquier huera glorificación del elemento nacional en la ciencia universal –el remanido “esto nosotros ya lo sabíamos” que Lázaro Carreter (1976: 124) remonta a la polémica con el realismo francés como una triste tendencia de la crítica española y que en estas páginas hemos visto aparecer ya varias veces– y, sin duda, este inhabitual punto de partida tiene sus raíces sociológicas. José-Carlos Mainer las describía, hace ya algunos años, en términos breves y evocadores:

A fines de los sesenta, se hablaba mucho de sociología literaria y de estructuralismo. Por debajo de aquellos nuevos horizontes epistemológicos, bullía una tectónica histórica que hoy empezamos a entender con más claridad:

la fuerte ideologización izquierdista que acompañó todo el decenio y la presencia de una nueva promoción de profesores que se preguntaba por su función en una sociedad en acusado (y desordenado) crecimiento (Mainer 2003: 93).

García Berrio, como él mismo admite, se encuentra inmerso en esa tectónica de la que los PNN, profesores no numerarios, no fueron, precisamente, un actor menor. Su libro exige ser leído en ese contexto para entender el doble eje sobre el que se articula: Actualización teórica y compromiso político. De ahí también que Mainer pueda hablar de la coincidencia entre estructuralismo y sociología literaria como descubrimientos simultáneos e igualmente revulsivos. En cualquier caso, ambos aspectos, teoría y compromiso, se condicionan mutuamente en la obra de García Berrio, desde el título mismo del trabajo. *Significado actual del formalismo ruso* se pregunta explícitamente por las posibilidades de una crítica literaria que además de garantías científicas ofrezca una repuesta moral a la acuciante situación política en España y en el mundo. La cuestión, para García Berrio, pasa por rehabilitar los aciertos y méritos del formalismo, disputando la hegemonía del enfoque contenidista o estilístico como salvaguarda única de lo humano en el arte: ése y no otro debería ser su “significado actual”. El fondo incuestionado común será entonces el humanismo, y es desde esa perspectiva que se tratara de integrar al estructuralismo como heredero del formalismo:

Por encima del epidérmico fenómeno, pero partiendo de la incuestionable y única realidad, de dato, del ámbito fenomenológico, el llamado “estructuralismo” busca con sus corrientes más maduras y actuales establecer del modo más concreto y profundo posible la fisonomía exacta de la condición humana (García Berrio 1973: 226).

El asunto exigiría un examen muy detallado. La cuestión del humanismo presente en los postulados estructuralistas es controversial. Derrida, se sabe, la discute ejemplarmente a propósito de Lévi-Strauss en *De la gramatología*. Althusser, que tanto podría haber aportado, apenas recibe alguna mención en el libro de García Berrio. En cualquier caso, históricamente, el estructuralismo se las tuvo que ver más a menudo con la acusación contraria, la de antihumanismo¹⁶¹. La postura de García Berrio puede interpretarse entonces como una estratagema defensiva, que le permita discutir con la estilística, en tanto tendencia principal de esa “academia anquilosada” que él trata a la vez de actualizar y de democratizar, disputándole su principal patrimonio: “el hombre”.

Esta perspectiva, sin embargo, es solo renovadora en el contexto específico de España, cuya circunstancia política deja más bien poco espacio para frivolidades semejantes a la “muerte del autor”. Berrio dedicará incluso algún espacio a rebatir el elitismo de Ortega en *La deshumanización del arte*. El diálogo crítico en España venía, en fin, con cierto grado de atraso. Por otro lado, y ahí está lo que nos importa, el compromiso humanista actuará como una suerte de techo de cristal, propiciando una recepción del estructuralismo cuanto menos parcial, y promoviendo un debate con la estilística que inquietará menos de lo aparente sus fundamentos epistemológicos más hondos.

De todos modos, el debate se da. García Berrio será perfectamente claro en este punto, y aunque su análisis aliente por momentos la consabida identidad entre los tres

¹⁶¹ La expansión del estructuralismo en Francia ha proporcionado una nutrida historia a estos debates, en los que participaron nombres de importancia. Sobre todo, por el lado marxista, puede pensarse en el ya citado Henri Lefebvre de *Más allá del estructuralismo* o el *Marxismo, dialéctica y estructuralismo* de Lucien Goldmann; o en una serie de polémicas puntuales y muy conocidas que jalonaron el devenir del estructuralismo francés, como las sostenidas entre John Lewis y Althusser, las de Lévi-Strauss con Sartre o Derrida, o por qué no, hasta cierto punto, también la más literaria de todas ellas, entre Raymond Picard y Roland Barthes. Para una consideración más amplia del problema, y un deslinde de sus facetas netamente políticas dentro de la escena polémica francesa de posguerra, véase Baring 2011, en particular su primera parte.

'inmanentismos': estilística, formalismo y new criticism; propondrá otra ordenación y, sobre todo, procurará sacar a la estilística de ese lugar omniabarcativo, alfa y omega de la crítica literaria. Obsérvese lo que aventura en una nota al pie:

[...] no nos parece ni tranquilizador ni agradable el que nuestra opinión sobre los formalismos todos, incluida la estilística -como parcela metodológico-crítica importante, pero no única de la ciencia de la literatura, contraste con el parecer de admirados maestros españoles, después difundido e imperdonablemente deformado y caricaturizado por torpes sedicentes epígonos. La identificación, sin distinción, de estilística y ciencia literaria como totalidades fue, según creemos, en el caso de algunas mentes realmente próceres, fenómeno episódico, fruto incluso de circunstancias históricas, en definitiva sometido a la extremosidad de cualquier polémica intelectual, y en suma perfectamente defendible desde esas mismas circunstancias. Nada más; en los demás casos nos parece o un mero juego con meras palabras innecesarias, o un craso error. (1973: 72, n. 20)

García Berrio mantiene el tono polémico a lo largo de todo el libro, con momentos de emergencia fuerte. Su propósito es claramente el de contraponer el formalismo ruso, su antipsicologismo, la cautela en sus aseveraciones, su sistematicidad acumulativa; a la estilística fundamentalmente de cuño idealista. Siempre, sin embargo, manteniendo el suelo común del humanismo:

[...] lo que las meticulosas disecciones de los formalistas sobre las obras de arte, obras humanas en definitiva, nos proporcionan de real e incuestionable conocimiento de mecánicas del comportamiento humanas y sociales, tiene quizás más valor, en su mismo silencio, que las expresas evocaciones, con menos peso analítico, de los reinos insondables y, por ende, poco comprometedores de las ideas directamente inefables. (1973: 81)

Es cierto que en su aproximación polémica, García Berrio no siempre afinó los conceptos que manejaba. Su voluntad de ofrecer un panorama lo más amplio posible de la teoría contemporánea, lo forzó a veces a ser sumario, a equiparar posiciones que deberían matizarse antes que igualarse, a arriesgar anfibologías¹⁶², pero no es menos cierto que, más allá de eso, es capaz de localizar con mucha pertinencia los núcleos problemáticos de las polémicas que aborda. Así por ejemplo, al tratar sobre la relación entre lingüística y crítica literaria en el marco de una posible definición -o desarticulación- de la 'lengua poética', García Berrio compara la situación vivida en Francia con la española y concluye en línea con lo que venimos notando:

En España, con una gloriosa historia de colaboración lingüístico-crítica fundida en los moldes de la estilística y la lingüística diacrónica, con nombres tan significativos como los de Dámaso y Amado Alonso, Menéndez Pidal y Rafael Lapesa, el espíritu de colaboración no aparece planteado de modo tan problemático [como en Francia]. Y ello se debe, quizás, a que el modelo de descripción lingüística que perdura preponderantemente sea el idealista-estilístico, que no plantea demasiados problemas de adaptación. (1973: 108).

Estos términos, sin embargo, no tendrán mayor desarrollo en el volumen de García Berrio, quien funda la polémica contra la estilística en su confianza científicista en un discurso que pueda superar las vaporosidades de la retórica académica entonces en boga¹⁶³. El núcleo del problema, ciertamente, lo localiza en la concepción de la

162 Tomemos por ejemplo, su apretada nómina de autores favorables a una concepción de la lengua poética entendida como desvío de la norma: “los teóricos del Círculo de Praga ya aludidos [...], llegaron a informar serias formulaciones de base rigurosamente lingüística-estructural, como la de Pierre Guiraud o Knud Togeby en Europa, y las de Samuel R. Levin o Roger Fowler en América; pasando por análogas opiniones sustentadas en campos críticos menos específicamente lingüístico-estructurales, como Walter Benjamin o Max Bense” (1973: 119-120).

163 A propósito de esto, en un artículo dedicado a la memoria de Francisco Ynduráin, José-Carlos Mainer recuerda que, por esas fechas, “a falta de la originalidad y brillantez de los dos Alonsos fundadores – Amado y Dámaso–, buena parte de la estilística española se refugiaba en relamidas tesinas sobre «El

lengua cuyas raíces, con acierto, ubica en el idealismo y por momentos, parece establecer con claridad sus diferencias con esta posición:

Hemos tenido ocasión de examinar el principio de la textualidad del hecho literario en los formalistas rusos y sus secuelas inmediatas, la dinamización de los elementos poéticos, su desautomatización, y la condición radical de pluralidad de la palabra poética. Conceptos básicos, jamás formulado como tales por ninguna escuela crítica o pensador aislado, y que constituyen la base, como hemos mostrado, de las más importantes explicaciones actuales de la esencia poética. (1973: 160)

Es meridiano el modo en que García Berrio propone firmemente la irreductibilidad del formalismo a la estilística, y cómo señala el núcleo de esa misma irreductibilidad en lo que antaño fuera el coto privado de los estilistas: “la esencia de la poesía”. Sin embargo, esa misma formulación debe ponernos sobre alerta. Aun cuando las alusiones de García Berrio al formalismo puedan extenderse, e identificarse, en sus propias palabras, al estructuralismo, en tanto tal denominación englobaría “la general renovación metodológica” arrancada con los primeros, lo cierto es que en ningún momento se propone abjurar por completo de un paradigma humanista fuerte, en el que el 'hombre' sigue siendo centro incuestionado y dador de sentido.

Esta perspectiva implica, en el nivel de la teoría lingüística, mantenerse dentro de los límites de la dicotomía clásica comunicación / expresión, si bien lo que ahora pugna por expresarse sea una naturaleza humana general. De ahí que García Berrio dedique tanto espacio en su trabajo a la problemática de la lengua poética para concluir que la clave, y por lo tanto el aporte principal del formalismo que debe ser rescatado, se encuentra en “la dinamización rítmica y las distorsiones de la sintaxis lógico-

sentimiento del paisaje en fulano de tal» o «Las correlaciones expresivas en los sonetos de zutano» (2003: 43).

comunicativa merced a las exigencias rítmicas” (1973: 198). Esto no es sino una variación, con nueva jerga, de la oposición entre lengua (comunicación) y poesía (expresión) según la podía formular un estilista de fuste indiscutible como Carlos Bousoño:

Mezclamos *lengua y poesía* en nuestra cotidiana conversación; no debemos realizar esa mezcla en el poema. Precisamente la causa de que un poema no esté conseguido del todo se debe a la presencia de elementos de lengua dentro de él. El poema debe ser por entero una sustitución: un sustituyente (Bousoño 1952: 55).

El asunto tiene su miga porque la cita anterior la extraemos del polémico volumen en que Bousoño adopta programáticamente el eslogan de Aleixandre “poesía es comunicación”. Desde luego que hay razones de índole histórica¹⁶⁴ para entender cómo un crítico salido del riñón de Dámaso Alonso pudo llegar a una formulación semejante, en principio, diametralmente opuesta al más previsible “poesía es expresión” y que, en definitiva, parece ser lo que se aboga en el párrafo citado. La explicación teórica, sin embargo, aporta un tipo de luz más general a la cuestión y nos ha de permitir ver como reverberan todas estas posiciones en el trabajo de García Berrio. La clave está en entender que el concepto mismo de expresión presupone la existencia de un mensaje concreto que la antecede, una garantía de sentido, que la expresión simplemente recubre con rasgos individualizantes. A lo sumo, como hemos visto en el caso de Dámaso

¹⁶⁴ Así, por ejemplo, lo aclaró José Ángel Valente, aunque sin referirse a la fortuna crítica de la fórmula: En los años cincuenta el medio literario era muy primitivo. Se estaba asistiendo a la irrupción de la poesía social, y algunos poetas mayores, los de la Generación del 27, advirtieron la influencia del estado de la poesía en esos tiempos y se asustaron. Creían que iban a perder pie en lo que estaba sucediendo y entonces se hicieron más papistas que el Papa y quisieron reabsorber la postura de la gente joven (que estaba recibiendo influencias muy politizadas, sobre todo ideológicas). Como consecuencia, nace de ellos, y en particular de Vicente Aleixandre, la fórmula primaria de 'Poesía es comunicación' (citado en Ramos 2008: 11).

Alonso, esa garantía se vuelve tendencial, “misteriosa”, pero no por eso menos presente y sancionadora.

En la vereda de enfrente, conviene recordar la réplica de Gil de Biedma:

(...) lo comunicado es, ante todo, el signo afectivo que la realidad del poema confiere a las experiencias que lo integran, y que desprendidas de él carecerían de sentido (...). Si es el poema en curso quien orienta y conforma la emoción, si ésta no es origen sino consecuencia que existe sólo en función de él, Y que no puede existir sin él, ¿no será el poema quien despierta esa emoción y pone al poeta, consciente o inconscientemente, en comunicación con ella? (citado en Ramos 2008: 15).

No tiene sentido hacer de Gil de Biedma un estructuralista *sui generis*, porque su fuente teórica explícita es Eliot, pero sí atender al giro que suponen sus argumentos con respecto a la posición estilista: El sentido, viene a decir, emana del signo, y no de ningún otro lugar, y como el signo es una entidad diferencial puramente negativa, no está garantizado más que como acontecimiento, como la presencia plena y huidiza a un tiempo de lo que se da, de lo que insiste en darse en su realidad recursiva de signo. No hay propiamente un afuera del lenguaje que lo justifique, y por consiguiente, no hay tampoco un “hombre” afuera del lenguaje. Los presupuestos lingüísticos, una vez más, encuentran su eco en la cuestión candente del humanismo: “el fallo de toda doctrina de la poesía como transmisión” escribe Gil de Biedma, “reside en olvidar que el poeta trabaja la mayor parte de las veces sobre emociones posibles y que las suyas propias sólo entran en el poema (tras un proceso de *despersonalización* más o menos acabado) como emociones contempladas, no como emociones sentidas” (ibíd. 14-15, el destacado es nuestro).

Por otro lado, no hay que menospreciar la identificación -o la reducción asimiladora, si se quiere- entre estructuralismo y estilística vigente en aquel entonces

para entender que quienes proclamen con más lucidez su oposición a la segunda, desdeñen o no atiendan los posibles argumentos que hubieran podido extraerse del primero. En cualquier caso, lo aclarado es que postular un sentido garantizado, anterior al lenguaje mismo y garantía de lo humano, es lo que le permite a la estilística mecerse con tanta holgura como lo hace Bousoño entre los dos extremos, comunicación y expresión, de lo que solo en apariencia sería su oposición fundante.

Del mismo modo, al mantenerse en el territorio del humanismo, García Berrio cede antes a estas dicotomías aparentes que a la potencia epistemológica de ese tercer orden de lo simbólico que se instituye con el estructuralismo. A pesar, entonces, de acoger en aluvión la nómina de nuevos críticos que habrán de roer su hueso teórico hasta reducirlo a astillas (Lévi-Strauss, Barthes, Foucault, Kristeva, Genette, Greimas, son mencionados en varias ocasiones), el crítico albaceteño preferirá concluir su obra presentándose como un morigerador de los tan temidos “excesos teóricos”, en nombre, una vez más, de ese hombre que es ante todo el de la estilística, permanentemente amenazado por contaminaciones degeneradoras, y que el estructuralismo, en fin, no termina disolver en las reactivas tierras de España:

Resulta obligación ineludible de los historiadores de las ideas literarias aceptar y prevenir los riesgos que los movimientos de que se ocupan pueden proyectar sobre la realidad artística contemporánea. En nuestro caso, el formalismo, que no puede ser olvidado lícitamente en modo alguno como cantera de enseñanzas histórico-técnicas aún no agotada, constituye por contraposición, en especial con su repentino descubrimiento tardío en Occidente, uno de los indiscutibles sustentos intelectuales, precursores del estricto estructuralismo, en que podría asentarse una modalidad de degeneración artística que comienza a insinuarse insistentemente en los últimos años. (García Berrio 1973: 423)

García Berrio, en fin, sostiene posiciones científica y políticamente dispares a las que mantenía Bobes Naves, discute incluso la prioridad, el papel mismo de la estilística en el orbe de la crítica literaria; sin embargo, la sorda hegemonía de esa tendencia, las comodidades de su sentido común, y la imposibilidad de quebrar el territorio mismo de la polémica dentro del ámbito académico -rasgo este, exacerbado en España, pero de ningún modo privativo del país, recuérdese si no la tardía y problemática inserción institucional de una buena mayoría de los críticos estructuralistas franceses- detuvieron su intento de ruptura a medio camino y, sobre todo, lo insensibilizaron a los términos en los que el debate pudo darse en otros lugares.

4. Ensayos de actualización (3): los límites del reformismo en *Estilística, poética y semiótica literaria* (1974) de Alicia Yllera.

Al igual que Bobes Naves o García Berrio, Alicia Yllera pertenece a la generación de docentes universitarios que se incorpora a las aulas en el clima aperturista de principios de la década de 1970. Su especialización en literatura francesa la pondrá tempranamente en contacto con la escena teórica parisina, y a partir de ahí, con lo más actual de la teoría literaria internacional. Su trabajo *Estilística, poética y semiótica literaria* de 1974, es un ejemplo particularmente significativo de las posiciones eclécticas dominantes en la academia española de la época, que denodadamente trataron de conjugar la voluntad de actualización y puesta al día científica con la resistencia a revisar íntegramente la herencia estilística en ese mismo marco de nueva científicidad que promovían. Señala, a la vez, el ocaso irremediable de la filología española como vehiculizadora única y excluyente de los avances teóricos en materia literaria. El caso

de Yllera resulta a un tiempo significativo y sorprendente, pues se trata sin duda de una de las conocedoras más vastas y profundas del panorama teórico literario del momento con que podía contar la academia española de entonces. El resumen que emprende en *Estilística...* –aún si se propone como un trabajo de divulgación¹⁶⁵– así lo demuestra.

El manual de Yllera está concebido como una exposición entre temática y cronológica de los desarrollos de lo que ella misma denomina “una crítica inmanente, una crítica "pura"; despreocupada de toda noción externa a la obra (autor, época, etcétera)” (93). Este punto de partida deja fuera tanto a la crítica psicoanalítica como a la sociológica, que solo serán atendidas en sendos apéndices a partir de la reedición de 1986. Sirve, además, de justificación al título de la obra, cuya tripartición se propone entonces como orden temporal, despliegue cronológico de una misma inquietud científica en torno a la especificidad de la obra literaria. Yllera llega incluso a proponer que entre esas tres tendencias, estilística, poética y semiótica literaria conviene ante todo establecer una relación de continuidad:

Esta diversidad terminológica no significa la existencia de disciplinas plenamente diferentes, sino que refleja las vicisitudes por las que han pasado los intentos de un estudio objetivo de la literatura ; de un estudio que parta de su materia misma, el lenguaje: Estilística, poética y semiótica literaria no son sino formas diferentes de una única intención que, buscando un método adecuado, se ha visto sucesivamente ligada a la filología, a la lingüística y hoy a la semiótica.

(31)

¹⁶⁵ De hecho, su libro aparece en la Editorial Alianza, una de las que Francisco Rojas puede considerar “de vanguardia”, tanto por su técnica comercial como por su vocación de ilustrar a las masas con libros económicos y de calidad, en línea con la gran tradición de editoriales comunistas y anarquistas de los años veinte y treinta, y que en España reaparecería a fines de los sesenta. De todos modos, Rojas, puntualiza: “Pese a poder catalogarse como empresa de la disidencia, no estaba identificada por el Ministerio como editorial especialmente “conflictiva” (aunque tuviera evidentes roces con la Administración). De hecho, su prestigio entre los círculos universitarios podía significar una buena propaganda para el régimen, como un elemento más de la política “aperturista” en su versión más integradora” (2013: 159).

La hipótesis de la continuidad la obligará, en realidad a traicionar la cronología. Su estudio, que se despliega casi como un diccionario de nombres, arranca por su puesto con Bally, y añade además a Charles Bruneau y Marcel Cressot¹⁶⁶ para el capítulo francés. Sigue luego con los estilistas idealistas, Vossler, Spitzer y, por supuesto, Dámaso y Amado Alonso, para llegar al fin a la estilística estructural de Michel Riffaterre. Sólo en el siguiente capítulo retornará a los formalistas rusos y arrancará así el período de lo que denomina ampliamente «poética» y que engloba también al estructuralismo checo y al francés, al que Yllera, por cierto, prefiere denominar «formalismo francés» o «escuela parisina». Esta ordenación tiene, como decimos, evidentes motivaciones temáticas, además de encontrarse justificada por la perspectiva occidental que adopta el libro, en un tiempo en que el «telón de acero» era aún una barrera inexpugnable. Pero más allá de eso; la organización del trabajo delata también la centralidad de la que todavía goza la estilística idealista en las tierras españolas. No se trata tan solo de ubicarla en el origen de un impulso científico que caracteriza a la vanguardia del pensamiento literario en el momento en que escribe Yllera; sino, sobre todo, de tomar a sus presupuestos, sus problemas y puntos de vista como referencia válida para la consideración crítica de los autores y de los temas presentados. Así, por ejemplo, en el capítulo «Problemas y síntesis», que trata de resumir lo expuesto, los dos primeros apartados se dedicarán a determinar la «Noción de estilo» y el «Carácter científico de la estilística». Puede pensarse, en definitiva, que el texto trata de adaptarse al lector español que pudiera estar interesado en estos temas, a

¹⁶⁶ Charles Bruneau fue, ante todo, un historiador de la lengua francesa que, como profesor de la Sorbona, impulsó una serie de tesis sobre la lengua y el estilo de distintos autores individuales; mientras que Marcel Cressot propuso en *Le Style et ses techniques* (1947) que la literatura debía ser, al contrario de lo que creía Bally, el campo privilegiado de las investigaciones estilísticas, ya que en ella las elecciones de estilo son conscientes, y de ese modo se haría más plausible la interrogación de las relaciones entre expresión y pensamiento idiomático, que es lo que Cressot concibe como objeto primordial de la crítica.

su formación y afinidades, pero el libro termina yendo más allá. La hipótesis de partida –la continuidad de una misma inquietud epistémica bajo distintos ropajes– deriva finalmente en una suerte de rehabilitación de la estilística. La tendencia, reconoce Yllera, vive horas bajas y no abundan en la escena internacional los trabajos que se adscriban a su doctrina, pero no por eso debemos suponerle, en 1974, un futuro poco halagüeño:

[La estilística] conserva un importante lugar dentro de los estudios immanentes de la literatura, a pesar de que en los últimos años escaseen las contribuciones originales en este dominio. Ningún procedimiento de análisis de la obra literaria puede considerarse completo si no tiene en cuenta la estructura superficial de la obra, su manifestación concreta. De este modo, la estilística parece llamada a integrarse dentro del conjunto de la teoría de la literatura (198).

“Estructura superficial de la obra” o “manifestación concreta” son sintagmas muy generales, ciertamente ambiguos, que remiten apenas al carácter verbal de la literatura. Yllera deberá recurrir a menudo a ese tipo de ambigüedades precisamente para poder mantener su hipótesis de la continuidad entre las distintas tendencias que analiza. Así, por ejemplo, y de modo muy significativo, puede apreciarse en la definición de obra literaria que propone:

Definiremos la obra literaria como un *mensaje lingüístico* –transmitido por la palabra o por la escritura– *caracterizado por ser una comunicación gratuita* (opuesta, así, a la comunicación esencialmente pragmática, interesada, a la oratoria, etc.) *e intemporal* (en el lenguaje cotidiano el mensaje se adapta a una sola situación; el mensaje literario está fuera de la situación), *centrada sobre la función estética* (su fin principal es un fin estético). Esta gratuidad y este carácter estético puede provenir del autor, pero el lector puede atribuirlo a una obra concebida con otro fin (162-163).

Puede decirse, sin temor a exagerar, que este párrafo es solo en apariencia una definición y que, en rigor, si se examina bien, lo que contienen estas pocas frases es una serie de desconcertantes indefiniciones: la obra literaria es un mensaje gratuito, pero tiene un fin, nos dicen, un fin estético; está «fuera de la situación», pero puede ser definida por la situación de lectura, aunque también, por cierto, lo puede ser por una intención originaria que entrega el mensaje a su destino auténtico. No hay modo, en definitiva, con estos pocos y huidizos elementos, de determinar cuándo un texto –oral o escrito– puede ser considerado literario y cuándo no; más bien nos invade el vértigo de pensar que la literatura está en todas partes o que quizás, con menos suerte, no esté en ninguna.

Esta situación deriva, como hemos dicho, en primer lugar, de los compromisos a los que se obliga Yllera con su hipótesis de la continuidad en el terreno de la teoría literaria y su amplio concepto de crítica immanente. Si Alonso y Genette, o Spitzer y Jakobson pueden llegar a ser avatares de un mismo impulso, respuestas divergentes a una sola pregunta, será necesario dilatar los términos de ese interrogante hasta el límite mismo de su extensión. Pero hay además una razón de otro orden en las dificultades con las que se topa Yllera, una razón que no guarda relación con la disposición de sus argumentos, sino que los atraviesa transversalmente; y es ahí donde aparece la potencia del quiebre estructuralista que su trabajo trata de soslayar.

Volvamos por un momento a un texto de Paul De Man que habíamos citado al comienzo de nuestra exposición. En *La resistencia a la teoría*, de Man identificaba, como vimos, el surgimiento de la teoría literaria con “la introducción de la terminología lingüística en el metalenguaje sobre literatura” (1990: 13). Y enseguida aclaraba:

Por terminología lingüística se entiende una terminología que designa la referencia antes que designar al referente y tiene en cuenta, en la consideración del mundo, la función referencial del lenguaje o, para ser más explícitos, que

considera la referencia como una función del lenguaje y no necesariamente como una intuición (Ibíd.).

Algunas líneas antes, precisaba con otras palabras:

Se puede decir que la teoría literaria aparece [...] cuando el objeto de debate ya no es el significado o el valor sino las modalidades de producción y de recepción del significado y del valor previas al establecimiento de éstas, lo cual implica que este establecimiento es lo suficientemente problemático como para requerir una disciplina autónoma de investigación crítica que considere su posibilidad y su posición (12).

De Man reconocerá, lo vimos al principio, el papel de primer orden que desempeña el estructuralismo en este advenimiento al ofrecer una teoría del lenguaje rigurosamente antiesencialista y una concepción diferencial de la significación. No hay espacio, entonces, para una definición que no acepte un ingrediente pragmático en su seno que, en opinión de De Man, representa tanto un momento de debilidad teórica como una ocasión para la subversión y la impredecibilidad, lo que convertiría a esa disciplina “en una especie de comodín en el serio juego de las disciplinas teóricas” (648). Volvemos así, una vez más, al comienzo de nuestras consideraciones –y quizás no sea esa la peor manera de concluir las–, al advertir de nuevo como el empuje teórico del estructuralismo desplaza a la literatura del cómodo lugar en el que se encontraba cuando podía definirse, fácilmente, en el interior de la dicotomía entre ciencias exactas y humanas; obligándola, en cambio, a operar en el terreno resbaladizo de lo indefinible, no como *ineffabile*, sino como indecible.

Yllera, que se da por tarea historiar precisamente los avatares de este desplazamiento, no se mostrará, sin embargo, afectada por la situación y se mantendrá todavía en el paradigma intencional que le proporciona la tendencia estilística

dominante. Si en algún momento acepta la nueva circunstancia, lo hará tan solo de modo implícito. Por ejemplo cuando, entre elogios, admite que la estilística de Dámaso es fundamentalmente ametódica:

Dámaso Alonso rechazó la existencia de un único método de análisis estilístico, siendo los aciertos de sus estudios prácticos, en los que pone en práctica este principio, la mejor demostración de la justeza de su afirmación” (157).

Lo que el proceder de Alonso pone de manifiesto, podría pensarse de otro modo, es ante todo la imposibilidad de una definición general de la literatura y la necesidad de establecer criterios particulares para cada una de las realizaciones que el crítico quiera incluir en su corpus. Alonso lo sabía muy bien, pero su labor nunca se vio perturbada por la exigencia de una definición semejante. En sus textos teóricos lo hemos visto más preocupado por establecer el estatuto y la función del crítico antes que la legitimidad y especificidad de su objeto, confiando éstas, en todo caso, al buen criterio del profesional que se ocupe de la literatura, y que siempre puede recurrir al «misterio último» de la poesía para justificar su elección. Amado Alonso también podía permitirse definiciones tautológicas por el estilo sin demasiados remilgos: Literatura es lo que saben apreciar los espíritus sensibles mejores, y éstos, a su vez, lo son porque coinciden en su apreciación de los mismos productos literarios. Hay, por su puesto, una tensión soterrada en toda esa preocupación gremial por establecer con claridad las condiciones de su práctica profesional; y la cristalización más clara de eso la encarnan las vastas operaciones que ambos emprenden, como vimos, para desactivar la potencia destabilizadora del paradigma estructuralista. Pero a comienzos de los setenta la situación ha cambiado, en buena medida por la eclosión de las posibilidades teóricas abiertas por el pensamiento diferencial que inaugura Saussure, y lo que ahora está en

cuestión es el consenso social y académico en torno a lo literario. Con sus intentos de definición, Yllera está respondiendo a una demanda que un libro como el suyo, en otro momento, habría sentido de un modo mucho más morigerado.

La respuesta que ensaya está, por cierto, determinada por el predominio del paradigma idealista en tierras españolas. Desde el punto de vista sociológico, Yllera representa un punto intermedio entre un elemento tan asimilado al sistema como la opusdeísta María del Carmen Bobes Naves, y otro claramente marginal como el PNN Antonio García Berrio. Yllera es ya encargada de cátedra en la Universidad de Zaragoza cuando aparece su libro, trabaja en un departamento secundario de esa institución, el de filología francesa; tiene, pues, garantizados ciertos márgenes de maniobra y una familiaridad más directa con la crítica internacional, en ese momento liderada por Francia. Todo eso se deja notar en su trabajo. Pero al mismo tiempo Yllera es también un producto de la academia española. Doctorada en filología románica con una tesis dirigida por Rafael Lapesa sobre las perífrasis verbales en el español del siglo XV, ha sido educada en los principios de la estilística, en los mitos de la continuidad y la morigeración que vimos implantarse a lo largo de la década del cincuenta y prolongarse mucho más allá. En su libro, aun a pesar de aceptar algunas críticas puntuales –como la debilidad de la noción de desvío para dar cuenta de lo que pudiera ser un estilo– adhiere a ellos y los acepta en su parte fundamental, esto es, en el esquema fenomenológico que los sustenta y sobre todo, en la dependencia de un sujeto intencional.

En ese sentido, es reveladora la ausencia de referencias a la crítica psicoanalítica en las primeras ediciones del libro. Esto se explica, en primer lugar, por la decisión metodológica de centrarse en la crítica intrínseca, inmanente –categoría, ésta, que, por otro lado, y si se piensa en lo que hemos dicho en el capítulo anterior acerca de Masotta y Rosa, habría podido ser desarticulada sin dificultad desde lógicas psicoanalíticas–.

Pero la desatención que Yllera le presta a esa tendencia va más allá y, por poner un ejemplo, a pesar de reconocer que el texto fue revisado (Yllera 1974: 7), el nombre de Carl Gustav Jung aparece, en todas las ediciones, escrito como Young o Yung¹⁶⁷. No se trata, sin embargo, de adoptar una actitud persecutoria, sino de entender cómo se organizaron los materiales de estudio a la hora de elaborar un libro como éste. Eso puede ayudarnos a comprender mejor, a su vez, las filias y fobias que lo recorren.

Sobre ese último aspecto, el de las fobias, y sin abandonar la espinosa cuestión del sujeto intencional, conviene detenerse en las páginas que Yllera le dedica al trabajo de Roland Barthes. La obra del crítico francés es examinada en distintos pasajes; primero en el capítulo «La Poética», en el que se reseñan sus argumentos en torno a la polémica con Picard y, básicamente, se ofrece una lectura de algunos de sus *Ensayos críticos* y de *Crítica y verdad*. Barthes reaparece luego en «La Semiótica poética», tercer capítulo del libro de Yllera, y lo hace entonces en calidad de autor de las *Mitologías* y de los *Elementos de semiología*. Será este el terreno en el que Yllera considera más apreciable y significativa la influencia de Barthes, si bien, para desdoro de la disciplina, pues su principal contribución habría sido la extensión de un error:

Barthes parte de Saussure, de Hjelmslev, de Lévi-Strauss, etc., pero adolece del defecto de emplear sin el rigor necesario conceptos y términos perfectamente delimitados en lingüística. Inconscientemente, creyendo contribuir a la semiología saussureana, se aleja de su propósito inicial –el descubrir los sistemas de comunicación no lingüísticos– para convertirla en una ciencia de la manifestación, de la significación. [...] Partiendo de [Hjelmslev], Barthes juzgaba que todos los “sistemas comunicativos” por el descubiertos

¹⁶⁷ Esta errata no se repetirá en el «Apéndice 1» del libro que se incluye en la tercera edición del mismo, pero permanecerá inalterada en el resto del texto. Yllera, que exhibe una gran competencia cuando se trata de exponer los avatares y la historia de la crítica francesa, se muestra menos segura en otros terrenos. Antonio Gramsci, por ejemplo, sufrirá una suerte parecida a la de Jung, y se convertirá en «Gramsa»; mientras que al pionero del psicoanálisis en lengua inglesa, el neurólogo Ernest Jones, se le atribuirán estudios de física, presumiblemente por una mala traducción del término inglés «physician» (1974: 172).

podían ser tratados según el modelo lingüístico. Basándose en la afirmación hjelmsleviana [...] de que todo sistema semiótico podía ser vertido a la lengua natural (lo cual es, sin duda, acertado), Barthes invierte la proposición saussureana de la semiología como ciencia general de los signos, de la cual la lingüística sería parte importante: “[...] la lingüística no es una parte, ni siquiera privilegiada de la ciencia general de los signos; es la semiología la que es una parte de la lingüística” (1974: 130)

Analicemos este fragmento. Yllera reprocha en primer lugar el uso poco riguroso que Barthes hace de los términos lingüísticos. Después de lo visto en el capítulo segundo en relación a Dámaso y a los estragos que éste perpetra sobre el par saussureano *significante / significado* –estragos que Yllera considera, sin embargo, una “profundización” y “reformulación” de los conceptos de Saussure (1974: 25)–, es evidente que un juicio semejante debe considerarse más una toma de posición que una valoración crítica de la obra de Barthes. A Yllera le gusta más Dámaso, simplemente. Pero, debemos preguntarnoslo ¿qué es exactamente lo que le disgusta del crítico parisino? Según lo formula ella misma, es la inversión que realiza a la concepción tradicional de la semiología propugnada por Saussure como ciencia general de los signos, y que Barthes, propone, en cambio, subordinar a la lingüística. Esta inversión resulta inquietante, en primer lugar, porque lo que implica teóricamente, aun en contra de las apariencias, es una indistinción entre la lengua y los demás sistemas de signos. Si la lingüística es solo una rama de la semiología significa que, como las demás, puede reclamar su lugar particular, sus características y propiedades excluyentes que la distinguen del resto: el código de circulación, el sistema de la moda o de los colores, etc. Sin embargo, desplazar la lingüística a la categoría de hiperónimo de la semiología implica, en cambio, suponer que la lengua «natural» puede funcionar –aunque solo sea teóricamente– como patrón y modelo de los demás sistemas simbólicos, y establecer

entre ellos, por lo tanto, antes una continuidad, una cuestión de grados, que una diferencia radical. Esa diferencia es lo que Yllera pretende resguardar precisamente como asiento de un sujeto intencional, pues esto es lo que distinguiría a la lengua de los demás sistemas de signos: la voluntad de comunicación. A propósito de esto, Yllera rememora los desacuerdos entre Barthes y los semiólogos Luis J. Prieto y Eric Buysens:

Para Barthes, el sentido del término signo o de sistema de signos es algo tan evidente que, sin necesidad de definirlo unívocamente, puede emplearlo referido al catch, a la moda, etc. Otros autores, Buysens, L. Prieto, ectétera, han señalado que sólo puede hablarse de signo en el caso de fenómenos producidos con la única intención de comunicar algo, y sólo en este caso podremos hablar de comunicación propiamente dicha (132).

Yllera se manifiesta a favor de la posición de Buysens y Prieto, e incluso se permite la siguiente recomendación:

Así pues, un mensaje comunica, en sentido propio, algo; la moda, el vestuario, etc., son síntomas de algo, ya que no es ésta su única función. Puede plantearse un doble estudio de estos dos aspectos, pero habría que mantener la peculiaridad de cada uno de ellos. Convendría plantearse estos dos tipos de estudios, no aboliendo las diferencias existentes entre ambos, sino profundizando en sus diferencias (133).

Profundizar las diferencias, en lugar de abolirlas, significa fundamentalmente, encerrar a la semiología en el territorio del signo, en vez de abrirla hacia la significación. Y ya lo vimos al evocar nuevamente a Paul De Man; el estudio del signo puede desarrollarse de un modo más o menos instrumental: Eso es lo que ha buscado hacer siempre la estilística con los desarrollos de la lingüística. Pero poner bajo examen a la significación supone que no es el significado o el valor lo que se discute, sino sus

modalidades de producción, lo cual implica que el establecimiento de ambos, valor y significado, lejos de darse por descontado, resulta problemático. De Man prolonga este argumento en dos direcciones fundamentales. En primer lugar, insiste en que:

Al considerar el lenguaje como un sistema de signos y de significación en lugar de una configuración establecida de significados, se desplazan o suspenden las barreras tradicionales entre los usos literarios y presumiblemente no literarios del lenguaje y se libera el corpus del peso secular de la canonización textual (649).

He aquí, entonces, la ansiedad por la definición ligada a la exigencia de un sujeto intencional como el que reclama la estilística. De Man insiste sobre esto en otro punto afín al de las definiciones: las confusiones que rodean al término «literariedad». A menudo, nos dice, se lo considera “otra palabra para designar la respuesta estética [...]”. El uso, en conjunción con literariedad, de términos tales como estilo y estilística, forma o incluso «poesía» [...] alimenta esta confusión” (650). No hay dudas, a estas alturas de nuestra exposición, de que ésa es exactamente la situación de Yllera. La pregunta por la literariedad insta una nueva división, pero esta vez no lo hace entre la lengua y los demás sistemas de signos, sino en el seno mismo de la primera. De lo que se tratará, será de establecer la frontera entre un uso común, cotidiano, y un uso literario o poético para la lengua. De Man afirma que el modo más extendido –con recaídas incluso entre los mismos practicantes confesos de la crítica estructuralista– de caracterizar esa frontera será el «cratilismo», es decir, la suposición de que la literatura, en oposición a la lengua común, se propone como un amplio procedimiento de remotivación de los signos. Yllera confirma ese parecer de De Man y sostiene, sin medias tintas: “la función poética reside en un intento de motivar el lenguaje” (162). Yendo más allá, apelará a un argumento de autoridad sorprendente: “La función poética, para Genette, reside

esencialmente en ese intento de motivar el lenguaje” (162). La mención es sorprendente porque unas páginas atrás (90), se citaba la prevención del propio Genette frente al juego de correspondencias entre las vocales y los colores, y su petición de sustituir las analogías elemento a elemento por las homologías de sistema a sistema. Lo que en todo caso interesa al autor de las *Mimológicas*, es advertir que esa tensión entre arbitrariedad y motivación recorre el discurso sobre el lenguaje y la literatura desde el *Crátilo* de Platón. Es casi innecesario advertir que su preocupación por el asunto es de carácter histórico:

Más allá del antagonismo episódico y a través de numerosos desplazamientos del énfasis y del equilibrio, nos encontramos, por todas partes, la siguiente triple valorización de la relación analógica: engre significantes (homofonías, paranomasias, etc.), entre significados (metáfora), entre el significante y el significado (motivación mimética). En gran medida, una convergencia semajente probablemente sea índice de una “verdad”; pero es también, y quizás por encima de todo, un signo de los tiempos y un tema de la época. Lo acompaña inevitablemente una elección, consciente o no, en el interior del corpus poético [...]. Nuestro “lenguaje poético” es el lenguaje *de una cierta poesía* (1995: 246)¹⁶⁸.

Yllera, desde luego, no podía conocer estas consideraciones de Genette; las *Mimológicas* se publicarían dos años después que su manual sobre *Estilística, poética y semiótica literaria*. Pero en su obra anterior el crítico francés ofrecía pistas suficientes como para ahorrarle una adscripción tan meridiana e ingenua al cratilismo. Lo que

¹⁶⁸ “Beyond all the episodic antagonisms and across many displacements of emphasis and balance, we encounter, all over the place, the following triple valorisation of the analogical relation: between signifiers (homophonies, paranomasias, and so on), between signifieds (metaphors), between signifier and signified (mimetic motivation). To a great extent such a convergence is probably and index of “truth”, but it is also, and maybe above all, a sign of the times and a period theme. It is Inevitably accompanied by a choice, conscious or not, within the poetic corpus [...]. Our “poetic language” is the language *of a certain poetry*”.

ocurre, por otro lado, no es simplemente efecto de una «mala lectura»; la confusión entre lo histórico y lo teórico es sintomática de una posición que no abjura de los “valores eternos”. Yllera, sin embargo, dice hacerlo, amparándose en el “perspectivismo” de Wellek y Warren (1966: 53 y ss.); pero en ese pretendido término medio entre el relativismo histórico y el absolutismo estético, lo que se preserva sigue siendo la identidad transitoria de la literatura y una perspectiva eminentemente esteticista. Wellek y Warren admiten de forma explícita que al adoptar esa posición, persiguen conjurar “el peligro más insidioso que se presenta hoy, al menos en los Estados Unidos [y que] es un relativismo equivalente a una anarquía de valores, una capitulación ante la tarea crítica” (54).

Nos encontramos de nuevo, en el terreno conocido de la discusión de valores y significados, en lugar de procesos de significación. De Man, de nuevo, aclara las distinciones que la renuncia al cratilismo opera en esta alternativa:

[el cratilismo es] un *efecto* que el lenguaje puede lograr perfectamente, pero que no guarda ninguna relación sustancial, por analogía o por imitación de base ontológica, con nada más allá de ese particular efecto. No es una función estética sino retórica del lenguaje, un tropo identificable (la paranomasia) que opera al nivel del significante y que no contiene ninguna declaración responsable sobre la naturaleza del mundo, a pesar de su fuerte potencial para crear la ilusión opuesta (651).

Al preservar el carácter convencional de la relación entre significante y significado –la base del estructuralismo–, es otra vez la significación lo que aparece como necesitada de un estudio específico aparte, y las definiciones de la literatura o las apelaciones a la literariedad entran en una vía irrenunciable de negatividad. De Man lo aclara en los siguientes términos:

[La renuncia al cratilismo] libera, en forma considerable, al lenguaje de las limitaciones referenciales, pero lo hace epistemológicamente muy sospechoso y volátil, porque ya no puede decirse que su uso esté determinado por consideraciones de verdad y falsedad, bien y mal, belleza y fealdad o dolor y placer. Siempre que se puede revelar por medio del análisis este potencial autónomo del lenguaje, estamos tratando con la literariedad y, de hecho, con la literatura como el lugar donde se puede encontrar este conocimiento negativo sobre la fiabilidad de la enunciación lingüística (651-652).

Este orden de cosas es exactamente, como vimos en la «Introducción» a nuestro trabajo, el que puede atribuirse, como efecto, al impulso teórico propiciado por el estructuralismo. La negatividad pura en que ubica a la literatura no es fácil de practicar ni de asumir, lo hemos comprobado en muchos de los casos evocados en este estudio, y lo que podemos ver ahora, en el trabajo de Yllera, es cómo puede establecerse un dispositivo retórico que sea capaz de recorrer informadamente las alternativas históricas de ese impulso y, en simultáneo, permanecer inmune a sus efectos.

Yllera, como anteriormente García Berrio y Bobes Naves, es un ejemplo de la sorda hegemonía de la estilística en España, y de cómo, incluso cuando parece estar discutiendo en todos los terrenos —el teórico, pero también el institucional—, es fácil sucumbir a sus propias lógicas y a sus resistencias frente a la teoría literaria. Si como propone De Man, esa resistencia no es otra cosa que el lugar mismo donde la teoría encuentra su espacio, nuestra intención en el presente capítulo, como a lo largo de toda la investigación, no ha sido otra que la de develarla y ponerla al descubierto en su trabajo incesante para que pueda emerger de modo propio.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quisiera agradecer a mis directores Judith Podlubne y Fabio Espósito, por el tiempo, la generosidad y la confianza que me brindaron. Asimismo a Analía Gerbaudo, codirectora de mi beca doctoral, por su disposición y entusiasmo en el diálogo. A Alberto Giordano, Adriana Astutti, Marcela Zanin, por su afectuoso acompañamiento. A Max Hidalgo, compañero en tantas fatigas. Y muy especialmente, a Julieta Yelin, a quien debo mucho más de lo que cabría aquí.

Quisiera igualmente expresar mi gratitud a distintas instituciones por la excelente predisposición con que acogieron mi investigación, en particular a la Sección de Teoría de la Literatura y Literaturas Comparadas de la Universidad de Barcelona, al Centro de Estudios de Literatura Argentina y al Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, ambos de la Universidad Nacional de Rosario, en los que hallé un ambiente muy propicio para el diálogo y el intercambio de ideas.

Finalmente, agradezco al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, que me otorgó una beca doctoral de cinco años, sin la cual esta investigación no hubiera sido posible.

Y a Julieta.

Y a Anneta.

BIBLIOGRAFÍA

1. Fuentes de la investigación.

1.1 Capítulo I

ABEILLE, Lucien (1900). *El idioma nacional de los argentinos*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2005.

ALONSO, Amado (1927). "Reconciliación con la fonética" *Boletín del Instituto de Filología*, I, N° 3 y 4, pp.: 227-235.

--- (1928). "Lingüística e historia", *Humanidades*, N° XVIII, pp. 29-38.

--- (1929a) "La filología del señor Costa Álvarez y la filología", *Síntesis*, II, N° 23, pp.: 125-141.

--- (1929b) "Sobre el difunto Costa Álvarez", *Síntesis*, III, N° 26, pp. 175-178.

--- (1931). "Prólogo" a MORÍNIGO, Marcos A. *Hispanismos en el guaraní*, Buenos Aires: Instituto de Filología.

--- (1932a). "El Problema argentino de la lengua", *Sur*, N° 6, pp. 124-178.

--- (1932b). "Propósito" al frente de VV. AA. *Introducción a la estilística romance*, Buenos Aires: Losada.

--- (1933) "Intereses filológicos e intereses académicos en el estudio de la lengua", *BAAL*, I, 1933, pp.: 7-14.

--- (1938) *Castellano, español, idioma nacional. (Historia espiritual de tres nombres)*, Buenos Aires: Losada.

--- (1943a). *La Argentina y la nivelación del idioma*, Buenos Aires, Institución cultural española, 1943.

--- (1943b). "Prólogo" a VOSSLER, Karl. *Filosofía del lenguaje*, Buenos Aires: Losada.

--- (1951). *Estudios lingüísticos. (Temas españoles)*, Madrid: Gredos, 3ª ed., 1982.

--- (1953). *Estudios lingüísticos. (Temas Hispanoamericanos)*, Madrid: Gredos.

--- (1955a). *De la pronunciación medieval a la moderna*, Madrid: Gredos.

- (1955b). *Materia y forma en poesía*, Madrid: Gredos.
- (1994). “Prólogo” a Saussure, Ferdinand de: *Curso de lingüística general*, 26ª edición, Buenos Aires, Losada.
- BORGES, Jorge Luis (1997). *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires: Alianza.
- CASTRO, Américo (1941). *La peculiaridad lingüística rioplatense*, Buenos Aires: Losada.
- COSTA ÁLVAREZ, Arturo (1928). *El castellano en la Argentina*, La Plata: Talleres de la Escuela de San Vicente.
- GROUSSAC, Paul (1900). «A propósito de americanismos», en *Anales de la Biblioteca. Publicación de documentos relativos al Río de la Plata*,. Tomo I, Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos, pp. 385-417.
- MONTOLÍU, Manuel de (1926). “El lenguaje como fenómeno estético”, en *Cuadernos del Instituto de Filología*, N° 7.
- ROJAS, R. (1909). *La restauración nacionalista*, Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- (1924). *Facultad de Filosofía y Letras. Documentos del Decanato (1921- 1924)*, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.
- (1938). *Retablo Español*, Buenos Aires: Losada.

1.2 Capítulo II

- ALONSO, Dámaso (1933). “Escila y Caribdis de la Literatura Española”. En: *Cruz y Raya*, n° 7, 73-102.
- (1935a). *La lengua poética de Góngora*, Madrid: Junta para la Ampliación de Estudios – Centro de Estudios Históricos. *Revista de Filología Española*, Anejo XX.
- (1935b). “Aquella Arpa de Bécquer”. En: *Cruz y Raya*, n° 27, 59-105.
- (1941). “Sobre la enseñanza de la Filología Española”. En: *Revista Nacional de Educación*, n° 2, 21-39.
- (1942). *La poesía de San Juan de la Cruz (desde esta ladera)*, Madrid: CSIC.
- (1950). *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid: Gredos.
- (1976). *Cuatro Poetas españoles*, Madrid: Gredos.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1950). *Fonología española (según el método de la Escuela de Praga)*, Madrid: Gredos.

--- (1951). *Gramática estructural (según la Escuela de Copenhague y con especial atención a la lengua española)*, Madrid: Gredos .

CERNUDA, Luis (1935). “Bécquer y el romanticismo español”. En: *Cruz y Raya*, nº 26, 45-74.

GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (2005). *Arte y Estado*, Madrid: Fundación Santander Central Hispano.

MARAVALL, José Antonio (1934). “La incitación al destino”. En: *Cruz y Raya*, nº 17, 6-57.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1913). *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.

--- (1978). *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid: Castalia.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1938). *Estudios literarios*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.

--- (1942). *La lengua de Cristóbal Colón. El estilo de Santa Teresa. Y otros estudios del siglo XVI*, Buenos Aires: Espasa-Calpe.

1.3 Capítulo III

AGUIRRE, Osvaldo; DI CROSTA, Gilda (comps.) (2012). *Setecientosmonos. Antología*, Buenos Aires: Santiago Arcos.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1973). *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires: Plus Ultra.

JITRIK, Noé (1962). *Procedimiento y mensaje en la novela*, Córdoba, UNC.

Literal (2011). *Edición facsimilar*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

MASOTTA, Oscar (1998). *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires: Corregidor.

-- (2008). *Introducción a la lectura de Lacan*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.

-- (2009). *Conciencia y estructura*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.

-- (2010). *Esayos lacanianos*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.

PRIETO, Adolfo (1956). *Sociología del público argentino*, Leviatán, Buenos Aires.

RAMOS, Jorge Abelardo (1961). *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires: Coyoacán.

ROSA, Nicolás (1970). *Crítica y Significación*, Buenos Aires: Galerna.

--- (1978). *Léxico de lingüística y semiología*, Buenos Aires, CEAL.

--- (1987). *Los Fulgores del simulacro*, Rosario, UNL.

--- (1992). *Artefacto*, Rosario: Beatriz Viterbo.

--- (1997). *La lengia del ausente*, Buenos Aires: Biblos.

--- (2004). *El arte del olvido*, Rosario: Beatriz Viterbo

--- (2007). *Relatos críticos*, Buenos Aires: Santiago Arcos

SEBRELI, Juan José (1953). “El escritor argentino y su público”, en *Centro*, n° 7, Diciembre.

Sur (1945). “Moral y literatura”, n° 126, abril 1945, pp. 63-84

--- (1946) “Literatura gratuita y literatuta comprometida”, 138, abril 1946, pp. 105-121.

VERÓN, Eliseo (1972). *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

ZAMORA VICENTE, Alonso (1951). *Las Sonatas de Ramón del Valle-Inclán. Contribución al estudio de la prosa modernista*, Buenos Aires: Instituto de Filología.

1.4 Capítulo IV

BOBES NAVES, María del Carmen (1973). *La semiótica como teoría literaria*. Madrid: Gredos.

BOBES NAVES, María del Carmen, (dir). (1974). *Crítica semiológica*. Santiago de Compostela: Secretaría de Publicaciones de la Universidad de Santiago.

BOUSOÑO, Carlos (1952). *Teoría de la expresión poética*, Madrid: Gredos

GARCÍA BERRIO, Antonio (1973). *Significado actual del formalismo ruso*, Barcelona: Planeta.

YLLERA, Alicia (1974). *Estilística, poética y semiótica literaria*, Madrid: Alianza.

2. Bibliografía teórica

2.1 Bibliografía específica para el estudio del estructuralismo

- AMÍCOLA, Josñe (1997). *De la forma a la información*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- ASENSI, Manuel (2006): *Los años salvajes de la teoría*, Valencia, Tirant Lo Blanch.
- AUZIAS, Jean-Marie (1969). *El estructuralismo*, Madrid: Alianza.
- BARING, Edward (2011). *The Young Derrida and French Ohilosophy 1945-1968*, Cambridge, CUP.
- BARTHES, Roland (1978). *Roland Barthes por Roland Barthes*, Barcelona: Kairós.
- (2003a). *Ensayos críticos*, Barcelona: Seix.
- (2003b) *La aventura semilógica*, Madrid: Editora Nacional.
- BASTIDE, Roger (comp.) (1962). *Sens et usages du terme Structure*, La Haya: Mouton & Co.
- BENOIST, Jean-Marie (1975). *La révolution structurale*, París: Grasset.
- BENVENISTE, Émile (1971). *Problemas de lingüística general*, 2 vols., Buenos Aires: SigloXXI.
- BERTHOLET, Denis (2005). *Claude Lévi-Strauss*, Valencia: Universitat de València.
- BIERWISCH, Manfred (1974): *El estructuralismo: historia, problemas y métodos*, Barcelona: Tusquets.
- CASSIRER, Ernst (1945). “Structuralism in modern linguistics”, *Word*, Vol. I, N° 2.
- CASTAGNINO, Raúl H. (1975). *Márgenes de los estructuralismos*, Buenos Aires: Nova.
- CASTELEIRO OLIVEROS, Luis (2008). *La revolución en lingüística: Ferdinand de Saussure*, Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

- CHOMSKY, Noam (1995). *The Minimalist Program*, Cambridge: M.I.T.
- (2005). *Language and Mind*, Cambridge: CUP.
- (2009). *Cartesian Linguistics*, Cambridge: CUP.
- CLARKE, Simon (1981). *The Foundations of Structuralism: A Critique of Lévi-Strauss and the Structuralist Movement*, London: The Harvester Press.
- COSERIU, Eugenio (1958). *Sincronía, diacronía e historia*, Madrid: Gredos.
- (1962). *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid: Gredos.
- (1977). *Principios de semántica estructural*, Madrid: Gredos.
- CULLER, Jonathan (1978): *La poética estructuralista*, Barcelona, Anagrama.
- (1987): *Barthes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- DERRIDA, Jacques (1979). *De la gramatología*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2012). *La escritura y la diferencia*, Anthropos: Barcelona.
- DERRIDA, Jacques; ROUDINESCO, Elisabeth (2003). *¿Y mañana qué...?*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- DOSSE, François (2003). *Historia del estructuralismo*, 2 vol., Madrid: Akal.
- GOLDMANN, Lucien (1968). *Marxismo, Dialéctica y Estructuralismo*, Buenos Aires: Calden.
- JAKOBSON, Roman (1971). *Selected Writings*, vol. 2, La Haya: Mouton & Co.
- JAKOBSON, R.; POMORSKA, K. (1980). *Lingüística, poética, tiempo*, Barcelona: Crítica.
- JAMESON, Fredric (1980). *La cárcel del lenguaje*, Barcelona: Crítica.
- LÁZARO CARRETER, Fernando (1976). *Estudios de poética (la obra en sí)*, Madrid: Taurus.
- LEFEBVRE, Henri (1971). *Más allá del estructuralismo*, Buenos Aires: Pléyade.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1970). *El pensamiento salvaje*, México: Fondo de Cultura Económica.
- (1981). *Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires: Paidós.
- (1997). *Tristes trópicos*, Barcelona: Paidós.

- (2002). *Mito y significado*, Madrid: Alianza.
- (2006). *Antropología estructural*, México: Siglo XXI.
- MEILLET, Antoine (1982). *Linguistique Historique et Lingüistique générale*, París: Champion.
- MEYER-MINNEBANN, Klaus; NIEMEYER, Katharina (1996). "Sobre la recepción del estructuralismo en México", *Iberoamericana*, vol. 62, n. 2 pp. 5-21.
- MILLET, Luís; VARIN D'AINVELLE, Madeleine (1972). *El estructuralismo como método*, Madrid: Cuadernos para el diálogo.
- MILNER, Jean-Claude (2002). *El periplo Estructural: Figuras y paradigma*, Buenos Aires: Amorrortu.
- MUKAROVSKÝ, Ian (2011). *Funcion, norma y valor estéticos como hechos sociales*, Buenos Aires: El cuenco de plata.
- PANESI, Jorge (2011). "Apostilla", en MUKAROVSKY, Jan: *Función, norma y valor estéticos como hechos sociales*, Buenos Aires: Cuenco de Plata.
- PARDO, José Luis (2001). *Estructuralismo y ciencias humanas*, Madrid: Akal.
- PETEERS, Benoît (2013). *Derrida*, México: Fondo de Cultura Económica.
- PIAGET, Jean (1999). *El estructuralismo*, México : Ediciones Cruz.
- POULLION, Jean (comp.) (1966). "Problèmes du structuralisme" en *Les Temps modernes*, nº 246, pp. 769-960.
- PUGLISI, Gianni (1972): *Qué es verdaderamente el estructuralismo*, Madrid, Doncel
- RANCIÈRE, Jacques (2011). *Althusser's Lesson*, London, New York: Continuum.
- ROUDINESCO, Elisabeth (1999). *La batalla de los cien años. Historia del psicoanálisis en Francia*. 2 vol., Madrid: Fundamentos.
- ROSA, Nicolás (1978). *Lexico de lingüística y semiología*, Buenos Aires, CEAL.
- SAUSSURE, Ferdinand de (1994). *Curso de lingüística general*, prólogo, traducción y notas de Amado Alosno, Buenos Aires: Losada.
- (2004). *Escritos sobre lingüística general*, Barcelona: Gedisa.
- SAZBÓN, José (1976). "Introducción" a *Saussure y los fundamentos de la lingüística*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

SPERBER, Dan (1971). "El estructuralismo en antropología", en WHAL, François. *¿Qué es el estructuralismo?*, Buenos Aires: Losada.

TODOROV Tzvetan (2004). *Poética estructural*, Buenos Aires: Losada.

TRUBETSKÓI (1968). *Introduction to the Principles of Phonological Description*, La Haya: Martin Nihjoff.

VV. AA. (1970). *Las Tesis de 1929*, Madrid: Alberto Corazón Editor.

Whal, François (ed.) (1975): *¿Qué es el estructuralismo?* Filosofía, Buenos Aires, Losada.

WILKEN, Patrick (2010). *Claude Lévi-Strauss, the father of modern anthropology*, London: Penguin.

2.2 Otra bibliografía teórica (ensayos parciales o referidos a temáticas distintas al estructuralismo)

ALATORRE, Antonio (1993). *Ensayos criticos*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

ALTAMIRANO, Carlos (1999). "Ideas para un programa de Historia Intelectual", en *Prismas, revista de historia intelectual*, Quilmes, Editorial de la Universidad de Quilmes, n° 3.

ARCE, RAFAEL (2005). "Topología y tropología de la crítica literaria" en *El hilo de la fábula*, n° 3: pp. 166-169.

AUERBACH, Eric (1950). *Mimesis*, México: Fondo de Cultura Económica.

BADIOU, Alain (2013). *La aventura de la filosofía francesa*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.

BALLY, Charles (1909). *Traité de Stylistique Française*, Heidelberg, Carl Winter's.

-- (1941). *El lenguaje y la vida*, Buenos Aires: Losada.

BARTHES, Roland (1972). *Crítica y verdad*, Buenos Aires: Siglo XXI.

BELINSKI, Jorge (2007). *Lo imaginario: un estudio*, Buenos Aires: Nueva Visión.

BOURDIEU, Pierre (1995). *Las Reglas del Arte*, Barcelona: Anagrama.

- (2001). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid: Akal.
- (2003). *Campo de Poder, Campo Intelectual. Itinerario de un Concepto*, Buenos Aires: Quadrata.
- (2007). *El sentido práctico*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2008). *Homo academicus*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2010). *El sentido social del gusto*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- CROCE, Benedetto (1909). *Aesthetics as Science of expression*, Londres: Transaction Publishers, 1995.
- (1938). *Breviario de Estética*, Buenos Aires: Austral.
- CRUZ, Manuel (1996). *Filosofía de la Historia*, Barcelona: Paidós Ibérica.
- DE MAN, Paul (1990). *La resistencia a la teoría*, Madrid: Antonio Machado.
- DE MAURO, Tulio (1967). *Ludwig Wittgenstein. His place in the development of semantics*, Nueva York: Springer.
- DE STÄEL, M. (1800). *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales*, París, Imprimerie de Crapelet.
- DiMAGGIO, Paul (1979). "On Pierre Bourdieu", *American Journal of Sociology*, vol. 84, No. 6 (May, 1979), pp. 1460-1474
- GARAUDY, Roger; PARAIN, Charles et al. (1971). *Estructuralismo y marxismo*, Buenos Aires: Quintaria.
- GIORDANO, Alberto (1999). *Razones de la crítica*, Buenos Aires: Colihue.
- (2005). *Modos del ensayo. De Borges a Piglia*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- (2012). "Condiciones y límites de una literatura menor", en *VI Congreso de Amigos de la Literatura Latinoamericana*, Mar del Plata: UNMDP.
- GNISCI, Armando (2002). *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona: Crítica.
- GRAMUGLIO, María Teresa (1993). "La summa de Bourdieu" en *Punto de Vista* nº 32, pp. 38-42.
- GUIRAUD, Pierre (1982). *La estilística*, Buenos Aires: Nova.
- GUILLÉN, Claudio (1995). *Entre lo uno y lo diverso*, Barcelona: Crítica.

- CHEVALIER, Jacques (1959). *Entretiens avec Bergson*, Paris: Plon.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (1958). *Idea de la Estilística*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- FOUCAULT, Michel (2015). *La gran extranjera*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- HOBBSBAWM, Eric (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona: Crítica.
- LACAN, Jacques (1992). *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós.
- LACLAU, Ernesto; MOUFFE, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid: Siglo XXI.
- LANDA, Ishay (2010). *The Apprentice's Sorcerer. Liberal tradition and Fascism*, Chicago: Haymarket Books.
- LOFTS, S. G. (2000) *Ernst Cassirer. A repetition of Modernity*, Nueva York: SUONY Press.
- NANCY, Jean-Luc (2013). "Hacer Poesía", en *Badebec* Vol. 3, N° 5, pp.: 155-163.
- NANCY, Jean-Luc; LACOU-LABARTHE, Philippe (2012). *El absoluto literario*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- MARTÍNEZ DE CODES, Rosa María (1988). "El positivismo en la Argentina", en *Quinto Centenario*, N° 14, 193-227.
- PAGEAUX, Daniel-Henri (1989). "L'imagerie Culturelle", en CHEVREL, Yves; BRUNEL, Pierre: *Précis de littérature comparée*, Paris: PUF.
- (1994). *La littérature générale et comparée*, Paris: Editions Armand Colin.
- PARDO, José Luis (1998). "Políticas de la intimidad", en *Logos. Anales del seminario de metafísica*, N° 1, pp.: 145-196.
- PASTORMERLO, Sergio (2008). "Campo literario", en AMÍCOLA, José y DE DIEGO, José. Luis (dir.), *La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates*, La Plata: Ediciones Al Margen.
- PAZ GAGO, José María (1991). *La estilística*, Madrid: Síntesis.
- PINO ESTIVILL, Ester (2015). "La recepción crítica de Barthes en Argentina y España", en *Revue Roland Barthes*, n° 2: web.
- RANCIÈRE, Jacques (2011). *Políticas de la literatura*, Buenos Aires: Libros del Zoral

ROMERO TOBAR, Leonardo (ed.) (2004). *Historia literaria. Historia de la literatura*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

SAPIRO, Gisele (2005). "Forms of politization in Fench Literary Field" en Swartz, David; Zolberg, Vera L. (eds.). *After Bourdieu*, Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.

SARLO, Beatriz; ALTAMIRANO, Carlos (1980). *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires: CEAL.

---(1983). *Literatura / sociedad*, Buenos Aires: Hachette.

SARLO, Beatriz (1986). "Clío revisitada", *Punto de Vista* 28 (1986): 23-26.

SARTRE, Jean-Paul (1948). *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires : Losada.

--- (1960). *Critique de la Raison Dialectique*, Paris: Gallimard.

--- (2006). *El existencialismo es un humanismo*, México: Unam.

SAUVAGNARGUES, Anne (2004). *Deleuze del animal al arte*, Buenos Aires: Amorrortu.

SAZBÓN, José (ed.) (1972). *Presencia de Rousseau*, Buenos Aires: Nueva Visión.

SEBRELI, Juan José (1984). *El riesgo de pensar*, Buenos Aires : Sudamericana.

SPERBER, Dan (1996). *Explaining Culture: A Naturalistic Approach*, Indianapolis: Wiley & Blackwell.

SPITZER, Leo (1955). *Lingüística e Historia Literaria*, Madrid: Gredos.

SPIVAK, Gayatri Chakravorty (2003). *Death of a Discipline*, New York: Columbia University Press.

STONOR SAUNDERS, Frances (2000). *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*. New York: The New Press.

VANDENBERGHE, Frédéric (2001). "From Structuralism to Culturalism. Ernst Cassirer's Philosophy of Symbolic Forms", en *European Journal of Social Theory*, vol. 4 n. 4: 479-497.

VOSSLER, Karl (1908). *Positivismo e idealismo nella scienza del linguaggio*, Bari: Laterza e Filgi.

--- (1943). *Filosofía del lenguaje*, Buenos Aires: Losada.

WELLEK, René (1987). *Historia literaria. Problemas y conceptos*, Barcelona: Laia.

Wellek, Rene; Warren, Austin (1966). *Teoría literaria*, Madrid: Gredos.

ZIZEK, Slavoj (1994). *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires: Siglo XXI.

3 Bibliografía específica para los polos propuestos.

3.2 Argentina

ACUÑA, Cynthia (2005). “El itinerario del estructuralismo en la Universidad de Buenos Aires”, en *Anuario de Investigaciones*, vol. 12: pp. 281-287.

AGUILAR, Gonzalo; LESPADA, Gustavo (1997). “Prólogo” a Jitrik, Noé: *Suspender toda certeza*, Buenos Aires: Biblos.

ALFÓN, Fernando (2012). *La querrela de la lengua argentina*, La Plata: Tesis doctoral inédita.

ALTAMIRANO, Carlos (dir.) (2008-2010). *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 vols., Buenos Aires: Katz.

ALVAR, Manuel (1954). Reseña: “Alonso Zamora, Vicente: Las "sonatas" de Ramón del Valle-Inclán”, en *Estudis Romànics*, nº 3: pp. 306-308

ARROYO, María del Socorro (1991). “Aproximación de España y Argentina en el Centenario de la Independencia”, *Anales de Historia Contemporánea* nº 8: pp. 273-280.

AVARO, Nora; CAPDEVILA, Analía (2004). *Denuncialistas*, Buenos Aires: Santiago Arcos.

BARANGER, Denis (2010). “La recepción de Bourdieu en la Argentina”, en *Desarrollo económico*, vol. 50, nº 197 (abril-junio), pp.129-146.

BARCIA, Pedro Luis (2004). *Los diccionarios del español de la Argentina*, Buenos Aires: AAL.

BARRENECHEA, Ana María (1995-96): “Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Argentina”, en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, Nº 18-19, pp.: 95-106.

BARRENECHEA, Ana María; LOIS, E. (1989). “El exilio y la investigación lingüística en la Argentina”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 473/474, pp.: 79-91.

BASTOS, María Luisa (1980). "Escrituras ajenas y expresión propia: Sur y los Testimonios de Victoria Ocampo", en *Revista Iberoamericana*, nº 110-111: pp. 123-137.

BATTISTA, Emiliano (2011). "La mirada historiográfica de Amado Alonso", en *Diálogo de la Lengua*, Vol. III, pp.: 58-71.

--- (2012). "Los programas de 'Lingüística romance' entre 1924 y 1946. El giro dialectológico", en *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, 8, 119-141.

BEIN, Roberto ; NARVAJA DE ARNOUX, Elvira (1995-96). "La valoración de Amado Alonso de la variedad rioplatense del español", en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, Nº 18-19, pp.: 183-194.

BOMBINI, Gustavo (1995-96). "Reforma curricular y polémica", en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, Nº 18-19, pp.: 215-224.

BORDELOIS, Ivonne; DI TULLIO, Ángela (2002). "El idioma de los argentinos: cultura y discriminación" en *CiberLetras* 6.

<<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v06/bordelois.html>>.

BOYD-BOWMAN, Peter (1995-96). "Amado Alonso. Un homenaje tardío", en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, Nº 18-19, pp.: 107-110.

BUCHBINDER, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires: EUDEBA.

CASARIN, Marcelo (2006). "La lengua díscola de Nicolás Rosa", en *Astrolabio*, nº 3: Web: <revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/203/211>

CATELLI, Nora (2010). "Circuitos de la consagración en castellano: mercado y valor" en *Boletín*, nº 15: pp. 1-13 (web).

CHIARAMONTE, José Carlos (1964). *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina 1860-1880*, Buenos Aires: Edhasa

CONTRERAS, Sandra (2010-11) "A propósito de Esteban Echeverría y su lectura del Romanticismo europeo" *The Colorado Review of Hispanic Studies*, Vol. 8-9 pp. 299-310

CORREAS, Carlos (2007). *La operación Masotta*, Buenos Aires: Interzona.

CROCE, Marcela (1996). "La polifagia crítica: Oscar Masotta", en Rosa, Nicolás (ed.) *Políticas de la crítica*, Buenos Aires: Biblos.

DALMARONI, Miguel (1998): “La operación Raymond Williams en *Punto de Vista*”, en Giordano, Alberto y Vázquez, Celia (comps.). *Las operaciones de la crítica*, Rosario: Beatriz Viterbo.

--- (2004). *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en Argentina. 1960-2002*, Buenos Aires: Melusina Editorial.

DEGIOVANNI, Fernando; TOSCANO, Guillermo (2010a). “Disputas de origen: Américo Castro y la institucionalización de la filología en Argentina”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Vol. LVIII, N° 1, pp.: 191-213.

--- (2010b). “«Las alarmas del doctor Américo Castro»: Institucionalización filológica y autoridad disciplinaria”, en *Bariaciones Borges*, N° 30, pp. 3-41.

DE DIEGO, José Luis (2001). *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?*, La Plata: Ediciones Al Margen.

DE DIEGO (2010). “Los intelectuales y la izquierda en Argentina (1955-1975)”, en Altamirano, Carlos (ed). *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 2, Buenos Aires: Katz.

DE DIEGO, José Luis (dir.) (2014). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

DI TULLIO, Ángela (2003). *Políticas lingüísticas e inmigración*, Buenos Aires: Eudeba.

DONNI, Nélica E.; BORETTI, Susana H.; De GREGORIO, María Isabel (1970). *El estructuralismo lingüístico en la Argentina*, Buenos Aires: Ángel Estrada.

ENNIS, Juan Antonio (2008). *Decir la lengua: Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*, Frankfurt: Peter Lang.

ESPÓSITO, Fabio (2010). “Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)” en ALTAMIRANO, Carlos (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 vols., Buenos Aires: Katz.

--- (2015). “La crítica moderna en la Argentina: La revista *Los Libros* (1969-1976)”, en *Orbis Tertius*, 20 (21): pp. 1-8.

FONTDEVILA, Eva, PULLEIRO Adrián (2005). “Los Libros. De la modernización a la partidización”, en *Zigurat*, n°5: pp. 168-173.

GARCÍA, Germán L. (1992). *Oscar Masotta. Los ecos de un nombre*, Barcelona: Atuel.

GARCÍA SEBASTIANI, Marcela (ed.). *Patriotas entre naciones: Elites emigrantes españolas en Argentina*, Madrid: Editorial Complutense.

GILMAN, Claudia (2012). *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires, México: Siglo XXI Editores.

GLOZMAN, Mara (2015). *y peronismo. Políticas y saberes lingüísticos en la Argentina, 1943-1956*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

GÓMEZ ALONSO, Juan Carlos (2002). *La estilística de Amado Alonso como una teoría del lenguaje*, Murcia: Universidad de Murcia.

GÓMEZ FERRER MORANT, (2012). “El viaje de Eva Perón a España”, en *La Aljaba*, vol. 16: web.

GONZÁLEZ, Horacio (comp.) (2000). *Historia crítica de la sociología argentina*, Buenos Aires: Colihue.

GRAMUGLIO, María Teresa (2014). *Nacionalismo y cosmopolitismo*, Rosario: EMR.

GUARDIA, Alfredo de la (1967). *Ricardo Rojas 1882-1957*, Buenos Aires: Schapire.

IZAGUIRRE, Marcelo (comp.) (1999). *Oscar Masotta. El revés de la trama*, Buenos Aires: Atuel.

JITRIK, Noé (1999). *La irrupción de la crítica*, Buenos Aires: Emecé.

--- (2014). “Una vida de trabajo”, en *Ciencias e investigación*, Tomo 2, n° 3: pp. 67-79.

KAMENSZAIN, Tamara (2006). “Un texto de Tamara Kamenszain en la revista *Literal*. Entrevista de Juan Mendoza”. Web: < <http://www.bn.gov.ar/dossier-literal-2>>

KING, John (1989). *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura (1931-1970)*, México: F.C.E.

KOHAN, Néstor (2000). *De ingenieros al Che: ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires: Biblos.

LIDA, Miranda (2012). “Una lengua nacional aluvial para la Argentina: Jorge Luis Borges, Américo Castro y Amado Alonso en torno al idioma de los argentinos”, en *Prismas*, Vol. 16, N° 1, [citado 2015-05-01], pp. 99-119 . Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-04992012000100005&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1852-0499.

--- (2014). *Los años dorados de la cultura argentina*, Buenos Aires: Eudeba.

LIDA, Raimundo (1954). “Advertencia” a ALONSO, Amado (1955). *Materia y forma en poesía*, Madrid: Gredos.

- LODARES, Juan Ramón (1995-96). “El espiritualismo lingüístico de Amado Alonso”, en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, N° 18-19, pp.:387-401.
- LONGONI, Ana (2004). “Vanguardia y revolución en los sesenta”, en Masotta, Oscar: *Revolución en el arte*, Barcelona: Edhasa.
- LOPE BLANCH, Juan Manuel (1995-96). “Amado Alonso y la actitud de Bello ante el porvenir de la lengua”, en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, N° 18-19, pp.:409-416.
- LOSADA, Leandro (2004). *Distinción y Legitimidad. Esplendor y ocaso de la élite social en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Tesis de Doctorado, UNCPBA.
- MANCORDERA DE ROSETTI, Mabel V. (1995-96): “Amado Alonso y el programa de castellano, aplicado en la Argentina en 1936: Una revolución copernicana”, en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, N° 18-19, pp.: 417-433.
- MAGNONE, Carlos; Warley, Jorge A (1981). “*La modernización de la crítica. La revista Contorno*”, en *Capítulo. Historia de la literatura argentina* n° 122, CEAL.
- MATTONI, SILVIO (2000). “Estilos soberanos” en *Boletín* n° 8, pp.: 90-102.
- MYERS, Jorge (2006). “Un autor en busca de un programa: Echeverría en sus escritos de reflexión estética”, en LAERA, Alejandra; KOHAN, Martín (comps.). *Las brújulas del extraviado: Para una lectura integral de Esteban Echeverría*, Rosario: Beatriz Viterbo Editora, pp. 57–75.
- NAVARRO, Federico (2006). “Un índice crítico para la *Revista de Filología Hispánica*”, en *Actas del XXXV Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística, editadas por Milka Villayandre Llamazares*, León: Universidad de León.
- OLIVER, María Rosa (1969). *La vida cotidiana*, Buenos Aires: Sudamericana.
- PALCOS, Alberto (1980). *Historia de Esteban Echeverría*, Buenos Aires: Emecé.
- PANESI, Jorge (2000). *Criticas*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- PELLER, Diego (2007). “Crítica literaria, crítica cultural y política en la revista Los Libros (1969-1976)”, en *IV Jornadas de Historia de las Izquierdas*, Buenos Aires: Sedinci (web).
- PEREA, Héctor (ed.) (2007) *Alfonso Reyes: el sendero entre la vida ya ficción*, México: Fondo Editorial de NL.
- PLA, Josep; OCAMPO, Victoria (1958). “La Argentinidad. Conversaciones con Victoria Ocampo”, en *Destino*, n. 1077.

PODLUBNE, J. (2003). "Moral y Literatura: Un debate tardío en sur", en *Boletín*, nº 11, p.: 1-19.

--- (2010). "Entre la gratuidad y el compromiso. El valor de lo literario en la revista *Sur*" en *Boletín*, nº 15: pp. 1-21.

--- (2011). *Escritores de Sur*, Rosario: Beatriz Viterbo.

--- (2015). "Entre *Contorno* y *Los Libros*, los críticos universitarios en *Setecientosmonos*", en *452ºF*, nº 14: pp.157-171.

--- (2016). "Setecientosmonos y la modernización de la crítica literaria argentina", en *Cuadernos de literatura*, vol. XX, nº 39: pp. 270-295.

PRADO, Gustavo (2010). "Rafael Calzada y los embajadores intelectuales en la Argentina del Centenario", en GARCÍA SEBASTIANI, Marcela (ed.). *Patriotas entre naciones: Elites emigrantes españolas en Argentina*, Madrid: Editorial Complutense.

PRIETO, Adolfo (1989). "Estructuralismo y después", *Punto de vista*, n. 34, julio-setiembre, pp. 18-27.

RAPOPORT, Mario (2003). *Historia económica, política y social de la Argentina, 1880-2003*, Buenos Aires: Emecé

RIVERA, Jorge B. (1980). *Los bohemios*, Buenos Aires: CEAL.

RODRIGUEZ DE ANDRADE, Rosângela (1997). *Puzzle(s) Masotta*, Rosario: Homo Sapiens.

ROSA, Nicolás (1981). "La crítica contemporánea", en *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires: CEAL.

--- (ed.) (1994). *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en Argentina*, Buenos Aires: Biblos.

SARLO, Beatriz (1983). "Los dos ojos de *Contorno*", en *Revista Iberoamericana*, vol. XLIX, nº 125: pp. 797-809.

--- (1988). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*, Buenos Aires: Nueva Visión.

--- (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires: Emecé.

SARLO, Beatriz; Altamirano, Carlos (1997). *Ensayos argentinos*, Buenos Aires: Ariel.

SCALABRINI ORTIZ, Raúl (1986). *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Buenos Aires: Plus Ultra.

- SEBRELI, Juan José (2011). *El tiempo de una vida*, Buenos Aires: Sudamericana.
- SIGAL, Silvia (1991). *Intelectuales y poder en la Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- STEIMBERG, OSCAR (2006). “Éramos jóvenes, intelectuales y pobres. Entrevista de Juan Mendoza”. Web: <<http://www.bn.gov.ar/dossier-literal-2>>
- TERÁN, Oscar (1991). *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en Argentina*, Buenos Aires, Puntosur.
- TOSCANO y García, G. (2009). “Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1920-1926)”, en *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, N°13, pp.: 113-135.
- (2010). “La investigación lexicográfica en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1923-1927)”. En *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, N°7, p.: 185-206.
- (2013). “Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires”, en *Filología*, N° XLV, pp.: 143-172.
- VÁZQUEZ, María Celia (2007). “Ernesto Sábato y la imagen de intelectual en la coyuntura posperonista”, en *II Jornadas Hum. H. A. – Representación y Sopporte*: Bahía Blanca: pp. 1-12 (web).
- (2015). “Reinterpretación cultural e intervenciones críticas de la izquierda nacional: Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui”, en *Badebec* vol. 5 n° 9: pp. 315-340.
- VERÓN, Eliseo (1970). “Actualidad de un clásico. La moda del estructuralismo” en *Los Libros*, n° 9, pp.14 y 18.
- (1974). “Acerca de la producción social del conocimiento: el estructuralismo y la semiología en Argentina y Chile” en *Lenguajes* n°1, pp.: 96-125.
- VIÑAS, David (1995). *Literatura argentina y política*, 2 vols., Buenos Aires: Sudamericana.
- VIÑES RUEDA, Hortensia (1980). “Acerca de las ideas lingüísticas de Amado Alonso”, en *Fontes linguae vasconum: Studia et documenta*, N° 35-36: 223-252
- VV.AA. (1947). *Anales de la Institución Cultural Española*, Buenos Aires: ICE.
- VV.AA. (2000). *Oscar Masotta. Lecturas críticas*, Buenos Aires: Atuel.
- WEBER DE KURLAT, F. (1975). “Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas ‘Dr. Amado Alonso’”, Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas

Hispánicas “Dr. Amado Alonso” 1923-1973, Buenos Aires: Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, 1-11.

WOLFF, Jorge (2008). *Telquelismos Latinoamericanos*, Buenos Aires: Grumos.

ZAMORA VICENTE, Alonso (1986). *Libros, hombres, paisajes*, Madrid: Coloquio.

3.2 Española

AGUILERA, Ignacio (1973). “Un recuerdo que se suama a un homenaje”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 280-282: pp. 60-69.

ARROYO MARTÍNEZ, Laura (2014). “La teoría literaria en la obra de Fernando Lázaro Carreter”, en *Castilla. Estudios de Literatura*, nº 5: 1-25.

BARRERA LÓPEZ, José María (2002). “Revisión de ‘Grecia’ en la Vanguardia”, en *Monteagudo*, nº 7: pp. 45-56.

BLESA, Túa (2008), “Fernando Lázaro Carreter: la literalidad de la literatura”, en *Pensamiento literario español del siglo xx*, 1, Anexos de Tropelías, Zaragoza, Universidad.

CAMPS, Assumpta (2010). *El decadentismo italiano en la literatura catalana*, Berlín: Peter Lang.

CHAO REGO, Xosé (2007). *Iglesia y postfranquismo*, A Coruña: TresCtres.

CHICHARRO CHAMORRO, Antonio (2004). Para una historia del pensamiento literario en España, Madrid: CSIC.

CLARET MIRANDA, Jaume (2006). *El atroz desmoche: la destrucción de la universidad por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona: Crítica.

ESCOBAR ARRONIS, José (1998). “Costumbrismo entre el Romanticismo y el Realismo”. En: Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio, *Del Romanticismo al Realismo*, Luis F. Díaz Larios, Enrique Miralles, Barcelona, Universitat de Barcelona, 17-31.

FERNÁNDEZ BUEY, Francisco (2011). “Apropiación del futuro: revuelta estudiantil y autogestión durante el tardo-franquismo y la Transición” en *Desacuerdos* nº 6: pp. 161-182.

GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel (1980). “Rafael de Balbín (5/III/1910 – 27/I/1978)” En: *Revista de Filología Española*, vol.60, nº 1/4, 345-352.

--- (1994). *La musa de la retórica. Problemas y métodos de la ciencia literaria*, Madrid: CSIC.

--- (2012). “Significado presente del Centro de Estudios Históricos. Una reflexión en el centenario”. En: *Rumbos del Hispanismo en el umbral del cincuentenario de la AIH*, vol. I, 22-33, Roma: Bagatto Libri.

GONZÁLEZ GIL, Luis S.; Ricardo M. Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez (1989). “El final de la Guerra Civil: La literatura en la conformación ideológica del Nuevo Estado”. En: *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea* 9, 99-138.

GONZÁLEZ GÓMEZ, Sara (2015). “Historia de la Universidad en España durante el franquismo: análisis bibliográfico”, en *Educació i Història. Revista d’Història de l’Educació*, nº 26: pp. 187-212.

GRÀCIA, Jordi (1996). *Estado y Cultura: el despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo*, Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.

--- (2004). *La resistencia silenciosa: cultura y fascismo en España*, Barcelona: Anagrama.

--- (2008). *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Barcelona: Anagrama.

GUBERN, Romà (1981). *La censura. Función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975)*, Barcelona: Península.

GUTIÉRREZ CUADRADO, Juan (1998). “Archivo histórico de la filología, la lingüística y sus cultivadores en la universidad española entre 1939 y la LRU”. En *Doctores y Escolares. II Congreso Internacional de Historia de las Universidades Hispánicas*, vol. I, Valencia: Universitat de València, 257-272.

GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel; GARCÍA GUTIÉRREZ Borja (2014). “Poetas que matan’. Dionisio Ridruejo en *Leyenda del César Visionario*”, en Buron-Brun, Bénédicte. *Francisco Umbral: Memoria(s) entre mentiras y verdades*, Madrid: Renacimiento.

HASSLER, Gerda (2006). “Los conceptos en el período del nacimiento del estructuralismo y su transmisión en España”. En: *Actas del V Congreso de la SEHL*, 81-114.

JIMÉNEZ LANDI, Antonio (1996). *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, Madrid: Ministerio de Educación y Cultura, Universidad Complutense de Madrid, Universitat de Barcelona, Universidad de Castilla-La Mancha.

JUAN PENALVA, Joaquín (2005). *La revista Escorial : Poesía y poética*, Alicante: Tesis doctoral inedita.

LACAU SAINT-GIULY, Camille (2010). « *Une histoire contrariée du bergsonisme en Espagne (1889-années 1920)* ». En: *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* [En línea], 7 . URL : <http://ccec.revues.org/3607>

LAÍN ENTRALGO, Pedro (1976). *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona: Barral.

LAPESA, Rafael (1998). *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentils damas*, Madrid: Real Academia de la Historia.

LÓPEZ SÁNCHEZ, José María (2006). *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos*, Madrid: Marcial Pons, CSIC.

MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito de (2007): “García Lorca, «La Barraca» y la Generación del 27 en Santander” en *Actas del XLII Congreso de la AEPE*, Santander: UIMP.

MAINER, José Carlos (1971). *Falange y literatura*, Madrid: Labor.

--- (1975). *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid: Cátedra.

--- (2003). *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona: Crítica.

MARAVALL, José Antonio (1959). “Menéndez Pidal y la renovación de la historiografía”. En: *Revista de Estudios Políticos*, vol. 105, 49-97.

MASSOT I MUNTANER, Josep (2004). *Escriptors i erudits contemporanis. Quarta sèrie*, Barcelona: Publicacions de l'Abadía de Montserrat

MOLLFULLEDA, Santiago (1983). “La introducción de la doctrina saussuriana en España”, en *Revista Española de Lingüística*, Vol. XIII N° 2, pp.: 241-247.

MONTOYA ABAT, Brauli (1990). “Coneixement i conreu de la Lingüística General als Països Catalans”, *Zetschrift für Katalanistik*, N° 3, pp. 103-115.

MORADIELLOS, Enrique (2000). *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*. Madrid: Síntesis.

MUÑOZ CORTÉS, Manuel (1973) “Problemas y métodos en la filología de Dámaso Alonso”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 473/474, pp.: 293-323.

MUÑOZ VITORIA, Fernando (1993). *El sistema de acceso a la Universidad Española 1940-1990*, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.

NAVARRETE LORENZO, Montserrat (1995) “El movimiento estudiantil en España (1965-1985)” en *Revista Acciones e Investigaciones Sociales*, vol 7, nº 3: pp. 120-136.

PEDRAZUELA FUENTES, Mario (2010). *Alonso Zamora Vicente: vida y filología*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.

PINEDO BUITRAGO, Sebastián (2012). “Tradición, aportes y desafíos de la teoría literaria en lengua española. Entrevista a Miguel Ángel Garrido Gallardo”. En: *Arbor*, vol 188,nº 759, 1197-1205.

POLO, José (1992a). “Traducciones al español del CLG de Saussure”, en *Cuadernos de investigación filológica*, Nº 18, pp.: 183-187

--- (1992b). “Presencia de Saussure en el mundo hispánico (introducción)” *Cuadernos de investigación filológica*, Nº 18, pp.: 189-196.

--- (1997-98). “Amado Alonso en el recuerdo: Inventario de trabajos, de carácter general, en torno a su figura, a su obra(II)” en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, Nº 20-21, 2, pp.: 233-245

PORTOLÉS, José (1986). *Medio siglo de filología española. Positivismo e Idealismo*, Madrid: Cátedra.

RAMOS, José (2008). “Madrid y Barcelona: ida y vuelta: Revisión de una polémica poética de los años 50”; en *Actas del 43 Congreso de la AEPE*, Madrid.

RICO, Francisco (2003). *Los discursos del gusto: notas sobre clásicos y contemporáneos*, Barcelona: Destino.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (2008). *Historia de la literatura fascista española*, 2 vols., Madrid: Akal.

ROJAS, Francisco (2013) *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962-1973)*, Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante

ROZAS, Juan Manuel (1986). *La generación del 27 desde dentro*, Madrid: Istmo.

RUBIO, Fanny (1981). *Poesía española contemporánea. Historia y Antología (1939-1980)*, Madrid: Alhambra.

SÁEZ ALBA, A. (1974). *La Asociación Católica Nacional de Propagandistas*, París: Ruedo Ibérico.

SANTOS, Dámaso (1988). “Sucedido y sucesivo Dámaso”. En: ALONSO, Dámaso et al.: *Dámaso Alonso. Premio “Miguel de Cervantes” 1978*, Barcelona: Anthropos.

SICROFF, A. A. (1974). “En torno a las ideas de Américo Castro”, en *Actas dl V Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid.

TIMM, Christian (2011). *Europäische Strukturalismus in der spanischen Grammatikographie*, Tübingen: Narr Verlag.

TRAPIELLO, Andrés (1994). *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona: Planeta.


UMBRAL, Francisco (1991). *Leyenda del César visionario*, Barcelona: Planeta.

YERRO VILLANUEVA, Tomás (1997-98). “Amado Alonso, lerinés ilustre”, en *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, N° 20-21, 2, pp.: 305-309.

WHANÓN BENSUSÁN, Sultana (1988). *Estética y Crítica literaria en España (1940-1950)*, Granada: Universidad de Granada.

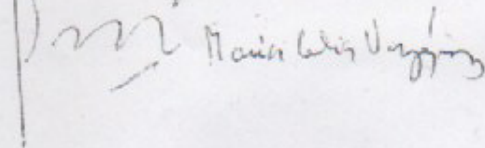
ZULUETA, Emilia de (1966). *Historia de la crítica española contemporánea*, Madrid: Gredos.

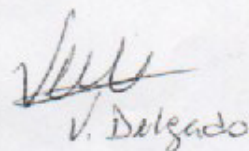
COPIA FIEL


 Prof. Ana Julia Ramirez
 Secretaria de Asesoría Académica
 Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

En la ciudad de Ensenada a los 21 días
 del mes de marzo de 2016, los atajos permanentes
 integrantes del jurado de tesis Dr. Silvio Mattoni,
 Dra. María Celis Vizguerra y Dra. Verónica Delgado se
 reúnen para considerar la tesis presentada por
 el doctorando Vicente Tuset Mayoral "Los efectos
 del estructuralismo en la crítica literaria espa-
 ñola y argentina: aproximación teórica a un estu-
 dio comparativo" dirigida por la Dra. Judith
 Rodríguez. En unanimesidad se decide pasar a la
 defensa y se asista a la misma.

El Dr. Silvio Mattoni desde la ciudad de Córdoba
 por videoconferencia


 María Celis Vizguerra


 V. Delgado



Realizada la defensa oral y pública el jurado
 considera que la tesis realiza un aporte origi-
 nal sobre el tema propuesto. Sus argumentos son
 sólidos y bien expuestos, evidenciándose conocimiento
 exhaustivo de sus objetos. Se destaca la perspectiva
 metodológica en la cual la teoría es utilizada como
 elemento contrastivo para leer la historia de la crítica
 literaria, específicamente los efectos que tuvo el
 estructuralismo - entendido como "guerra episte-
 mológica" - en la crítica y los estudios literarios
 en Argentina y en España. Esta consideración e-
 pistemológica del estructuralismo habilita reconstruc-
 ciones.

En la defensa oral el thesis defendió satisfac-
 toriamente las preguntas formuladas por el jurado.
 Por todo lo expuesto, el jurado califica la

COPIA FIEL

[Handwritten signature]
 Prof. Ana Julia Ramirez
 Secretaria de Asuntos Académicos
 Facultad de Filosofía y Letras UNLP

tesis con nota 10 (diez) con recomendación de pu-
blicación

El Dr. Silvio Martini desde la ciudad de Córdoba por
recomendación

[Handwritten signature]
 Delgado, V.

[Handwritten signature]
 María Celia Vaggini



En la ciudad de Ensenada a los 23 días
 del mes de marzo de 2016, los abajo firmantes, inter-
 gente del jurado de tesis Dr. Marcos Zukerfeld,
 Dr. Pedro Nájiz y Dra. Mercedes Chaves se reúnen
 para considerar la tesis presentada por el doctorado
 Nicolás Sebastián Velásquez Lacera "La llegada
 de los notebooks. Etnografía del país de un país
 de las más tecnologías digitales al escenario
 a partir del hogar la serie 'Igualdad a la Plata'
 dirigido por el Dr. Pablo Sena y co-dirigido por el
 Dr. Juan Carlos. La recomendación se decide por la
 mayoría y se decide a la vez

[Handwritten signature]
 P. Nájiz

[Handwritten signature]
 M. Chaves

[Handwritten signature]
 Marcos Zukerfeld

Redujo la defensa oral y pública al jurado
 considero que la tesis cumple con su objetivo principal. Se
 recomienda a los estudios de educación tecnológica, que tiene
 un alto nivel de relevancia social y científica de los